LOS CASOS DE

JULIO BARRAL

LIBRO 4

ZARAGOZA

EL ÚLTIMO CONFIDENTE



AITOR BELMONTE

LOS CASOS DE JULIO BARRAL

Libro 4: Zaragoza: el último confidente

AITOR BELMONTE

LOS CASOS DE JULIO BARRAL (LIBRO 4)

LIBRO 4: ZARAGOZA, EL ÚLTIMO CONFIDENTE.

Aitor Belmonte

© 2026 Aitor Belmonte

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Primera edición: 2026
Publicado en España

LOS CASOS DE JULIO BARRAL

Libro 1: *El despacho cerrado* (Logroño)

Un inspector de Hacienda aparece muerto en un despacho cerrado por dentro. Todo apunta a un suicidio, pero Julio Barral descubre que la víctima ocultaba secretos que alguien estaba dispuesto a proteger. Mientras resuelve el caso, comienzan a aparecer las primeras grietas en la historia de su propia condena.

Libro 2: *Gijón, los borrados* (Gijón)

La desaparición de un funcionario destapa una red de expedientes manipulados, identidades alteradas y personas que parecen haber sido borradas oficialmente. Julio descubre que algunos nombres del pasado siguen conectados con su propia historia y que la verdad sobre David está más cerca de lo que imaginaba.

Libro 3: *La habitación 312* (Sevilla)

Un juez influyente aparece muerto en la habitación 312 de un hotel de lujo de Sevilla. Lo que parece una muerte natural se transforma en una investigación sobre chantajes, grabaciones ocultas y secretos compartidos por personas poderosas. Mientras sigue el rastro de una misteriosa mujer conocida como «la mujer del abanico», Julio se acerca más que nunca a la verdad sobre David... y a una revelación capaz de destruir todo lo que cree saber sobre sí mismo.

Libro 4: Zaragoza: El último confidente (Zaragoza) (Este libro)

La aparición del cadáver de un antiguo confidente en el Canal Imperial obliga a Julio Barral a regresar a Zaragoza, donde una investigación aparentemente aislada destapa una vieja red de informadores, favores y silencios que durante años protegió a quienes nunca dejaron rastro. Mientras sigue la pista del último superviviente, Julio descubre que su propio pasado estuvo mucho más ligado a aquel sistema de lo que jamás imaginó y que alguien lleva décadas preparando el momento de enfrentarle a la verdad.

Contenido

Libro 1: *El despacho cerrado* (Logroño)

Libro 2: *Gijón, los borrados* (Gijón)

Libro 3: *La habitación 312* (Sevilla)

Libro 4: Zaragoza: El último confidente (Zaragoza) (Este libro)

1. El hombre del canal

Un cadáver me obliga a regresar a un pasado que creía enterrado.

2. El nombre que Julio reconoce

El primer muerto demuestra que alguien conoce mi historia mejor que yo.

3. Zaragoza en agosto

La búsqueda de Salcedo revela que todas las pistas parecen preparadas para nosotros.

4. Los confidentes no existen

Empiezo a comprender cómo funcionaba un sistema basado en personas invisibles.

5. La libreta verde

Un cuaderno convierte mis antiguos recuerdos en pruebas contra mí.

6. Una fotografía rota

Una imagen incompleta demuestra que siempre faltó alguien en la historia.

7. Sergio miente otra vez

Sergio vuelve a ocultar información cuando más la necesito.

8. La estación Delicias

Un viejo testigo confirma que el pasado nunca dejó Zaragoza.

9. Los hombres útiles

Descubro que las personas nunca fueron piezas del sistema, sino herramientas.

10. El segundo cadáver

El asesino mantiene la iniciativa y vuelve a llegar antes que nosotros.

11. El expediente desaparecido

Alguien lleva años borrando cualquier rastro de lo ocurrido.

12. La cafetería de las Delicias

Una conversación aparentemente trivial cambia el sentido de la investigación.

13. El informe disciplinario

Mi propio expediente empieza a señalarme como parte del problema.

14. No fue exactamente así

Mis recuerdos dejan de ser una fuente fiable.

15. El favor

Comprendo que todo comenzó con una decisión que parecía insignificante.

16. El hombre del abrigo gris

Un rostro del pasado demuestra que nunca dejaron de vigilarnos.

17. La lista parcial

Los nombres que faltan resultan más importantes que los que aparecen.

18. La tercera fotografía

Otra imagen confirma que llevo años formando parte de esta historia.

19. Irene no responde

La desaparición de Irene rompe uno de los últimos vínculos con la verdad.

20. El cuarto nombre

Encontrar al último superviviente se convierte en una carrera contra el tiempo.

21. El superviviente

Su testimonio destruye la imagen que tenía de mí mismo.

22. Lo que hacíamos

Empiezo a aceptar cuál fue realmente mi papel dentro del sistema.

23. La amenaza

El pasado deja de ser un recuerdo para convertirse en una responsabilidad.

24. No eras diferente

Ya nadie permite que me esconda detrás de las excusas.

25. El archivo de Topas

Todo termina conduciendo de nuevo a la prisión donde empezó mi caída.

26. Los favores

Descubro que nadie actuaba solo y que todas las deudas seguían vivas.

27. El informe psicológico

Un documento antiguo describe a un hombre que apenas reconozco.

28. Perfil operativo

Comprendo que alguien llevaba años estudiándome antes de utilizarme.

29. La noche del bar Aragón

El recuerdo decisivo aparece por fin, pero no como yo lo había contado.

30. El hombre que obedecía

Descubro que muchas de mis decisiones nunca fueron realmente mías.

31. El quinto cadáver

La última oportunidad de encontrar respuestas desaparece demasiado tarde.

32. La jubilación

El ejecutor demuestra que las personas envejecen, pero los sistemas permanecen.

33. No era una conspiración

La verdad resulta más inquietante porque nadie dirigía realmente el conjunto.

34. Solo nos protegíamos

Todos contribuyeron al desastre creyendo que solo salvaban su propia parte.

35. David ya lo sabía

Comprendo por qué David nunca pudo salir con vida de aquella investigación.

36. La carpeta negra

Las pruebas que faltaban aparecen cuando ya no pueden devolver el pasado.

37. Antes de la caída

Descubro que mi historia empezó mucho antes del caso David.

38. El hombre sacrificable

Entiendo por qué yo era el candidato perfecto para cargar con toda la culpa.

39. El expediente Barral

Mi propio expediente revela que alguien decidió mi destino años antes.

40. Los hombres útiles

El caso termina, pero la verdadera pregunta de mi historia acaba de empezar.

1.

El hombre del canal

Tres meses después de escuchar la voz rota de David en aquel audio, un cadáver apareció flotando en el Canal Imperial de Aragón.

No me llamaron para verlo. Me llamaron porque el muerto llevaba mi nombre en el bolsillo.

El tren entró en Zaragoza-Delicias con un frenazo seco. La gente se levantó antes de tiempo. Maletas golpeando rodillas. Ruedas contra el suelo. Un niño lloraba dos filas atrás. Yo seguí sentado hasta que el vagón quedó casi vacío.

El móvil vibró otra vez.

Sergio. Lo miré. No contesté.

La pantalla se apagó. Volvió a encenderse. Esta vez era un mensaje.

No vayas solo.

Guardé el teléfono y salí al andén.

El calor me mordió en cuanto crucé las puertas de cristal. Zaragoza olía a metal caliente y gasoil. En la salida, un hombre con camisa azul esperaba junto a una máquina de café. No miraba a nadie. Por eso supe que me miraba a mí.

Me acerqué.

—Navarro.

El hombre levantó la vista.

—Barral.

No me ofreció la mano.

—¿Dónde está?

—Primero hablamos.

Pasé junto a él.

—No he venido a hablar.

Navarro me agarró del brazo. Lo hizo como quien prueba una cerradura.

Le miré los dedos.

—Quita la mano.

—Aquí no estás en Salamanca.

—Ni tú en mi expediente.

Sus dedos se abrieron. Primer error suyo. Demasiado pronto.

Salimos al aparcamiento. El aire rebotaba contra el asfalto. Un coche negro esperaba con el motor encendido. Navarro abrió la puerta del copiloto, pero yo me metí detrás.

Él se quedó quieto.

—¿No te fías?

—Conduces tú.

—Eso no es respuesta.

—Claro que es respuesta.

Navarro cerró con más fuerza de la necesaria y se sentó al volante. El coche arrancó. En la radio, una voz hablaba de tráfico en la Z-30. Él la apagó de un golpe.

—El muerto se llamaba Francisco Pardo.

El nombre me raspó por dentro.

No dije nada. Navarro me miró por el retrovisor.

—Veo que ya no hace falta enseñarte la foto.

Me apoyé contra el respaldo.

—¿Dónde apareció?

—Canal Imperial. Cerca de Casablanca.

—¿Quién lo encontró?

—Un corredor.

—¿A qué hora?

—Seis y veinte.

—¿Cuánto llevaba en el agua?

Navarro giró hacia una avenida ancha. Dos coches pitaron. No frenó.

—Eso iba a preguntártelo yo.

Sonreí sin ganas.

—Entonces vais mal.

El coche se detuvo junto a una cinta policial. Había dos patrullas, una furgoneta de científica y varios curiosos pegados a la valla. El agua del canal avanzaba despacio, verde, con bolsas de plástico atrapadas entre los juncos.

Me bajé antes de que Navarro quitara la llave.

—Barral.

No paré. Un agente me cortó el paso.

—No puede pasar.

Saqué la acreditación vieja.

La miró. Me miró.

—Esto está caducado.

—Yo también.

Intentó ponerse delante.

Le aparté el hombro con el mío.

—¡Eh!

Navarro llegó detrás.

—Déjalo.

El agente obedeció, pero no apartó la mirada. Mejor. La rabia mantiene despierta a la gente.

La lona blanca estaba junto a la orilla. Encima, Francisco Pardo parecía más pequeño que en mi memoria. El agua le había pegado la camisa al pecho. Tenía la boca abierta. Una mosca caminaba por su labio inferior.

Me agaché. El olor subió de golpe. Barro. Piel mojada. Sangre vieja.

Pardo tenía una cicatriz bajo la oreja izquierda. Una línea torcida. La recordé al tocarla con los ojos.

Un bar de carretera. Un paquete de tabaco. Un hombre diciendo que no quería problemas.

—¿Lo conocías? —preguntó Navarro.

Le levanté la muñeca al muerto. Pesaba poco. Demasiado poco. Las uñas estaban limpias. Los zapatos, no.

Barro seco en la suela.

—No murió aquí.

Navarro se agachó al otro lado.

—No te he preguntado eso.

—Pero es lo único útil que has oído desde que llegaste.

La mujer de científica dejó de fotografiar y me miró por encima de la cámara.

—¿Por los zapatos?

—Por los zapatos. Por las uñas. Por la camisa.

Navarro apretó la mandíbula.

—Explícate.

Cogí el cuello de la camisa con dos dedos.

—Si cae vivo al canal, pelea. Traga agua. Araña barro. Se hunde. Sale. Se golpea. Este hombre entró en el agua cuando ya no podía protestar.

La científica bajó la cámara.

Navarro no.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Solté la tela.

—Porque Pardo protestaba siempre.

El nombre quedó entre nosotros.

Navarro se levantó.

—Así que sí lo conocías.

Me incorporé también.

—Fue confidente.

Un bombero que recogía una cuerda se detuvo. La científica volvió a mirar el cadáver.

Navarro dio un paso hacia mí.

—En sus antecedentes no aparece nada de eso.

—Los confidentes no aparecen donde deberían.

—No me des lecciones.

—No me hagas perder tiempo.

Navarro sacó una bolsa transparente de la carpeta y la levantó delante de mi cara.

Dentro había una fotografía antigua. No necesité tocarla.

Cuatro hombres en una mesa. Vasos bajos. Humo. Una lámpara amarilla sobre nuestras cabezas.

Yo estaba sentado junto a Francisco Pardo.

Más joven. Más duro. Más imbécil. En la esquina derecha, el cuarto hombre salía cortado. Solo una manga. Una mano. Un reloj de esfera azul.

La garganta se me secó.

—La llevaba doblada en el bolsillo interior —dijo Navarro—. Junto a esto.

Sacó otra bolsa.

Una tarjeta blanca. Mi nombre escrito a mano.

JULIO BARRAL.

Debajo, una dirección.

La mía. No la actual. La de antes de prisión.

Sentí el calor en la nuca.

—¿Quién tenía acceso al cuerpo?

—Bomberos, primer agente, forense, científica y yo.

—Alguien más.

—Cuidado.

—No. Cuidado tú.

Le quité la bolsa de la mano. Navarro reaccionó tarde y me agarró la muñeca.

—Eso es una prueba.

—Esto es un mensaje.

—Suéltala.

—Mira la dirección.

—Ya la he visto.

—No. La has leído.

Navarro tiró de la bolsa. Yo no la solté.

Durante un segundo, el cadáver quedó a nuestros pies y la escena cambió de dueño. Ya no mandaba él. Tampoco yo. Mandaba quien había metido aquella tarjeta en el bolsillo de Pardo.

Un grito rompió el aire.

—¡Ese hombre!

La científica señalaba hacia la valla. Un tipo con gorra gris bajó un móvil y echó a andar.

Corrí. La grava resbaló bajo mis zapatos. Salté la cinta. Un agente intentó frenarme y le golpeé el brazo al pasar.

—¡Quieto!

El hombre no corrió. Eso fue peor.

Caminó hacia una furgoneta blanca aparcada junto al camino. Abrió la puerta del copiloto. Dejó algo en el asiento. Luego giró la cabeza.

Me vio. Sonrió.

Llegué a la puerta cuando el conductor arrancó. Metí la mano por la ventanilla abierta y agarré la gorra. El hombre me atrapó la muñeca.

Tenía fuerza. Mucha. La furgoneta salió de golpe. Me arrastró dos pasos. El retrovisor me golpeó el hombro. Solté antes de caer bajo la rueda.

Caí contra el suelo. La grava me abrió la palma.

Navarro llegó detrás, jadeando.

—¿Estás loco?

Me levanté con la gorra en la mano. Dentro había una etiqueta cosida. No era una marca.

Era un número.

El mismo código que había abierto el archivo de Gijón.

Navarro me la arrancó.

—¿Qué significa?

No respondí.

Volví hacia la lona. La científica estaba de rodillas junto al cadáver. Tenía algo entre las pinzas.

—Inspector.

Navarro se acercó. Yo fui detrás. La mujer levantó un trozo de plástico transparente. Estaba metido bajo la lengua de Pardo.

Navarro palideció un poco.

—¿Qué es?

La científica lo puso sobre una bolsa limpia.

Era una tira de negativo fotográfico. Tres fotogramas. En el primero aparecía Pardo entrando en un portal. En el segundo, Pardo sentado en una cafetería con un hombre de espaldas. En el tercero aparecía yo.

No ahora. No en Zaragoza.

Yo, doce años antes, entrando en Topas con una carpeta negra bajo el brazo.

La mano me empezó a sangrar sobre la grava. Navarro miró la imagen. Luego me miró a mí.

—Tú no venías a identificar a un muerto.

Guardé silencio.

El móvil vibró en mi bolsillo. Sergio otra vez. Esta vez contesté.

—Habla.

Al otro lado no respondió Sergio. Respiración. Un ruido de vasos.

Una voz de hombre, baja, cerca del auricular.

—Pardo fue el primero porque todavía se acordaba de ti.

Apreté el teléfono.

—¿Quién eres?

La voz soltó una risa corta.

—El segundo te recordará mejor.

La llamada se cortó.

Miré a Navarro. Él había oído lo suficiente.

—¿Segundo?

Antes de responder, el móvil de Pardo sonó dentro de una bolsa de pruebas.

Todos nos giramos. La pantalla se encendió. Un mensaje nuevo.

NO LO SAQUÉIS DEL AGUA.

La científica retrocedió. Navarro abrió la bolsa con los dientes apretados y leyó el resto. Su cara cambió. Me quitó el teléfono de las manos y lo puso delante de mí.

Había una segunda línea.

JULIO SABE POR QUÉ.

2.

El nombre que Julio reconoce

Navarro hizo repetir el mensaje tres veces.

No porque no lo hubiera entendido, sino porque necesitaba fingir que todavía controlaba algo.

—No lo saquéis del agua —leyó de nuevo—. Julio sabe por qué.

La científica permanecía junto a la lona, con los guantes manchados de barro. El teléfono de Pardo seguía dentro de la bolsa transparente. La pantalla ya se había apagado, pero todos continuaban mirándola.

—¿Lo sabes? —preguntó Navarro.

Me limpié la sangre de la palma contra el pantalón.

—Sé que quien ha escrito eso quería que lo leyéramos.

—No te he preguntado qué quería.

—Pues formula mejor las preguntas.

Navarro se acercó hasta quedar a un palmo de mí. Tenía la respiración acelerada por la carrera, pero no parecía cansado. Parecía furioso.

—Un muerto aparece con tu nombre, tu antigua dirección y una fotografía tuya. Debajo de la lengua lleva una imagen de Topas. Después llama alguien diciendo que habrá un segundo. Y ahora recibimos un mensaje que asegura que tú sabes algo.

—Buen resumen.

—¿Por qué no debíamos sacarlo del agua?

Miré hacia el canal.

El cuerpo de Francisco Pardo ya no estaba dentro. Lo habían dejado sobre la lona, con los brazos pegados al torso y el rostro vuelto ligeramente hacia el cielo. El agua seguía avanzando detrás de él, indiferente, empujando espuma y ramas contra el muro.

Me acerqué de nuevo.

—Dale la vuelta.

La científica miró a Navarro.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque todavía no lo habéis hecho bien.

—El forense viene de camino.

—Entonces cuando llegue podrá corregirnos.

Navarro no se movió.

La científica sí. Se arrodilló, llamó a otro agente y entre los dos giraron el cadáver con cuidado. La camisa mojada se pegó a la espalda. Pardo tenía una marca oscura entre los omóplatos.

No era un golpe. Era una palabra.

NAVARRO.

El inspector se quedó quieto.

La científica apartó la tela con unas pinzas. Las letras estaban trazadas con tinta negra directamente sobre la piel. Desiguales. Algunas casi borradas por el agua.

—Eso no estaba en el informe inicial —dijo ella.

—Porque nadie había mirado —respondí.

Navarro tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Por qué mi nombre?

—No es tu nombre.

—Sé leer.

—Es una orden.

Se volvió hacia mí.

—Explícate.

Me agaché junto al cuerpo.

La tinta había penetrado en los pliegues de la piel. Habían escrito la palabra antes de arrojarlo al agua. Quizá horas antes.

—En los años noventa había confidentes a los que se les asignaba una palabra de control. No figuraba en ningún documento. Servía para saber quién podía moverlos, interrogarlos o retirarlos de una operación.

—¿Retirarlos?

—Sacarlos de circulación.

Navarro miró otra vez su apellido en la espalda del muerto.

—¿Y "Navarro" era una de esas palabras?

—No lo sé.

—Acabas de decir que no era mi nombre.

—He dicho que puede ser una orden.

—¿Qué clase de orden?

No respondí enseguida.

Había recuerdos que no llegaban como imágenes. Llegaban como sensaciones. Un zumbido bajo la piel. El sabor metálico de una noche mal dormida. La certeza de que ya habías estado en aquel lugar aunque no supieras cuándo.

Francisco Pardo sentado en un bar de carretera.

Una taza de café sin tocar. Los ojos clavados en una puerta. Y una voz a mi espalda.

—Navarro.

No era un hombre. No era un apellido.

Era una forma de decir: se acabó.

Me puse en pie.

—Significaba que el confidente ya no pertenecía a nadie.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene. Mientras un informador está vinculado a un agente, ese agente responde por él. Cuando lo marcas como "navarro", queda libre.

—¿Libre?

—Abandonado.

La científica dejó de observar el cadáver y me miró.

—¿Eso es lenguaje policial?

—No oficialmente.

—Conveniente —dijo Navarro—. Todo lo que sabes parece no existir oficialmente.

—Así funcionaba.

—¿Y tú formabas parte?

La pregunta quedó suspendida.

La cinta policial se movía con el viento. Un agente alejaba a los curiosos. Al otro lado del camino, la furgoneta blanca ya había desaparecido.

—Conocí a Pardo en 2004 —dije.

Navarro sacó una libreta.

—Habla.

—No te emociones. No es una declaración.

—Eso lo decidiré yo.

Lo miré.

—Entonces apunta bien.

Pardo no había sido mi confidente al principio.

Trabajaba para un policía llamado Salcedo, un subinspector destinado en Salamanca que conocía cada bar, cada desguace y cada sala de apuestas de la provincia. Pardo le conseguía matrículas, nombres, horarios. Nada grande. Nada que llegara a un juzgado con su firma.

Una noche, Salcedo desapareció. No murió. No lo trasladaron. Simplemente dejó de acudir a la comisaría.

Durante dos semanas nadie preguntó por él. Después llegó una circular interna diciendo que había solicitado una excedencia.

Era mentira.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Navarro.

—Porque tres días antes había pedido protección.

—¿Por qué?

—Dijo que alguien estaba usando a sus confidentes para fabricar pruebas.

Navarro dejó de escribir.

—¿Quién?

—Nunca lo dijo.

—¿Y Pardo?

—Pardo apareció en mi coche una semana después.

Recordé el olor. Tabaco húmedo. Sudor. Miedo.

Yo había abierto la puerta del conductor y él estaba sentado detrás, en la oscuridad. Tenía la cicatriz bajo la oreja todavía abierta.

—Me pidió ayuda —continué—. Dijo que Salcedo había cometido un error. Que había entregado información a alguien que no debía.

—¿Qué información?

—Nombres de funcionarios. Agentes. Jueces. Personas que cobraban por hacer desaparecer informes.

Navarro cerró la libreta.

—Eso conecta con Topas.

—Todavía no.

—Pero acabará conectando.

—Todo acaba conectando con Topas si miras durante suficiente tiempo.

La científica hizo una fotografía de la palabra escrita en la espalda.

El flash iluminó el cuerpo. Durante un instante vi otra cosa. Una habitación pequeña. Paredes amarillas.

Pardo de pie frente a mí.

—No puedo hacerlo —decía.

—Ya lo has hecho antes.

—Esto es distinto.

—No hay nada distinto.

—Hay un hombre que puede acabar en prisión.

—Entonces que no hubiera firmado.

La imagen desapareció.

Me llevé una mano a la sien.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la científica.

—Perfectamente.

Navarro me observaba.

—¿Qué acabas de recordar?

—Nada.

—No era cara de nada.

—No sabía que fueras especialista.

—No lo soy. Pero reconozco a un mentiroso.

Me acerqué a él.

—Entonces debes pasar mucho tiempo frente al espejo.

Navarro sostuvo mi mirada. Después señaló el cuerpo.

—Pardo te conocía. Llevaba tu nombre. Alguien quiere obligarte a recordar algo. Y tú acabas de admitir que trabajaste con él.

—He admitido que vino a buscarme.

—¿Lo convertiste en tu confidente?

No contesté.

Navarro sonrió sin humor.

—Eso es un sí.

El forense apareció al otro lado de la cinta. Un hombre bajo, con gafas oscuras y una mochila colgada de un hombro. Mientras se acercaba, la científica le explicó lo de la palabra escrita y el negativo fotográfico.

Yo miré la cicatriz de Pardo.

La primera vez que la vi, él me contó que se la había hecho un hombre al que debía dinero. La segunda vez dijo que había sido Salcedo. La tercera no quiso hablar.

Nunca averigüé cuál de las tres versiones era verdad.

—Hay algo más —dije.

Navarro se volvió.

—¿Qué?

—Pardo no sabía nadar.

El inspector miró el canal.

—Eso explicaría que muriera ahogado.

—No murió ahogado.

—Aún no tenemos autopsia.

—No la necesito para eso.

—¿Por qué?

Me acerqué a los zapatos del muerto. La suela seguía cubierta de barro seco, oscuro, casi negro. No era el barro claro de la orilla.

—Porque le aterraba el agua. No se acercaba a ríos. No cruzaba puentes andando. Ni siquiera se duchaba con la puerta cerrada.

—Eso suena absurdo.

—Lo era.

—¿Entonces qué estás diciendo?

—Que quien lo mató lo conocía.

—Eso ya lo sabemos.

—No. Quien lo mató no conocía sus datos. Conocía sus miedos.

El forense empezó a examinar el cuello.

Navarro volvió a abrir la libreta.

—Dame el nombre de Salcedo.

—Tomás Salcedo.

Escribió despacio.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿No lo buscaste?

—Sí.

—¿Y?

—Encontré su coche en un aparcamiento de Valladolid. Limpio. Cerrado. Sin una huella.

Navarro levantó la cabeza.

—¿Cuándo?

—Hace veintidós años.

—¿Se investigó?

—Durante cuatro días.

—¿Y luego?

—Luego alguien archivó la desaparición.

La científica se acercó con una pequeña bolsa de pruebas.

Dentro había un objeto metálico. Una llave.

—Estaba cosida en el forro del pantalón —dijo.

Navarro la levantó hacia la luz.

La llave llevaba una placa ovalada con un número grabado.

Sentí un golpe seco en el pecho. La habitación del hotel de Sevilla. El juez. El audio de David. No era posible.

Navarro lo vio en mi cara.

—Esta vez no me digas que no significa nada.

Cogí la bolsa sin pedir permiso.

El número estaba arañado por los bordes, pero se leía perfectamente.

Debajo había dos letras diminutas.

T. S.

Tomás Salcedo.

Devolví la bolsa.

—El nombre que buscas no es el de Pardo.

—¿Cuál es?

Miré el cuerpo. Después la llave.

—El hombre muerto solo es el mensaje.

—¿Y quién es el destinatario?

El teléfono de Pardo volvió a encenderse dentro de la bolsa.

No sonó. No vibró. Simplemente apareció una fotografía nueva en la pantalla.

Un hombre mayor saliendo de la estación de Delicias. Cabello blanco. Camisa clara. Una cicatriz en la mejilla.

Debajo, una frase.

SALCEDO HA VUELTO.

Navarro leyó el mensaje por encima de mi hombro.

—¿Es él?

Amplié la fotografía con dos dedos. Habían pasado veintidós años. Pero reconocí los ojos.

—Sí.

—Has dicho que había desaparecido.

—Eso creía.

Navarro guardó el teléfono.

—¿Qué quería Pardo de ti cuando apareció en tu coche?

Miré de nuevo el canal.

Esta vez el recuerdo llegó completo. Pardo, sentado en la oscuridad. La cicatriz abierta. Las manos temblando.

Y una frase que yo había decidido olvidar.

Salcedo no ha desaparecido, Barral. Salcedo está eligiendo quién desaparece.

—Quería que lo protegiera —dije.

—¿Y lo hiciste?

El agua siguió corriendo detrás de nosotros.

—No.

3.

Zaragoza en agosto

Cinco horas después, Navarro estampó una fotografía contra la mesa.

—Dime dónde está.

La imagen mostraba a Tomás Salcedo saliendo de la estación de Delicias. Camisa clara. Bolsa pequeña. La misma cicatriz cruzándole la mejilla. La hora impresa en la esquina era de aquella mañana.

Me incliné sobre la foto.

—Si lo supiera, no seguiría aquí.

La sala olía a café recalentado. El aire acondicionado soltaba golpes secos detrás de una rejilla. Navarro llevaba la camisa pegada al cuello y la paciencia gastada.

—Podrías estar detenido.

—Pero no lo estoy.

—Aún.

Cogió la fotografía y la guardó en una carpeta. Mi teléfono descansaba junto a su codo. Había dejado de vibrar hacía dos horas.

Tomé una decisión.

—Llévame a Delicias.

Navarro se quedó quieto.

—No trabajas para mí.

—Tú tampoco para quien está enviando los mensajes. Aunque todavía no lo hayas entendido.

La puerta se abrió. Entró una mujer con el pelo recogido y una acreditación colgada del cinturón. Dejó una bolsa de pruebas sobre la mesa.

Dentro estaba la llave marcada con el número 312.

—Ningún hotel de Zaragoza reconoce el modelo —dijo.

Navarro señaló una silla.

—Inspectora Marta Ríos. Homicidios.

Ríos no se sentó.

—Ya sé quién es Barral.

—Eso suele ahorrar tiempo —dije.

—No siempre.

Empujó la bolsa hacia mí. La llave golpeó el plástico.

—Las iniciales no son de Salcedo.

Miré las letras grabadas.

T. S.

—¿De quién?

Ríos abrió una libreta.

—Transportes Segura. Una empresa de consignas que trabajó en Delicias hasta 2011.

Navarro me observó como si hubiera esperado que mintiera antes de respirar.

—¿Lo conocías?

—No.

—Piénsalo mejor.

Toqué el plástico con la yema del dedo. La llave era antigua, dentada, demasiado corta para una habitación de hotel. Yo había querido ver el 312. Ellos también.

El número nos había llevado a Sevilla porque alguien sabía que lo haría.

—Buscad la consigna —dije.

Ríos cerró la libreta.

—El local fue reformado hace quince años.

—Las cerraduras no desaparecen porque cambien el cartel.

Navarro cogió mi teléfono.

—Vamos.

El sol seguía clavado sobre Zaragoza cuando salimos. El asfalto despedía un olor agrio. Navarro abrió un coche sin distintivos y me señaló el asiento trasero.

—Delante.

—Detrás.

—No eres un detenido.

—Entonces no elijas por mí.

Me senté junto a Ríos. Ella dejó la bolsa de la llave entre los dos y cerró la puerta con el codo. Navarro arrancó sin esperar a que termináramos de abrocharnos.

—Pardo estuvo en Zaragoza tres días —dijo Ríos—. Durmió en una pensión de la calle Manifestación.

—¿Solo?

—Pagó dos desayunos.

Navarro miró por el retrovisor.

—El segundo huésped usó un nombre falso.

—Todos los nombres son falsos hasta que alguien los comprueba —dije.

Ríos me tendió una hoja.

El registro mostraba una firma torcida: Daniel Moreno. La letra D tenía una línea doble en la base. La había visto antes.

Doblé la hoja.

—Para el coche.

Navarro no redujo.

—¿Por qué?

—Para el coche.

Giró hacia una calle lateral y frenó junto a un contenedor. El cinturón me cortó el pecho.

—Habla.

Saqué la fotografía de Salcedo que había guardado Ríos en la carpeta. Le di la vuelta y apoyé ambas imágenes sobre mis rodillas.

En el reverso de la foto alguien había escrito la fecha.

La D tenía la misma línea doble.

—La misma mano —dijo Ríos.

Navarro cogió los papeles.

—Salcedo firmó en la pensión.

—O alguien quiere que lo creamos.

Ríos recuperó la hoja.

—La recepcionista vio a un hombre mayor.

—Eso describe media ciudad.

Navarro abrió la puerta.

—Cambio de plan. Primero la pensión.

Decidió bien. No se lo dije.

La mujer de recepción nos esperaba detrás de un mostrador estrecho. Un ventilador movía el aire caliente y hacía temblar las llaves colgadas en la pared.

—Ya se lo conté a los otros —dijo.

Navarro mostró la placa.

—Ahora me lo cuenta a mí.

La mujer miró mi mano vendada.

—Él no es policía.

—Por eso escucha mejor —respondió Ríos.

Navarro colocó la fotografía de Salcedo sobre el mostrador.

—¿Era este hombre?

La mujer se ajustó las gafas. Tocó la imagen con una uña pintada de rojo.

—Más delgado.

—¿Sí o no?

—No me hable así.

Apartó la foto. Yo cogí la hoja del registro y señalé la firma.

—¿Lo vio escribir?

—Le di la ficha.

—No es lo mismo.

La mujer dejó de mover los dedos.

—Entró con los datos escritos.

Navarro se inclinó.

—Antes dijo que había firmado aquí.

—Dije que entregó la ficha.

—No.

La mujer miró hacia una puerta cerrada detrás del mostrador. El ventilador hizo chocar dos llaves.

Tomé una decisión. Abrí la puerta.

—¡Oiga!

Navarro me agarró del hombro, pero ya había visto el interior.

Una silla caída. Un cable arrancado de la pared. Y una mancha oscura junto al rodapié.

Ríos apartó a la mujer.

—¿Quién está ahí?

—Nadie.

—Abra.

—Es el almacén.

Navarro empujó la puerta con el pie.

Dentro no había nadie. Solo cajas de detergente, toallas dobladas y un monitor de vigilancia con la pantalla rota. Del plástico salía un olor leve a quemado.

Me agaché junto al cable. Lo habían cortado aquella mañana.

—¿Dónde se guardan las grabaciones? —preguntó Ríos.

La mujer se apretó las gafas contra la nariz.

—En el ordenador.

—¿Cuál?

Señaló debajo del mostrador.

Navarro sacó la torre. El lateral estaba abierto. Faltaba el disco duro.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—No lo sé.

—Pruebe otra vez.

La mujer tragó saliva.

—Ayer vino un técnico.

—Nombre.

—No lo dejó.

Ríos levantó el teléfono para pedir una patrulla.

Yo miré las llaves de la pared. Faltaba una.

El gancho tenía una etiqueta blanca.

La arranqué.

—La consigna no está en Delicias.

Navarro siguió mi mirada.

—Está aquí.

La recepcionista retrocedió.

Ríos bloqueó la salida con el brazo.

—¿Qué abre?

—Nada.

Navarro dejó el ordenador en el suelo.

—Se acabaron las respuestas cómodas.

La mujer apretó los labios. Después señaló hacia arriba.

—Una habitación cerrada.

—¿Desde cuándo?

—Desde que compramos el edificio.

—¿Quién tiene la llave?

Miró la bolsa de pruebas.

Nadie habló.

Subimos por una escalera estrecha. El tercer piso estaba vacío. La luz del pasillo se encendía tarde, cuando ya habíamos dado dos pasos en la oscuridad.

La puerta 312 no tenía pomo exterior.

Ríos cortó el precinto de la bolsa y entregó la llave a Navarro.

—Tú abres —dijo él.

—La prueba es vuestra.

—Y la historia, tuya.

Cogí la llave. Entró a la primera.

Dentro había una mesa, una silla y un archivador metálico. Nada más. El aire olía a papel húmedo.

Navarro encendió la luz.

Sobre la mesa descansaba una libreta verde.

Ríos cerró la puerta detrás de nosotros.

—No la toques.

No hizo falta. En la portada estaba escrito mi apellido.

BARRAL.

Navarro se puso guantes. Abrió la libreta por la primera página.

Había fechas. Iniciales. Cantidades. Pagos pequeños. Nombres tachados.

Pardo aparecía seis veces.

Salcedo, ninguna.

—Esto es un registro de confidentes —dijo Ríos.

—No —respondí.

Navarro pasó otra página.

Reconocí mi letra. No toda. Solo las correcciones.

Flechas. Círculos. Dos palabras junto a un nombre.

PRESIONAR MÁS.

La punta de la lengua se me pegó al paladar.

—¿Lo escribiste tú? —preguntó Navarro.

Toqué el borde de la mesa. La madera se hundía bajo una quemadura antigua.

—Esa parte sí.

Ríos levantó la vista.

—¿Y el resto?

—No.

Navarro siguió pasando hojas.

En cada página había decisiones tomadas por alguien. A quién pagar. A quién retirar. A quién amenazar. Mi letra aparecía entre ellas como una firma que hubiera intentado esconderse.

Hasta que llegó a la última hoja. Solo había una fecha. La de tres días después.

Debajo, un nombre.

SERGIO.

Navarro leyó la línea siguiente.

—"Segundo hombre útil".

Mi teléfono vibró en su bolsillo. Esta vez era Sergio.

Navarro activó el altavoz.

—¿Dónde estás? —pregunté.

Al otro lado sonó una respiración rota. Después, tres golpes. Secos.

La misma señal que el hombre del reloj azul usaba para hacer callar a Pardo.

Sergio susurró:

—Julio, no vengas a buscarme.

Algo pesado cayó cerca del teléfono.

Una voz distinta ocupó la línea.

—Ya ha tomado su decisión.

La llamada se cortó.

Navarro miró la libreta. Yo le quité las llaves del coche de la mano.

—Ahora tomamos la nuestra.

4.

Los confidentes no existen

Navarro recuperó las llaves antes de que llegáramos a la escalera.

—No vas a conducir mi coche.

—Entonces conduce rápido.

—Sergio te ha dicho que no vayas.

—Sergio lleva años diciéndome lo que le conviene.

Ríos cerró la habitación 312 y guardó la llave en la bolsa de pruebas. La libreta verde quedó dentro, sobre la mesa, vigilada por dos agentes que acababan de subir.

—La llamada se rastrea primero —dijo.

—Cuando la rastreéis, ya habrá terminado.

—Puede que eso sea lo que quieren.

La miré.

—¿Quiénes?

Ríos sostuvo la puerta abierta.

—Tú eres quien habla siempre en plural.

Bajamos. El ventilador de recepción seguía haciendo chocar las llaves contra la pared. La mujer del mostrador evitó mirarnos.

Navarro sacó mi teléfono.

—Sergio llamó desde su número. La antena lo sitúa en Salamanca.

—Entonces no está aquí.

—O su teléfono no está aquí.

Cogí el móvil. Navarro no lo soltó.

—Voy a llamar.

—No.

—No te lo estoy consultando.

—Y yo no te estoy pidiendo permiso.

Tiró del aparato. La herida de mi palma se abrió contra la carcasa. Una línea de sangre quedó sobre la pantalla.

Ríos nos separó con el antebrazo.

—Se acabó.

Navarro guardó el teléfono.

—Volvemos a comisaría.

Tomé una decisión.

—Antes quiero hablar con alguien que sepa qué significa la libreta.

Navarro soltó una risa seca.

—Tú has escrito en ella.

—Precisamente.

Ríos miró hacia la habitación cerrada.

—¿Quién?

—Un policía que estaba allí antes que Salcedo.

—Nombre.

—Emilio Ferrer.

Navarro dejó de sonreír.

—Ferrer está jubilado.

—Los recuerdos no.

—Tiene setenta y cuatro años y no colabora con nadie.

—Conmigo lo hará.

—¿Por qué?

Me limpié la sangre en el pantalón.

—Porque me debe una mentira.

Ferrer vivía en un edificio sin ascensor cerca de la plaza San Francisco.

Navarro subió delante. Ríos detrás de mí. En el segundo piso, el olor a comida vieja se pegaba a las paredes.

La puerta se abrió antes de que llamáramos.

Ferrer llevaba una camiseta blanca y un bastón que no apoyaba en el suelo. El tiempo le había estrechado la cara, pero seguía mirando como cuando interrogaba: primero las manos, luego los ojos.

Se detuvo en mí.

—Tardabas.

Navarro mostró la placa.

—Inspector Navarro.

—Ya veo que siguen dándoselas a cualquiera.

—Necesitamos hacerle unas preguntas.

Ferrer se apartó.

—Entonces no necesitáis entrar.

Puse la mano en el marco antes de que cerrara.

—Pardo está muerto.

El bastón tocó por fin el suelo.

Una vez.

—Ese nombre no me dice nada.

—Te ha temblado la rodilla.

Ferrer miró mi mano.

—Y tú sigues confundiendo dolor con inteligencia.

Abrió más la puerta. Entramos.

El salón tenía las persianas bajadas. Un reloj de pared marcaba una hora distinta a la de mi teléfono. Ferrer retiró una caja de medicamentos de una silla y se sentó.

—No voy a firmar nada.

—Aún no ha dicho nada —respondió Navarro.

—Por eso.

Ríos dejó una fotografía de Pardo sobre la mesa.

Ferrer no la tocó.

—Lo encontraron esta mañana en el Canal Imperial.

—La gente acaba en sitios peores.

—Llevaba el nombre de Barral —dijo Navarro.

Ferrer me miró.

—Eso también le ha pasado a gente peor.

Navarro se inclinó sobre la mesa.

—¿Conocía a Francisco Pardo?

—No.

—¿A Tomás Salcedo?

—Tampoco.

—¿Y a Julio Barral?

Ferrer cogió el mando del televisor y lo dejó en otro lugar.

—A ese intento olvidarlo.

Decidí sentarme frente a él.

—Hemos encontrado una libreta.

El bastón quedó atrapado entre sus rodillas.

—En Zaragoza hay muchas papelerías.

—Verde. Con pagos, iniciales y nombres tachados.

Ferrer levantó la vista hacia Navarro.

—Los confidentes no existen.

Nadie respondió.

El reloj de pared dio un golpe dentro de la caja. Solo uno.

Ríos sacó su libreta.

—Explíquelo.

—No hay nada que explicar.

—Pardo trabajaba para la policía.

—Entonces tendría contrato.

—No juegue conmigo.

Ferrer apoyó ambas manos sobre el bastón.

—Usted ha venido a mi casa. El juego lo ha elegido usted.

Navarro señaló la foto.

—Un hombre ha muerto.

—Mueren muchos.

—Este conocía a Barral.

—Eso reduce las posibilidades de una muerte tranquila.

Levanté la fotografía y la acerqué a Ferrer.

—Míralo.

—Ya lo he visto.

—No lo suficiente.

—Lo vi cuando estaba vivo. Suele ser bastante.

Navarro dio un paso hacia él.

—Acaba de decir que no lo conocía.

Ferrer se encogió de hombros.

—También he dicho que los confidentes no existen.

Ríos cerró la libreta.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—No —dije—. Está hablando.

Ferrer sonrió.

—Sigues oyendo más de lo que te dicen.

—Y tú sigues diciendo menos.

Apoyé la fotografía sobre sus piernas.

—¿Quién llevaba la libreta?

Ferrer la apartó con el bastón.

—Nadie.

—Mi letra aparece dentro.

—Tu letra aparecía en demasiados sitios.

—¿Quién decidía los pagos?

—No había pagos.

—¿Quién tachaba los nombres?

—No había nombres.

Navarro golpeó la mesa con la palma.

—Basta.

Ferrer ni siquiera parpadeó.

—Eso decíais siempre cuando empezaba lo interesante.

La frase me rozó por dentro.

Una habitación sin ventanas. Un hombre sentado con las manos abiertas. Ferrer de pie junto a la puerta. Yo empujando una carpeta sobre la mesa.

No recordaba el rostro del hombre.

Sí recordaba mi voz. Hasta que nos dé algo.

Cerré los dedos sobre la rodilla.

—Tú me enseñaste a hacerlo.

Ferrer ladeó la cabeza.

—Yo te enseñé a rellenar informes.

—Me enseñaste a dejar cosas fuera.

Navarro miró de uno a otro.

—¿Qué cosas?

Ferrer tocó el suelo con el bastón.

—Las que no existían.

—Personas —dije.

El reloj volvió a golpear.

Ferrer se levantó con esfuerzo y caminó hacia la ventana. Levantó una esquina de la persiana. La luz le cortó la cara.

—Un confidente no era un agente —dijo—. Tampoco un testigo. No tenía derechos dentro de una operación porque oficialmente estaba fuera.

Ríos volvió a abrir su libreta.

—¿Quién lo autorizaba?

—Nadie.

—¿Quién lo controlaba?

—El que pudiera.

—¿Y si algo salía mal?

Ferrer dejó caer la persiana.

—Entonces nunca había estado allí.

Navarro se acercó.

—Eso no responde quién manejaba la libreta.

—Porque la pregunta es infantil.

—Pruebe con una respuesta adulta.

Ferrer señaló hacia mí.

—Pregúntele a él.

El aire se quedó pegado al techo. Me levanté.

—Yo no la llevaba.

—No.

—No decidía quién entraba.

—Tampoco.

—Entonces deja de mirarme.

Ferrer apoyó el bastón contra mi pecho.

—Tú decidías quién salía.

Navarro no se movió.

Ríos dejó de escribir.

Aparté el bastón.

—Mientes.

—Eso también lo aprendiste rápido.

—Pardo vino a pedirme ayuda.

—Pardo vino a pedirte que lo sacaras.

—No era mío.

Ferrer soltó una risa corta.

—Ahí está.

La garganta me raspó.

—¿Qué?

—La frase.

Golpeó mi zapato con la punta del bastón.

—No era mío.

Volvió a sentarse.

—Así os protegíais. Si el hombre servía, era vuestro. Si pedía ayuda, era de otro. Si aparecía golpeado, nadie lo conocía. Y si acababa muerto, nunca había existido.

Navarro sacó el teléfono.

—Voy a grabar esto.

Ferrer levantó una mano.

—Entonces dejo de hablar.

—Puede declarar en comisaría.

—Puede intentarlo.

Ríos tocó el brazo de Navarro.

—Déjalo.

Navarro guardó el móvil, pero no se sentó.

—¿Quién tachó a Pardo?

Ferrer miró la fotografía.

Esta vez durante más tiempo.

—No lo sé.

—¿Quién podía hacerlo?

—Cualquiera con miedo.

—Eso no sirve.

—Era lo único que servía.

Me acerqué hasta quedar frente a él.

—¿Salcedo está vivo?

Ferrer se frotó una mancha del pantalón.

—Salcedo siempre supo desaparecer.

—Lo han fotografiado esta mañana.

—Las fotografías también mienten.

—Tú lo ayudaste.

Su mano se detuvo.

Navarro lo vio.

—¿A desaparecer?

Ferrer agarró el bastón.

—He terminado.

Ríos bloqueó el camino hacia la puerta.

—No.

—Apártese.

—Pardo ha muerto y otro hombre puede estar en peligro.

Ferrer la miró con cansancio.

—Siempre había otro.

—Esta vez se llama Sergio.

El bastón resbaló entre sus dedos y golpeó el suelo.

No fue mucho. Pero bastó.

Tomé una decisión.

—Conoces el término "hombre útil".

Ferrer recogió el bastón.

—No sé de qué hablas.

—La libreta llama así a Sergio.

—Entonces la libreta quiere que corras.

—¿Hacia dónde?

—Lejos de lo que importa.

Navarro se inclinó.

—¿Qué importa?

Ferrer me sostuvo la mirada.

—Quién escribió las correcciones.

—Ya lo sabemos —dijo Ríos—. Barral.

—No todas.

La piel de la espalda se me tensó bajo la camisa.

—¿De quién era la otra letra?

Ferrer se puso de pie.

—Fuera.

Le agarré el brazo.

—Nombre.

El bastón cayó. Ferrer no intentó recogerlo.

—Suéltame.

—Dime quién escribía conmigo.

Sus ojos bajaron hacia mi mano.

—No escribía contigo.

—Entonces, ¿qué hacía?

Ferrer acercó la boca hasta casi tocarme el oído.

—Te corregía.

Aflojé los dedos.

Navarro dio un paso.

—¿Quién?

Ferrer miró la puerta.

Después a Ríos.

Por último, a mí.

—Pardo.

El nombre cayó sin fuerza. Por eso dolió más.

Negué una vez.

—Pardo no dirigía operaciones.

—No.

—No podía darme órdenes.

—Tampoco.

—Entonces no tiene sentido.

Ferrer recogió el bastón y señaló la fotografía.

—Pardo no trabajaba para ti, Julio.

Abrió la puerta.

—Tú trabajabas con la información que él decidía darte.

Nadie salió.

Ferrer golpeó el suelo.

—Y cuando descubrió que podías ser útil para algo más, empezó a escribir tu nombre en su propia libreta.

5.

La libreta verde

A las siete de la mañana, Navarro dejó la libreta abierta delante de mí.

No había dormido. Él tampoco. La luz blanca de la sala le había borrado el color de la cara y el café olía a ceniza mojada.

—Empieza por la primera página —dijo.

Me senté. La libreta estaba dentro de una funda transparente. Habían fotografiado cada hoja durante la noche. Las copias ocupaban tres carpetas.

—Ya la has leído.

—Quiero oír cómo la lees tú.

Ríos cerró la puerta y dejó una grabadora sobre la mesa. No la encendió. El gesto bastaba.

Miré la primera hoja. Fechas. Cantidades. Iniciales. Nada que pudiera llevarse ante un juez sin explicar antes por qué existía.

—Doscientos euros —dije—. Información sobre un vehículo.

Navarro apoyó un bolígrafo junto a mi mano.

—¿Cómo lo sabes?

—La marca junto al pago.

—Parece una cruz.

—No lo es.

Cogí el bolígrafo y dibujé dos líneas sobre un folio. Una corta. Otra inclinada.

—Matrícula confirmada.

Ríos acercó una de las copias.

—¿Quién usaba ese código?

—Nosotros.

—¿Quiénes sois "nosotros"?

Dejé el bolígrafo.

—Los que no queríamos escribir lo que hacíamos.

Navarro pasó la página.

—Sigue.

Había otro pago. Ciento cincuenta. Una inicial encerrada en un círculo. Al lado, mi letra.

REPETIR.

La palabra se me quedó detrás de los dientes.

—¿Qué significa? —preguntó Ríos.

—Que la información no bastaba.

—Eso ya lo sabemos.

—Entonces no preguntes.

Navarro giró la carpeta hacia él.

—No significa eso.

Lo miré.

—¿Desde cuándo sabes leer códigos que no existen?

—Desde que tú llevas veinte minutos evitando uno.

Tocó la inicial con el bolígrafo.

P.

—Pardo —dijo.

—Puede ser cualquiera.

—En seis páginas aparece seis veces. Siempre con pagos. Siempre antes de una anotación tuya.

Ríos abrió otra carpeta.

—Y siempre aumenta la cantidad después de que tú escribes.

El aire acondicionado se encendió con un golpe. La funda de plástico vibró sobre la mesa.

—No fijaba los pagos —dije.

—Pero pedías más —respondió Navarro.

No contesté.

Ríos empujó hacia mí una fotografía ampliada. La anotación ocupaba toda la hoja.

P. 150
REPETIR
P. 300

—¿Qué tenía que repetir? —preguntó.

El bolígrafo seguía entre mis dedos. Lo giré hasta que el plástico crujió.

Una habitación. Pardo sentado frente a mí.

Una bolsa de deporte en el suelo.

—No vuelvo —decía.

Yo señalaba la puerta.

—Entonces devuelve el dinero.

El recuerdo se cortó.

Dejé el bolígrafo.

—Una entrega.

Navarro no apartó la vista.

—¿De qué?

—No lo recuerdo.

—Conveniente.

—No tanto como crees.

Ríos encendió la grabadora.

El piloto rojo quedó entre nosotros.

—Vuelve a decirlo.

Me incliné hacia ella y la apagué.

—Cuando tengas una pregunta, la enciendes. No antes.

Navarro me agarró la muñeca. No apretó. Ya no necesitaba hacerlo.

—Aquí no mandas tú.

Aparté su mano.

—Eso es lo que estás intentando demostrar desde ayer.

Ríos volvió a encender la grabadora.

Esta vez la dejé.

—¿Obligaste a Pardo a repetir una entrega? —preguntó.

Miré la copia.

—Le dije que volviera.

—No es lo mismo.

—Para él sí.

Navarro se recostó. El respaldo de la silla chirrió.

—¿Se negó?

—Sí.

—¿Y tú?

La pared tenía una mancha oscura junto al interruptor. Alguien había apoyado allí demasiadas manos.

—Le recordé que había cobrado.

Ríos bajó la mirada a la libreta.

—Eso no es una respuesta.

—No buscaba responder.

Navarro abrió la segunda carpeta. Había separado las páginas donde aparecía mi letra.

Once.

No parecían muchas hasta que las puso en fila.

REPETIR.

APRETAR.

ESPERAR.

NO PAGAR.

PRESIONAR MÁS.

—No eran informes —dijo—. Eran órdenes.

—Eran notas.

—Las órdenes siempre parecen notas cuando nadie quiere firmarlas.

Cogió una copia y la golpeó contra la mesa.

—¿Qué significaba “no pagar”?

—Que la información era falsa.

—¿O que ya no era útil?

Le quité la hoja.

Debajo del texto había una fecha. Diecisiete años atrás. Recordé un teléfono sonando en una mesa metálica.

Pardo no lo cogía.

Yo sí.

—¿Quién es? —preguntaba una voz.

—El que paga.

El recuerdo desapareció antes de reconocer al otro hombre.

Doblé la copia.

—Pardo vendió información dos veces.

Ríos dejó de escribir.

—¿A quién?

—No lo supe.

—¿Qué hiciste?

—Le corté el pago.

Navarro sonrió sin alegría.

—Eso no fue todo.

Sacó otra fotografía.

La última línea de aquella página estaba casi borrada. La científica había aumentado el contraste.

RETENER HASTA QUE HABLE.

La letra era mía.

El café me subió amargo a la boca.

—¿Dónde lo retuviste? —preguntó Ríos.

—No lo sé.

—Mientes peor cuando estás cansado —dijo Navarro.

Me levanté.

La silla chocó contra la pared.

—Se acabó.

Navarro no se movió.

—Si sales, firmo una diligencia diciendo que ocultas información en una investigación por homicidio.

—Hazlo.

—Y pido que te retengan.

—Pídelo.

Ríos puso una mano sobre la libreta.

—Siéntate, Julio.

No lo hizo con autoridad. Lo hizo como quien aparta un vaso antes de que caiga.

Volví a la silla.

Navarro deslizó la fotografía hacia mí.

—¿Dónde?

La imagen temblaba apenas bajo mis dedos.

Paredes amarillas. Una tubería vista. El ruido de un extractor. Pardo golpeando una puerta.

—No podéis dejarme aquí.

Yo estaba al otro lado. No solo. Ferrer fumaba junto a la ventana.

—Una hora —decía.

Yo miraba el reloj.

—Hasta que hable.

Tragué saliva.

Costó.

—Un almacén.

Ríos acercó la grabadora.

—¿Dónde?

—No lo recuerdo.

Navarro abrió una carpeta distinta.

—Sí lo recuerdas.

Dentro había una fotografía actual. Una nave abandonada junto a una carretera. Fachada gris. Ventanas tapiadas.

—Ferrer nos dio la dirección después de que saliéramos de su casa —dijo.

Levanté la vista.

—Ferrer dijo que había terminado.

—Contigo.

Ríos señaló la puerta lateral de la nave.

—La policía local ha entrado esta madrugada.

—¿Qué habéis encontrado?

Navarro dejó otra fotografía.

Una silla atornillada al suelo. Una cadena corta. La pintura amarilla de las paredes se desprendía en placas.

Mis dedos se cerraron sobre la mesa.

—No usábamos cadenas.

Navarro me miró.

—No te he preguntado eso.

La frase quedó entre nosotros.

Ríos cambió la fotografía. En la pared había nombres arañados. Fechas. Marcas de uñas.

Y una palabra repetida tres veces.

BARRAL.

—Eso puede haberlo escrito cualquiera —dije.

—Claro —respondió Navarro—. Todo puede haberlo hecho cualquiera.

Abrió la tercera carpeta.

—Hasta que aparece algo que solo podía escribir una persona.

Sacó una bolsa pequeña. Dentro había una hoja arrancada de la libreta verde. El papel estaba doblado cuatro veces. Había aparecido bajo una tabla del almacén.

Navarro se puso guantes y la desplegó.

No contenía pagos. Ni códigos. Solo tres líneas.

Pardo pide salir.
Dice que lo están usando.
Barral niega la retirada.

Leí la última frase otra vez. La letra no era mía.

—¿Quién escribió eso? —preguntó Ríos.

No respondí.

Reconocía la inclinación. Las erres abiertas. La presión desigual al final de cada palabra.

Navarro acercó la hoja.

—¿Quién?

Toqué el borde del papel.

—Sergio.

Ríos apagó la grabadora.

Navarro permaneció inmóvil.

—Entonces sabía lo de Pardo.

—Sí.

—Y mintió cuando dijo que apenas lo conocía.

—Sí.

—¿Por qué protegió esa hoja?

Miré la frase.

Barral niega la retirada.

El recuerdo volvió sin pedir permiso. Pardo delante de mí. La cicatriz abierta.

—Me van a matar.

Yo cerraba una carpeta.

—Eso decís todos cuando queréis salir.

La mesa dejó de estar bajo mis manos.

Ríos tocó la hoja.

—Julio.

Levanté la vista.

—La fecha.

Navarro la buscó en la esquina inferior.

No había una fecha completa. Solo día y mes. Tres de noviembre.

Ríos abrió el expediente de Pardo.

—Ese día no consta ninguna operación.

—Porque no existía —dije.

Navarro sacó mi teléfono de su bolsillo. La pantalla se iluminó antes de que pudiera entregármelo.

Había llegado un mensaje de Sergio.

Solo una fotografía. Pardo, sentado en la silla del almacén. Yo estaba detrás de él. Mi mano descansaba sobre su hombro.

En la esquina aparecía la fecha completa. Tres de noviembre.

Doce años atrás.

La noche anterior a la muerte de David Mena.

6.

Una fotografía rota

Dos horas después, Navarro dejó la fotografía sobre una mesa de luz.

La habían ampliado hasta que los bordes perdieron nitidez. Pardo seguía sentado en la silla del almacén. Yo aparecía detrás, con una mano sobre su hombro. La fecha ocupaba la esquina inferior.

Tres de noviembre.

—No mires tu cara —dijo Navarro—. Mira la foto.

Ríos apagó la luz principal. El cristal iluminó la sala desde abajo. Olía a polvo caliente y a pegamento fotográfico.

Me incliné.

—Ya la he visto.

—La has reconocido. No es lo mismo.

Navarro colocó una regla junto al borde izquierdo. Faltaba una parte de la imagen. El corte no era limpio. El papel había sido doblado primero y arrancado después.

—Había alguien más —dijo Ríos.

No respondí.

En la esquina rota quedaba medio zapato. Negro. Punta cuadrada. Una sombra subía por el lateral, demasiado estrecha para pertenecer a la silla.

Navarro tocó el cristal.

—¿Quién estaba ahí?

—No lo sé.

—Llevas diciendo eso desde ayer.

—Y tú sigues esperando que cambie porque preguntas más fuerte.

Ríos deslizó otra ampliación. Habían separado la imagen en franjas. En una aparecía mi mano sobre Pardo. En otra, la pared. En la última, el borde roto.

—Tu mano no lo sujeta —dijo.

La miré.

—Eso ya lo sé.

—Entonces, ¿qué haces?

Observé mis dedos.

No estaban cerrados. El pulgar descansaba junto al cuello de la camisa. Pardo tenía los hombros levantados, pero no intentaba apartarse.

La postura no era de amenaza. Eso no mejoraba nada.

—Lo estaba calmando.

Navarro soltó aire por la nariz.

—Después de retenerlo.

—Sí.

—Después de negarle salir.

—Sí.

—Eres muy generoso con los detalles cuando ya están escritos.

Aparté la fotografía.

—¿Qué quieres?

—Que dejes de esperar a que encontremos cada pedazo.

Cogió una carpeta y la abrió. Dentro había una copia del informe elaborado tras la muerte de David. Mi declaración empezaba a las 23:40 del cuatro de noviembre.

Navarro señaló una frase subrayada.

No mantuve contacto alguno con Francisco Pardo durante las semanas anteriores.

—La firmaste tú —dijo.

—Sí.

—Ahora tenemos una fotografía tomada la noche anterior.

—También.

Ríos se apoyó en la mesa.

—Eso no es un fallo de memoria.

La luz del cristal me marcaba las venas de las manos. Cerré los dedos.

—No.

Navarro esperó. No iba a regalarle la palabra.

—Mentiste —dijo al final.

—Sí.

La sala quedó en silencio. Un ventilador pequeño vibró junto al ordenador.

Ríos volvió a encender la luz.

—¿Por qué?

Cogí la declaración. La firma estaba inclinada hacia la derecha. La reconocí antes que el contenido.

—Porque Pardo no debía aparecer.

—¿En la investigación?

—En ninguna parte.

Navarro se acercó.

—¿Lo protegías?

Doblé el informe.

—Me protegía.

No añadió nada. Fue peor.

Ríos sacó una silla y se sentó frente a mí.

—Cuéntalo sin evasivas.

—No doy clases.

—Entonces dame hechos.

Dejé el informe sobre la mesa.

—Pardo pidió salir. Yo me negué. Lo llevamos al almacén. Estuvo allí menos de dos horas.

—¿Quiénes?

—Ferrer. Pardo. Yo.

Navarro señaló el borde roto.

—Y alguien más.

—No vi a nadie.

—La fotografía no se hizo sola.

Miré de nuevo la sombra.

En el almacén había una ventana pequeña. El flash había dejado una mancha blanca sobre la pared. La persona que tomó la foto estaba cerca. A menos de tres metros.

Yo debía haberla visto.

—La puerta estaba abierta —dije.

Ríos se inclinó.

—Antes dijiste que Pardo golpeaba una puerta cerrada.

—La cerramos después.

—¿Quién entró antes?

El zumbido del ventilador se mezcló con otro sonido.

Una moneda golpeando una tubería. Una vez. Después otra. Pardo sentado en la silla. Ferrer fumando.

Yo junto a la puerta. Y alguien en el pasillo. No una cara. Una voz.

—No lo marquéis todavía.

Abrí la mano sobre la mesa.

—Había un hombre fuera.

Navarro se acercó un paso.

—Nombre.

—No lo vi.

—Pero lo oíste.

—Sí.

—¿Qué dijo?

La palabra volvió con el mismo tono.

Todavía.

—Dijo que no lo marcáramos.

Ríos se sorprendió.

—¿Marcar a Pardo como qué?

Navarro me miró antes de que respondiera.

—Navarro.

Asentí.

Ríos se levantó.

—La palabra escrita en su espalda.

—Sí.

—Entonces no era una orden inventada por el asesino.

—No.

Navarro cogió la fotografía y la giró hacia mí.

—Era una decisión pendiente.

—Sí.

—Y tú estabas allí cuando se tomó.

—No he dicho eso.

—Has dicho que alguien pidió que esperaran.

—No es lo mismo.

—Para Pardo, quizá sí.

La frase me golpeó más de lo que debía.

Aparté la vista.

Navarro abrió otra carpeta. No contenía pruebas nuevas. Solo una lista de llamadas de aquella noche.

—He pedido los registros de tu teléfono de servicio —dijo.

—Después de doce años.

—Las compañías borran. La policía archiva.

—No siempre.

—Esta vez sí.

Señaló tres llamadas realizadas desde mi número entre las nueve y las once. Dos iban a Sergio. La tercera, a una extensión interna de Topas.

Ríos pasó el dedo por la hora.

22:17.

—¿A quién llamaste?

—No lo recuerdo.

Navarro me tendió la hoja.

—La extensión pertenecía a seguridad interior.

—Eso no significa que contestara alguien concreto.

—Lo sé.

Recogió las carpetas.

—Por eso voy a averiguarlo sin ti.

La decisión ya estaba tomada. Se le notaba en la forma de cerrar las tapas.

—¿Adónde vas?

—A trabajar.

—Eso no es una respuesta.

—Ahora sabes cómo se siente.

Se dirigió a la puerta.

Ríos no lo siguió.

—Navarro.

Él se volvió.

—La fotografía.

—Se queda aquí.

—No. El original.

Navarro la miró.

Ríos señaló el borde roto.

—Si arrancaron una parte, puede haber fibras distintas. Pegamento. Otra emulsión.

—Ya lo ha revisado científica.

—Revisaron la superficie. No el desgarro.

Navarro dejó la carpeta sobre la mesa.

Ríos cogió una lupa y acercó el borde a la lámpara. Pasó la uña enguantada junto a la rotura.

Algo blanco se desprendió. No era papel. Era una capa más fina.

—Hay dos fotografías pegadas —dijo.

Navarro volvió a la mesa.

Ríos introdujo una espátula bajo el reverso. El adhesivo cedió con un chasquido húmedo. Separó las capas despacio.

Debajo apareció otra imagen. Más pequeña.

No tenía fecha.

Mostraba el mismo almacén, vacío. La silla seguía atornillada al suelo. Sobre ella había una carpeta negra.

Navarro me miró.

—¿La reconoces?

No contesté.

La carpeta era la misma que aparecía en el negativo encontrado bajo la lengua de Pardo. La que yo llevaba al entrar en Topas.

Ríos acercó la fotografía a la luz.

En la pared del fondo alguien había escrito una frase con rotulador. No se veía completa. La mitad quedaba fuera del encuadre.

Solo podían leerse cuatro palabras.

BARRAL NO SABE PARA QUIÉN.

Navarro sostuvo la imagen por una esquina.

—La frase está cortada.

Ríos observó el desgarro.

—Porque la otra mitad estaba en el pedazo arrancado.

Me puse de pie.

—Busca la fotografía original de Pardo.

—La tenemos delante —dijo Navarro.

—No.

Señalé el medio zapato junto al borde.

—Busca la foto donde aparecemos los cuatro en la mesa.

Navarro abrió la carpeta del caso y sacó la imagen encontrada en el bolsillo del cadáver.

Cuatro hombres. Vasos. Humo. Yo junto a Pardo. El cuarto cuerpo cortado por el encuadre.

Solo una manga. Una mano. Un reloj de esfera azul.

Coloqué ambas fotografías juntas. El desgarro coincidía. No eran dos imágenes distintas. Formaban parte de la misma copia.

Ríos alineó los bordes. La parte arrancada completó la frase del almacén.

BARRAL NO SABE PARA QUIÉN TRABAJA.

Debajo aparecía una fecha. No la noche anterior a la muerte de David. Tres años antes.

Navarro leyó el reverso.

Había un nombre escrito a lápiz.

No era Salcedo. No era Ferrer. Tampoco Sergio. Era el mío. Junto a él, una sola palabra.

ÚTIL.

7.

Sergio miente otra vez

Catorce horas después, Sergio contestó desde un número desconocido.

Yo estaba en la habitación del hotel, sentado en el suelo, con la espalda contra la cama. Había apagado el aire acondicionado para escuchar mejor. El aparato seguía crujiendo por dentro.

—No digas mi nombre —dijo.

Me levanté.

—Ya lo has dicho tú.

—¿Estás solo?

Miré la puerta. La cadena estaba puesta. Sobre la mesa, el vaso que había colocado junto al teléfono seguía inmóvil.

—Sí.

Sergio guardó silencio.

Detrás de su respiración sonaba una voz metálica. Una mujer anunciaba algo. No entendí las palabras.

—Ayer te llamaron desde mi teléfono —dijo.

—Lo sé.

—Yo no hice esa llamada.

Me acerqué a la ventana y separé la cortina con un dedo. Un coche gris llevaba diez minutos estacionado frente al hotel. El conductor no había salido.

—Pero estabas allí.

—No.

—Entonces imitan bien tu miedo.

La línea quedó vacía.

Cogí el mando del televisor y lo dejé caer contra el suelo. El golpe sonó cerca del teléfono.

Sergio respiró más rápido.

—¿Qué ha sido eso?

—Una decisión. La siguiente depende de ti.

Colgó. No intenté devolver la llamada. Marqué el número de Navarro.

Respondió al segundo tono.

—¿Dónde estás?

—Pardo conocía a Sergio.

—Eso ya lo sabemos.

—No. Sabemos que Sergio escribió sobre él. Quiero saber cuándo dejaron de ser desconocidos.

Navarro apartó el teléfono. Oí una puerta y después su voz, más baja.

—La llamada duró treinta y nueve segundos.

Miré la pantalla.

—Cuarenta y dos.

—Llevabas otro teléfono abierto.

La cortina se movió contra mi mano.

—Estás escuchando mi habitación.

—Estoy intentando que no te maten dentro.

—El coche gris es demasiado visible.

—No es mío.

Solté la cortina.

Abajo, el conductor abrió la puerta.

Tomé una decisión. Guardé el teléfono y salí al pasillo sin ponerme la chaqueta.

El ascensor estaba detenido en la cuarta planta. Yo dormía en la quinta. Bajé por la escalera. El olor a lejía se pegaba a la barandilla.

En el tercer piso se abrió una puerta.

Una mujer sacó una bolsa de basura. No me miró. Al pasar junto a ella, vi la pantalla de un teléfono encendida dentro de su bolsillo.

Seguí bajando.

—Barral —dijo Navarro por el móvil—. Vuelve a la habitación.

—Manda a tu gente a cerrar la salida trasera.

—No tengo gente allí.

—Entonces date prisa.

Corté la llamada.

En recepción, el hombre del coche gris estaba hablando con el empleado. Camisa blanca. Gafas oscuras colgadas del cuello. Una mano apoyada sobre el mostrador.

La otra no se veía.

Me acerqué por detrás.

—¿Qué planta?

El hombre giró demasiado rápido.

Su mano salió del bolsillo con unas llaves.

—¿Perdón?

Le quité las gafas del cuello. Una patilla se rompió entre mis dedos.

—Llevas cuarenta minutos esperando. No has venido a dormir.

El recepcionista retrocedió.

—Señor, no puede…

El hombre recogió la patilla del suelo.

—Soy taxista.

—No hay licencia en el parabrisas.

—Es un vehículo privado.

—Entonces eres un taxista malo.

Intentó pasar junto a mí. Le cerré el camino.

—¿Quién te ha pagado?

Me empujó con el hombro. Lo agarré de la camisa. El tejido se abrió bajo el cuello y cayó un auricular pequeño.

El recepcionista levantó el teléfono.

—Voy a llamar a la policía.

—Ya viene —dije.

El hombre me golpeó la muñeca. Solté la camisa. No corrió hacia la salida principal. Se metió por la puerta que llevaba a las cocinas.

Fui detrás.

Una bandeja cayó al suelo. El estruendo llenó el pasillo. El hombre apartó a un camarero y abrió la salida de servicio.

Lo alcancé en el callejón.

Agarré su cinturón. Giró y me clavó el codo bajo las costillas. El aire se quedó dentro de mí. Aflojé los dedos.

Él aprovechó.

Saltó sobre una motocicleta aparcada junto a un contenedor. El motor arrancó antes de que pudiera tocarlo otra vez.

No llevaba matrícula.

Navarro apareció cuando el ruido ya se alejaba.

Ríos bajó del coche detrás de él.

—¿Lo has visto? —pregunté.

Navarro miró la calle vacía.

—He visto cómo vuelves a estropear una vigilancia.

Le enseñé el auricular que había quedado en el suelo.

—No era taxista.

Ríos se puso un guante y lo recogió.

—Tampoco era discreto.

—No me seguía a mí —dije.

Navarro señaló el hotel.

—Estaba frente a tu ventana.

—Esperaba que Sergio llamara.

Los dos dejaron de moverse.

El teléfono desconocido sonó otra vez en mi bolsillo.

Navarro extendió la mano.

—Altavoz.

Contesté sin entregárselo.

—Has tardado —dije.

—No vuelvas a hacer eso.

La voz de Sergio llegaba más limpia. Ya no había anuncios detrás. Solo un roce constante, como ruedas sobre una superficie rugosa.

—El hombre del hotel trabajaba para ti —dije.

—No.

—Te has acostumbrado demasiado a esa palabra.

Navarro acercó la cabeza al teléfono.

—Sergio, soy el inspector Navarro.

La llamada se cortó.

Navarro me quitó el móvil.

—Lo has asustado.

—Te ha reconocido.

—He dicho mi nombre.

—No tu voz.

Ríos miró el auricular dentro de la bolsa.

—Puede que oyera la conversación anterior.

Negué.

—Ha colgado antes de que terminaras de presentarte.

Navarro volvió a marcar. El número ya no existía.

Le quité el teléfono y abrí los mensajes. No había ninguno. Revisé el historial. Dos llamadas. La primera, cuarenta y dos segundos. La segunda, diecisiete.

Ríos tocó la pantalla.

—¿Qué sonaba detrás?

—Un anuncio.

—¿Estación?

—Puede ser.

Navarro miró el callejón por el que había huido el motorista.

—O quería que pareciera una estación.

Entramos en el hotel. El recepcionista seguía con el teléfono en la mano. Un camarero recogía los trozos de la bandeja. Cada pieza chocaba contra el cubo con un sonido seco.

—Las cámaras —dijo Navarro.

—No funcionan —respondió el empleado.

Navarro se detuvo.

—¿Desde cuándo?

El hombre miró hacia la puerta de las cocinas.

—Desde esta mañana.

Ríos apoyó ambas manos sobre el mostrador.

—¿Quién se lo comunicó?

—Un técnico.

—Nombre.

—No dejó ninguno.

Navarro me miró.

—Igual que en la pensión.

El teléfono vibró.

Esta vez llegó un mensaje de voz.

Navarro cerró la mano sobre mi muñeca antes de que lo reprodujera.

—En comisaría.

—No.

—Puede contener información de una investigación.

—También puede dejar de existir.

Pulsé la pantalla.

La voz de Sergio salió demasiado alta en el vestíbulo.

—Conocí a Pardo antes que tú.

Un golpe. Después, el arrastre de algo pesado.

—Él me dio la libreta. Yo se la entregué a Ferrer.

Navarro acercó el teléfono.

Sergio continuó:

—Cuando Pardo pidió salir, no estaba huyendo de Salcedo. Estaba huyendo de nosotros.

La grabación se interrumpió.

Esperamos.

Quedaban seis segundos.

Volvió la voz, más baja.

—La noche del almacén mentí para protegerte, Julio. Pero no sobre la fotografía.

El audio terminó.

Navarro soltó mi muñeca.

—¿Qué significa eso?

Marqué el número. Inexistente.

Lo intenté otra vez.

Nada.

Ríos cogió el teléfono y reprodujo el mensaje desde el principio. En el último fragmento subió el volumen.

Bajo la voz de Sergio sonaban ruedas. Un pitido. Después una frase apenas audible.

Próxima salida, estación de Delicias.

Navarro cogió las llaves del coche.

—Vamos.

No me moví.

—Sergio no está en Zaragoza.

—Acabamos de oírlo.

—Hemos oído un anuncio.

Ríos guardó el auricular dentro de su chaqueta.

—¿Entonces por qué lo ha enviado?

Miré la pantalla. El archivo de audio tenía una duración de veintitrés segundos. Pero la grabación original duraba un minuto y ocho. Alguien había recortado cuarenta y cinco segundos antes de mandarla.

Deslicé el dedo sobre la información del archivo. Había un nombre en los metadatos.

No era Sergio.

Pardo_última.

Navarro dejó de abrir la puerta.

—Francisco Pardo lleva muerto más de un día.

—Sí.

—Entonces Sergio no acaba de grabar eso.

Volví a reproducir el comienzo.

Conocí a Pardo antes que tú.

Esta vez reconocí el ruido que había antes de la primera palabra.

Tres golpes. Los mismos que habíamos oído durante la llamada desde Salamanca.

Ríos miró hacia la calle.

—Alguien está utilizando grabaciones antiguas.

—No —dije.

Toqué la fecha de creación del archivo. Era de tres días antes de que apareciera el cadáver en el canal.

—Pardo grabó a Sergio antes de morir.

Navarro tomó el teléfono.

—¿Y quién lo ha enviado ahora?

En la pantalla apareció un segundo mensaje.

No llevaba texto. Solo una ubicación compartida.

Estación Zaragoza-Delicias.

Debajo, el punto azul empezó a moverse. No se alejaba de la estación. Venía hacia nosotros.

8.

La estación Delicias

Dos días después, el punto azul seguía inmóvil en una taquilla de objetos perdidos.

Navarro dejó el teléfono sobre el mostrador.

—Aquí terminó la ubicación.

El empleado miró la pantalla y luego la fila de compartimentos metálicos detrás de él. Llevaba una llave colgada de la muñeca. La hacía girar sin darse cuenta.

—Aquí no guardamos teléfonos.

—Hoy sí —dijo Ríos.

El vestíbulo de Delicias olía a freno caliente. Cada anuncio por megafonía cortaba las frases antes de que pudieran asentarse.

El empleado señaló una puerta.

—Lo que llega sin identificar se registra dentro.

Tomé una decisión.

—Que abra solo él.

Navarro me miró.

—¿Ahora diriges registros?

—Ahora evito que toques lo que alguien espera que toques.

El empleado dejó de girar la llave.

Ríos se puso guantes.

—Abre tú. Nosotros miramos.

La puerta daba a un cuarto estrecho. Había maletas apiladas, paraguas doblados y tres cajas de cartón cerradas con cinta. El empleado encendió la luz.

Parpadeó dos veces.

—La ubicación marca el fondo —dijo Navarro.

Avanzamos entre los bultos. Una maleta azul cayó al rozarla con el hombro. El golpe hizo vibrar una estantería.

En la balda inferior había un teléfono. Encendido. Sin funda.

Navarro alargó la mano.

—No.

Se detuvo antes de tocarlo.

—Ya lo sé, Barral.

Ríos acercó una bolsa transparente y levantó el aparato con dos pinzas. La pantalla mostraba una fotografía de la estación tomada desde la planta superior.

En el centro aparecía Navarro.

A su lado, Ríos.

Yo caminaba dos pasos detrás.

—La hicieron ayer —dijo ella.

El empleado retrocedió.

—Yo no he visto a nadie.

—No te hemos preguntado —respondió Navarro.

El teléfono vibró dentro de la bolsa.

Ninguno se movió.

En la pantalla apareció una llamada entrante.

NÚMERO OCULTO.

Navarro activó el altavoz sin sacar el aparato.

—Habla.

Solo se oyó el murmullo de la estación. Después, una tos. Seca. Repetida.

—Francisco —dije.

Navarro giró la cabeza.

La tos terminó. Una voz anciana ocupó la línea.

—Pardo estuvo aquí.

Ríos acercó la grabadora.

—Identifíquese.

—Pregunten por Molina.

—¿Dónde?

—Andén ocho.

La llamada se cortó.

Navarro guardó el teléfono en otra bolsa.

—No salimos corriendo detrás de cada voz.

Me dirigí a la puerta.

—Entonces quédate.

Me agarró del brazo.

—El andén ocho lleva cerrado por obras desde hace seis meses.

—Mejor. Habrá menos gente para molestarnos.

Ríos pasó junto a los dos.

—Discutid andando.

El acceso estaba bloqueado por una cinta y una valla móvil. Detrás, las escaleras bajaban hacia una zona sin viajeros. Una lámpara de emergencia teñía el pasillo de rojo.

Navarro llamó a seguridad.

Yo aparté la valla.

—Espera.

—Ya hemos esperado dos días.

Bajé.

Ríos me siguió. Navarro soltó una maldición y vino detrás.

En el andén no había trenes. Solo polvo y herramientas cubiertas con lonas. Al final, un hombre estaba sentado en un banco.

Chaqueta marrón. Bastón entre las piernas. No levantó la cabeza cuando nos acercamos.

—Molina —dije.

El hombre golpeó el suelo con la punta del bastón.

—Barral.

Navarro mostró la placa.

—Nombre completo.

—Celso Molina García.

—Documento.

Molina sacó una cartera. La dejó sobre el banco, sin entregársela.

Ríos la abrió.

—Policía jubilado.

—Hace dieciséis años —dijo él.

Me fijé en sus manos. La derecha temblaba. La izquierda sujetaba el bastón con demasiada fuerza.

—¿Conocía a Pardo? —preguntó Navarro.

Molina miró las vías vacías.

—Conocía a muchos que no existían.

Navarro se sentó a su lado.

—Ya hemos escuchado esa frase.

—Entonces alguien sigue vivo.

Tomé una decisión.

—Déjanos solos.

Navarro ni siquiera me miró.

—No.

—Conmigo hablará.

Molina sonrió sin enseñar los dientes.

—Siempre creyó eso.

Ríos cerró la cartera.

—Habla delante de todos o te llevamos a comisaría.

El bastón golpeó otra vez el suelo.

—Pardo llegó el martes.

—¿A qué hora? —preguntó.

—Antes del último tren de Madrid.

—Eso no es una hora.

—Para quien espera, sí.

Navarro sacó una fotografía de Pardo y se la puso sobre las rodillas.

—¿Era este hombre?

Molina no bajó la vista.

—Más delgado.

La misma respuesta que había dado la recepcionista.

Me acerqué.

—¿Quién te dijo que dijeras eso?

Su mano izquierda apretó el bastón.

—Nadie.

—Entonces míralo.

Cogí la fotografía y la levanté frente a su cara.

Molina parpadeó.

Solo una vez.

—Era él —dijo.

Navarro recuperó la imagen.

—¿Solo?

—Primero.

—¿Y después?

Un convoy pasó por una vía lejana. El aire empujó polvo contra nuestros zapatos.

Molina se cubrió la boca con un pañuelo. Tosió dentro. La misma tos de la llamada.

Ríos señaló su teléfono.

—La voz era suya.

—La garganta también.

—¿Quién hizo la llamada?

Molina dobló el pañuelo.

—Un hombre me dio el número.

—Nombre.

—No pregunté.

Navarro se inclinó hacia él.

—Usted fue policía. Preguntaba hasta cuando no debía.

—Por eso aprendí a no hacerlo.

Le quité el bastón de las manos.

Molina intentó recuperarlo.

—Devuélvemelo.

—Cuando termines.

—Sigues tocando lo que no es tuyo.

—Y tú sigues esperando que otro pague.

Su mano quedó suspendida entre los dos.

—Pardo vino con una bolsa negra —dijo.

Ríos se acercó.

—¿Una carpeta?

—Una bolsa. Pequeña. Deportiva.

—¿Qué llevaba dentro?

—No la abrió.

—¿Dónde fue?

Molina señaló la pared del fondo.

—Esperó junto al ascensor de servicio.

Navarro miró la zona cerrada.

—Ese ascensor no comunica con pasajeros.

—Por eso lo eligió.

Le devolví el bastón.

—¿A quién esperaba?

Molina lo apoyó contra el pecho.

—A mí no.

Tomé otra decisión.

—Subimos al ascensor.

Navarro se puso delante.

—Primero termina la declaración.

—Si alguien limpió el cuarto, cada minuto cuenta.

—Han pasado días.

—Entonces deja de regalarle otro.

Ríos levantó una mano.

—Yo me quedo con Molina. Vosotros miráis el ascensor.

Navarro no estuvo de acuerdo. Se le notó en la mandíbula. Aun así, caminó conmigo.

La puerta de servicio estaba cerrada con un candado reciente.

Navarro lo tocó.

—Nuevo.

—Demasiado.

Golpeé la chapa con los nudillos. Algo respondió desde dentro. Un sonido breve. Metálico.

Navarro sacó el arma.

—Atrás.

—No hay espacio.

—Créalo.

Disparó al candado.

El estruendo rebotó por el andén. La puerta se abrió tres centímetros.

Un olor a humedad salió del hueco.

Navarro empujó con el pie.

Dentro no había nadie.

Solo un carrito de limpieza atravesado frente al ascensor y una chaqueta de hombre colgada de una tubería.

La toqué. Aún estaba blanda.

—No lleva aquí dos días.

Navarro revisó los bolsillos.

Sacó un billete de tren usado. Salamanca-Zaragoza. Fecha del martes.

—Pardo —dijo.

Negué.

—Pardo llegó desde Madrid.

Navarro giró el billete.

En el reverso había un número escrito a bolígrafo.

Ríos nos llamó desde el andén.

—Venid.

Molina estaba de pie. Había perdido el bastón. Lo sostenía ella.

—Quiere irse —dijo.

—No me encuentro bien —respondió él.

Le enseñé el billete.

—¿Quién vino de Salamanca?

Molina miró el número del reverso.

La piel de su cara se aflojó.

—Ese no era el billete.

Navarro dio un paso.

—¿Había otro?

Molina bajó la voz.

—Pardo llevaba dos.

—¿De dónde?

—Uno de Madrid. Otro de Salamanca.

—¿A nombre de quién?

Molina buscó el bastón. Ríos no se lo devolvió.

—No vi el nombre.

—Mientes —dije.

Me sostuvo la mirada.

—Lo rompió delante de mí.

—Entonces viste algo.

Molina se pasó la lengua por el labio.

—Las iniciales.

Navarro sacó la libreta.

—¿Cuáles?

—S. M.

El ruido de una persiana metálica llegó desde el acceso superior.

Alguien había cerrado la salida.

Ríos levantó la cabeza.

Navarro guardó la libreta.

—Seguridad no haría eso con nosotros abajo.

Las luces del andén se apagaron.

Molina me agarró la manga.

Sus dedos estaban fríos.

—Pardo no vino a esconderse —susurró.

Una linterna apareció al otro extremo de la vía.

Alguien avanzaba hacia nosotros.

—¿A qué vino? —pregunté.

Molina tiró de mi brazo hasta acercarme.

—A comprobar si Sergio había muerto.

La linterna se detuvo.

Navarro apuntó hacia ella.

—¡Policía! ¡Identifíquese!

La luz cayó al suelo.

Se oyó una carrera.

Ríos soltó el bastón y fue hacia las escaleras. Navarro la siguió.

Yo agarré a Molina antes de que cayera.

—¿Por qué iba Pardo a pensar que Sergio estaba muerto?

Molina abrió la boca.

No salió voz.

Algo oscuro crecía en su camisa, bajo las costillas.

Levanté la chaqueta.

Tenía un corte limpio. Reciente.

Molina apretó mi muñeca.

—Porque yo vi el cuerpo.

La puerta del ascensor se abrió detrás de nosotros.

Dentro había un hombre sentado en el suelo, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Llevaba la chaqueta de Sergio.

9.

Los hombres útiles

Nueve horas después, Molina arrancó la vía del brazo y puso los pies en el suelo.

La máquina situada junto a la cama empezó a pitar. Él aplastó el esparadrapo contra la sábana y trató de levantarse. La bata se abrió por la espalda.

Cerré la puerta de la habitación.

—Vuelve a la cama.

—Quítate de en medio.

Apoyó una mano en la mesilla. Los dedos le fallaron. El vaso de plástico cayó y rodó bajo la cama.

No fui a recogerlo.

—El médico dice que has tenido suerte.

—Los médicos dicen eso cuando no saben quién sujetaba el cuchillo.

Intentó dar otro paso. La herida le dobló el cuerpo. Lo agarré antes de que tocara el suelo y lo empujé contra el colchón.

Molina me golpeó el pecho.

—No me toques.

—Entonces deja de caerte.

La puerta se abrió. Ríos entró con una carpeta bajo el brazo. Cerró con el talón y miró la vía arrancada.

—El hospital ha llamado a seguridad.

—Que suban —dijo Molina.

Ríos dejó la carpeta sobre la cama.

—Subirán después de Homicidios.

Molina fijó la vista en la portada. No había ningún nombre escrito. Solo una etiqueta gris.

Tomé una decisión.

—Dile quién estaba en el ascensor.

Ríos no abrió la carpeta.

—No era Sergio.

La presión que llevaba horas golpeándome detrás de los ojos se detuvo.

Molina apoyó la espalda en la almohada.

—Llevaba su chaqueta.

—Y sus zapatos —dijo Ríos—. Una talla más grande.

Abrí la carpeta. Dentro había tres fotografías del hombre. Rostro hinchado. Barba corta. Una marca vieja junto a la ceja.

No lo conocía.

Eso no alivió nada.

—¿Causa de la muerte?

—No estaba muerto.

Levanté la mirada.

Ríos tocó la primera fotografía.

—Sobredosis de insulina. Sigue inconsciente. No lleva documentación y sus huellas no aparecen en la base nacional.

Molina cerró los dedos sobre la sábana.

—Lo han vaciado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ríos.

Él giró la cara hacia la ventana. Las persianas dejaban pasar una franja blanca que le cortaba el cuello.

—Nada.

Cogí una de las fotografías y se la puse sobre las piernas.

—Lo reconoces.

—Reconozco el método.

—No te he preguntado eso.

Molina apartó la imagen.

—Y yo no he venido al hospital para ayudarte.

Ríos abrió otra hoja.

—Alguien le quitó las etiquetas de la ropa, le limó parte de las uñas y le quemó las yemas de dos dedos. El resto se las dejó intactas.

Molina miró sus propias manos.

—Entonces querían retrasaros. No ocultarlo para siempre.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque todo hombre tiene un nombre en alguna parte.

Ríos sacó el móvil y lo dejó sobre la sábana. En la pantalla había una ampliación de la chaqueta encontrada en el ascensor.

—En el forro aparecieron restos de sangre.

—¿De Sergio?

—Todavía no lo sabemos.

Molina intentó devolverle el teléfono. Ríos no lo cogió.

—Mire mejor.

En el interior de la manga había una costura abierta. Nada más.

Molina pasó el pulgar por la imagen.

—Buscáis algo que ya han sacado.

—¿Qué llevaba ahí? —pregunté.

Su boca se endureció.

—Una identificación.

—Has dicho que los confidentes no tenían documentación.

—No he dicho que fuera suya.

La máquina volvió a pitar. Molina agarró el cable y tiró de él hasta silenciarla. El enchufe golpeó la pared.

Ríos pulsó el timbre de enfermería.

—Habla antes de que te seden.

—No pueden.

—Puedo pedir que te custodien.

—Eso no es lo mismo.

Me acerqué a la cama.

—S. M.

Molina no reaccionó.

—Las iniciales del billete —continué—. Dijiste que Pardo lo rompió delante de ti. Después afirmaste que había ido a comprobar si Sergio estaba muerto.

—No afirmé nada.

—Te estabas desangrando. Es cuando menos adornas las frases.

Ríos colocó una grabadora sobre la mesilla.

Molina la miró.

Yo la apagué.

—No quiere una declaración. Quiere saber cuánto sabemos.

Ríos mantuvo la mano sobre el aparato.

—Y tú quieres decidir qué contamos.

—Quiero que hable.

Molina dejó escapar aire por la nariz.

—Seguís trabajando igual.

—Tú también —dije—. Solo que ahora sangras más despacio.

La enfermera entró. Vio la vía en la sábana, el cable arrancado y el vaso en el suelo.

—Tienen que salir.

Ríos mostró la placa.

—Dos minutos.

—Uno.

La mujer recogió el cable y salió sin cerrar del todo. Dejé el pie contra la puerta.

Tomé una decisión.

—No preguntaremos por Sergio.

Molina levantó la vista.

—Preguntaremos por el hombre del ascensor.

La piel junto a su ojo izquierdo se contrajo.

Ríos entendió.

—¿Qué trabajo hacía?

—Ninguno.

—Entonces no estaba allí por casualidad —dije.

Molina se humedeció los labios.

—Conseguía teléfonos. Coches. Habitaciones. Cosas que no debían quedar unidas a quien las usaba.

—Un intermediario.

—Una herramienta.

Ríos recuperó la grabadora, aunque seguía apagada.

—Nombre.

—No lo recuerdo.

Cogí la fotografía y la doblé por la mitad.

—Sí lo recuerdas.

—Hace años.

Doblé otra vez.

—También recuerdas a Pardo.

Molina extendió la mano.

—No rompas eso.

—¿Por qué? No existe.

Sus dedos quedaron suspendidos.

Abrí la fotografía.

—Nombre.

—Gabriel Luna.

Ríos escribió sin apartar los ojos de él.

—¿Policía?

—Nunca.

—¿Confidente?

Molina negó.

—Los confidentes daban información. Gabriel hacía posible que otros la consiguieran.

—¿Para quién trabajaba?

—Para quien lo necesitara.

—Eso no es una respuesta —dijo Ríos.

—Es la única que vais a tener.

Me incliné sobre la cama.

—¿También trabajó para mí?

Molina me miró las manos. Después la cara.

—No directamente.

—Otra respuesta cómoda.

—Las cómodas eran las tuyas. Siempre llegabas cuando todo estaba preparado.

La franja de luz le atravesaba los labios. Cada vez que respiraba, la tela sobre la herida se hundía.

—¿Qué preparaba?

—Una dirección. Un coche sin matrícula registrada. Un cuarto donde nadie preguntaba. Tú entrabas, apretabas y salías con un nombre.

Ríos dejó de escribir.

—¿Y quién pagaba?

Molina señaló la carpeta.

—El que necesitaba el resultado.

—Quiero nombres.

—Quieres muertos.

La puerta se movió contra mi zapato. La enfermera empujó desde fuera.

—Se acabó.

La mantuve cerrada.

—¿Por qué Pardo buscaba a Gabriel?

Molina miró el timbre.

—No lo buscaba.

—Entonces, ¿por qué estaba en Delicias?

—Porque Gabriel llevaba la chaqueta.

Ríos se inclinó.

—¿Antes de que apareciera en el ascensor?

—La llevaba cuando Pardo llegó.

El pasillo quedó en silencio al otro lado de la puerta. La enfermera había dejado de empujar.

No era buena señal.

Molina bajó la voz.

—Pardo vio a Gabriel vestido como Sergio. Pensó que iban a mostrarle un cadáver. Quería comprobar si era real.

—¿Quién se lo había dicho?

—El hombre que compró el billete.

—¿Salcedo?

Molina sonrió. La sangre empezó a extenderse bajo el vendaje.

—Seguís buscando jefes.

Ríos llamó a la enfermera. Nadie respondió.

Abrí la puerta.

El pasillo estaba vacío. Al fondo, las puertas del ascensor se cerraban.

Corrí. Ríos salió detrás. Alcancé a meter la mano entre las hojas metálicas. El sensor no reaccionó.

Las puertas siguieron apretando.

Tiré del brazo antes de que me atraparan los dedos. El ascensor bajó.

Ríos golpeó el botón.

—Escaleras.

Llegamos a la planta baja cuando las puertas se abrían. Dentro no había nadie. Solo una silla de ruedas vacía y una bolsa transparente colgada del respaldo.

La bolsa pertenecía al hospital.

Dentro estaba la ropa de Gabriel Luna.

Ríos se puso guantes y la bajó. El pantalón, la camisa y los zapatos estaban doblados con cuidado.

—Esto estaba bajo custodia.

Toqué la suela de uno de los zapatos.

Seguía húmeda.

—Lo han movido.

El teléfono de Ríos sonó. Respondió mientras corría hacia la salida.

—Ríos.

Escuchó tres segundos.

Se detuvo.

—Repítelo.

Su mano bajó despacio.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Me entregó el teléfono.

Una agente hablaba desde la unidad de cuidados intensivos. Detrás se oían alarmas y órdenes cortadas.

—El paciente desconocido ha desaparecido —dijo—. Han encontrado al policía que lo vigilaba inconsciente dentro del baño.

Miré la bolsa.

En el bolsillo de la camisa había algo duro.

Ríos introdujo dos dedos y sacó una ficha metálica. Pequeña. Sin número.

En una cara tenía grabadas dos palabras.

HOMBRE ÚTIL.

En la otra, un nombre.

JULIO BARRAL.

La ficha aún estaba caliente.

10.

El segundo cadáver

La ficha me quemó la palma.

La solté dentro de la bolsa. El metal golpeó los zapatos de Gabriel Luna y quedó atrapado entre los cordones.

—Acaba de dejarla —dije.

Ríos ya corría hacia la salida. Atravesó las puertas automáticas y levantó la placa ante dos vigilantes.

—Cerrad el hospital.

Uno de ellos miró hacia la calle.

—¿Por qué?

—Porque alguien acaba de sacar a un paciente de una planta vigilada.

El otro tocó la emisora. Yo agarré el brazo de Ríos.

—No ha salido.

—La ropa estaba en el ascensor.

—Para que bajáramos.

Las puertas se cerraron a nuestra espalda. El aire de la calle olía a asfalto caliente. Una ambulancia arrancó junto a urgencias y se perdió entre dos coches.

Ríos siguió mirándola.

Tomé una decisión.

—Volvemos con Molina.

Giramos al mismo tiempo.

El ascensor tardaba. Ríos golpeó el botón dos veces. Abrí la puerta de las escaleras y subí. En la segunda planta, el costado empezó a tirarme. No reduje.

La puerta de la habitación de Molina estaba abierta. La cama, vacía. El suero goteaba sobre el suelo. La sangre formaba una línea desde la sábana hasta el baño.

Ríos sacó el arma.

—Policía.

Empujó la puerta con el pie. Dentro no había nadie. Solo el vendaje de Molina hundido en el lavabo y una jeringa rota junto al desagüe.

Toqué la tela.

Estaba húmeda.

—No puede haber llegado lejos.

Ríos pulsó el timbre de emergencia. Sonó una alarma corta. Dos enfermeras aparecieron desde el control.

—¿Dónde está el paciente? —preguntó Ríos.

La mayor miró la cama.

—Con ustedes.

—Ya no.

La mujer tocó el teléfono del bolsillo.

—Nadie puede moverlo sin autorización.

—Acaban de hacerlo.

La otra enfermera señaló la mancha del suelo.

—Eso no va hacia el pasillo.

La sangre terminaba junto al armario.

Ríos abrió las puertas. Batas. Una manta doblada. Nada más.

Me agaché. El zócalo tenía una marca reciente. Metí los dedos por debajo y tiré. El panel cedió con un crujido.

Detrás había una puerta de mantenimiento.

—¿Esto adónde lleva? —pregunté.

La enfermera retrocedió.

—A las conducciones. Creo.

—Creer no abre puertas.

—Hay un pasillo técnico entre las habitaciones y los quirófanos antiguos.

Ríos cogió una linterna del carro de curas.

—Llama a Navarro. Que bloquee los accesos de servicio.

La enfermera marcó. Nadie contestó.

Ríos entró primero.

El conducto olía a polvo húmedo. Las tuberías vibraban sobre nuestras cabezas. Había espacio para caminar encorvados, pero no para cruzarse.

La sangre continuaba por el suelo.

—Molina no ha venido andando —dijo Ríos.

—Ni Gabriel se ha vestido solo.

Seguimos la línea hasta una bifurcación. A la derecha llegaba aire frío. A la izquierda, una puerta metálica oscilaba.

La empujé.

Un carro de lavandería bloqueaba el paso. Varias sábanas sobresalían por un lateral. En una había una huella de mano.

Ríos levantó la tela con el cañón.

Debajo estaba Molina.

Tenía los ojos abiertos. La bata cortada a la altura del abdomen. Su pecho subía con sacudidas pequeñas.

Me arrodillé.

—Molina.

Intentó mover la boca.

—No hables.

Sus dedos buscaron mi muñeca y apretaron. Poco. Lo suficiente.

Ríos habló por la emisora.

—Necesito asistencia en el corredor técnico de la segunda planta. Paciente herido. Posible agresor dentro del edificio.

Molina tiró de mí.

Acerqué el oído.

—No era... para él.

—¿Qué?

Sus uñas arañaron la venda de mi mano.

—La ropa.

Una puerta golpeó al fondo.

Ríos giró la linterna. La luz atrapó una sombra antes de que desapareciera.

—Quédate aquí.

Corrió.

Miré a Molina. Después el pasillo.

Tomé una decisión.

Le puse una sábana bajo la cabeza y fui detrás de Ríos.

La puerta desembocaba en una escalera estrecha. Oí pasos abajo. Bajé de tres en tres. Ríos apareció en el rellano inferior y señaló hacia un cartel de lavandería.

—Ha entrado ahí.

—¿Lo has visto?

—Una pierna.

—Gran identificación.

Empujó la puerta.

Las máquinas industriales seguían girando. El golpeteo de los tambores cubría cualquier movimiento. Vapor caliente se pegó a mi cara.

Una mujer con uniforme azul dejó caer un cesto.

—¿Qué hacen?

—¿Ha pasado alguien? —preguntó Ríos.

—Aquí no puede entrar nadie.

Una sábana cayó desde una cinta transportadora. Detrás se movió un hombre.

Corrí.

Apartó dos carros y lanzó uno contra mí. Lo recibí con el hombro. El metal me dobló contra una lavadora.

Ríos rodeó las máquinas.

—¡Alto!

El hombre alcanzó la salida de carga. Llevaba uniforme sanitario, gorro y mascarilla. No vi su cara.

Agarré una sábana del carro y tiré. Las ruedas giraron. El cesto chocó contra sus piernas.

Cayó de rodillas.

Ríos llegó antes. Le hundió una mano entre los hombros.

—No te muevas.

El hombre dejó de resistirse. Demasiado fácil.

Le arranqué la mascarilla. Tendría veinte años. La piel llena de granos. Los ojos desbordados.

—Yo no he hecho nada.

Ríos le esposó una muñeca.

—¿Quién te ha dado la ropa?

—Nadie.

Le apreté la mandíbula.

—Prueba otra vez.

—Un hombre. Me dio cincuenta euros.

—¿Para qué?

—Para correr cuando entraran ustedes.

Ríos aflojó la presión.

—¿Dónde?

El chico señaló una taquilla abierta. Dentro había un sobre y un teléfono barato.

Lo cogí con una sábana.

La pantalla mostraba una cuenta atrás.

Cuarenta y dos segundos.

—¿Qué ocurre cuando llegue a cero? —preguntó Ríos.

El chico negó demasiado rápido.

—No lo sé.

—Entonces hoy aprenderemos juntos.

Abrí los mensajes. Solo había uno enviado.

YA HAN BAJADO.

Ríos levantó la emisora.

—Que nadie abandone la segunda planta. Revisad la habitación de Molina. Ahora.

El contador marcó veintinueve.

El teléfono vibró. No explotó. Empezó a sonar. Una grabación.

Tres golpes. Una respiración. Después la voz de Sergio.

—Julio, no abras la puerta roja.

La grabación terminó.

Ríos me miró.

—¿Qué puerta?

El chico esposado señaló detrás de nosotros.

La salida de carga era gris. Las taquillas, blancas. Al fondo, medio oculta por una cortina de plástico, había una puerta roja.

El contador seguía bajando.

Diecisiete.

Ríos guardó el arma y llamó al equipo de explosivos.

—No llegaran —dije.

—No sabes qué hay detrás.

—Por eso.

Avancé.

Ella me cortó el paso.

—Sergio ha dicho que no la abras.

—Sergio también dijo que no fuera a buscarlo.

—Y quizá una vez tenga razón.

Once.

Aparté su brazo.

Ríos me empujó contra una máquina.

—No vas a convertir cada aviso en una orden.

—Ya lo han hecho.

Siete.

El teléfono volvió a vibrar. Apareció una fotografía.

Una puerta roja.

La misma.

Debajo, dos palabras.

DEMASIADO TARDE.

El contador llegó a cero. Las luces de la lavandería se apagaron.

Una máquina siguió girando en la oscuridad. El tambor golpeaba con un ritmo irregular.

Ríos encendió la linterna. La puerta roja estaba abierta. Ninguno de los dos la había tocado.

El aire frío salió desde el otro lado. Arrastraba un olor dulce, espeso. Sangre.

Entramos.

La sala era pequeña. Azulejos antiguos. Un desagüe en el centro. Junto a la pared había un hombre sentado en una silla de ruedas.

No era Gabriel.

Tenía unos sesenta años. Camisa abierta. Una cinta de plástico rodeándole el cuello.

Ríos buscó pulso.

Negó.

En el pecho le habían colocado una hoja arrancada de la libreta verde.

Reconocí las iniciales.

A. C.

Andrés Cifuentes.

Un hombre al que había pagado durante seis meses y al que llevaba diecisiete años creyendo muerto.

—El segundo —dijo Ríos.

Le quité la hoja del pecho.

Debajo había una fecha escrita con tinta negra. No era la de aquel día. Era la víspera de la muerte de Pardo.

Ríos la leyó dos veces.

—Lo mataron primero.

El teléfono del cadáver sonó dentro de su boca.

Di un paso atrás.

Ríos introdujo dos dedos enguantados y sacó el aparato. La pantalla estaba encendida.

Había un mensaje preparado para enviarse.

NAVARRO YA TIENE EL EXPEDIENTE.

Ríos levantó la vista.

Su emisora crujió. La voz de un agente llenó la sala.

—Inspectora, no encontramos al inspector Navarro.

Otro ruido atravesó la comunicación. Un cajón abriéndose. Papeles cayendo.

Después habló Navarro.

Muy bajo.

—Julio, no dejes que lean el nombre.

La transmisión se cortó.

Miré la hoja de Cifuentes.

En el reverso había una única anotación.

La letra era de Navarro.

11.

El expediente desaparecido

Treinta y seis horas después, el ordenador aseguró que Andrés Cifuentes nunca había existido.

Ríos pulsó otra vez la tecla. La pantalla repitió el mismo resultado.

SIN COINCIDENCIAS.

El ventilador del archivo golpeaba una rejilla suelta. Cada vuelta producía un chasquido seco.

—Prueba sin el segundo apellido —dije.

—Ya lo he hecho.

—Fecha de nacimiento.

—También.

La funcionaria sentada al otro lado del mostrador cerró la carpeta que estaba ordenando.

—El sistema no se equivoca.

Ríos giró el monitor hacia ella.

—Tenemos un cadáver que opina lo contrario.

La mujer no miró la fotografía de Cifuentes. Tocó el cordón de sus gafas y señaló una puerta de cristal.

—Los expedientes anteriores a 2008 pueden estar en el depósito.

—Cifuentes trabajó hasta 2009 —dije.

—Entonces debería aparecer.

—Eso estamos buscando.

Ríos me clavó el codo en el costado antes de que la funcionaria contestara. Llevaba treinta y seis horas sin quitarse la misma camisa. Yo había dormido cuarenta minutos en una silla del hospital.

Navarro seguía sin aparecer.

Tomé una decisión.

—Quiero ver el índice de transferencias.

La funcionaria negó.

—No está autorizado.

Ríos dejó su placa sobre el mostrador.

—Ahora sí.

—Necesito una solicitud.

—Tiene un homicidio.

—Y yo un protocolo.

Ríos recogió la placa. No discutió. Sacó el teléfono y llamó al juzgado.

La funcionaria volvió a abrir su carpeta, pero ya no ordenaba nada. Movía la misma hoja de un lado a otro.

Me acerqué al cristal.

—¿Conocía a Cifuentes?

Sus dedos se detuvieron.

—No.

—No le he enseñado la cara.

—Ha dicho el nombre.

—También he dicho que está muerto.

La mujer empujó la hoja dentro de la carpeta y se levantó.

—Voy a buscar al responsable.

Intentó pasar junto a mí. Le bloqueé el camino con una mano apoyada en el mostrador.

—¿Cuándo consultaron su expediente por última vez?

—No lo sé.

—Pero sabe cuál es.

—He dicho que voy a buscar al responsable.

Ríos terminó la llamada.

—Déjala.

Aparté la mano.

La funcionaria atravesó la puerta de cristal. No miró hacia atrás. Sus zapatos golpearon el suelo hasta desaparecer detrás de unas estanterías metálicas.

—Está mintiendo —dije.

—Eso no convierte el archivo en tuyo.

—La has visto.

—Te he visto a ti.

Ríos guardó el teléfono.

—El juzgado enviará la autorización.

—¿Cuándo?

—Cuando deje de tener otros veinte asuntos.

Golpeé el mostrador con dos dedos.

—Navarro no tiene ese tiempo.

—Navarro llevaba el expediente antes de desaparecer.

—Eso decía el teléfono de un muerto.

—Y la letra del reverso era suya.

—Parecía suya.

Ríos sacó del bolsillo una funda transparente. Dentro estaba la hoja encontrada sobre el pecho de Cifuentes.

No la había visto desde la lavandería.

—Grafística ha confirmado coincidencias —dijo.

—¿Cuántas?

—Suficientes.

—Eso no es un número.

—Tampoco una absolución.

La puerta se abrió. La funcionaria regresó acompañada por un hombre bajo, con corbata floja y manchas de sudor en las axilas.

No se presentó.

—No pueden acceder al depósito sin una orden.

Ríos mostró la pantalla de su teléfono.

—Acaba de llegar.

El hombre leyó el correo dos veces. Después miró a la funcionaria.

—Busca la serie de colaboradores.

Ella no se movió.

—No existe esa serie.

El responsable le quitó las llaves del cinturón.

—Precisamente por eso sabes dónde está.

La mujer bajó la vista.

La seguimos hasta el sótano. El aire olía a cartón húmedo. Las luces se encendían por tramos y dejaban oscuridad detrás de nosotros.

El responsable abrió una jaula metálica.

Dentro había cajas grises numeradas a mano.

—Esto no está integrado en el catálogo general —dijo—. Material auxiliar. Informantes, fuentes, pagos reservados.

—Los confidentes no existen —murmuré.

El hombre me oyó.

—Aquí tampoco. Son incidencias de colaboración.

Ríos pasó un dedo por las etiquetas.

—Buscamos Andrés Cifuentes.

La funcionaria señaló una estantería sin acercarse.

—Catorce-B.

El responsable giró hacia ella.

—Has dicho que no lo conocías.

—He dicho que no conocía al hombre.

Cogí la caja antes que Ríos. Pesaba poco.

Demasiado.

La apoyé sobre una mesa y levanté la tapa. Dentro había separadores con apellidos escritos a máquina.

Caballero. Calvo. Carrasco.

Después, directamente, Domínguez.

—Falta Cifuentes —dijo Ríos.

—Puede estar mal archivado —respondió el responsable.

—Claro.

Vaciamos la caja. Ninguna ficha. Ninguna fotografía. Ningún informe.

Solo polvo y dos grapas oxidadas.

El responsable abrió las cajas contiguas. La funcionaria permanecía junto a la puerta, con los brazos apretados contra el cuerpo.

—Cerrad la salida.

Ríos me miró.

—No mandas aquí.

—La caja no se ha vaciado sola.

El responsable levantó las manos.

—Entran seis personas.

—Hoy eran siete.

La funcionaria retrocedió un paso.

Ríos cerró la puerta de la jaula y guardó la llave.

—Nadie se va hasta que sepamos quién consultó esta serie.

—Eso puede tardar horas —dijo el responsable.

—Entonces siéntese.

La funcionaria tocó el bolsillo de su chaqueta.

Me acerqué.

—Saca la mano.

—No llevo nada.

—No he preguntado eso.

Ríos se interpuso.

—Julio.

La mujer sacó un pañuelo. Se limpió la comisura de la boca y lo guardó otra vez.

—El expediente no estaba aquí esta mañana —dijo.

Nadie habló.

El ventilador del techo chirrió sobre nuestras cabezas.

Ríos dio un paso.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque revisé la caja.

—¿Por qué?

La mujer miró al responsable.

Él negó despacio.

—A mí no me meta.

—Me llamaron ayer —dijo ella—. Preguntaron por Cifuentes.

—¿Quién?

—Un policía.

—Nombre.

—Navarro.

El apellido se quedó pegado al metal de las estanterías.

Ríos sacó el teléfono.

—¿A qué hora?

—A las once y diez.

—Navarro ya estaba desaparecido.

—Yo no controlo sus horarios.

—¿Reconoció la voz?

La mujer dobló el pañuelo dentro del bolsillo.

—Dijo su número profesional.

Ríos marcó una llamada.

—Comprueba si Navarro contactó con el archivo ayer a las once y diez.

Escuchó. Su mandíbula se tensó.

—Repítelo.

Colgó.

—La llamada salió de su teléfono.

—Entonces estuvo aquí —dijo el responsable.

—No —respondí—. Su teléfono estuvo cerca de alguien que sabía qué pedir.

La funcionaria agarró la puerta de la jaula.

—¿Puedo irme?

—Todavía no —dijo Ríos.

El responsable sacó una carpeta azul de un armario pequeño.

—Las retiradas antiguas se anotaban aquí.

La dejó sobre la mesa. No era una nueva prueba escondida. Era un registro gastado, lleno de correcciones y páginas arrancadas.

Ríos buscó la letra C.

No había ninguna retirada reciente.

Cifuentes aparecía una sola vez.

Doce años atrás.

El responsable acercó la lámpara.

—Aquí consta la baja definitiva.

—¿Destrucción? —preguntó Ríos.

—Sí.

—¿Motivo?

El hombre leyó la abreviatura.

—Duplicidad documental.

Solté una risa sin aire.

—Un confidente duplicado.

Ríos recorrió la línea con el dedo.

—Falta la firma de autorización.

—Puede estar en la página anterior.

La página anterior había sido arrancada.

El responsable examinó el lomo.

—No es reciente.

—Eso no ayuda —dijo Ríos.

—No pretendía ayudar.

Cogí la carpeta y miré la numeración. La hoja arrancada contenía también las bajas de otros cinco expedientes.

No sabíamos cuáles.

Ríos llamó de nuevo. Esta vez pidió copias de seguridad del registro.

El responsable negó antes de que terminara.

—No existen.

—Todo existe en alguna parte.

—No en esta.

La puerta del sótano se abrió de golpe. Un agente bajó con una tableta bajo el brazo.

—Inspectora.

Ríos le hizo una seña.

El agente dejó la pantalla sobre la mesa.

—Informática ha recuperado el historial de movimientos de Cifuentes. No el contenido. Solo los metadatos.

Ríos abrió el archivo.

La primera línea mostraba la creación. La segunda, varias consultas. La última estaba marcada en rojo.

ELIMINACIÓN DEFINITIVA.

—Fecha —dije.

El agente amplió la pantalla.

Cuatro de noviembre.

La noche en que murió David Mena.

El cartón de la caja se hundió bajo mis dedos.

Ríos buscó el usuario responsable.

Tardó en aparecer.

Cuando lo hizo, el agente dejó de respirar por la nariz.

La funcionaria cerró los ojos.

Ríos giró la pantalla hacia mí.

La orden de destruir el expediente de Andrés Cifuentes había sido emitida con mi número profesional.

A las 23:58.

Yo ya estaba detenido.

12.
La cafetería de las Delicias

Dos días después, el expolicía llegó cuarenta minutos tarde y se sentó sin pedir disculpas.

Dejó un periódico doblado sobre la mesa. La fotografía de Andrés Cifuentes ocupaba media página.

—No se parece —dijo.

Ríos apartó su café.

—¿A quién?

El hombre señaló la foto con una uña amarillenta.

—Al muerto.

La cafetería de Delicias olía a grasa caliente. Cada vez que una puerta automática se abría, entraba el golpe metálico de los trenes.

Yo no había tocado mi taza.

—Se llama Cifuentes —dije.

—Eso pone.

—¿Y tú cómo lo llamabas?

El hombre levantó la vista. Tenía un ojo más cerrado que el otro y una cicatriz pequeña en la barbilla.

—A mí me dijeron que venía a hablar de Barral.

Ríos empujó la fotografía hacia él.

—Ha venido a hablar de todo.

—Entonces me he equivocado de mesa.

Agarró el periódico.

Puse la mano encima.

—Siéntate, Ortega.

El apellido lo detuvo.

No figuraba en la nota que Ríos le había enviado.

—Hace años que nadie me llama así.

—Hace años que nadie te pregunta por el almacén.

Su mano perdió fuerza.

Ríos me miró de lado.

—No habías mencionado ningún Ortega.

—Él tampoco.

El hombre soltó el periódico y se recostó.

—Te han contado mal las cosas.

—Todavía no me han contado nada.

—Se nota.

La camarera dejó un vaso de agua frente a él. Ortega no lo había pedido. Esperó a que se alejara y giró el vaso sobre el posavasos.

—Cifuentes no trabajaba con nosotros.

—¿Quiénes erais vosotros? —preguntó Ríos.

—Los que firmábamos.

—Pardo no firmaba.

—Por eso he dicho nosotros.

Ríos abrió una libreta.

Ortega tocó la tapa.

—Eso se queda cerrado.

—No decide usted.

—Entonces no digo nada.

Ella sostuvo su mirada. Después dejó el bolígrafo sobre la mesa, pero no guardó la libreta.

—Mejor.

Ortega bebió. El hielo chocó contra sus dientes.

—Cifuentes recogía lo que sobraba.

—¿Personas? —pregunté.

—Problemas.

—Eso tampoco es una respuesta.

—Las buenas respuestas nunca se daban en cafeterías.

Señaló mi taza intacta.

—Ni con testigos.

Ríos se inclinó.

—Dos hombres han muerto.

—Dos que sepáis.

El ruido de un tren borró el resto de la sala.

Nadie se movió.

—¿Cuántos? —preguntó Ríos.

Ortega levantó el vaso y miró a través del agua.

—No he dicho que conociera otros.

—Has dicho exactamente eso.

—He dicho que la policía suele llegar tarde.

Yo agarré el borde de la mesa.

—¿Qué recogía Cifuentes?

Ortega dejó el vaso.

—Informes sin firma. Fotografías que no podían anexarse. Matrículas conseguidas antes de que un juez preguntara cómo. Lo que servía para abrir una puerta, pero no para cruzarla en un juicio.

—Basura operativa —dijo Ríos.

—Así lo llamaban los que querían dormir.

—¿Y quién le entregaba esa basura?

Ortega me miró.

—Los policías útiles.

La silla raspó bajo mis piernas.

Ríos puso una mano sobre mi antebrazo.

No para calmarme.

Para mantenerme sentado.

—¿Julio trabajó con Cifuentes? —preguntó.

Ortega giró el vaso otra vez.

—Julio trabajaba con resultados.

—Eso significa sí.

—Significa que no preguntaba quién limpiaba después.

Levanté la mano de Ríos.

—Dime una operación.

—No.

—Una.

—No eras bueno recordando cuando te convenía.

Me incliné hasta que el olor agrio de su aliento llegó por encima del café.

—Y tú eras bueno desapareciendo cuando había que firmar.

Ortega sonrió.

—Por eso sigo vivo.

Ríos cerró la libreta de golpe.

—Se acabó el juego.

—No ha empezado.

—Tenemos un registro destruido con el número profesional de Barral.

La sonrisa desapareció.

Ortega tocó el bolsillo interior de su chaqueta.

—Eso no demuestra nada.

—No le he pedido una valoración.

—Los números se prestaban.

—¿Cómo?

Ortega apartó la mano.

—No he dicho eso.

—Lo acabas de decir.

La camarera pasó junto a la mesa con una bandeja. Ortega esperó a que se alejara.

—Las claves cambiaban cada tres meses. Los números profesionales, no.

—¿Quién podía usarlos? —pregunté.

—Cualquiera con acceso al terminal.

—Nombres.

—Todos.

Ríos sacó el teléfono.

—Entonces vamos a comprobar quién estaba de servicio.

Ortega le agarró la muñeca.

Lo hizo rápido. Demasiado para un jubilado cansado.

Ríos bajó la vista hacia sus dedos.

—Suéltame.

Él retiró la mano.

—Los turnos no os van a servir.

—¿Por qué?

—Porque aquella noche no se trabajó desde comisaría.

La puerta automática se abrió. Un altavoz anunció un tren con retraso. Ortega miró hacia el vestíbulo.

Tomé una decisión.

—No vas a levantarte hasta decir dónde.

—No puedes retenerme.

—Prueba.

Ríos no intervino.

Ortega pasó la lengua por el labio inferior.

—Había un terminal en el bar Aragón.

El nombre quedó entre los tres.

Yo había estado allí. No recordaba ningún ordenador.

—Mientes —dije.

—Eso dijiste también cuando te enseñaron la denuncia.

El frío del vaso se me pegó a los dedos.

—¿Qué denuncia?

Ortega miró a Ríos.

—Ahí está el problema con Barral. Siempre llega tarde a su propia historia.

Ríos abrió de nuevo la libreta.

Esta vez él no protestó.

—¿Quién instaló el terminal?

—Servicios técnicos.

—Nombre.

—No lo sé.

—¿Quién lo utilizaba?

—Quien tuviera autorización.

—Eso no acota nada.

—No estaba hecho para acotar.

Me levanté.

Ortega no retrocedió.

—¿Qué denuncia?

—Una interna.

—¿Contra mí?

—No exactamente.

—No vuelvas a responder así.

Golpeé la mesa. El café saltó sobre el plato.

Dos personas miraron desde la barra.

Ortega bajó la voz.

—La denuncia era por abuso de un informador durante una operación. Tú aparecías en el informe.

—Nunca me notificaron nada.

—Eso no significa que no existiera.

Ríos escribió dos palabras.

Informe disciplinario.

—¿Quién denunció? —preguntó.

Ortega apretó la mandíbula.

—No lo sé.

—Sí lo sabes —dije.

—Conocía las iniciales.

—Dilas.

—A. C.

Andrés Cifuentes.

El tren volvió a entrar en la estación. Los cristales vibraron.

Ortega recogió el periódico.

—Ya habéis tenido vuestra respuesta.

—Todavía no —dijo Ríos—. ¿Qué pasó con la denuncia?

Él se puso de pie.

—La archivaron.

—¿Quién?

—El mismo que archivaba todo.

—Salcedo.

Ortega soltó una risa corta.

—Seguís enamorados de ese nombre.

Se metió el periódico bajo el brazo.

—Salcedo no tenía rango para hacer desaparecer un expediente disciplinario.

—Entonces, ¿quién? —pregunté.

Ortega miró hacia las vías.

—Alguien que sí lo tenía.

Ríos le bloqueó el paso.

—Nombre.

—No lo vi.

—Pero lo sabes.

—Sé lo que llevaba.

—¿Qué?

Ortega señaló mi muñeca.

No llevaba reloj.

—Uno de esfera azul.

La mano del hombre cortado en la fotografía volvió de golpe.

La manga.

El humo.

El reloj.

Agarré a Ortega por la chaqueta.

—¿Quién era?

Me apartó con el antebrazo.

—Esa es la parte que borraste tú.

Ríos se interpuso.

—Julio.

Ortega dio dos pasos hacia la salida.

—Busca tu sanción.

—Has dicho que archivaron la denuncia.

Se volvió.

—Archivaron la denuncia.

La puerta automática se abrió detrás de él.

—La sanción, no.

Salió al vestíbulo.

Ríos cogió su teléfono.

—Voy a pedir tu expediente disciplinario completo.

Ortega se detuvo al otro lado del cristal.

Levantó el periódico. En la contraportada había escrito algo con bolígrafo. No era un nombre. Era una fecha.

Tres de noviembre.

La noche del almacén.

Debajo, una frase.

BARRAL FUE SUSPENDIDO ANTES DE QUE MURIERA DAVID.

La puerta se cerró.

Ortega ya había desaparecido entre los viajeros.

13.
El informe disciplinario

Unas horas después, Ríos dejó una carpeta vacía delante de mí.

—Este es tu expediente disciplinario.

Levanté la tapa. No había hojas. Solo dos marcas de grapas y una tira de papel arrancada junto al lomo.

La sala olía a tóner caliente. Al otro lado del cristal, Navarro discutía por teléfono sin mirarnos.

—Muy completo —dije.

Ríos puso una copia sobre la mesa.

—Esto es lo único que queda en el sistema.

Era una ficha de registro. Mi nombre. Mi número profesional. Una fecha de apertura y otra de cierre.

Tres de noviembre.

La punta del papel me cortó el pulgar.

—La misma fecha —dije.

—No necesito que me la leas.

Busqué el motivo.

INFRACCIÓN GRAVE.

Debajo, una resolución.

SUSPENSIÓN CAUTELAR DE FUNCIONES.

—¿A qué hora?

—No consta.

—Entonces Ortega no sabe si fue antes del almacén.

Ríos apoyó dos dedos sobre la ficha.

—Ortega sabe más que tú. No es una posición difícil.

Navarro colgó y entró. Cerró la puerta con el hombro. Llevaba una bolsa con tres cafés, pero solo dejó dos.

—Personal confirma la sanción —dijo.

—¿Quién la firmó?

—No aparece.

—Entonces no confirma nada.

Navarro bebió de pie.

—Confirma que no podías utilizar tu número profesional después de la suspensión.

—Eso ya lo sabíamos.

—No. Sabíamos que alguien lo utilizó cuando estabas detenido. Ahora sabemos que tampoco debías usarlo varias horas antes.

La garganta me raspó.

—¿Dónde estaba mi placa?

—Eso iba a preguntarte.

Tomé una decisión.

—Quiero hablar con quién tramitó la sanción.

Navarro negó.

—Murió hace seis años.

—Entonces con su sustituto.

—Jubilado. Alzheimer avanzado.

—Con quien notificó.

Ríos retiró la ficha antes de que la cogiera.

—No hubo notificación.

—Toda suspensión se notifica.

—Esta no.

—Entonces no fue efectiva.

Navarro dejó el vaso sobre la mesa.

—Fuiste apartado del servicio, entregaste el arma y saliste de comisaría acompañado.

La presión me subió desde el pecho hasta la mandíbula.

—No entregué el arma.

Ríos no parpadeó.

Navarro abrió otra carpeta.

—Aquí consta que sí.

Sacó un formulario. Reconocí mi firma al final.

El trazo se inclinaba hacia la derecha. El último apellido casi se salía del recuadro.

Lo toqué con la uña.

—No recuerdo firmarlo.

—Llevas mucho tiempo diciendo eso —respondió Navarro.

—No lo escribí así.

—Es tu firma.

—He dicho que no lo escribí así.

Ríos acercó la hoja a la luz. La tinta de la firma era más oscura que el resto.

—Se añadió después —dijo.

Navarro se inclinó.

—O utilizó otro bolígrafo.

—O alguien puso la hoja delante de él cuando ya estaba firmada parcialmente.

—O Barral está haciendo lo que mejor sabe.

Levanté la vista.

—Dilo.

Navarro recogió su café.

—Esperar a que encontremos una contradicción para elegir cuál te conviene.

La puerta se abrió. Una agente joven dejó una caja gris sobre la mesa.

—Material recuperado del archivo provincial.

Navarro apartó los vasos. La agente levantó la tapa.

Dentro había formularios mezclados, sobres sin numerar y partes de servicio de varios años. Nada estaba ordenado.

—¿Todo esto es de mi expediente?

—No —dijo la agente—. Es lo que apareció en la misma estantería.

—¿Cuánto tardaremos?

—Días.

Navarro cerró la caja.

—No tenemos días.

—Pues no tenemos expediente.

La agente salió.

Ríos se puso guantes y empezó a revisar papeles. Yo cogí el primer montón.

Navarro me lo quitó.

—Tú no tocas nada.

—Mi nombre está en esa caja.

—Ese es precisamente el problema.

—¿Ahora soy una prueba?

—Ahora eres alguien cuyo número aparece en una destrucción de expediente y cuya firma aparece en una entrega de arma que niega recordar.

Me levanté. La silla golpeó la pared.

Ríos no intervino.

Navarro señaló la puerta.

—Fuera.

—No.

—No es una invitación.

—Llevas días utilizando lo que sé.

—Y cada día descubro que sabes menos o callas más.

Me acerqué hasta quedar frente a él.

—Sin mí seguirías mirando un cadáver en el canal.

—Sin ti quizá seguiría vivo el segundo.

El golpe no vino de su mano.

Se quedó bajo las costillas.

Ríos cerró la caja.

—Basta.

Navarro no apartó la vista.

—Desde ahora Barral queda fuera de las diligencias internas.

—No puedes apartarme de algo que no dirijo.

—Puedo impedirte entrar aquí, acceder a pruebas y hablar con testigos bajo investigación.

—Hazlo.

—Ya está hecho.

Sacó mi teléfono de un cajón y lo dejó sobre la mesa.

—También devuelvo esto. No vuelvas a utilizar mi nombre para conseguir información.

Cogí el móvil.

—Nunca lo he necesitado.

—Entonces te adaptarás rápido.

Salí antes de que la puerta terminara de abrirse.

En el pasillo, el aire acondicionado soplaba demasiado frío. Guardé el teléfono. La pantalla se encendió.

Siete llamadas perdidas.

Todas de Sergio.

Marqué.

No respondió.

Volví a llamar.

Esta vez alguien descolgó, pero no habló.

—Sergio.

Un roce. Después, una puerta cerrándose.

—No puedo ayudarte —dijo.

Su voz llegaba baja, como si tuviera la boca pegada al teléfono.

—No te he pedido ayuda.

—Todavía.

—¿Sabías que me suspendieron?

Golpeé el botón del ascensor.

—Sergio.

—No fue una suspensión.

Las puertas se abrieron.

Entré solo.

—Eso pone el registro.

—El registro pone lo que necesitaban después.

—¿Qué ocurrió?

Sergio respiró junto al auricular.

—Te mandaron a casa.

—Entregué el arma.

—No.

Apreté el teléfono.

—Hay una hoja firmada.

—Firmaste muchas cosas aquella tarde.

El ascensor empezó a bajar.

—¿Estabas allí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me llamaste.

La luz del techo parpadeó.

—No lo recuerdo.

—Eso ya lo sé.

—¿Qué te dije?

Sergio tardó demasiado.

—Que Pardo había mentido.

—¿Sobre qué?

—Sobre Cifuentes.

El ascensor se detuvo entre dos plantas.

La luz se apagó. Solo quedó encendida la pantalla del móvil.

—Sigue hablando.

—Dijiste que Cifuentes había inventado la denuncia para cubrirse.

—¿Y tú me creíste?

—Te acompañé al bar Aragón.

El ascensor dio un tirón.

Apoyé la mano contra la pared.

—¿Después de la suspensión?

—No estabas suspendido cuando salimos.

—Entonces Ortega mintió.

—Ortega siempre mezclaba las horas.

—¿Y cuándo firmé?

—Antes de entrar en el bar.

—¿Quién llevaba el documento?

Sergio dejó escapar aire.

—Un hombre al que no conocía.

—¿Reloj azul?

—No miré el reloj.

—Mientes.

—Esta vez no.

La línea se llenó de interferencias.

Golpeé el botón de alarma. No sonó.

—¿Qué pasó en el bar?

—Me fui antes.

—¿Por qué?

—Porque empezaste a hablar como si ya supieras quién había denunciado.

El ascensor volvió a moverse.

—Lo sabía.

—No.

Las puertas se abrieron en el garaje.

La luz regresó de golpe.

—¿Qué quieres decir?

Sergio bajó todavía más la voz.

—Que aquella tarde acusaste a Pardo.

Salí del ascensor.

—La denuncia era de Cifuentes.

—Eso dice ahora el registro.

—¿Y qué decía entonces?

Al otro lado sonaron tres golpes. Secos.

La misma señal que habían usado para hacer callar a Pardo.

Sergio dejó de respirar durante un segundo.

—Tengo que colgar.

—No.

—Julio, escucha.

Una voz masculina habló lejos del teléfono. No entendí las palabras.

Sergio susurró:

—Tú no llevaste a Pardo al almacén porque hubiera pedido salir.

La puerta del garaje empezó a cerrarse detrás de mí.

—Entonces, ¿por qué?

La llamada se cortó.

Miré la pantalla.

Había llegado un mensaje antes de que pudiera devolverla.

Una sola frase.

PORQUE CREÍAS QUE ÉL TE HABÍA DENUNCIADO.

14.

No fue exactamente así

Cuatro días después, el bar Aragón ya no era un bar.

Habían tirado la barra, cubierto las paredes con paneles blancos y convertido el local en una tienda de telefonía. Donde yo recordaba una mesa metálica había una exposición de fundas.

Ríos empujó la puerta.

—Cinco minutos.

—Has dicho que estaba fuera.

—Lo estás.

El encargado levantó la cabeza desde el mostrador. Tendría treinta años.

—¿Puedo ayudarles?

Ríos mostró la placa.

—Necesitamos hablar con el propietario.

—Está en Huesca.

—Llámelo.

El hombre miró mi mano apoyada sobre una vitrina.

—No toquen los teléfonos.

Retiré los dedos. El cristal había quedado húmedo.

—¿Cuándo reformaron esto?

—Antes de que yo llegara.

—Una fecha aproximada.

—Ni idea.

Ríos sacó el móvil.

—Busca la licencia de obras.

—Pensaba que teníamos cinco minutos.

—Te quedan cuatro.

Crucé la puerta lateral que llevaba al almacén.

El encargado salió de detrás del mostrador.

—Oiga.

No había mesa. Tampoco terminal. Solo cajas de cargadores y una puerta de emergencia.

Toqué el muro del fondo. Sonó hueco en un tramo.

—Aquí había otra habitación.

—Aquí hay una escalera comunitaria —dijo el encargado.

Abrió la puerta de emergencia. Detrás apareció un rellano estrecho y una pared cubierta de azulejos.

Nada más.

Ríos me observó.

—¿Seguro?

—No.

La palabra me dejó peor sabor que una mentira.

El encargado cruzó los brazos.

—El dueño compró el local reformado.

—Nombre del anterior propietario —dijo Ríos.

—No lo sé.

—Pues busca el contrato.

—No puedo enseñarles documentos.

Ríos acercó la placa.

—Puedes llamar al propietario y dejar que sea él quien diga que no.

El muchacho cogió el teléfono.

Mientras hablaba, volví al muro. Apoyé la palma. Cerré los ojos.

Una luz amarilla. Un ventilador. La voz de Sergio detrás. Nada encajaba con la tienda.

Abrí los ojos.

Ríos estaba a mi lado.

—No conviertas una pared en una prueba.

—No lo hago.

—La estás interrogando.

El encargado colgó.

—El propietario viene en media hora.

—Tenemos tiempo —dije.

—Tú no —respondió Ríos.

Se apartó y llamó a Navarro.

No escuché lo que dijo. Solo mi apellido dos veces.

El propietario llegó cuarenta minutos después. Caminaba con una carpeta bajo el brazo y el enfado preparado.

—Ya hablé con la policía hace años.

Ríos le señaló una silla.

—¿Por qué?

—Por la reforma.

—¿Qué ocurrió?

El hombre dejó la carpeta sobre el mostrador.

—Nada.

—Entonces no hablaron con usted.

—Preguntaron por planos antiguos, entradas y salidas. Lo normal cuando alguien busca justificar horas.

Ríos abrió la libreta.

—¿Quién preguntó?

—No lo recuerdo.

—¿Policías?

—Eso dijeron.

—¿Cuántos?

El propietario se encogió de hombros.

—Uno. Dos. Quizá vinieron días distintos.

No me miraba. Mejor. Su memoria no intentaba agradarnos.

—¿Cuándo fue? —pregunté.

—Hace mucho.

—Después de la reforma.

—Antes. O durante.

Ríos cerró la libreta.

—Necesitamos algo verificable.

El hombre golpeó la carpeta.

—Eso sí lo tengo.

Sacó una copia de la licencia de obra. Fecha: seis meses después de la muerte de David.

Habían eliminado un tabique interior y cerrado una salida secundaria.

Ríos señaló el plano.

—Aquí aparece una habitación.

El propietario acercó la hoja.

—Un almacén.

—¿Tenía acceso desde el bar?

—Según esto, sí.

—¿Y desde la escalera?

—También.

El aire se me quedó debajo de la lengua.

—Dos entradas.

—Antes de la reforma —dijo él.

Ríos tocó la línea que representaba la puerta trasera.

—¿Por qué la cerraron?

—No cumplía normativa.

—¿Quién lo solicitó?

El propietario buscó otra hoja.

—La comunidad.

—Nombre.

—No aparece.

Yo le quité el plano.

La habitación no estaba donde la recordaba.

Estaba tres metros más a la izquierda.

Mi pared era la equivocada.

—Julio.

Ríos extendió la mano.

No devolví la hoja.

En el recuerdo, yo salía por una puerta estrecha. Giraba a la derecha. Bajaba dos escalones.

En el plano, no había escalones.

—No fue aquí —dije.

—¿Qué?

—La habitación que recuerdo.

El propietario señaló el papel.

—Solo había esa.

—Entonces mezclo dos lugares.

Ríos recuperó el plano.

—O inventas uno.

La frase me golpeó en la mandíbula.

—No necesito inventar nada.

—Necesitas demostrarlo.

El propietario empezó a guardar los documentos.

—Si han terminado...

—No —dije.

Puse la mano sobre la carpeta.

—Ha dicho que la policía vino antes.

—He dicho que creo que vino.

—¿Pidieron algo más?

—Facturas.

—¿De qué?

—Teléfono. Electricidad. No sé.

Ríos miró al propietario.

—¿Conserva copias?

—Solo las que venían con la compraventa.

Sacó un sobre amarillento. Dentro había recibos mezclados. La mayoría no servían.

Ríos revisó las fechas. Yo miré los consumos.

Un recibo telefónico del tres de noviembre mostraba una llamada desde la línea del bar a una extensión policial.

Duración: once segundos.

Hora: 20:42.

—Ese terminal existía —dije.

Ríos cogió el recibo.

—Existía una línea.

—Ortega habló de un terminal.

—Ortega habló demasiado.

Buscó la extensión en su teléfono.

Navarro respondió al tercer tono.

Ríos leyó el número.

Esperó.

—¿Seguro?

Colgó.

—La extensión pertenecía a Asuntos Internos.

El propietario dio un paso atrás.

—Yo no sabía nada de esto.

—Nadie sabe nada hasta que aparece su nombre —dije.

Ríos dobló el recibo dentro de una funda.

—Esto no prueba que estuvieras aquí.

—Prueba que alguien llamó.

—Once segundos.

—Suficientes para confirmar una cita.

—O para equivocarse de número.

Tomé una decisión.

—Quiero los registros de entrada de Asuntos Internos.

—Tú no quieres nada.

—Sabes que importa.

—Sé que estás apartado.

—Y aun así me has traído.

Ríos guardó la funda.

—Te he traído para comprobar tu versión.

—¿Y?

Señaló el local.

—No había una habitación como la recuerdas. No sabemos quién llamó. El propietario no reconoce a nadie. Eso es lo que hay.

El encargado nos abrió la puerta.

El propietario recogió la carpeta.

—Esperen.

Sacó una hoja suelta.

—Esto estaba grapado al plano.

Era un parte de incidencia de la comunidad. Una queja por ruidos en la escalera trasera.

Fecha: tres de noviembre.

Hora aproximada: entre las nueve y las diez.

No había nombres. Solo una frase.

DISCUSIÓN ENTRE VARIOS HOMBRES. UNO DE ELLOS SALIÓ HERIDO.

Ríos leyó dos veces.

—¿Quién presentó la queja?

—El piso de arriba.

—¿Sigue viviendo allí?

El propietario negó.

—Murió hace años.

No sentí decepción. Ya no quedaba espacio.

Ríos guardó la hoja.

—Otra vía cerrada.

Salimos.

El sol rebotaba contra los escaparates. Caminé dos pasos y me detuve.

—La hora.

Ríos siguió andando.

—¿Qué pasa con ella?

—La denuncia disciplinaria se abrió antes.

—Eso creemos.

—La llamada al terminal fue a las 20:42. La discusión, después de las nueve.

—Sigue.

—Yo recordaba haber llevado a Pardo al almacén antes de ir al bar.

Ríos se volvió.

—Lo has dicho varias veces.

—No pudo ser.

—¿Por qué?

—Porque el almacén estaba fuera de Zaragoza. Llegar, volver y estar aquí antes de la llamada era posible.

—Entonces sí pudo ser.

—No con Pardo.

—No te sigo.

Saqué el móvil y abrí la fotografía del almacén. La fecha seguía allí.

Tres de noviembre.

Pero no había hora. Nunca la había habido. Habíamos colocado la escena antes del bar porque yo la recordaba así.

Ríos miró la pantalla.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no sé cuándo ocurrió.

—Eso ya lo sabíamos.

—No.

Amplié la imagen.

Pardo estaba sentado. Mi mano sobre su hombro. Ferrer al fondo. La sombra del cuarto hombre caía hacia la puerta.

—Yo creía que lo retuvimos y después fuimos al bar.

—¿Y ahora?

El teléfono vibró.

Navarro.

Ríos contestó.

No dijo nada durante varios segundos.

Después me miró.

—Han comprobado la extensión.

Esperé.

—La llamada de las 20:42 no entró desde el bar —dijo—. Salió de Asuntos Internos hacia aquí.

El ruido de la calle se apagó detrás de mis dientes.

—¿Quién llamó?

—No hay usuario asociado.

—Entonces no sabemos nada.

—Sabemos que alguien de Asuntos Internos llamó al bar antes de que tú llegaras.

Guardé el teléfono.

—Para decirles que iba.

—O para que te llevaran.

La fotografía volvió a mi mano.

Pardo sentado. Yo detrás. No sujetándolo. Apoyándome.

Ríos acercó la cara a la pantalla.

—Has dicho que lo calmabas.

—Eso creía.

—¿Y ahora?

La piel de mi hombro recordó un peso. No era mi mano sobre Pardo. Era Pardo sosteniéndome a mí.

Giré la fotografía.

La postura no había cambiado.

Solo quién necesitaba no caer.

—No lo llevé al almacén —dije.

Ríos guardó silencio.

—Pardo me sacó de allí.

Mi móvil volvió a vibrar.

Un mensaje de Sergio.

Esta vez no había fotografía.

Solo una línea.

NO FUISTE A INTERROGARLO, JULIO.

Llegó otra.

FUISTE TÚ EL QUE NO PODÍA SALIR.

15.
El favor

Seis días después, el hombre al que había ayudado a condenar me abrió la puerta con un martillo en la mano.

No lo levantó. Tampoco lo bajó.

—Te has equivocado de casa.

La escalera olía a pintura húmeda. Detrás de él, una radio emitía un partido a volumen bajo.

—Joaquín Vera.

—Ese murió.

—Cumplió siete años.

—Para algunos es lo mismo.

Ríos esperaba dos peldaños más abajo. No llevaba libreta. Aquello me inquietó más que verla escribir.

—Solo queremos hablar —dijo.

Joaquín miró su placa.

—Él ya habló bastante por todos.

Intentó cerrar. Puse el zapato entre la puerta y el marco.

El martillo subió unos centímetros.

—Quita el pie.

—Pardo te consiguió una matrícula.

La cabeza metálica se detuvo.

—No sé quién es.

—Está muerto.

—Entonces ya sois dos los que llegáis tarde.

Ríos tocó mi hombro.

—Julio.

Retiré el pie.

—Pregúntale tú.

Me apoyé en la barandilla y dejé que ella ocupara el hueco.

Ríos no enseñó ninguna fotografía.

—Queremos revisar una investigación por robo de vehículos de hace diecisiete años.

Joaquín soltó una risa corta.

—¿Revisar?

—Una parte.

—La parte en la que yo estaba dentro o la parte en la que ellos cobraron una medalla.

—La matrícula —dijo Ríos.

El martillo bajó hasta su muslo.

—No era mía.

—Eso dijo en el juicio.

—También dije que el policía me la enseñó antes de encontrarla.

La madera del pasamanos crujió bajo mi mano.

Ríos no se volvió.

—¿Qué policía?

Joaquín me señaló con el martillo.

—Ese.

No recordaba su cara. Recordaba una nave pequeña. Dos coches desguazados. Pardo junto a una ventana.

Y yo colocando una hoja sobre una mesa. Nada más.

—Entramos con una orden —dije.

—Entrasteis con prisa.

—La matrícula apareció dentro de una caja.

—La caja apareció después que vosotros.

Ríos dio un paso.

—¿Quién estaba presente?

—Dos agentes. Yo. Un vecino al que mandaron a casa.

—¿Pardo?

Joaquín apretó el mango.

—Ese nombre no salió nunca.

—Pero estaba allí.

—Había un hombre fumando en la calle. No entró.

—Descríbalo.

—Hace diecisiete años.

Ríos asintió.

—Entonces no lo describa.

Joaquín la miró por primera vez sin desprecio.

—Usted sí sabe preguntar.

El golpe entró limpio.

Me aparté de la barandilla.

—La matrícula era real.

—El número, sí.

—Pertenecía a un coche robado.

—También.

—Y apareció en tu nave.

—Después de que tu amigo me pidiera un favor.

El partido de la radio terminó en un silbido. Alguien cambió de emisora dentro de la casa.

Ríos levantó una mano.

—¿Qué favor?

Joaquín dejó el martillo en el suelo.

El sonido rebotó contra los azulejos.

—Entrad.

El salón tenía un sofá cubierto con una sábana y una mesa llena de piezas de madera. Joaquín apartó un destornillador y se sentó.

Yo permanecí de pie.

—Pardo vino dos días antes —dijo—. Quería una nave durante una noche.

—¿Para qué? —preguntó Ríos.

—No pregunté.

—¿Por qué aceptó?

—Porque debía dinero.

—¿A Pardo?

—A alguien que hablaba por él.

Me señaló una silla.

No me senté.

—¿Yo? —pregunté.

—Tú no pedías dinero.

—Entonces, ¿qué pedía?

Joaquín cogió una lija y la dobló entre los dedos.

—Información.

El roce áspero llenó la pausa.

—Sobre un desguace —continuó—. Un hombre que cambiaba bastidores. Yo le di el nombre.

—¿Y qué recibiste? —preguntó Ríos.

—Que una denuncia por receptación desapareciera.

La garganta se me cerró alrededor del aire.

—No podía hacer eso.

—Lo hiciste.

—No retiraba denuncias.

—No. Solo hablaste con quien podía.

Ríos se giró hacia mí.

—¿Con quién?

—No lo recuerdo.

Joaquín sonrió.

—Eso sí lo recuerdas.

Golpeó la lija contra la mesa.

—Ferrer.

La casa pareció encogerse.

—Ferrer no llevaba ese caso —dije.

—Por eso funcionó.

Ríos se sentó frente a Joaquín.

—Explíquelo sin adornos.

—Pardo necesitaba una nave. Yo necesitaba que una denuncia muriera. Barral necesitaba cerrar el robo de tres coches antes de fin de mes.

—No necesitaba cerrar nada —dije.

Joaquín señaló mi pecho.

—Tú siempre necesitabas cerrar algo.

Cogió una pieza de madera y la colocó sobre la mesa.

—El trato fue sencillo. Yo dejaba las llaves. Pardo usaba el local. Tú hablabas con Ferrer. Después aparecía una matrícula y todos ganabais.

—Tú acabaste condenado.

—Porque alguien tenía que perder.

Ríos apoyó los codos en las rodillas.

—¿Vio quién dejó la matrícula?

—No.

—¿Sabe si fue Pardo?

—No.

—¿Barral?

Joaquín me miró.

—Él la encontró demasiado rápido.

La imagen volvió.

Una caja de herramientas. Mi mano abriendo el cajón inferior. La placa metálica envuelta en un trapo. Pardo fuera. Ferrer al teléfono.

Y una frase que había confundido con intuición.

Mira debajo.

Apoyé la palma en la mesa.

—Pardo me dijo dónde estaba.

—Claro —respondió Joaquín—. Para eso servía.

—No sabía que la habían colocado.

—Eso te contaste.

Ríos se levantó.

—¿Hubo juicio?

—Sí.

—¿Denunció la manipulación?

—Mi abogado lo intentó.

—¿Qué ocurrió?

Joaquín alargó la mano hacia un cajón, pero se detuvo antes de abrirlo.

—El vecino cambió su declaración.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo a Barral.

—No hablé con ningún vecino.

—No personalmente.

El aire rozó seco detrás de mis dientes.

—¿Qué hice?

Joaquín empujó el cajón hasta cerrarlo.

—Pediste otro favor.

Ríos no me miró.

—¿A quién?

—A Pardo.

Me senté por fin.

La silla se inclinó bajo mi peso.

—¿Qué clase de favor?

Joaquín acercó la pieza de madera al borde de la mesa.

—El vecino tenía un hijo detenido por drogas. Pardo le dijo que podía ayudar.

—¿Y retiró su declaración?

—Dijo que no había visto entrar a nadie.

—¿Ayudaron al hijo?

Joaquín soltó la pieza.

Cayó al suelo.

—No.

El silencio tuvo un peso distinto.

Ríos se agachó y recogió la madera.

—Entonces Pardo mintió.

—Pardo prometió.

—¿Por orden de Barral?

Joaquín se frotó las manos.

—No estaba presente.

Ríos dejó la pieza sobre la mesa.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Me levanté.

—Yo pedí que hablara con el vecino.

Joaquín alzó la cabeza.

—Ahí está.

—No le pedí que amenazara a nadie.

—No hacía falta.

—Tampoco prometí sacar al hijo.

—No hacía falta.

Repetía mis palabras como si fueran viejas.

Ríos cruzó los brazos.

—¿Qué pidió exactamente?

La pregunta se clavó donde no podía esquivarla.

La nave. Pardo apoyado en el coche. Yo señalando la casa del vecino.

—Haz que entienda lo que pierde si sigue hablando.

Las palabras volvieron con mi voz.

No con la suya.

Me agarré al respaldo.

—Le dije que lo convenciera.

Joaquín negó.

—Le dijiste que lo arreglara.

—No es lo mismo.

—Para Pardo sí.

Ríos bajó la mirada un instante.

Cuando volvió a levantarla, ya no había nada blando.

—¿Cuántas veces?

—¿Qué?

—¿Cuántas veces pidió favores así?

—No lo sé.

—Una aproximación.

—No llevaba una cuenta.

Joaquín abrió el cajón.

Sacó un sobre doblado y lo dejó frente a Ríos.

—Él sí.

No era una nueva libreta.

Era una copia de una denuncia.

La firma de Joaquín aparecía al final. Había sido presentada desde prisión dos años después del juicio.

Ríos leyó la primera página.

—Esto fue archivado.

—Todo lo era.

—Aquí menciona a Pardo, Ferrer y Barral.

—Por eso lo guardé.

Yo toqué el borde del sobre.

Joaquín lo retiró.

—No es para ti.

—¿Qué dijiste?

—La verdad.

—¿Cuál?

—Que utilizabais a la gente para corregir vuestros errores.

Ríos pasó a la segunda hoja.

—La denuncia no acusa a Barral de colocar la matrícula.

—No.

—Dice que ordenó presionar al testigo.

Joaquín me miró.

—Eso sí lo hizo.

La piel de mis manos empezó a arder.

—No sabía lo del hijo.

—Nunca sabías la parte que te permitía dormir.

Ríos guardó las hojas en el sobre.

—Necesito llevármelo.

—Es una copia.

—¿Dónde está el original?

—Archivado.

—¿En qué juzgado?

Joaquín dio un número.

Ríos lo anotó en el teléfono.

—Comprobaremos la fecha y la tramitación.

—Comprobad también quién pidió que se archivara.

—¿Lo sabe?

—No.

Ríos guardó el sobre en su chaqueta.

—Entonces no lo convierta en una respuesta.

Joaquín sonrió.

—Usted aprende rápido.

Nos dirigimos hacia la puerta.

Me detuve en el pasillo.

—¿Por qué no dijiste antes que Pardo había utilizado tu nave?

Joaquín recogió el martillo.

—Lo dije.

—No consta.

—Eso no significa que no lo dijera.

Ríos abrió la puerta.

La radio volvió al partido. Un locutor gritaba un gol anulado.

Joaquín me llamó antes de que saliera.

—Barral.

Me giré.

Sostenía el martillo junto a la pierna.

—Aquel caso no fue el favor.

—¿Qué fue entonces?

—El ensayo.

Ríos se quedó inmóvil.

—¿Ensayo para qué?

Joaquín miró el sobre que ella llevaba en la chaqueta.

—Para ver cuánto tardabas en pedir otro.

—¿A quién?

—A Pardo.

—¿Y qué quería él a cambio?

Joaquín cerró la puerta hasta dejar solo una rendija.

—Que llevaras una carpeta negra a Topas.

La madera se detuvo a centímetros de mi cara.

—Y tú aceptaste.

16.

El hombre del abrigo gris

Dos semanas después, el funcionario de Topas negó haberme visto entrar con una carpeta negra.

Lo hizo sin consultar ningún registro.

—No estaba de servicio.

Ríos colocó la fotografía sobre la mesa.

—Aquí aparece usted en la garita.

El hombre no miró la imagen. Se ajustó la manga de la camisa hasta taparse el reloj.

La sala de visitas olía a desinfectante. Una puerta automática golpeaba al cerrarse en el pasillo.

—Las fotografías engañan —dijo.

—También los turnos —respondí.

Ríos me lanzó una mirada.

Yo seguía oficialmente fuera.

Oficiosamente, ella había conducido tres horas para sentarme allí.

El funcionario se llamaba Marcos Aldana. Sesenta y un años. Jubilación prevista en cuatro meses. Había trabajado en seguridad interior la noche anterior a la muerte de David.

—¿Quién le pidió que viniera? —preguntó.

—Nadie —dijo Ríos.

—Entonces Barral no debería estar aquí.

—Eso lo decido yo.

Aldana tocó el borde de la mesa.

—Antes lo decidían otros.

Deslicé la fotografía hasta rozarle los dedos.

—Mira la manga.

Solo se veía una mano. Abrigo oscuro. Reloj de esfera azul.

La misma figura cortada que aparecía en las imágenes del bar, del almacén y del hotel de Sevilla.

Aldana retiró la mano.

—No soy yo.

—No te he preguntado eso.

—Lo estaba pensando.

—Entonces piensa mejor.

Ríos apoyó el bolígrafo.

—¿Conocía a Francisco Pardo?

—No.

—¿Andrés Cifuentes?

—Tampoco.

—¿Tomás Salcedo?

La puerta automática golpeó fuera.

Aldana esperó al segundo ruido.

—Los nombres antiguos se mezclan.

—El suyo no —dije.

—Porque sigue buscándolo.

—Porque sigue mintiendo.

Ríos levantó una mano.

—Julio.

Me recosté.

Aldana sonrió sin enseñarme los dientes.

—No ha cambiado.

—Eso dicen quienes esperaban encontrarme roto.

—Lo encontraron culpable.

La mesa se movió bajo mis rodillas.

Ríos metió el pie contra la pata.

—Aquella noche —dijo— recibió una llamada del bar Aragón a las 22:17.

—Eso pone algún papel.

—La llamada está registrada.

—Las extensiones se compartían.

—¿Quién contestó?

—No lo recuerdo.

Ríos abrió otra carpeta.

—Su firma aparece en la entrada de Barral a Topas a las 23:06.

Aldana miró el techo.

—Entonces estaba de servicio.

—Acaba de decir lo contrario.

—He dicho que no lo recuerdo.

—No. Ha dicho que no estaba.

El hombre se frotó la muñeca bajo la manga.

Yo miré el bulto del reloj.

—Enséñamelo.

—¿Qué?

—El reloj.

Ríos no intervino.

Aldana sacó la mano. Llevaba uno digital, negro y gastado.

—¿Satisfecho?

—No.

—Eso tampoco ha cambiado.

La puerta se abrió. Un funcionario dejó tres vasos de agua y salió.

Aldana no tocó el suyo.

—¿Qué llevaba Barral? —preguntó Ríos.

—Documentación.

—¿En qué?

—Una carpeta.

—Color.

—No sé.

—Negra —dije.

Aldana giró hacia mí.

El gesto duró poco. Bastó.

—La recuerdas —dije.

—Usted la recuerda.

—Yo recuerdo el peso.

—Qué poético.

Cogí el vaso y lo dejé delante de él.

—Pesaba demasiado para llevar papeles.

Aldana lo apartó.

—Entonces sabrá qué había dentro.

—No.

—Conveniente.

La palabra ya no pertenecía a Navarro.

Ahora la usaban todos.

Ríos pasó una página.

—La entrada no especifica autorización judicial.

—No era necesaria.

—¿Por qué?

—Barral era policía.

—Estaba suspendido.

Aldana miró por fin el registro.

—No aquella noche.

—¿Cómo lo sabe?

El silencio llegó antes que su error.

Ríos cerró la carpeta.

—Acaba de afirmar que no lo recuerda.

Aldana se levantó.

—He terminado.

Me puse entre él y la puerta.

—¿Quién llevaba el abrigo gris?

—Apártese.

—Entró conmigo.

—No.

—Entonces lo recuerdas.

Aldana apretó el botón de apertura. La puerta no reaccionó.

Ríos tenía el mando remoto bajo la palma.

—Siéntese —dijo.

Él la miró.

—No puede retenerme.

—No. Pero puedo pedir que revisen su pensión, sus partes de servicio y cada acceso que firmó durante veinte años.

Aldana regresó a la silla.

—Eso son amenazas.

—Barral las llamaba favores.

La frase me cortó antes de tocarlo.

Ríos no se disculpó.

—¿Quién entró con él?

Aldana golpeó el vaso con una uña.

—Un hombre.

—Nombre.

—No lo dio.

—Descripción.

—Abrigo oscuro.

—¿Gris?

—Podía ser.

—Reloj azul.

—No miro relojes.

Yo señalé su manga.

—Llevas toda la entrevista mirando el mío.

Aldana dejó de golpear el vaso.

—No lleva reloj.

—Precisamente.

Ríos acercó la fotografía.

—¿Era el hombre de la imagen?

Aldana observó solo la mano cortada.

—Podría.

—Eso no sirve.

—Es lo que hay.

—¿Entró también a seguridad interior?

—No.

—¿A dónde fue?

—Administración.

—A medianoche.

—Topas no dormía.

—¿Quién lo recibió?

Aldana negó.

—No lo vi.

—¿Qué hizo Barral?

El hombre me miró.

—Esperó.

La palabra arrastró algo detrás.

Un banco de plástico. La carpeta entre mis pies. El zumbido de un fluorescente.

Pardo a mi lado, no dentro.

No una pistola en su mano. Una llave.

Me agarré al borde de la mesa.

—Pardo estaba allí.

Aldana bajó los ojos.

Ríos se inclinó.

—¿Entró con ellos?

—No.

—¿Dónde estaba?

—Fuera.

—¿Fuera de Topas?

—Fuera de la garita.

—Eso no es posible sin autorización.

—Muchas cosas no lo eran.

Ríos escribió por primera vez.

—¿Quién lo dejó pasar?

Aldana señaló la fotografía.

—El hombre del abrigo.

—¿Cómo?

—Mostró una credencial.

—¿Policía?

—No.

—¿Prisiones?

—Tampoco.

—¿Entonces?

Aldana apretó los labios.

—Interior.

La palabra quedó sobre la mesa.

No policía. No funcionario de prisiones. Ministerio.

Ríos dejó de escribir.

—¿Nombre?

—No lo vi.

—Mentira —dije.

—Usted tampoco.

—Yo no estaba de servicio en la garita.

—No. Usted estaba demasiado ocupado obedeciendo.

Me levanté.

La silla se arrastró hacia atrás.

Ríos pulsó el mando. La puerta se abrió.

—Fuera, Julio.

No me moví.

—Él sabe quién era.

—Y contigo aquí no va a decirlo.

Aldana cogió el vaso. Bebió por fin.

Me aparté. La puerta se cerró entre nosotros.

Esperé en el pasillo. El golpe automático se repitió seis veces. A la séptima, Ríos salió sola.

—¿Y él?

—Otra puerta.

—¿Ha hablado?

—Más que contigo.

—Nombre.

Ríos caminó hacia la salida.

—No tiene uno.

—Todo el mundo tiene uno.

—No para Aldana.

La seguí.

—¿Qué ha dicho?

—Que el hombre llevaba credencial de enlace ministerial. Sin fotografía visible.

—Eso no existía.

—Existía lo suficiente para abrir Topas.

—¿Y la carpeta?

Ríos empujó la puerta exterior.

La luz golpeó el suelo blanco.

—La entregaste en administración.

—¿A quién?

—A nadie.

—No me hagas perder tiempo.

Ríos se detuvo.

—La dejaste dentro de una taquilla.

—Número.

—No lo recuerda.

Solté aire.

Otra vía incompleta.

—¿Y Pardo?

—Esperó fuera.

—Entonces el mensaje de Sergio era cierto.

—Una parte.

—¿Cuál?

—Tú no podías salir.

El sol calentaba el metal de la valla.

—Eso no tiene sentido.

—Aldana dice que, después de dejar la carpeta, intentaste volver a la garita. La puerta de seguridad no se abrió.

—¿Quién la bloqueó?

—El hombre del abrigo.

—¿Por qué?

—Aldana no lo sabe.

—Claro.

Ríos metió la mano en el bolso.

Sacó mi teléfono.

—Te lo van a intervenir.

—¿Por orden de quién?

—Navarro.

—No tiene base.

—Tiene dos homicidios y mensajes enviados directamente a ti.

Le quité el móvil.

—Pues que venga a buscarlo.

—Está viniendo.

Tomé una decisión. Encendí el teléfono antes de que pudiera impedirlo. No había cobertura.

Caminé hasta el aparcamiento.

Ríos me siguió.

—No hagas ninguna estupidez.

—Eso depende de quién la escriba después.

La señal apareció junto al coche.

Entraron nueve mensajes a la vez.

Todos de un número desconocido. Ocho estaban vacíos. El noveno contenía una hora.

23:11.

Ríos miró la pantalla.

—¿Qué significa?

—Cinco minutos después de entrar en Topas.

Llegó otro mensaje.

Una ubicación. No Zaragoza. No Salamanca. El aparcamiento abandonado de Valladolid donde apareció el coche de Salcedo veintidós años atrás.

Ríos me quitó el teléfono.

—No vas.

—Claro que voy.

—Es una trampa.

—También lo era Topas.

El móvil vibró en su mano.

Apareció una fotografía tomada desde lejos.

Aldana salía por una puerta lateral del centro penitenciario. Un hombre lo esperaba junto a un coche. Abrigo gris. Cabello blanco.

La cara no se veía.

Ríos llamó a seguridad.

Nadie respondió.

La fotografía se actualizó.

Ahora Aldana estaba dentro del vehículo.

Y el hombre del abrigo miraba hacia la cámara.

El rostro seguía cubierto por el reflejo del parabrisas. Pero el reloj descansaba sobre el volante. Esfera azul.

Debajo apareció una frase.

YA HA RECORDADO DEMASIADO.

El coche arrancó en la imagen.

A nuestras espaldas, sonó una alarma.

Ríos corrió hacia la puerta. Yo miré el aparcamiento. El vehículo de Aldana ya no estaba.

17.
La lista parcial

Dos días después, la policía entró en casa de Aldana y encontró el hueco antes que el contenido.

Un rectángulo limpio cortaba el polvo del armario. Cincuenta centímetros de ancho. Treinta de alto. Alguien había retirado una caja pesada.

Navarro golpeó la balda con los nudillos.

—¿Cuándo?

La científica levantó la cinta métrica.

—No puedo fechar el polvo.

—Entonces dime algo que sí puedas.

—La caja estaba aquí desde hacía años. La sacaron hace poco.

El dormitorio olía a alcanfor. Sobre la cama seguían dobladas tres camisas iguales a la que Aldana llevaba en Topas.

Ríos abrió el cajón inferior. Medicinas. Documentación bancaria. Una carpeta con los papeles de jubilación.

Nada más.

—Han limpiado —dije.

Navarro se volvió.

—O Aldana se llevó sus cosas.

—Sin ropa. Sin medicación. Sin pasaporte.

—Todavía no sabemos que lo secuestraran.

Toqué la marca del armario.

—Tampoco sabemos que saliera andando.

Una agente apareció en la puerta.

—Los vecinos no vieron nada.

—¿Todos? —preguntó Ríos.

—Los dos que han contestado.

Navarro miró el pasillo vacío.

—Seguid llamando.

La agente salió.

—Quiero ver la basura.

Navarro soltó la puerta del armario.

—Claro. Seguro que el asesino tiró una confesión al contenedor.

—Quien registró esto buscaba una cosa. Lo demás le molestaba.

Ríos se quitó los guantes.

—El cubo está en la cocina.

Dentro había sobres abiertos, restos de comida y varias tiras de papel triturado a mano.

No con máquina. Con dedos.

Ríos extendió una bolsa sobre la encimera.

—No las toques.

—No pensaba hacerlo.

—Eso dices justo antes.

Navarro cogió unas pinzas y separó los fragmentos. La mayoría eran facturas. Números de teléfono. Direcciones antiguas.

Una tira conservaba tres letras. PAR.

Otra, una fecha incompleta.

—Esto puede llevar horas —dijo.

—Entonces empieza.

Navarro dejó las pinzas.

—No trabajo para ti.

—Hoy parece que tampoco para Aldana.

Ríos puso otra bolsa junto a los papeles.

—Julio, sal de la cocina.

No me moví.

—Hay algo que falta.

—La caja —respondió Navarro.

—No. Ruido.

Ambos guardaron silencio.

El frigorífico vibraba. Una tubería golpeaba dentro de la pared. Nada más.

Fui al salón. No había televisión. Tampoco radio. Aldana había vivido solo, pero las pilas del mando estaban nuevas sobre la mesa.

Ríos me siguió.

—¿Qué buscas?

—Una costumbre.

—Eso no es una prueba.

Levanté el mando.

—Alguien quitó el televisor.

La marca en la pared seguía allí. Dos tornillos. Cable de antena cortado.

Navarro entró detrás.

—Puede haberlo vendido.

—Sin retirar el soporte.

—La gente hace cosas extrañas.

—La gente que huye no se lleva una televisión y deja dinero en un cajón.

Ríos miró el mueble bajo.

—¿Dinero?

Navarro abrió el primer compartimento. Había cuatrocientos euros dentro de un sobre.

Nadie habló.

La científica se acercó.

—Aquí falta más de una cosa.

Se agachó junto al rodapié. Había una raya oscura desde el mueble hasta la puerta.

—Arrastraron algo.

Navarro señaló el dormitorio.

—La caja.

—Y la televisión —dije.

Ríos siguió la marca. Terminaba en el pasillo, junto a una puerta cerrada.

La abrió.

Era un cuarto pequeño. Herramientas. Cajas. Una mesa plegable apoyada contra la pared.

En el suelo había un enchufe arrancado.

Navarro levantó el cable.

—La televisión estaba aquí.

—No la veía —dije.

—Grababa algo.

Ríos abrió una caja de plástico.

Cintas antiguas. Todas etiquetadas con fechas. Ninguna reciente.

Navarro cogió una.

—¿Vigilancia?

—O partidos de fútbol —dijo Ríos.

Le dio la vuelta. En el lomo aparecían dos iniciales.

F. P.

Francisco Pardo.

La cinta se quedó entre sus dedos.

—No puede ser tan fácil —dije.

Navarro me miró.

—Por una vez estamos de acuerdo.

La científica encontró un reproductor viejo bajo la mesa. No tenía cable de alimentación.

Ríos llamó a comisaría.

—Quiero esto digitalizado hoy.

—Tardarán —dijo Navarro.

—Entonces que tarden trabajando.

La radio de un agente sonó desde el pasillo.

—Posible localización de Aldana.

Navarro cogió las llaves.

—¿Dónde?

—Un área de servicio en la A-2. Un conductor ha encontrado a un hombre dentro de un coche abierto.

Ríos cerró la caja.

—Vamos.

El vehículo estaba aparcado detrás de un restaurante cerrado. Aldana permanecía tumbado en el asiento trasero.

Vivo.

Tenía las muñecas marcadas y una herida seca en la sien.

El sanitario le levantó un párpado.

—Está sedado.

—¿Cuánto tardará en hablar? —preguntó Navarro.

—No trabajo con relojes.

—Pues empieza.

El hombre le dio la espalda.

Ríos abrió el maletero.

Vacío.

No había televisión. Tampoco caja.

Yo rodeé el coche.

Las puertas no estaban forzadas. La llave seguía puesta.

—Conocía a quien lo subió —dije.

Navarro examinó la cerradura.

—O estaba inconsciente.

—No se lo llevaron de casa inconsciente. No hay señales de lucha.

Ríos tocó el asiento del conductor.

—Está adelantado.

Aldana era más alto que yo.

Quien condujo necesitaba menos espacio.

—Dos personas —dije—. Una conducía. Otra lo vigilaba atrás.

Navarro abrió la puerta trasera.

—Eso no nos da nombres.

Aldana tosió.

El sanitario se inclinó sobre él.

Sus labios se movieron.

Me acerqué.

—¿Qué dice?

—Nada claro.

Aldana volvió a intentarlo.

—Caja.

Navarro se agachó.

—¿Dónde está?

Los ojos de Aldana se abrieron apenas.

—No era… mía.

—¿De quién?

El sanitario apartó a Navarro.

—Déjelo respirar.

Aldana buscó mi cara.

Su mano salió de la manta y me agarró dos dedos.

—Lista.

—¿Qué lista?

—No… nombres.

Su pulso golpeaba débil contra mi piel.

Ríos acercó el oído.

—¿Qué había en la caja?

Aldana cerró los ojos.

—Servicios.

La mano cayó.

El sanitario nos empujó hacia atrás.

—Se acabó.

Lo cargaron en la ambulancia.

Navarro observó cómo cerraban las puertas.

—“Servicios” puede significar cualquier cosa.

—Favores —dije.

—No ha dicho eso.

—No necesitaba hacerlo.

Ríos volvió al coche. Metió la mano bajo el asiento delantero y sacó una tira de cartón doblada.

No era una lista. Era el lateral de una carpeta archivadora.

La etiqueta estaba partida. Solo podían leerse tres bloques.

P-04.

C-09.

V-11.

Debajo quedaba media palabra.

RETIR…

Navarro sostuvo el cartón.

—Pardo. Cifuentes. Vera.

—O paranoia —dijo Ríos.

—Las fechas coinciden con años de operaciones —respondí.

—¿Y “retirado”?

—Estado del informador.

Navarro levantó la tira.

—Aldana ha dicho que no eran nombres.

—Porque eran códigos.

Ríos examinó la rotura.

—Esto se arrancó de una carpeta.

—La caja contenía varias —dije.

—No sabemos cuántas.

—Por eso se la llevaron.

La ambulancia arrancó.

—Hay que localizar a Vera.

Navarro guardó la tira en una bolsa.

—Ya hablamos con él.

—Precisamente.

—No aparece en ninguna investigación actual.

—Pardo tampoco aparecía.

Ríos llamó a la patrulla de la zona.

Esperó.

—No contesta.

Volvió a marcar. Nada.

Navarro fue hacia el coche.

—Una patrulla no desaparece.

—Dos confidentes tampoco debían morir —dije.

Llegamos a casa de Joaquín Vera cuarenta minutos después. El coche policial estaba frente al edificio. Motor encendido. Una puerta abierta.

El agente del conductor respiraba sobre el volante. El segundo estaba en el portal. Sin arma.

Navarro comprobó el pulso.

—Vivos.

Ríos señaló dos marcas en el cuello del primero.

—Sedante.

Subimos.

La puerta de Joaquín había sido forzada.

El martillo estaba en el suelo del pasillo.

La radio seguía encendida. No había sangre.

—Joaquín —llamó Ríos.

Nadie contestó.

Navarro revisó las habitaciones. Yo entré en el salón.

Las herramientas seguían sobre la mesa. La pieza de madera que había lijado durante nuestra visita estaba partida en dos.

Una mitad estaba en el suelo. La otra faltaba.

Debajo de la mesa había una hoja arrancada.

No contenía nombres. Solo una cuadrícula con códigos.

P-04.

C-09.

V-11.

Otros cuatro aparecían cortados por el borde.

Uno terminaba en L-07.

Otro en M-12.

Los dos últimos eran ilegibles.

Ríos se puso guantes.

—Esta es la lista parcial.

—No —dije—. Es una copia.

—¿Cómo lo sabes?

Señalé las manchas de tinta.

—Joaquín la calcó.

Navarro abrió un cajón. Vacío.

—¿Para qué?

—Porque sabía que podían venir.

—¿Quiénes?

Miré el martillo en el pasillo.

—Los mismos que se llevaron a Aldana.

Ríos levantó la hoja hacia la ventana.

En el reverso había una frase escrita a lápiz.

No era una amenaza. Era una instrucción.

SI ME RETIRAN, BUSCAD AL VIGENTE.

Navarro señaló el código L-07.

—Luna.

Gabriel Luna.

El hombre que había desaparecido del hospital.

—Puede estar muerto —dijo Ríos.

—O trabajando —respondí.

Navarro bajó la hoja.

—¿Para quién?

La radio cambió sola de emisora. Una voz masculina llenó el salón.

No hablaba con nosotros. Era una grabación. Joaquín.

—Si estáis oyendo esto, la lista ya no sirve.

Ríos corrió hacia el aparato. No encontró ningún dispositivo conectado.

La voz continuó.

—Los códigos cambian cuando cambia el dueño.

Navarro arrancó el cable de la radio.

La grabación siguió sonando.

Venía de debajo de la mesa.

Me agaché y encontré un reproductor pequeño sujeto con cinta.

Joaquín respiró al otro lado del altavoz.

—Pardo era retirado. Cifuentes también.

Una pausa.

—Luna seguía vigente.

Ríos cogió el aparato.

La grabación terminó con un golpe. Después, una última frase.

—Y no trabajaba para vosotros.

La puerta del rellano se cerró.

Salí corriendo.

La escalera estaba vacía. Abajo, el coche patrulla seguía abierto. Pero el segundo agente ya no estaba en el portal.

Navarro llegó detrás.

—¿Dónde está?

Ríos miró hacia la calle.

Una furgoneta giraba al final de la avenida. Sin matrícula trasera.

En el asiento del copiloto distinguí una cabeza inclinada.

Joaquín.

Y al volante, durante un segundo, el perfil de Gabriel Luna.

18.

La tercera fotografía

La furgoneta apareció vacía junto a una acequia. No había sangre. Tampoco huellas útiles. Solo barro seco en los pedales y una brida cortada bajo el asiento del copiloto.

Navarro cerró la puerta lateral.

—Gabriel conducía.

Ríos miró las marcas de neumáticos.

—Julio vio un perfil durante dos segundos.

—Era él.

—También dijiste que Salcedo estaba en Delicias.

La chapa caliente me quemaba la palma. Retiré la mano.

—No era Salcedo.

—Eso sabemos ahora —dijo Navarro.

Un agente salió de la cuneta con una bolsa transparente.

Dentro había una gorra negra.

—Encontrada junto al agua.

Navarro la levantó hacia la luz.

—¿De Luna?

—No lo sé.

—Claro que no.

La lanzó al agente con más fuerza de la necesaria.

Llevábamos un día siguiendo cámaras, peajes y matrículas falsas. La furgoneta había cruzado dos polígonos y desaparecido durante cuarenta minutos.

Cuando volvió a una cámara, ya no llevaba pasajeros.

—Buscamos mal.

Ríos se volvió.

—Ilumínanos.

—Gabriel no se llevó a Joaquín para matarlo.

—¿Otra certeza?

—Si quisiera un cadáver, no necesitaría cambiar de vehículo.

Navarro señaló la acequia.

—Quizá no llegó hasta aquí vivo.

—Entonces habría sangre.

—O saben limpiar.

—Pardo apareció preparado. Cifuentes también. Esto es distinto.

Ríos se agachó junto a las marcas.

—¿Qué propones?

—Volver a la casa.

Navarro soltó una risa seca.

—Ya la desmontamos.

—Buscasteis a Joaquín.

—¿Y ahora qué buscamos?

—Qué necesitaban de él.

Navarro abrió el coche.

—Tú vuelves al hotel.

—No.

—No era una pregunta.

Ríos se incorporó.

—Las cintas de Aldana ya están digitalizadas.

Navarro dejó la puerta abierta.

—¿Y?

—Una tiene imagen.

La sala de audiovisuales olía a plástico caliente. En la pantalla, una pared gris temblaba bajo una lluvia de interferencias.

Ríos avanzó la grabación.

—La cinta estaba etiquetada como F. P.

—Francisco Pardo —dijo Navarro.

—Eso pensábamos.

La imagen saltó.

Durante varios segundos solo apareció un suelo de baldosas y la pata de una silla.

Después entraron cuatro hombres. Pardo. Cifuentes. Otro al que no reconocí.

Y yo.

Navarro pausó.

El ventilador del ordenador llenó la sala.

—Tres muertos —dijo.

Me acerqué a la pantalla.

Yo estaba de espaldas. Pardo fumaba junto a una ventana. Cifuentes sostenía una carpeta contra el pecho.

El cuarto hombre permanecía sentado.

Demasiado delgado. Cabeza rapada. Una cicatriz le cruzaba la frente.

—No lo conozco.

Navarro amplió la imagen.

—Eso dijiste de Cifuentes.

—Y sigo sin recordarlo.

—La memoria te trata peor que la justicia.

Ríos tocó el teclado.

—La cinta no tiene fecha grabada.

—Entonces no prueba cuándo estuvimos allí —dije.

—Prueba que estuviste.

—Eso tampoco explica quién mata ahora.

Navarro giró la silla.

—Siempre encuentras una forma de separar las cosas.

—Porque alguien quiere unirlas por nosotros.

—Dos confidentes aparecen muertos y luego vemos una imagen contigo y con ambos.

—Demasiado limpio.

—Por fin algo te parece demasiado limpio.

Ríos dejó correr la grabación.

No había sonido. Pardo hablaba. Cifuentes negaba con la cabeza. Yo señalaba la carpeta.

El hombre sentado no participaba. Miraba hacia la puerta.

—¿Dónde es? —preguntó Ríos.

Observé la ventana.

Cristal armado. Reja exterior. Una señal roja cortada por el encuadre.

—Dependencias policiales.

—Muy preciso —dijo Navarro.

—No es el almacén.

—¿Topas?

—Tampoco.

Ríos amplió la señal.

Solo se veía una letra blanca.

M.

—Puede ser cualquier sitio —dije.

—O M-12 —respondió ella.

Navarro cogió la copia de la lista parcial.

Uno de los códigos cortados terminaba en M-12.

—El hombre de la silla.

Ríos negó.

—Eso estás suponiendo.

—¿Tienes algo mejor?

—Todavía no.

Tomé una decisión.

—Busca fallecidos con ese código.

Navarro me miró.

—Los códigos no constan oficialmente.

—Cruza nombres de la libreta con muertes antiguas.

—Eso son cientos de personas.

Ríos ya escribía en el ordenador.

—No si empezamos por las iniciales M y por quienes aparecen cerca de Pardo y Cifuentes.

Navarro se apoyó en la mesa.

—No sabemos que la M sea un nombre.

—Por eso comprobaremos antes de afirmarlo —dijo Ríos.

No me miró. No hacía falta.

Quince minutos después aparecieron seis candidatos. Tres seguían vivos. Dos habían muerto por enfermedad.

El último, Mateo Roldán, había fallecido ocho años atrás por una sobredosis en Valladolid.

La fotografía del archivo tardó en cargar.

Era el hombre de la silla. Más joven. Más lleno. La misma cicatriz.

Navarro golpeó la mesa con un dedo.

—Pardo. Cifuentes. Roldán.

Ríos imprimió las fichas.

—Tres hombres muertos en circunstancias distintas.

—Y Barral con los tres —añadió Navarro.

El papel salió caliente.

Lo cogí por una esquina.

—Roldán murió ocho años antes que los otros.

—Eso no lo vuelve irrelevante.

—Lo vuelve inútil para el asesino actual.

—O el primero de la lista.

Negué.

—Una sobredosis no es el canal ni una lavandería.

Navarro abrió el informe de Roldán.

—Lo encontraron en un coche. Sin jeringa. Sin teléfono. Con heroína en sangre.

—Consumía.

—Llevaba limpio tres años.

—Eso dijo su familia.

Ríos cogió la hoja.

—El caso se archivó en cuarenta y ocho horas.

—Eso ocurría demasiado —dije.

Navarro me sostuvo la mirada.

—Contigo cerca, parece que sí.

Volví a la pantalla. La escena continuaba.

Yo abría la carpeta. Pardo daba un paso atrás. Cifuentes intentaba quitármela.

Roldán seguía sentado. No parecía retenido. Parecía esperar.

—Rebobina.

Ríos lo hizo.

—Más despacio.

La imagen avanzó fotograma a fotograma.

Cifuentes tocaba mi brazo. Yo apartaba la carpeta. Pardo miraba a Roldán. Después todos girábamos hacia la puerta.

Alguien había entrado. Quedaba fuera del plano.

Navarro señaló la sombra que cruzaba el suelo.

—El hombre del abrigo.

—No lo sabemos —dijo Ríos.

—Mira la longitud.

—Una sombra no lleva credencial.

La grabación se cortó. Volvió cinco segundos después.

Roldán ya no estaba en la silla. Tampoco la carpeta. Yo sujetaba a Pardo por la chaqueta.

Cifuentes tenía sangre en la nariz.

Navarro pausó.

—¿Qué pasó?

La base del cuello me ardía.

Una habitación. Una voz detrás de mí. Pardo diciendo que aquello no era el trato. Cifuentes limpiándose con la manga.

Nada más.

—No lo recuerdo.

Navarro se levantó.

—Empieza a cansarme.

—Imagínate vivir dentro.

Ríos volvió al inicio.

—La cinta no estaba grabada para vigilar la sala.

Señaló el encuadre torcido.

—La cámara estaba escondida.

—¿Dónde? —preguntó Navarro.

—En una bolsa o una chaqueta. Se mueve cuando alguien toca la mesa.

Hizo avanzar la imagen.

El plano se inclinó justo cuando Cifuentes dejó la carpeta.

—La cámara era de Cifuentes.

—No puedes saberlo —dije.

—No. Pero puedo comprobarlo.

Amplió un reflejo en la ventana.

Se distinguía una figura frente a nosotros. No era quien grababa. Era una mujer. Cabello oscuro. Chaqueta clara.

La cara quedaba deformada por el cristal.

Navarro acercó la silla.

—¿Quién es?

La saliva se me pegó al paladar.

—No lo sé.

Esta vez era verdad.

Ríos congeló el reflejo y ajustó el contraste.

—Lleva una acreditación.

—No se puede leer —dijo Navarro.

—Pero el color sí.

Azul oscuro. Personal penitenciario. Topas utilizaba ese color.

Navarro me miró.

—¿Irene?

—No.

La respuesta salió demasiado rápido.

—Ni siquiera vemos la cara.

—No es ella.

—¿Cómo lo sabes?

Toqué el borde de la mesa.

—La altura.

Ríos amplió la figura.

—Tiene una mano levantada.

No saludaba. Sostenía algo contra el cristal. Una hoja.

Sobre ella había cuatro códigos escritos con rotulador.

P-04.

C-09.

M-12.

Y otro que el reflejo invertía.

Ríos giró la imagen.

L-07.

Luna.

Navarro se puso en pie.

—Los cuatro de la lista.

—No —dije.

Señalé la pantalla.

—Falta Joaquín.

—Vera no era confidente —respondió Ríos—. Prestaba servicios.

La palabra de Aldana. Servicios.

Navarro abrió la lista parcial.

—Entonces esta imagen no muestra a tres muertos por casualidad. Muestra una reunión.

—¿De qué? —preguntó Ríos.

La memoria no respondió.

Mi cuerpo sí.

Los dedos se cerraron antes de que pudiera impedirlo.

—Una retirada.

Navarro se acercó.

—¿De quién?

Volví a mirar a Roldán sentado. Pardo junto a la ventana. Cifuentes abrazado a la carpeta.

Yo en medio. La mujer detrás del cristal. Los cuatro códigos.

—De Luna —dije.

Ríos negó.

—Luna aparece marcado como vigente años después.

—Entonces no aceptamos.

—¿Quiénes?

La imagen tembló.

Pardo golpeando la mesa. Cifuentes diciendo que no firmaría. Roldán mirando la puerta.

Y yo arrancando una hoja de la carpeta.

—Los tres muertos.

Navarro señaló mi figura.

—Tú también estabas allí.

—Yo no votaba.

Ríos dejó la mano sobre el teclado.

—¿Qué hacías?

La respuesta llegó con la voz de Pardo.

Tú solo ejecutas.

Aparté la silla.

—Cumplía la decisión.

El programa emitió un pitido.

Ríos había abierto las propiedades del archivo digital.

—La cinta se copió tres veces.

—¿Fechas? —preguntó Navarro.

—La última, hace cuatro meses.

—¿Por Aldana?

—No.

Giró la pantalla.

El equipo utilizado para copiarla pertenecía a una asociación de ayuda a antiguos presos.

Navarro leyó el nombre. Yo no necesité hacerlo. Fundación Puerta Abierta.

Irene había trabajado allí.

Ríos cogió su teléfono.

—Voy a llamarla.

—No responderá.

—¿Por qué?

Miré el reflejo de la mujer detrás del cristal.

La mano. La acreditación. La hoja con los códigos.

—Porque llevaba doce años esperando que encontráramos esta fotografía.

19.

Irene no responde

Cinco días después, el teléfono de Irene seguía apagado y su nombre ya no figuraba en la Fundación Puerta Abierta.

La mujer de recepción giró el monitor hacia Ríos.

—No aparece.

—Trabajó aquí —dije.

—Eso no significa que siga trabajando.

El vestíbulo olía a café soluble. Una impresora expulsaba hojas torcidas detrás del mostrador.

Navarro apoyó la fotografía de Irene junto al teclado.

—Compruébelo otra vez.

La recepcionista no miró la imagen.

—He buscado por nombre y apellidos.

—Busque voluntarios —dijo Ríos.

La mujer pulsó dos teclas.

—Tampoco.

—Proyectos cerrados.

—No tengo acceso.

Navarro sacó la placa.

—Ahora sí.

La recepcionista levantó la vista.

—La placa no modifica mi contraseña.

Yo marqué de nuevo a Irene.

Una voz automática respondió al segundo tono. El número no estaba disponible.

Colgué.

—Ha cambiado de teléfono.

—O no quiere contestarte —dijo Navarro.

Tomé una decisión.

—Quiero hablar con el director.

La recepcionista señaló una puerta.

—Está en una reunión.

—Ya no.

El director se llamaba Alberto Monreal. Cincuenta años. Camisa sin corbata. Nos recibió de pie y dejó claro que prefería seguir así.

Ríos colocó una captura de la cinta sobre su mesa.

—Este archivo fue copiado con un equipo registrado a nombre de la fundación.

Monreal acercó la imagen.

—¿Qué archivo?

—Una grabación antigua.

—Aquí digitalizamos expedientes de usuarios. No vídeos policiales.

—No he dicho que fuera policial —respondió Ríos.

El director soltó la hoja.

—Entonces empiecen por explicar qué buscan.

Navarro cerró la puerta.

—A Irene.

Monreal miró hacia mí.

La pausa fue pequeña. Suficiente.

—La conoce —dije.

—Conozco a mucha gente.

—Pero a ella la ha reconocido.

—No he dicho eso.

—Tampoco hacía falta.

Ríos me señaló una silla.

No me senté.

—¿Trabajó aquí? —preguntó.

Monreal cogió un bolígrafo y lo alineó con el borde de la mesa.

—Colaboró en un proyecto.

—¿Cuándo?

—Hace años.

—¿Cuántos?

—No llevo la cuenta.

Navarro empujó la fotografía.

—Empiece.

Monreal apretó el bolígrafo.

—Cuatro. Quizá cinco.

—¿Por qué no figura?

—No estaba contratada.

—Tampoco como voluntaria.

—El proyecto no lo gestionábamos nosotros.

—Pero usaba su sede —dijo Ríos.

El bolígrafo dejó de moverse.

—A veces.

—¿Qué proyecto?

Monreal abrió un cajón.

Yo puse la mano encima antes de que sacara nada.

—Despacio.

Me miró.

—Busco el convenio.

Ríos apartó mi mano.

—Déjalo.

Monreal sacó una carpeta fina. Dentro había contratos de colaboración con varias asociaciones penitenciarias.

Ninguno llevaba el nombre de Irene.

—¿Cuál? —preguntó Navarro.

—Reinserción y apoyo jurídico.

—Eso son seis.

—No recuerdo en cuál estaba ella.

Ríos tomó fotografías de las páginas.

—¿Irene tenía acceso al equipo de digitalización?

—Puede.

—¿Sí o no?

—Entraba gente.

—Otra respuesta y nos vamos —dije.

Navarro me miró de lado.

—No te emociones. No significa que te vayas libre.

Monreal cerró la carpeta.

—El equipo se retiró hace dos años.

Ríos levantó la cabeza.

—La cinta se copió hace cuatro meses.

—Entonces no fue aquí.

La habitación se quedó más fría.

—El identificador pertenece a esta fundación —dijo Navarro.

—Pertenecía.

—¿A quién se lo dieron?

Monreal se encogió de hombros.

—Se donó material.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—Ha firmado el convenio —dije.

—Firmo muchos.

Golpeé el cajón con los nudillos.

—Busca.

Ríos no me frenó esta vez.

Monreal abrió el ordenador. Tardó cuatro minutos. Ninguno habló.

La pantalla reflejaba su frente húmeda.

—Aquí —dijo al fin.

Imprimió una hoja.

El equipo había sido cedido a una asociación de apoyo a familias de internos. Después pasó a un almacén del Ministerio.

No a Irene. No a Puerta Abierta. A Topas.

Navarro cogió el papel.

—La copia se hizo en prisión.

—O con una máquina que había pasado por prisión —dijo Ríos.

—Es lo mismo.

—No.

Ella señaló el número de inventario.

—El equipo fue dado de baja un año antes de la copia.

Navarro acercó la hoja.

—Entonces alguien lo siguió utilizando.

—O clonó el identificador.

Miré la fotografía del reflejo.

La acreditación azul. La mujer detrás del cristal.

Había empujado a Irene dentro de la imagen porque necesitaba una cara.

—No era ella —dije.

Navarro cruzó los brazos.

—Hace cinco minutos estabas seguro.

—Ahora no.

—Avanzamos.

Ríos guardó la documentación.

—¿Dónde vive Irene?

Monreal volvió a ordenar el bolígrafo.

—No lo sé.

—¿Tiene algún contacto?

—No.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace más de un año.

—¿Aquí?

Él miró la puerta.

—En un funeral.

—¿De quién?

—Una trabajadora social.

—Nombre.

—Clara Valdés.

El apellido me rozó sin engancharse a ningún recuerdo.

Ríos lo anotó.

—¿Dónde trabajaba?

—Topas.

Navarro cerró la carpeta.

—Otra vez Topas.

—Todo acaba allí si preguntáis suficiente —dije.

Ríos me miró.

—Eso dijiste antes de empezar a encontrarlo en todas partes.

Salimos sin una dirección. Sin número. Sin Irene.

En el coche, Navarro golpeó el volante.

—Dos horas para descubrir que el equipo no estaba aquí.

—Eso también es investigar —dijo Ríos.

—Eso es perder el día.

—No. Perderlo habría sido detener a Irene por una identificación técnica mal interpretada.

Navarro arrancó.

Yo observé el edificio por la ventanilla.

—Monreal mentía.

—Varias veces —respondió Ríos.

—Sobre el funeral.

—¿Por qué?

—No sabía el nombre de Irene, pero recordaba dónde la vio.

—Eso no demuestra nada.

—La protegía.

Navarro frenó en un semáforo.

—O estaba protegiendo a la fundación de ti.

La frase se quedó entre los asientos.

Mi teléfono vibró. No era un mensaje. Era una llamada de un número conocido. La hija de Joaquín Vera.

Respondí.

—¿Dónde está?

—Eso iba a preguntárselo.

Su voz sonaba firme. Detrás golpeaban platos.

—La policía dice que se lo llevaron.

—Eso parece.

—Pues la policía no conoce a mi padre.

Ríos activó el altavoz sin pedirme permiso.

—Soy la inspectora Ríos. ¿Qué quiere decir?

—Que no se sube a una furgoneta si no quiere.

—Los agentes estaban sedados.

—Mi padre también sabe sedar a alguien.

Navarro giró el coche hacia el arcén.

—¿Está diciendo que atacó a dos policías?

—Estoy diciendo que lleva veinte años esperando a un hombre.

La sangre me golpeó detrás de los ojos.

—Gabriel Luna.

La mujer tardó en contestar.

—No conozco ese nombre.

—Pero su padre sí.

—Conocía muchos.

—¿Qué le dijo?

Un plato chocó contra otro.

—Hace tres semanas me dejó unas llaves.

—¿De qué?

—No lo sé. No las he usado.

—¿Dónde están?

—En mi casa.

Navarro hizo un gesto a Ríos. Ella ya estaba pidiendo una patrulla.

—No las toque —dijo.

La mujer soltó una risa seca.

—Mi padre dijo que vendrían policías a decirme eso.

—¿Qué más dijo? —pregunté.

—Que no confiara en el primero que llegara.

Navarro me miró.

—¿Y en quién debía confiar?

—En una mujer.

Los dedos se me cerraron sobre el teléfono.

—¿Irene?

—No me dio nombre.

—Descríbala.

—No la he visto nunca.

Ríos se inclinó hacia el altavoz.

—¿Cómo sabría reconocerla?

—Por una frase.

—¿Cuál?

La mujer guardó silencio.

—Señora Vera.

—No pienso decirla por teléfono.

Navarro golpeó el intermitente.

—Vamos a su casa.

—No —dijo ella.

La palabra salió cortante.

—Mi padre dijo que, si desaparecía, no debía dejar entrar a nadie.

—Su padre puede estar en peligro.

—Mi padre lleva años en peligro. La diferencia es que ahora ustedes se han enterado.

La llamada se cortó.

Navarro aceleró.

—Mandamos la patrulla.

—La espantarás —dije.

—No voy a pedirte consejo familiar.

Ríos levantó una mano.

—Esperad.

Había vuelto a abrir la fotografía de la cinta en su tableta.

Amplió la hoja que sostenía la mujer tras el cristal.

—Los códigos.

—Ya los vimos —dijo Navarro.

—No el reverso.

Aumentó el reflejo.

La luz atravesaba el papel. Detrás de P-04, C-09, M-12 y L-07 aparecía una quinta marca, casi borrada.

No era otro código completo. Solo dos caracteres.

I-03.

Navarro señaló la pantalla.

—Irene.

—No —dije.

—Empieza por I.

—También Isabel. Ignacio. Iván.

—Y tres puede ser un año.

Ríos negó.

—No es el mismo formato. Los demás identifican personas. Este está escrito en otro color.

—¿Qué significa? —preguntó Navarro.

Ella giró la imagen.

Junto a I-03 había una palabra minúscula.

No "vigente". No "retirado". ENLACE.

El teléfono de Ríos sonó.

La patrulla enviada a casa de la hija de Joaquín ya había llegado.

Ríos respondió. Escuchó.

—¿Forzada?

Navarro redujo la velocidad.

—¿Qué pasa?

Ríos apartó el móvil.

—La puerta estaba abierta.

—¿La mujer?

—No está.

—¿Las llaves?

Ríos volvió a escuchar.

Su rostro cambió.

—No eran llaves de una vivienda.

—¿De qué? —pregunté.

Colgó.

—De una taquilla de la estación de Delicias.

Navarro giró el coche.

—Número.

Ríos miró la nota del agente.

—Cero tres.

Volví a observar el código.

I-03.

No era una persona. Era una instrucción. Irene. Taquilla tres.

Y alguien había llegado a casa de la hija de Joaquín antes que nosotros.

20.

El cuarto nombre

La taquilla número tres estaba vacía.

Navarro volvió a introducir la llave. La giró dos veces.

La puerta metálica golpeó el lateral con un sonido hueco.

—Nada.

El pasillo de consignas olía a polvo caliente. Un tren anunció su salida al otro lado del muro.

Ríos iluminó el interior con el teléfono.

—Hay marcas recientes.

—Eso significa que alguien guardó algo —dije.

—O una maleta rozó la pintura.

Navarro retiró la llave.

—Hemos llegado tarde otra vez.

Me agaché.

En la base había un círculo limpio entre la suciedad. Pequeño. Demasiado pequeño para una carpeta.

—Aquí había un frasco.

Ríos acercó la luz.

—O una botella.

—No con esa base.

Navarro cerró la taquilla.

—No vamos a reconstruir un asesinato con manchas de polvo.

Tomé una decisión.

—Buscad quién la alquilaba.

—Las consignas automáticas no piden nombre —dijo Ríos.

—Esta cerradura es antigua.

Señalé la llave.

—Alguien la conservó porque no funcionaba con código.

Navarro miró hacia la oficina de atención.

—Cinco minutos.

El empleado tardó doce.

Trajo una carpeta de mantenimiento y la dejó sobre el mostrador.

—Esas taquillas se anularon hace tres años.

Ríos abrió el registro.

—La número tres seguía cerrada.

—A veces la gente no devuelve las llaves.

—¿Quién fue el último usuario?

—No se anotaban nombres.

Navarro empujó la carpeta.

—Entonces, ¿qué anotaban?

El hombre señaló una columna.

Fechas. Importes. Incidencias.

La taquilla tres aparecía alquilada durante nueve días, cuatro meses atrás.

Pago en efectivo. Después, una observación.

USUARIO SOLICITA PRÓRROGA POR TRATAMIENTO.

—¿Qué tratamiento? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Quién escribió esto?

El empleado buscó las iniciales.

—Una compañera.

—¿Está?

—De baja.

Navarro soltó aire.

—Perfecto.

Ríos siguió leyendo.

La prórroga se había renovado cada catorce días durante tres meses. Siempre los martes. Siempre entre las ocho y las nueve.

—No es un escondite —dijo.

—Es una rutina —respondí.

Navarro miró la fecha de la última renovación.

—Hace doce días.

—Volverá pasado mañana.

—Si sigue vivo.

El empleado cerró la carpeta.

—¿Pasa algo?

—No todavía —dijo Ríos.

Salimos al vestíbulo.

La gente arrastraba maletas sobre el suelo brillante. Cada rostro duraba un segundo.

—Montamos vigilancia —dijo Navarro.

—No vendrá.

—No sabe que hemos abierto la taquilla.

—Quien entró en casa de la hija de Joaquín sí.

Navarro se detuvo.

—No pueden ver a través de las paredes.

—No. Pero pueden seguir a la patrulla.

Ríos guardó la llave.

—Entonces la vigilancia será discreta.

—La policía discreta siempre acaba tomando café en el mismo sitio.

Navarro dio un paso hacia mí.

—Y tú siempre acabas creyendo que solo tú sabes mirar.

Ríos se interpuso.

—Basta.

Su teléfono sonó.

Escuchó sin apartar la vista de nosotros.

—¿Qué farmacia?

Cogió un bolígrafo.

—Mándame la dirección.

Colgó.

—La hija de Joaquín ha aparecido.

—¿Dónde? —preguntó Navarro.

—En una farmacia de Las Fuentes.

—¿Está herida?

—No.

—¿Y las llaves?

—Dice que se las entregó a una mujer antes de llamar a Julio.

La nuca se me endureció.

—¿Qué mujer?

—No ha dado nombre.

—Vamos.

La hija de Joaquín esperaba en la rebotica, sentada sobre una caja de pañales.

Tenía una bolsa de hielo contra la mejilla.

—No me han pegado —dijo antes de que preguntáramos—. Me caí.

Navarro cerró la puerta.

—¿Dónde está su padre?

—Si lo supiera, no estaría aquí.

Ríos se agachó frente a ella.

—¿Quién recogió las llaves?

La mujer apretó la bolsa.

—Una señora.

—Edad.

—Más de cincuenta.

—Cabello.

—Oscuro. Con canas.

—¿La conocía?

—No.

—Entonces le entregó unas llaves a una desconocida.

—Dijo la frase.

La nevera de medicamentos arrancó con un zumbido.

—¿Cuál? —pregunté.

Ella me miró.

—"Los hombres útiles no se jubilan."

Navarro sacó el teléfono.

—Descríbala otra vez.

—Ya lo he hecho.

—Mejor.

—No puedo.

—¿Llevaba acreditación?

—No.

—¿Coche?

—No lo vi.

Ríos tocó la bolsa de hielo.

—¿Por qué vino a una farmacia?

La mujer bajó la mano.

—Mi padre me pidió una medicación.

—¿Para él?

—No.

Sacó una receta doblada del bolsillo. El nombre estaba cubierto con corrector.

Navarro se puso guantes.

—¿Quién lo borró?

—Mi padre.

—¿Qué medicamento?

Ríos leyó la caja anotada.

—Anticoagulante.

—¿Para quién? —pregunté.

—No lo sé.

—Sí lo sabe.

La mujer me sostuvo la mirada.

—Sé que mi padre llevaba años consiguiéndolo.

—¿A quién se lo entregaba?

—A una persona que no podía ir al médico.

Navarro acercó la receta a la luz.

Debajo del corrector quedaba una letra.

G.

—Gabriel Luna —dijo.

La mujer negó demasiado rápido.

—No conozco ese nombre.

—Su padre sí.

—Mi padre conocía a mucha gente que ustedes abandonaron.

Ríos guardó la receta.

—¿Dónde recogía la medicación?

—Distintas farmacias.

—¿Quién pagaba?

—Mi padre.

—¿Y cuándo debía recoger esta?

—Hoy.

Navarro miró el reloj.

—¿A qué hora?

—Antes de cerrar.

La farmacia bajaba la persiana a las dos.

Faltaban veintitrés minutos.

—No esperará aquí.

—¿Por qué? —preguntó Ríos.

—Joaquín no enviaría a su hija al lugar de entrega.

La mujer retiró la bolsa de hielo.

—Por fin.

Navarro se inclinó.

—¿Dónde?

—Me dijo que comprara la caja y la dejara en un banco.

—¿Qué banco?

—En el parque Bruil.

Navarro abrió la puerta.

—¿Número?

—El que está frente a la fuente rota.

Ríos llamó a dos unidades.

—Sin sirenas. Sin acercarse hasta que confirmemos.

—Llegamos tarde —dije.

—Todavía no.

El parque estaba casi vacío.

Un jardinero arrastraba una manguera. Dos ancianos jugaban a las cartas bajo un árbol.

La fuente no funcionaba. El banco estaba libre.

Sobre el asiento había una bolsa blanca de farmacia.

Navarro frenó a cincuenta metros.

—Nadie se mueve.

—La bolsa ya está allí —dije.

—Precisamente.

Ríos observó las salidas.

—Tres accesos. Una calle peatonal. Una parada de autobús.

—Y demasiadas ventanas.

Navarro cogió los prismáticos.

—Esperamos.

Pasaron seis minutos. Después diez. Nadie tocó la bolsa.

Un autobús se detuvo. Bajaron cuatro personas. Una mujer con un carro. Un adolescente. Un hombre cojeando. Y un anciano con

gorra.

—El de la gorra —dijo Navarro.

—No —respondí.

—¿Por qué?

—Mira las manos.

Temblaban. No por miedo. Por edad.

El anciano pasó junto al banco sin mirarlo.

Cinco minutos más.

El jardinero cerró el agua.

Ríos señaló hacia la parada.

—El adolescente.

El chico había regresado. Fingía mirar el móvil.

—Demasiado joven —dijo Navarro.

—No para recoger una bolsa.

El adolescente se sentó. No tocó nada.

Llegó otro autobús. Cuando abrió las puertas, el chico cogió la bolsa y subió.

Navarro arrancó.

—Lo seguimos.

—No sabe lo que lleva —dije.

—Lo averiguará.

El autobús recorrió cuatro calles.

El adolescente bajó junto a un supermercado. Entró en el aparcamiento y dejó la bolsa dentro de un carrito.

Después se marchó.

Ríos abrió la puerta.

—Ahora.

La seguí.

Navarro pidió refuerzos.

Desde la rampa inferior llegó el chirrido de unas ruedas. Un hombre empujaba el carrito. Cincuenta años. Delgado. Gorra azul. La cara oculta por una mascarilla.

Cogió la bolsa y siguió andando.

—Gabriel —dije.

El hombre corrió.

Ríos salió detrás.

Yo corté entre dos filas de coches.

Gabriel empujó el carrito hacia nosotros. Golpeó un parachoques y volcó. Las cajas rodaron por el suelo.

Navarro apareció en la salida.

—¡Policía!

Gabriel giró hacia la rampa.

Lo alcancé antes del primer escalón. Agarré su chaqueta. La tela se rasgó.

Él se volvió con un destornillador. No atacó. Lo apoyó contra su propio cuello.

—Suéltame.

Ríos levantó las manos.

—Nadie va a tocarte.

—Eso decíais antes.

Su voz era áspera.

Lo había visto en la furgoneta. Pero no era el conductor. Era el hombre inclinado en el asiento del copiloto.

—¿Dónde está Joaquín? —pregunté.

Gabriel apretó el metal.

Una gota de sangre bajó bajo la mascarilla.

—Vivo.

—Llévanos.

—No.

—Lo están buscando.

—A vosotros también.

Navarro se acercó un paso.

—Baja eso.

Gabriel sonrió detrás de la tela.

—Siempre llegabais con órdenes.

—Esta vez hemos venido con medicación —dijo Ríos.

Señaló la bolsa.

Gabriel miró hacia ella. El destornillador tembló.

—¿Quién es el cuarto nombre? —pregunté.

Sus ojos volvieron a mí.

—Sigues pensando que la lista habla de nosotros.

—Pardo. Cifuentes. Roldán. Tú.

—Tres muertos y un hombre enfermo. Muy limpio.

—¿Quién falta?

Gabriel retiró un poco el destornillador.

—El cuarto nunca fue un confidente.

Navarro se detuvo.

—Entonces, ¿qué era?

Gabriel miró las escaleras.

Arriba sonaron pasos. Refuerzos. Demasiados.

—Era quien nos entregaba.

Ríos dio otro paso.

—Nombre.

Gabriel soltó la bolsa. Las cajas golpearon el suelo.

—Emilio Ferrer.

La sirena de un coche se oyó fuera.

Gabriel retrocedió hasta la pared.

—Si aún está en su casa, ya habéis llegado tarde.

Mi teléfono no sonó. No hizo falta.

Navarro llamó a la unidad que vigilaba a Ferrer. Nadie respondió.

21.

El superviviente

Dos días después, Gabriel Luna arrancó el suero de su brazo y trató de escapar por la ventana del hospital.

La alarma del monitor chilló.

Ríos alcanzó la puerta antes que yo.

—Está en la quinta planta.

—Eso ya lo sabe.

Dentro, Gabriel tenía una pierna sobre el alféizar. La bata abierta dejaba ver un cuerpo estrecho, cubierto de cicatrices pequeñas.

Navarro cerró la ventana de un golpe.

—Si quieres morir, nos ahorras trabajo.

Gabriel bajó la pierna.

—No sería la primera vez que la policía se emociona al ver un cadáver.

La habitación olía a alcohol sanitario. En el pasillo, una camilla golpeó dos veces contra la pared.

Cogí el tubo del suero.

—Vuelve a ponértelo.

—Tú no das órdenes.

—Eso intento aprender.

Gabriel miró la sangre que descendía por su antebrazo.

—Aprendes tarde.

Ríos llamó a una enfermera.

Gabriel se sentó en la cama, pero dejó los pies apoyados en el suelo. Preparado para levantarse.

—Ferrer no estaba en su casa —dijo Navarro—. La patrulla encontró la puerta cerrada.

—Entonces sigue vivo.

—O se lo llevaron antes.

Gabriel soltó una risa sin aire.

—A Ferrer nadie se lo lleva.

Tomé una decisión.

—Déjanos solos.

Navarro se volvió.

—Ni hablar.

—Contigo no dirá nada.

—Contigo puede que mienta.

—Eso ya lo hace.

Ríos abrió la puerta.

—Cinco minutos. Nosotros fuera.

Navarro no se movió.

Ella le quitó la bolsa con la ropa de Gabriel de la mano.

—Fuera.

La puerta se cerró.

Gabriel presionó una gasa contra la herida.

—Sigues consiguiendo que otros hagan lo que quieres.

—Esta vez ha sido idea suya.

—Eso también te lo dices bien.

Me senté en la silla junto a la cama.

—¿Dónde está Joaquín?

—A salvo.

—No existe ese sitio.

—Para vosotros, no.

—Dos policías acabaron sedados.

Gabriel cambió la gasa de posición.

—Se despertaron.

—Podrían no haberlo hecho.

—Por eso calculamos la dosis.

El músculo de mi mandíbula se cerró.

—¿Los sedaste tú?

—Joaquín.

—¿Y la furgoneta?

—Prestada.

—Robada.

—No preguntamos.

—Veo que conserváis el método.

Gabriel dejó la gasa sobre la mesa.

—Nos lo enseñasteis bien.

La enfermera entró sin llamar. Le sujetó la muñeca y volvió a colocar la vía.

Gabriel no apartó la mirada de mí.

—Si se la quita otra vez, lo ato —dijo ella.

—A él le gusta —respondió Gabriel.

La mujer me miró.

—No sé qué significa.

—Yo sí.

Ella salió.

La puerta volvió a cerrarse.

—Ferrer os entregaba —dije.

Gabriel levantó el brazo para comprobar el tubo.

—Ferrer hacía muchas cosas.

—Pardo y Cifuentes están muertos.

—También Mateo.

—Mateo murió hace ocho años.

—Eso pone el informe.

—¿No fue una sobredosis?

Gabriel tiró del esparadrapo.

—Ahora quieres escuchar a los muertos.

—Quiero evitar otro.

—Entonces deja a Joaquín fuera.

—No puedo protegerlo si no sé dónde está.

—No sabes proteger a nadie.

La frase entró despacio.

No respondí.

Gabriel se inclinó.

—Pardo te pidió salir.

—Sí.

—Cifuentes te pidió que no utilizases el nombre de su hija.

—No lo recuerdo.

—Mateo te pidió que no lo devolvieras.

El aire se detuvo detrás de mis dientes.

—¿Adónde?

Gabriel sonrió. No había humor.

—Eso sí lo recuerdas.

La puerta se abrió.

Navarro entró con un teléfono en la mano.

—Ferrer ha sacado dinero.

Gabriel se recostó.

—¿Cuánto?

—Tres mil euros. En una sucursal de Teruel.

—No era él.

Navarro acercó la pantalla.

La imagen de la cámara mostraba a un hombre con gorra y bastón frente al cajero.

La cara quedaba oculta.

—El código era correcto —dijo.

—Ferrer no usa cajeros —respondió Gabriel.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no confía en las cámaras.

Ríos entró detrás.

—El bastón es suyo.

Gabriel tocó el borde de la sábana.

—También lo era el coche de Salcedo.

Navarro bloqueó la pantalla.

—¿Quién tiene acceso a su cuenta?

—Quien tenga la tarjeta.

—Respuesta brillante.

Gabriel miró hacia la ventana.

—Os han sacado de Zaragoza.

Ríos se acercó a la cama.

—Nosotros seguimos aquí.

—No todos.

Navarro comprobó el teléfono.

Una de las dos patrullas que vigilaban el hospital había salido hacia Teruel veinte minutos antes.

—¿Quién dio la orden? —pregunté.

Ríos ya marcaba.

—Central.

—¿Quién en central?

Esperó.

Su rostro cambió.

—La petición entró con la clave de Navarro.

Él le quitó el teléfono.

—Yo no he llamado.

Gabriel bajó los pies al suelo.

—Ya están dentro.

La luz de la habitación se apagó. No fue un corte total. El pasillo seguía iluminado. Solo nuestra habitación quedó a oscuras.

Navarro sacó el arma.

Ríos abrió la puerta.

Un celador estaba tendido junto al carro de ropa. Respiraba.

—Sedante —dijo.

Gabriel arrancó la vía otra vez. La sangre salpicó la sábana.

—Salimos por servicio.

—Tú no decides —respondió Navarro.

—Entonces quedaos.

Cogí a Gabriel por el brazo.

—Enséñanos.

Atravesamos el pasillo trasero.

Ríos iba delante. Navarro cubría la puerta de atrás.

Gabriel caminaba descalzo. Las plantas de sus pies golpeaban el suelo con un sonido húmedo.

—La escalera —dijo.

—El ascensor es más rápido —respondió Ríos.

—También se puede bloquear.

Empujó una puerta metálica. No se abrió.

—Han cerrado desde abajo.

Navarro tiró de Gabriel.

—Otra salida.

—Lavandería.

Retrocedimos.

Al doblar la esquina, un hombre con uniforme sanitario salió de una habitación. Llevaba una mascarilla. Empujaba una silla de ruedas vacía.

Ríos levantó el arma.

—Quieto.

El hombre soltó la silla. Corrió.

Navarro fue detrás.

—¡Policía!

El falso sanitario atravesó una puerta de emergencia. La alarma empezó a sonar.

Ríos miró a Gabriel.

—¿Lo conoces?

—No le he visto la cara.

—La voz.

—No ha hablado.

Yo miré la silla. En el respaldo había una correa abierta. No venían a matarlo allí. Venían a llevárselo.

Gabriel tocó la rueda.

—Joaquín tenía razón.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—El primero que entra nunca es el que manda.

Navarro regresó.

Respiraba con fuerza.

—Se ha mezclado con la gente de urgencias.

—¿Cámaras? —preguntó Ríos.

—Las revisarán.

Gabriel rio.

—Entonces ya podéis olvidarlo.

Ríos llamó a seguridad.

—Cerrad todas las salidas. Nadie abandona el hospital sin identificación.

Gabriel negó.

—Ya se ha ido.

—¿Cómo?

Señaló el uniforme.

—No entró vestido así.

Navarro miró hacia las habitaciones.

—Se ha cambiado.

—Y dejó su ropa en algún sitio —dije.

Ríos llamó a dos agentes.

—Revisad baños, almacenes y habitaciones vacías. Buscad ropa abandonada.

Gabriel me observó.

—Ella piensa mejor que tú.

—No es difícil.

Volvimos a la habitación. La enfermera quería sedar a Gabriel. Ríos se negó.

Navarro cerró las persianas y colocó un agente dentro.

—Se acabaron las ventanas.

Gabriel se tumbó sin protestar.

—Ahora ya sabéis que no iban a por Ferrer.

—Querían apartarnos —dije.

—Querían que enviarais agentes fuera.

—¿Para llegar a ti?

—Para comprobar si estaba aquí.

Ríos apoyó la bolsa de medicación sobre la mesa.

—Ya lo sabían.

—Sabían que cogisteis a alguien. No quién.

Navarro cruzó los brazos.

—Entonces el ataque ha fracasado.

Gabriel miró la vía.

—No.

—Sigo viéndote respirar.

—Eso no era lo importante.

Metió la mano bajo la almohada.

Navarro apuntó.

Gabriel sacó una pequeña pieza de madera. La mitad que faltaba de la mesa de Joaquín.

—¿Cómo la has conseguido?

—La llevaba encima.

—Te registraron.

—Registraron mi ropa.

Giró la pieza. En el reverso había cuatro cifras grabadas. No formaban un código policial. Parecían una fecha.

Navarro se acercó.

—¿Qué significa?

Gabriel cerró los dedos.

—La dirección de Joaquín.

—Eso no es una dirección.

—Para mí sí.

—Dámela.

—No.

Ríos guardó el arma.

—Han intentado sacarte de aquí. Joaquín será el siguiente.

—Joaquín sabe esconderse.

—También confiaba en una patrulla —dije.

Gabriel apretó la madera.

—No confiaba. La necesitaba delante de su casa para que los otros creyeran que seguía dentro.

Navarro dio un paso.

—¿Organizasteis la desaparición?

—La salida.

—Sedasteis a policías.

—Ya lo has dicho.

—Puedo detenerte.

—Ya estoy en una cama con un agente en la puerta.

Navarro le arrancó la pieza de la mano.

Gabriel no forcejeó.

Ríos la examinó.

—Once, cero cuatro.

—Una fecha —dije.

Gabriel me miró.

—Para ti todo lo antiguo es una fecha.

Ríos pasó el pulgar por las cifras.

—No están grabadas igual. Once es un número. Cero cuatro son dos.

Navarro giró la madera.

—Once. Piso cero. Puerta cuatro.

Gabriel sonrió por primera vez.

—Casi.

La pieza tenía una veta más oscura en un extremo.

Ríos la alineó con la rotura visible en la fotografía de la mesa de Joaquín.

—Es parte de un plano.

Gabriel dejó de sonreír.

Navarro acercó la imagen en su teléfono. Las líneas de la madera continuaban en la otra mitad. Juntas formaban una calle. Y una marca en forma de cruz.

—¿Dónde está la otra pieza? —preguntó Ríos.

Gabriel se incorporó.

—Con Joaquín.

—Entonces no podemos leerla completa.

—No necesitáis hacerlo.

Señaló una de las vetas.

—Ese canal es la vía del tren.

Navarro amplió el mapa de Zaragoza.

Ríos colocó la pieza sobre la pantalla. La curva coincidía con un ramal abandonado al oeste de la ciudad.

Había tres naves. Dos demolidas. Una seguía en pie.

—Vamos —dije.

Gabriel agarró mi muñeca.

Su mano estaba fría.

—Tú no.

—Es Joaquín.

—Precisamente.

—¿Qué no me estás diciendo?

Sus dedos apretaron más.

—Que él no se esconde del asesino.

—¿Entonces de quién?

Gabriel miró a Navarro. Después a Ríos.

Por último, a mí.

—De ti.

La puerta se abrió.

Un agente sostenía una bolsa con ropa encontrada en un baño. Camisa gris. Pantalón oscuro. Y un reloj de esfera azul.

Gabriel soltó mi muñeca.

—Ese no vino a buscarme.

—¿A quién? —preguntó Ríos.

El agente dejó la bolsa sobre la cama. Dentro del bolsillo de la camisa había una fotografía doblada.

Navarro la abrió con guantes. Mostraba la nave junto al ramal.

En la puerta estaba Joaquín. No solo. Emilio Ferrer permanecía a su lado. Y Ferrer sostenía una pistola contra la cabeza de Sergio.

22.

Lo que hacíamos

La nave estaba vacía y Sergio seguía desaparecido. La fotografía había sido tomada cuatro días antes.

Ríos lo descubrió por una sombra.

—El tejado de enfrente —dijo.

Amplió la imagen en la tableta. La chapa proyectaba una línea sobre el suelo. La comparó con las fotografías de la entrada tomadas aquella mañana.

—El sol no cae así a esta hora.

Navarro golpeó la mesa de la sala de crisis.

—¿Cuánto?

—Entre tres y cinco días.

—La encontraron ayer.

—La encontraron donde alguien quiso.

Gabriel permanecía esposado a una silla. Le habían dado ropa del hospital y unas zapatillas demasiado grandes.

—Ferrer nunca sostuvo esa pistola —dijo.

Navarro se inclinó hacia él.

—Aparece en su mano.

—También aparecía Salcedo en Delicias.

—¿Quién hizo la fotografía?

Gabriel miró la ventana.

—El que estaba al otro lado.

—Quítale las esposas.

Navarro se volvió.

—Ha sedado a dos agentes.

—Joaquín los sedó.

—Él ayudó.

—Y ahora tenemos tres hombres desaparecidos.

Ríos guardó la tableta.

—Se las quitamos dentro. La puerta queda cerrada.

Navarro introdujo la llave en las esposas.

—Un movimiento raro y vuelves al hospital atado a la cama.

Gabriel se frotó las muñecas.

—Así empezabais siempre.

La sala olía a goma caliente. El aire acondicionado soltaba un golpeteo dentro de la rejilla.

—Empieza tú —dije.

Gabriel levantó la vista.

—¿Por dónde?

—Por lo que hacíamos.

—Tú estabas allí.

—Quiero oír tu versión.

—No. Quieres saber cuánto recuerdo.

Navarro arrastró una silla y se sentó frente a él.

—Recuerda rápido.

Gabriel tocó la mesa con la punta de un dedo.

—Nos daban un nombre.

—¿Quién? —preguntó Ríos.

—Dependía.

—Eso no sirve.

—Es lo único real.

Gabriel trazó una línea sobre la superficie.

—A veces un policía. A veces un funcionario. Otras, alguien que no enseñaba credencial porque no la necesitaba.

—El hombre del abrigo gris —dije.

—Había muchos abrigos.

—Reloj azul.

Su dedo se detuvo.

Navarro lo vio.

—Lo conocías.

—Conocía el reloj.

—Nombre.

Gabriel negó.

—Nunca se usaban nombres cuando él estaba.

Ríos abrió una libreta.

—¿Qué os pedían?

—Mirar. Escuchar. Entrar en sitios donde un agente llamaba demasiado la atención.

—Eso es trabajo de confidente —dijo Navarro.

Gabriel sonrió.

—Eso era al principio.

Se llevó una mano al costado. El movimiento le cortó el aire.

Esperamos.

—Después pedían otras cosas —continuó—. Dejar un paquete. Mover un coche. Convencer a alguien para que cambiara una declaración.

La cicatriz de su frente se oscureció bajo la luz.

—Y cuando la verdad no encajaba, teníamos que mejorarla.

Ríos dejó de escribir.

—Define "mejorarla".

—Encontrar algo donde debía aparecer.

Navarro apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—¿Colocabais pruebas?

—A veces.

—¿Quién lo ordenaba?

Gabriel me miró.

La piel de mis manos se tensó.

—Contesta —dije.

—Tú no ordenabas colocar nada.

Navarro soltó aire.

—Qué alivio.

Gabriel no apartó los ojos de mí.

—Tú preguntabas dónde mirar.

La habitación amarilla volvió sin imagen completa.

Una caja metálica. Mi mano abriendo un cajón. La matrícula envuelta en un trapo. Pardo detrás. Mira debajo.

Clavé las uñas en la palma.

—Eso no es lo mismo.

—Para el detenido sí.

Navarro giró hacia mí.

—Déjalo hablar.

Gabriel colocó las manos abiertas sobre la mesa.

—A Barral le daban una dirección. Un nombre. Una frase. Él llegaba, apretaba y encontraba lo que le habían preparado.

—No sabía que estaba preparado —dije.

—Nunca preguntabas.

—Preguntaba lo necesario.

—Exacto.

Ríos tocó el bolígrafo contra el papel.

—¿Y Ferrer?

Gabriel miró la puerta.

—Ferrer decidía qué versión podía sostenerse.

—¿Era vuestro responsable?

—No teníamos responsables.

—Alguien pagaba.

—Los pagos cambiaban de mano.

—Alguien borraba informes.

—También.

—¿Ferrer?

Gabriel se encogió de hombros.

—A veces.

Navarro golpeó la mesa con dos dedos.

—Pardo y Cifuentes están muertos. Sergio tiene una pistola en la cabeza. Se acabó el "a veces".

Gabriel acercó la cara.

—La pistola de esa foto no estaba cargada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque era de Joaquín.

El silencio se cerró alrededor de la mesa.

—Joaquín estaba en la nave —dijo Ríos.

—Sí.

—¿Voluntariamente?

—La nave era suya.

Navarro se levantó.

—Nos dijiste que no sabías dónde estaba.

—Dije que estaba a salvo.

—Nos llevaste hasta la nave.

—Vosotros leísteis un plano como os convenía.

Agarré a Gabriel por la camiseta. La silla raspó el suelo.

—¿Dónde está Sergio?

Gabriel no intentó soltarse.

—Si lo supiera, no estaría aquí.

—Has reconocido la pistola.

—Porque Joaquín la compró hace quince años.

—¿Por qué apuntaba a Sergio?

—No apuntaba.

—La foto dice otra cosa.

—La foto también decía que Ferrer estaba allí.

Aflojé los dedos.

—¿No estaba?

—Ferrer no puede sostener un arma con esa mano.

Navarro abrió la fotografía.

—La sostiene con la derecha.

—Tuvo un ictus hace seis años.

Ríos buscó en el historial médico.

Tardó menos de un minuto.

—Secuela motora en brazo derecho.

Navarro dejó caer el teléfono. La foto estaba manipulada. No digitalmente. Habían preparado la escena.

—¿Quién posó? —pregunté.

—Joaquín quería que alguien viera la nave —respondió Gabriel.

—¿Quién?

—No vosotros.

—¿Entonces quién?

Gabriel miró hacia la cámara de la esquina.

Ríos siguió su mirada y se levantó.

Apagó la grabación.

—Ahora.

Gabriel se frotó la marca de las esposas.

—Había una mujer que recogía copias.

El nombre de Irene no salió. Se quedó detrás de mis dientes.

—¿De Topas? —preguntó Ríos.

—Entraba y salía.

—¿Funcionaria?

—A veces llevaba acreditación.

—Eso no responde.

—Nunca la vimos trabajar.

Navarro rodeó la mesa.

—¿Era la mujer reflejada en la cinta?

—No vi la cinta.

—Descríbela.

—No.

—Pardo y Cifuentes confiaban en ella.

—Pardo no confiaba en nadie.

—Entonces, ¿por qué le entregaba copias?

Gabriel cogió el vaso de agua. No bebió.

—Porque guardaba lo que nosotros no podíamos guardar.

—¿Pruebas? —preguntó Ríos.

—Seguro.

—¿Contra quién?

—Contra todos.

Yo apoyé la fotografía de la nave delante de él.

—¿Sergio preparó esto?

—Sergio preparaba informes.

—No te he preguntado eso.

—También borraba nombres.

Navarro se acercó.

—¿De los confidentes?

—De las operaciones.

—¿Para protegerlos?

Gabriel levantó el vaso.

—Para que el caso aguantara.

El borde tocó sus labios. No bebió.

—Cuando una operación salía mal —continuó—, elegíais una versión que pudiera sobrevivir. Nosotros desaparecíamos de ella. Después borraban las llamadas, cambiaban las horas y convertían el favor en una investigación legal.

—¿Y Julio? —preguntó Ríos.

Gabriel me miró por encima del vaso.

—Firmaba.

La palabra raspó más que una acusación larga.

—No todos los informes —dije.

—Los importantes.

—No podía saber cada cosa que ocurría fuera.

—Por eso eras útil.

Navarro se apoyó en la pared.

—Explícalo.

Gabriel dejó el vaso.

—Barral no inventaba la operación. Tampoco cobraba. No elegía siempre al confidente.

—Estás siendo generoso —dije.

—Todavía no he terminado.

Se inclinó hacia mí.

—Tú hacías que pareciera policía.

Las tuberías golpearon dentro de la pared. Una vez. Dos.

—Entrabas —continuó—. Preguntabas. Amenazabas. Escribías. El resto podía presentarse ante un juez porque llevaba tu forma de hablar.

—Mi firma.

—Tu reputación.

Ríos cerró la libreta.

—¿Quién decidía cuándo retirar a un confidente?

Gabriel se humedeció los labios.

—Se votaba.

Navarro se apartó de la pared.

—¿Entre quiénes?

—Quien lo utilizaba. Quien lo pagaba. Quien corregía el informe.

—¿Y el propio confidente?

Gabriel sonrió.

—El acusado tampoco vota la sentencia.

La fotografía del almacén volvió.

Pardo en la silla. Cifuentes con la carpeta. Roldán esperando. Yo junto a ellos.

—La reunión de la cinta —dije.

Gabriel me observó.

—Aquello no era para retirar a Luna.

—Era para Pardo.

—No.

—Entonces, ¿para quién?

Su mano fue hacia la cicatriz de la frente.

—Para ti.

Navarro dejó de moverse.

—Barral no era confidente.

—No hacía falta serlo.

—¿Qué decidían?

Gabriel me señaló.

—Si podía seguir firmando.

El aire acondicionado se apagó. El silencio ocupó el hueco.

—¿Quién pidió retirarme? —pregunté.

—Pardo.

La respuesta llegó sin fuerza.

—Mientes.

—Habías empezado a preguntar por pagos.

—No recuerdo eso.

—También preguntaste por Topas.

—Doce años después.

—Antes.

Mi silla crujió cuando me incliné.

—¿Qué sabía yo?

—Lo suficiente para que Pardo tuviera miedo.

Navarro abrió la puerta.

—Vamos a localizar a Joaquín.

Gabriel se levantó.

—No lo encontraréis.

—Esta vez no te quedas aquí —dijo Ríos.

—No voy con vosotros.

—No es una invitación.

Tomé la fotografía y se la puse contra el pecho.

—Nos llevarás a la nave verdadera.

Gabriel miró la imagen.

—Esa era la verdadera.

—Estaba vacía.

—Porque llegasteis al día siguiente.

—La foto tenía cuatro días.

—La foto sí.

Giró el papel. En el reverso había una mancha marrón junto a una esquina.

—Eso no estaba cuando la hicimos.

Ríos cogió la fotografía con guantes.

—¿Qué es?

Gabriel olió el papel sin tocarlo.

—Yodo.

Navarro se sorprendió.

—¿De hospital?

—De prisión.

La base de mi lengua se volvió amarga.

—Topas.

Gabriel negó.

—Zuera.

Ríos sacó el teléfono.

—¿Qué hay en Zuera?

Gabriel me sostuvo la mirada.

—Un módulo cerrado donde practicábamos antes de hacerlo fuera.

—¿Practicabais qué?

La puerta se abrió. Un agente entró con el rostro tenso.

—Han encontrado a Ferrer.

Navarro guardó la fotografía.

—¿Vivo?

—Sí.

—¿Dónde?

El agente miró a Gabriel antes de responder.

—En el aparcamiento de la prisión de Zuera.

—¿Solo?

—No.

Dejó una fotografía sobre la mesa.

Ferrer estaba sentado dentro de un coche. A su lado, Sergio miraba hacia el parabrisas. Ninguno parecía retenido.

En el asiento trasero había un tercer hombre. Joaquín.

Navarro amplió la imagen.

—¿Quién conduce?

El cristal devolvía un reflejo.

No se veía la cara. Solo una mano sobre el volante. Y un reloj de esfera azul.

Gabriel retrocedió.

—No vayáis.

Cogí mi chaqueta.

—Esta vez vienes.

—No entiendes lo que es ese sitio.

Abrí la puerta.

—Entonces tendrás tiempo para explicarlo.

Gabriel no se movió.

—Julio.

Me giré. Tenía la cara sin color.

—Ahí fue donde amenazaste al hombre equivocado.

23.
La amenaza

Once horas después, habíamos registrado el aparcamiento de Zuera, interrogado a tres funcionarios y perdido el coche de Ferrer.

Las cámaras no mostraban su salida. Solo la entrada.

El vehículo cruzaba la barrera a las seis y catorce. Ferrer delante. Sergio a su lado. Joaquín detrás. El conductor quedaba oculto por el reflejo.

A las seis y veintidós, la cámara se congelaba. Volvía a funcionar diecisiete minutos después. El coche ya no estaba.

Navarro golpeó el monitor con el nudillo.

—Diecisiete minutos.

El vigilante bajó la mirada.

—El sistema falla.

—Justo hoy.

—Falla desde marzo.

Ríos tocó el registro de mantenimiento.

—Hay seis incidencias anteriores.

Navarro cerró la carpeta.

—Entonces alguien conocía el fallo.

Gabriel permanecía junto a la puerta, esposado a un agente. Tenía la piel gris y la camisa pegada al pecho.

—No necesitaban conocerlo —dijo—. Lo provocaban.

—¿Cómo? —preguntó Ríos.

—Con el mando de la barrera.

El vigilante levantó la cabeza.

—Eso no afecta a las cámaras.

—Ahora no.

Gabriel señaló el cuadro eléctrico.

—Antes compartían línea.

El hombre negó.

—Eso fue hace años.

—Por eso lo saben ellos.

Tomé una decisión.

—Quiero ver el módulo cerrado.

Navarro se interpuso.

—No tienes autorización.

—Tú sí.

—Y tú sigues sin ser policía.

—El coche ha desaparecido dentro de una prisión.

Ríos guardó el registro.

—Entraremos nosotros. Julio espera fuera.

—No.

—No era una propuesta.

Gabriel soltó una risa breve.

—Dejadlo entrar.

Navarro se volvió hacia él.

—¿Por qué?

—Porque alguien dentro todavía lo recuerda.

El módulo llevaba nueve años sin internos.

El aire olía a humedad y lejía vieja. Cada pisada volvía desde el final del pasillo con medio segundo de retraso.

Ríos abrió una celda. Cama de hormigón. Lavabo. Nada más.

—¿Aquí practicabais? —preguntó.

Gabriel rozó la pared con dos dedos.

—No aquí.

—Has dicho módulo cerrado.

—Debajo.

Navarro miró al funcionario que nos acompañaba.

—¿Hay un sótano?

El hombre tardó demasiado.

—Cuartos técnicos.

—Ábralos.

—Necesito permiso.

Navarro mostró la placa.

—Acaba de encontrarlo.

La escalera descendía tras una puerta sin señalizar. Abajo había tuberías, motores de ventilación y tres habitaciones estrechas.

La primera estaba vacía. En la segunda quedaban marcas rectangulares en el suelo. La tercera tenía un cristal oscuro en una pared.

Me acerqué.

—Sala de observación.

Gabriel negó.

—Sala de ensayo.

Ríos encendió la luz del otro lado. Apareció una habitación con una mesa atornillada y dos sillas. Nada nuevo. Nada que pudiera hablar.

Navarro abrió la puerta.

—¿Qué ensayabais?

Gabriel no entró.

—Versiones.

—Eso ya lo dijiste.

—Aquí comprobaban cuánto aguantaban.

—¿Quiénes?

—Los testigos.

El ventilador arrancó sobre nuestras cabezas. El metal vibró dentro de la pared.

Me metí en la habitación. La mesa me llegaba a la cintura. Había pequeños golpes junto al borde, como si alguien hubiera apoyado allí unas esposas muchas veces.

—Yo estuve aquí.

Gabriel bajó los ojos.

—Sí.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—Mientes.

—Pasaron muchos.

Navarro cerró la puerta detrás de nosotros.

—Prueba con uno.

Gabriel observó el cristal.

—Vicente Orduña.

El nombre no produjo nada.

—¿Quién era? —preguntó Ríos.

—Conductor.

—¿De prisión?

—De una empresa externa.

—¿Qué vio?

Gabriel se frotó la cicatriz.

—Algo que no debía.

—Muy concreto —dijo Navarro.

—Un traslado que nunca existió.

La mesa se endureció bajo mis manos.

—¿A quién trasladaban?

—A Mateo.

—Roldán.

Gabriel asintió.

—Lo sacaron de Topas y lo trajeron aquí.

—¿Por orden judicial?

—No.

—¿Quién conducía?

—Orduña.

—¿Y yo qué hice?

Gabriel me miró.

—Conseguir que olvidara la matrícula.

La dirección de Vicente Orduña seguía vinculada a una empresa de transportes de Utebo.

La nave tenía la persiana medio bajada. Dentro sonaba una radial.

Ríos llamó dos veces.

La máquina se apagó. Nadie abrió.

Navarro levantó la persiana unos centímetros.

—Policía.

Un objeto metálico chocó al fondo.

Me agaché y pasé antes de que pudieran detenerme.

—¡Julio! —gritó Ríos.

La nave olía a hierro quemado. Una furgoneta sin ruedas ocupaba el centro.

Vi a un hombre correr hacia una puerta trasera.

—¡Orduña!

No se volvió.

Saltó una caja de herramientas y tiró una estantería detrás de él. Los tubos cayeron sobre el suelo.

Navarro entró insultando.

Ríos rodeó la furgoneta.

Yo aparté un tubo con el pie y seguí.

Orduña alcanzó la salida.

La puerta no abrió. Tiró dos veces.

Ríos apareció a su derecha con el arma baja.

—Quieto.

El hombre se giró.

Tendría sesenta y cinco años. Brazos gruesos. Una cicatriz blanca junto a la boca.

Me vio.

La sangre abandonó su cara. No miró el arma de Ríos. Me miró a mí.

Cogió una llave inglesa del banco.

—No te acerques.

Me detuve.

—Vicente.

—No digas mi nombre.

Navarro se colocó a su espalda.

—Suelte eso.

—Él primero.

—Barral no va a tocarle.

Orduña rio. El sonido le salió roto.

—Eso también lo dijo la otra vez.

La llave inglesa tembló entre sus manos.

—¿Qué te hice? —pregunté.

—No.

—Necesito saberlo.

—Tú siempre necesitabas algo.

Ríos bajó el arma unos centímetros.

—Señor Orduña, venimos por Emilio Ferrer y Sergio Muriel.

—No los conozco.

—Han estado en Zuera.

—Media provincia ha estado en Zuera.

Navarro avanzó.

Orduña levantó la llave.

—Un paso más y le abro la cabeza.

—Entonces no saldrá de aquí.

—Hace años que no salgo.

Sus ojos volvieron a mí. No había sorpresa. Solo una cuenta antigua.

Di un paso.

Ríos me agarró del brazo.

—No.

Me solté.

Orduña retrocedió hasta tocar la puerta.

—Te dije que no te acercaras.

—Y yo no escuchaba.

—Nunca.

—¿Qué viste?

La llave dejó de temblar.

—Un hombre bajando de mi furgoneta.

—Mateo Roldán.

—No sabíamos su nombre.

—¿Quiénes?

—Mi compañero y yo.

—¿Dónde lo llevasteis?

Orduña apretó la mandíbula.

—Aquí.

—¿A este módulo?

—A Zuera.

—¿Quién lo recibió?

—Tú.

La palabra me golpeó en el estómago.

Navarro miró hacia mí.

—Julio dijo que no recordaba a Orduña.

—Claro que no —respondió él—. Yo no estaba en la versión buena.

Ríos soltó mi brazo.

—¿Qué ocurrió después?

Orduña bajó la llave hasta el pecho.

—El hombre iba golpeado. No podía caminar bien. Pregunté si necesitaba un médico.

—¿Qué respondió Barral?

Orduña no apartó los ojos de mí.

—Que ya había hablado demasiado.

El ruido de la radial seguía dentro de mis oídos, aunque estaba apagada.

Una furgoneta blanca. Lluvia contra el parabrisas. Un hombre respirando detrás. Mi mano cerrando una puerta.

—¿Te amenacé? —pregunté.

Orduña tragó saliva.

—A mí no.

—Gabriel ha dicho que sí.

—Gabriel no estaba en el despacho.

—¿Quién estaba?

—Mi compañero.

Ríos cogió su libreta.

—Nombre.

—Raúl Castaño.

—¿Dónde vive?

—Murió.

—¿Cuándo?

—Seis meses después.

Navarro tocó el bolsillo de su chaqueta.

—¿Cómo?

—Accidente de tráfico.

—¿Lo investigaron?

Orduña sonrió.

—Lo firmó Barral.

La piel de mi espalda se tensó.

—Yo no llevaba tráfico.

—Llevabas todo cuando querías.

El recuerdo llegó en fragmentos.

Una oficina pequeña. Orduña sentado. Otro hombre junto a la ventana. Yo dejando dos fotografías sobre la mesa.

Un coche aparcado frente a un colegio. Una niña bajando de él.

—Tenías una hija —dije.

Orduña apretó la llave inglesa.

—No la nombres.

—Yo la nombré entonces.

—Cállate.

—¿Qué te dije?

—Ya lo sabes.

—No.

—Siempre decías que no.

Golpeó el banco con la llave.

—No sabía que estaba allí. No sabía quién había puesto la fotografía. No sabía quién había llamado. No sabías nada.

Navarro se acercó despacio.

—¿Qué fotografía?

Orduña señaló mi pecho con la herramienta.

—Su hija saliendo del colegio.

Ríos dejó de escribir.

—¿Barral amenazó con hacerle daño?

—No.

Orduña soltó una risa áspera.

—Eso habría sido denunciable.

La frase me atravesó.

—¿Qué dije?

El hombre cerró los ojos un segundo.

—Que un padre responsable no debería conducir para una empresa investigada por tráfico de drogas.

—¿La empresa estaba investigada?

—No.

—¿Y tu hija?

—Vivía conmigo.

La oficina volvió. Mi voz.

Si declaras que Roldán llegó golpeado, mañana registramos la empresa. Pasado mañana servicios sociales pregunta por la niña.

Me agarré al borde del banco.

El metal estaba frío.

—Te dije que perderías su custodia.

Orduña abrió los ojos.

—Me dijiste que sería culpa mía.

Nadie habló.

Ríos fue la primera.

—¿Cambió su declaración?

—No había declaración.

—¿Qué hizo?

—Firmé que el traslado había llegado sin incidencias.

Navarro miró hacia mí.

—¿Y Roldán?

—Lo sacaron esa noche.

—¿Quién?

—No lo vi.

—¿Ferrer?

—No.

—¿Sergio?

Orduña negó.

—Había un hombre con un reloj azul.

La respuesta no sorprendió a nadie.

Eso la volvió peor.

—¿Dónde está el registro del traslado? —preguntó Ríos.

—Lo destruyeron.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo busqué después de que Castaño muriera.

—¿Y qué encontró?

—Mi firma.

—Ha dicho que lo destruyeron.

—El original.

Orduña señaló hacia una oficina elevada al fondo de la nave.

—Yo conservé una copia.

Navarro empezó a caminar.

—No —dijo Orduña.

—Es una prueba.

—Es lo único que me mantiene vivo.

—Dos hombres ya han muerto.

—Por eso.

Ríos bloqueó el paso de Navarro.

—¿Qué quiere a cambio?

—Nada.

—Entonces entréguela.

Orduña miró hacia mí.

—Que él salga.

—No voy a irme.

Levantó de nuevo la llave.

—Entonces no hay copia.

Me dirigí hacia la persiana.

Navarro me agarró por el hombro.

—No sales de mi vista.

—Esta vez no se trata de ti.

—Nunca se trata de mí. Ese es el problema.

Me solté.

Ríos abrió la persiana. La luz cortó el suelo de la nave.

Antes de pasar, miré a Orduña.

—No voy a pedirte que me perdones.

—Ya lo hiciste.

Me detuve.

—¿Cuándo?

—Antes de entrar aquí.

La llave inglesa cayó sobre el banco.

—Le dijiste a la inspectora que necesitabas saberlo. No que quisieras arreglarlo.

Salí.

La persiana bajó detrás de mí. Esperé junto al coche. Cinco minutos. Diez.

Cuando Ríos salió, no llevaba ninguna carpeta.

Navarro apareció detrás. Tenía la mandíbula cerrada.

—No existe la copia —dijo.

—Sí existe —respondió Ríos.

—¿La habéis visto?

—No.

—Entonces no existe.

Ríos se acercó.

—Orduña no la guardó para denunciar. La guardó para proteger a su hija.

—¿Dónde?

—No lo ha dicho.

—¿Y ahora qué?

Ella miró hacia la persiana.

—Ahora esperamos a que confíe.

Navarro abrió el coche.

—Mientras tanto Ferrer, Sergio y Joaquín siguen desaparecidos.

Gabriel estaba sentado dentro de la patrulla. El agente le había dejado la ventanilla abierta.

Me acerqué.

—Me mentiste.

—¿Sobre qué?

—Orduña no era el hombre equivocado.

Gabriel inclinó la cabeza.

—Claro que lo era.

—Yo amenacé al conductor.

—No.

—Acaba de contarlo.

—Amenazaste al hombre que todavía podía hablar.

—¿A quién debía amenazar?

Gabriel miró la nave.

—A quien había ordenado el traslado.

—¿Quién?

—Nunca preguntaste.

—Dame el nombre.

—Eso no cambia lo que hiciste.

—Dámelo.

Gabriel se acercó a la ventanilla.

—El traslado de Mateo llevaba una autorización falsa.

—¿Firmada por quién?

—Por un juez.

—Nombre.

—Ortega.

El apellido me golpeó por dentro.

El juez muerto en Sevilla.

Gabriel apoyó la frente contra el cristal.

—Tú protegiste su firma amenazando a Orduña.

—No sabía que era falsa.

—No quisiste saberlo.

La puerta trasera se abrió.

Ríos había regresado. Llevaba un sobre pequeño.

—Orduña ha cambiado de opinión.

Navarro se acercó.

—¿La copia?

—No.

Ríos sacó una fotografía del sobre. Mostraba la oficina de Zuera doce años atrás.

Orduña estaba sentado. Yo permanecía de pie frente a él. A mi lado había una niña de unos diez años. La hija de Orduña.

Me vi sujetándole el hombro. No con fuerza. No hacía falta.

Ríos giró la imagen.

En el reverso, Castaño había escrito una frase antes de morir.

BARRAL NO AMENAZÓ A SU PADRE.

Debajo había otra.

LA TRAJO PARA QUE ENTENDIERA.

Gabriel me miró desde el coche.

—Ahora dime que no eras diferente.

24.

No eras diferente

Habían pasado treinta y seis horas desde la visita a la nave de Orduña. La copia seguía sin aparecer.

Ferrer, Sergio y Joaquín continuaban desaparecidos.

Y la fotografía descansaba sobre la mesa de la sala de reuniones como si pudiera responder por sí sola.

Navarro la empujó con un dedo.

—Llevamos dos días mirando el mismo papel.

Ríos cerró una carpeta.

—Porque seguimos haciendo la misma pregunta.

—¿Y cuál es?

—Quién quiere que la veamos.

Nadie respondió.

El fluorescente del techo zumbó durante unos segundos antes de estabilizarse.

Tomé la fotografía y la guardé en una funda transparente.

—Quiero volver a hablar con Orduña.

Navarro negó antes incluso de escuchar el resto.

—No va a decir nada.

—No a ti.

—¿Y a ti sí?

No contesté.

Gabriel levantó la vista desde el rincón donde permanecía sentado, todavía vigilado por un agente.

—Esta vez sí.

Los cuatro lo miramos.

—¿Por qué? —preguntó Ríos.

—Porque ya ha visto que Barral empieza a recordar.

Sentí una punzada incómoda en el estómago.

—No empieces otra vez.

Gabriel apoyó los codos sobre las rodillas.

—¿Otra vez qué?

—Lo de que recuerdo cosas cuando te conviene.

—No.

Negó despacio.

—Eso no es lo que ocurre.

La sala quedó en silencio.

Navarro bufó.

—Ilumínanos.

Gabriel me sostuvo la mirada.

—Tú crees que has olvidado muchas cosas.

—Algunas.

—No.

Sacudió la cabeza.

—Las recuerdas mal.

Noté cómo la mandíbula se me endurecía.

—No es lo mismo.

—Sí lo es.

Ríos dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Explícalo.

Gabriel tardó unos segundos.

No parecía buscar una frase brillante. Solo ordenar algo que llevaba mucho tiempo pensando.

—¿Cuántos años pasaste en prisión?

—Doce.

—¿Solo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Viviste durante esos doce años... o sobreviviste?

Nadie habló.

El reloj de pared marcó un segundo demasiado alto.

Gabriel continuó.

—Los primeros meses repetías lo mismo todos los días.

No respondí.

—Decías que todo había sido un montaje.

—Lo fue.

—Después empezaste a decir que únicamente obedecías órdenes.

Noté la silla más dura bajo mi espalda.

—Porque era verdad.

—Más tarde dejaste de hablar de órdenes.

Ríos me observó de reojo.

Gabriel siguió.

—Empezaste a decir que jamás habías amenazado a nadie.

Orduña volvió a aparecer delante de mí.

Su hija. La fotografía. Mi mano apoyada sobre su hombro.

No aparté la vista de Gabriel.

—Yo no...

Las palabras murieron antes de salir. Él no sonrió.

—¿Lo ves?

Navarro cruzó los brazos.

—¿Qué intenta demostrar?

Gabriel apoyó las manos sobre la mesa.

—Que la cárcel hace cosas raras.

—No borra la memoria.

—Exacto.

Fue la primera vez que estuvo de acuerdo con Navarro.

—No la borra.

La cambia.

Sentí un cosquilleo desagradable en la nuca.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tiene.

Gabriel señaló la fotografía guardada en la funda.

—Cuando entraste en prisión no podías soportar la idea de haber trabajado para gente como Salcedo.

—Nunca trabajé para él.

—Eso necesitas creer.

Su voz seguía tranquila. Sin reproche. Eso resultaba peor.

—Cada año ibas quitando una piedra. Primero dejaste de recordar quién daba algunas órdenes. Después olvidaste ciertas conversaciones. Más tarde convenciste a tu cabeza de que solo firmabas. Y al final...

Guardó silencio.

—¿Al final qué?

—Al final construiste un Julio con el que pudieras levantarte todas las mañanas.

Nadie respiraba.

Navarro dejó de mirar a Gabriel. Ahora me observaba a mí.

—Eso es una teoría.

Gabriel negó.

—No.

Miró directamente a Ríos.

—Pregúntale cuántas veces ha contado su historia.

Ella entendió enseguida.

—¿Cuántas?

Tardé en contestar.

—Muchas.

—¿Siempre igual?

Abrí la boca. La cerré. No.

Nunca exactamente igual. Al principio hablaba durante horas. Después resumía.

Con los años dejé fuera nombres. Luego desaparecieron lugares. Más tarde dejé de mencionar Topas.

Nunca me había dado cuenta. No porque quisiera ocultarlo. Porque cada versión parecía más sencilla que la anterior.

Gabriel vio el cambio en mi cara.

—No te estás acordando ahora. Te estás dando cuenta.

La diferencia cayó sobre mí con un peso insoportable. No estaba recuperando recuerdos nuevos. Estaba viendo los antiguos desde otro sitio. Como si hubiera pasado doce años limpiando una fotografía... hasta borrar a las personas que no quería mirar.

Ríos rompió el silencio.

—Eso ocurre.

Navarro giró la cabeza.

—¿Cómo que ocurre?

—Hay víctimas que reorganizan recuerdos traumáticos. También condenados. No olvidan necesariamente. Reinterpretan. Construyen un relato que les permite seguir funcionando.

Gabriel la señaló con un leve gesto.

—Eso.

—Pero cuando aparecen personas, lugares o conversaciones reales...

Ríos terminó la frase.

—...ese relato empieza a romperse.

Me pasé una mano por la cara. La barba raspó contra la palma.

No era la cárcel la que me había quitado la memoria. Era yo.

Había pasado doce años limando los bordes de cada recuerdo hasta dejar una versión donde todavía podía reconocerme.

Y ahora cada testigo devolvía una pieza que nunca había desaparecido. Solo había dejado de encajar donde yo la había colocado.

El teléfono de Navarro vibró sobre la mesa. Lo cogió sin apartar los ojos de mí. Escuchó apenas diez segundos.

Su expresión cambió.

—¿Qué pasa? —preguntó Ríos.

Navarro guardó el móvil.

—Han encontrado el coche de Ferrer.

—¿Dónde?

—En un desguace.

Se hizo un silencio breve.

—¿Y ellos?

Navarro negó lentamente.

—No.

Solo hay una cosa dentro.

—¿Cuál?

Respiró hondo antes de responder.

—Un expediente penitenciario.

El coche apareció prensado entre dos furgonetas sin matrícula. No quedaba cristal en las ventanillas. Tampoco sangre.

Solo el expediente sobre el asiento del conductor, protegido dentro de una bolsa transparente.

Ríos se puso guantes.

—No lo toques.

—Ya sé cómo funciona.

—No siempre lo parece.

Navarro abrió la puerta deformada con una palanca. El metal chilló.

El expediente cayó al suelo. Mi nombre ocupaba toda la portada.

JULIO BARRAL.

Debajo, una fecha anterior a mi condena. No lo abrí.

—¿Por qué dejarlo aquí? —preguntó Navarro.

Gabriel observaba desde el coche policial.

—Porque ya no lo necesitan.

—¿Quiénes?

—Los que querían que él creyera que acababa de encontrarlo.

Ríos levantó el expediente.

—Está demasiado limpio.

—Entonces es una copia —dije.

—O una trampa.

Navarro señaló el desguace.

—Todo esto es una trampa.

Tomé una decisión.

—No lo abrimos aquí.

Navarro se volvió.

—Ahora das órdenes otra vez.

—Aquí cualquiera puede estar mirando.

—Eso no te preocupaba antes.

—Antes necesitaba demostrar que podía entrar en cualquier sitio.

La frase salió sin pensar.

Gabriel me oyó.

—Ahí está.

Lo miré.

—¿Qué?

—La versión nueva.

Navarro cerró la puerta del coche.

—Guardad la terapia para después.

Un operario apareció desde una nave lateral. Mono azul. Manos negras de grasa.

—Ese coche llegó anoche.

Ríos caminó hacia él.

—¿Quién lo trajo?

—Una grúa.

—Empresa.

El hombre negó.

—No llevaba logotipo.

—¿Conductor?

—Mayor. Delgado.

—¿Bastón?

—No.

—¿Reloj?

El operario miró hacia mí.

—Azul.

Navarro soltó aire.

—Otra vez.

—¿Firmó algo? —preguntó Ríos.

—No.

—¿Pagó?

—En efectivo.

—¿Dijo qué hacer con el coche?

—Prensarlo antes de las diez.

Navarro miró el reloj. Faltaban doce minutos.

—¿Por qué no lo hicieron?

El operario señaló la máquina.

—Se atascó.

Gabriel rio desde la patrulla.

—Hasta las máquinas tienen más criterio que vosotros.

Navarro fue hacia él.

—Baja.

—Estoy detenido.

—Ahora colaboras.

Ríos colocó el expediente dentro de otra bolsa.

—Lo abriremos en comisaría.

El operario levantó una mano.

—Hay algo más.

Señaló la prensa.

Entre dos bloques de metal sobresalía un trozo de tela.

Navarro se agachó. Era una chaqueta. Gris.

La sacó con cuidado. En el bolsillo interior había una cartera.

Emilio Ferrer.

—Está vivo —dije.

—O alguien quiere que lo pensemos —respondió Ríos.

Gabriel dejó de sonreír.

—Ferrer no se separaba de esa cartera.

—Entonces lo obligaron —dijo Navarro.

—O la dejó para que encontrarais el expediente.

La palabra expediente volvió a pesar.

En comisaría, Ríos abrió la primera página. No era un historial penitenciario corriente. No había condena. No había entradas ni salidas.

Solo evaluaciones. Conducta. Reacción a la presión. Tolerancia al aislamiento. Capacidad de obediencia.

Navarro pasó una hoja.

—Esto parece un perfil psicológico.

Gabriel permanecía de pie junto a la puerta.

—No parece.

—¿Lo conocías?

—Conocía el formato.

Ríos levantó la vista.

—¿De Topas?

—De antes.

Yo toqué la página. No estaba leyendo hechos. Estaba leyendo una forma de utilizarme.

—Fecha —dije.

Navarro buscó en la esquina.

Tres años antes de la muerte de David. La misma fecha que aparecía en la fotografía rota.

—Te estudiaban —dijo Ríos.

—Nos estudiaban a todos —respondió Gabriel.

—¿Quién?

Él señaló el expediente.

—Quien decidía para qué servíamos.

Navarro pasó otra hoja. Había una frase subrayada.

SUJETO EFICAZ BAJO PRESIÓN. RESPONDE MEJOR CUANDO CREE ACTUAR POR INICIATIVA PROPIA.

La garganta se me cerró.

Ríos no dijo nada.

Gabriel sí.

—Eso eras.

—No.

—Eso sigues siendo.

Golpeé la mesa.

—No eras diferente.

La frase salió de su boca sin levantar la voz.

—Pardo obedecía porque tenía miedo. Cifuentes porque necesitaba dinero. Mateo porque quería salir. Tú obedecías porque necesitabas creer que mandabas.

Navarro cerró el expediente.

—Basta.

—No —dije.

Miré a Gabriel.

—Sigue.

Su rostro se endureció.

—Amenazaste a Orduña. Retuviste a Pardo. Firmaste versiones que sabías incompletas.

—No sabía quién estaba detrás.

—Nunca quisiste saberlo.

—Eso no me convierte en ellos.

Gabriel se acercó.

—No.

Apoyó un dedo sobre el expediente.

—Te convierte en lo que necesitaban.

Ríos abrió la última hoja. Había una casilla marcada con una cruz.

UTILIZABLE.

Debajo, otra anotación.

REQUIERE SUPERVISIÓN INDIRECTA.

Navarro leyó en silencio. Yo no.

—¿Quién firmó esto?

Ríos giró la página. La firma estaba arrancada. Solo quedaba el sello. Instituciones Penitenciarias. Topas.

El teléfono de la sala sonó.

Navarro respondió. Escuchó.

—¿Seguro?

Ríos se levantó.

—¿Qué pasa?

Navarro colgó.

—Han localizado a Ferrer.

—¿Dónde?

—En Topas.

Gabriel retrocedió.

—No puede ser.

—Ha entrado por su propio pie.

—¿Solo?

Navarro negó.

—Con Sergio.

Cogí el expediente.

Ríos me detuvo.

—Se queda aquí.

—Entonces yo no.

—No puedes entrar en Topas.

—Ya entré una vez.

Gabriel miró la portada.

—Ese fue el problema.

La puerta se abrió. Un agente entregó a Navarro una fotografía recién impresa.

Ferrer cruzaba el control de acceso. Sergio caminaba detrás. Entre los dos llevaban una carpeta negra.

En la esquina inferior aparecía la hora. Hacía siete minutos. Y bajo la imagen, una anotación del sistema:

VISITA AUTORIZADA.

AUTORIZANTE: JULIO BARRAL.

25.

El archivo de Topas

La autorización seguía llevando mi firma.

Navarro dejó la copia sobre el capó. El viento levantó una esquina y él la sujetó con dos dedos.

—No han falsificado solo el nombre.

La entrada de Topas quedaba al otro lado de la carretera. Muros bajos. Concertinas. Una luz blanca sobre la garita, demasiado limpia para aquella hora.

Ríos amplió el documento en su teléfono.

—Han usado tu número profesional.

—Ese número fue cancelado cuando me suspendieron.

—No —dijo Navarro—. Fue reasignado.

Lo miré.

—¿A quién?

Guardó la hoja dentro de una carpeta.

—Eso es lo que no quieren decirnos.

La barrera se levantó para dejar salir una furgoneta. El motor rugió al pasar. Durante un segundo vimos el patio interior. Vacío. Después el metal volvió a caer.

—Entramos.

Ríos se interpuso.

—Tú no.

—Mi nombre acaba de abrir esa puerta.

—Precisamente.

—Ferrer y Sergio llevan una carpeta relacionada con David.

—O quieren que pienses eso.

Pasé junto a ella. Navarro me agarró por la chaqueta.

—No des otro paso.

Bajé la vista hacia su mano.

—Llevas días pidiéndome que recuerde. Ahora que sé dónde mirar, me dejas fuera.

—No sabes dónde mirar. Sabes dónde te están empujando.

Ríos llamó al telefonillo de la garita. Una voz metálica respondió.

—Inspectora Marta Ríos. Homicidios de Zaragoza. Necesito hablar con el responsable de seguridad.

Hubo un silencio breve.

—No consta ninguna visita policial.

—Entonces empiece a constar.

La voz desapareció. Un pitido ocupó su lugar.

Navarro soltó mi chaqueta.

—Sergio te dijo que no fueras a buscarlo.

—También ha mentido durante doce años.

—Y sigue vivo.

—Por ahora.

La puerta peatonal se abrió con un golpe seco. Salió un funcionario ancho, con las mangas remangadas. No llevaba placa visible.

—¿Quién es la inspectora?

Ríos mostró su acreditación.

—Necesitamos confirmar la entrada de dos visitantes.

—Ya se ha confirmado.

—No por nosotros.

El hombre miró hacia mí.

—Barral no puede acceder.

No había dicho mi nombre.

Di un paso.

—¿Nos conocemos?

—Todo el mundo lo conoce aquí.

—Eso no responde.

El funcionario tocó el transmisor de su cinturón.

—Debe esperar fuera.

Navarro abrió la carpeta y enseñó la autorización.

—¿Quién validó esto?

El hombre no la cogió.

—El sistema.

—Los sistemas no firman —dijo Ríos.

—Este sí.

Una cámara giró sobre nosotros. El pequeño motor chirrió antes de detenerse frente a mi cara.

—Pregunta por el archivo cuarenta y siete.

El funcionario parpadeó. Solo una vez.

Navarro me miró.

—¿Qué archivo?

—No lo sé.

—Acabas de nombrarlo.

—Lo he recordado al ver la cámara.

Ríos no apartó los ojos del hombre.

—¿Existe?

—No puedo facilitar información interna.

—No le he preguntado qué contiene.

El transmisor crepitó. Una voz dijo algo demasiado bajo para entenderlo.

El funcionario respondió cubriéndose la boca.

—Los visitantes ya han salido del área de administración.

—¿Adónde han ido? —preguntó Navarro.

—La visita ha terminado.

—La barrera no se ha abierto —dije.

El hombre se volvió hacia mí.

—Hay otra salida.

—No.

—Usted lleva doce años sin pisar este centro.

—Y tú llevas cinco minutos evitando mirar la garita.

Lo hizo. Muy rápido.

Ríos siguió el movimiento. Después sacó el teléfono.

—Voy a solicitar la inmovilización de las grabaciones, el registro de accesos y la identificación de todos los funcionarios de servicio.

—Necesita autorización judicial.

—No para pedir que no destruyan nada.

El hombre endureció la mandíbula.

—Aquí no se destruye nada.

Navarro soltó una risa.

—Ha elegido mal la frase.

La puerta automática empezó a cerrarse. Metí el pie antes de que encajara.

El funcionario me empujó contra el marco.

—Retírese.

El metal apretó mi zapato. El olor del motor caliente me llenó la nariz.

—Archivo cuarenta y siete —repetí—. ¿Quién lo ha abierto?

Su mano dejó de empujar.

Ríos aprovechó el segundo. Pasó su acreditación por el lector y se coló dentro.

—¡Inspectora!

Navarro sujetó la puerta. Entré detrás.

Una alarma corta sonó en la garita. No la general. Solo tres pitidos.

El funcionario corrió hacia Ríos.

—Está accediendo a una zona restringida.

Ella señaló el monitor de control.

—Enséñeme las cámaras.

—No.

—Entonces apártese.

Navarro cerró la puerta tras nosotros. Dos funcionarios aparecieron al fondo del pasillo.

Yo miré la pantalla. Había doce recuadros. Patios. Pasillos. Salas vacías. En uno, Ferrer caminaba junto a Sergio.

No iban hacia la salida. Bajaban una escalera.

La carpeta negra ya no estaba con ellos.

—Detén la imagen —dije.

El funcionario se interpuso frente al monitor.

—No toque nada.

Le aparté el brazo.

La grabación saltó hacia atrás. Ferrer y Sergio aparecieron entrando en un pasillo estrecho. Una puerta gris se cerraba detrás.

Sobre el marco había un número.

Ríos congeló la imagen.

—¿Qué hay ahí?

El funcionario respiró por la nariz.

—Archivo histórico.

Navarro señaló la hora.

—Han entrado hace tres minutos.

—La cámara está desincronizada.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

Volví a reproducir.

Ferrer se detuvo antes de bajar. Miró directamente a la cámara. Después levantó dos dedos.

Sergio no se giró.

—¿Qué significa? —preguntó Ríos.

—Que no está allí por la fuerza —dijo Navarro.

Negué.

—No.

Toqué la pantalla. Ferrer mantenía los dos dedos separados. Índice y corazón.

No era una señal de calma. Era un número.

—Nos está diciendo que falta alguien.

La puerta del archivo se abrió en el vídeo.

Una mano salió desde dentro. Manga gris. Reloj de esfera azul.

Agarró a Sergio del hombro y lo hizo entrar. Ferrer permaneció fuera.

Después miró otra vez a la cámara y movió los labios.

Ríos amplió la imagen.

—¿Qué dice?

Lo leí antes que ella.

—Julio ya estuvo aquí.

La grabación se cortó. La pantalla se volvió negra.

A nuestra espalda, el funcionario cerró la puerta de la garita con llave.

—Ahora —dijo— van a explicarme cómo sabían el número del archivo.

El cerrojo sonó antes de que respondiera nadie. No era un golpe fuerte. Solo un clic metálico. Bastó para cambiar la habitación.

Navarro dio un paso hacia el funcionario.

—Acabas de cometer un error.

—No. He evitado otro.

Los dos hombres que habían aparecido al fondo del pasillo ya estaban frente a la puerta. Ninguno llevaba arma visible. Ninguno parecía sorprendido de vernos allí.

Ríos mantuvo la vista fija en el monitor apagado.

—Vuelve a poner la grabación.

—Ha habido un fallo técnico.

—Claro.

El funcionario tragó saliva.

—No puedo acceder.

Me acerqué tanto que pude ver el sudor en su cuello.

—No has desconectado la cámara. Alguien lo ha hecho desde dentro.

No respondió.

Navarro apoyó las dos manos sobre el mostrador.

—¿Quién está en el archivo cuarenta y siete?

—No tengo autorización para responder.

—Eso no te lo he preguntado.

El silencio duró demasiado.

Empujé al funcionario hacia un lado y abrí la puerta interior de la garita. Uno de los vigilantes intentó sujetarme. Le golpeé el antebrazo y seguí avanzando.

—¡Barral!

Navarro me siguió un segundo después.

Ríos no perdió el tiempo. Se sentó frente al ordenador y empezó a pulsar teclas.

—Necesito un minuto.

—No lo tienes —contestó el funcionario.

Ella ni siquiera levantó la cabeza.

El pasillo olía a lejía reciente. Las luces fluorescentes parpadeaban cada pocos metros. Al fondo había un ascensor cerrado y una escalera descendía hacia el sótano. La misma del vídeo.

Corrí.

Navarro me alcanzó en el primer rellano.

—Si bajas solo, te detengo.

—Haz cola.

Bajamos dos pisos.

El aire era más frío. Las paredes cambiaban de color. El blanco desaparecía. El hormigón quedaba al descubierto. Al final del corredor apareció una puerta gris.

La misma. No se oía nada.

Apoyé la mano sobre el pomo. Frío.

—Está abierta —susurré.

Entramos.

El archivo era más pequeño de lo que esperaba. Estanterías metálicas. Decenas de cajas numeradas. Un ventilador girando despacio sobre nuestras cabezas.

No había nadie. Solo una carpeta negra abierta sobre una mesa.

Navarro levantó una mano.

—No toques nada.

No le hice caso. La carpeta estaba vacía. Solo quedaba una funda transparente. Dentro había una hoja. No era un informe. Era un registro de préstamos.

Ríos llegó jadeando detrás de nosotros.

—Han borrado las grabaciones del servidor.

Navarro no apartó la vista del documento.

—¿Qué pone?

Leí la primera línea.

—Archivo cuarenta y siete. Expediente operativo.

Pasé la hoja. Había decenas de firmas. La mayoría ilegibles. Hasta que encontré la mía.

Sentí cómo el estómago se cerraba. No era una falsificación. Era mi firma. Original. Con fecha. Doce años atrás.

Ríos dejó escapar el aire.

—Eso es imposible.

—No.

Mi voz salió más baja de lo que esperaba.

—Eso significa que estuve aquí.

Navarro cogió la hoja con guantes.

—Y que retiraste algo.

Bajo mi firma aparecía una casilla.

Material retirado: una carpeta.

Sin descripción. Sin referencia. Solo una anotación manuscrita.

Entrega autorizada por T. Salcedo.

Nadie habló.

El ventilador siguió girando. Muy despacio.

Ríos rompió el silencio.

—Salcedo no había desaparecido.

Negué.

—No.

—Seguía teniendo acceso.

—Sí.

Navarro pasó la página. No había más registros. Al cerrar la carpeta cayó una fotografía escondida entre las fundas.

La recogí antes que él. Era antigua. Granulada. En ella aparecíamos cinco personas. Ferrer. Pardo. Yo.

Un hombre cuya cara había sido tachada con tinta negra. Y Sergio. Mucho más joven. Ninguno miraba a la cámara. Todos mirábamos la misma carpeta negra apoyada sobre la mesa.

Por detrás alguien había escrito una sola frase.

Elija quién carga con todo.

El aire dejó de moverse.

Navarro cogió la fotografía.

—¿Quién la escribió?

Negué.

—No lo sé.

—Mientes.

—Esta vez no.

Ríos se acercó a las estanterías. Todas las cajas tenían etiquetas.

Ninguna llevaba el 47.

Volvió lentamente.

—No existe un archivo cuarenta y siete.

Navarro levantó la vista.

—Estamos dentro.

—No.

Golpeó una de las estanterías. Sonó hueca. Después otra. Igual.

Miró alrededor.

—Esto no es un archivo.

Se hizo un silencio incómodo.

Entonces comprendí por qué no había polvo. Por qué las cajas pesaban tan poco. Por qué las etiquetas parecían nuevas.

Aquello era una reconstrucción. Un decorado. Alguien había preparado aquella habitación para que encontráramos exactamente aquello.

—Salid —dije.

Navarro me miró extrañado.

—¿Por qué?

No llegué a responder.

Las luces se apagaron. Solo un segundo. Cuando volvieron, la carpeta negra había desaparecido de la mesa. Nadie la había tocado.

Ríos retrocedió.

—¿Qué...?

Un golpe seco sonó detrás de la pared. Después otro. Como si alguien caminara al otro lado.

Navarro desenfundó el arma.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Solo tres golpes. Secos.

El mismo código que Sergio había utilizado por teléfono.

Miré la pared.

—Hay otra habitación.

Los golpes cesaron. Después una voz. Muy baja. Casi un susurro.

—Llegas doce años tarde, Barral.

Navarro apuntó hacia el muro.

—¡Salga con las manos en alto!

La risa llegó amortiguada. Vieja. Conocida. La había oído antes. Muchos años antes.

Cerré los ojos apenas un instante. No podía ser. Abrí la boca antes de pensar.

—Salcedo...

26.

Los favores

Nueve horas después, el funcionario que había cerrado la garita negó haber visto a Salcedo.

Lo hizo sentado frente a nosotros, con un vaso de agua intacto entre las manos. Se llamaba Ernesto Aldana. Había trabajado en Topas durante veintisiete años y conservaba la espalda recta de quien todavía esperaba una orden.

Ríos dejó la fotografía sobre la mesa.

—Mírelo otra vez.

—Ya lo he hecho.

—Hágalo mejor.

Aldana empujó la imagen con un dedo. La mano de Salcedo, el reloj azul y media manga gris quedaron orientados hacia mí.

—No se le ve la cara.

—No le he preguntado eso —dijo Navarro.

La sala de entrevistas olía a plástico caliente. Al otro lado del cristal, un agente retiraba las cajas falsas del archivo cuarenta y siete. Cada golpe contra el carro llegaba amortiguado.

Aldana bebió por fin.

—Había mucha gente.

—A medianoche no —dije.

El vaso se detuvo antes de tocar la mesa.

Navarro me miró. No esperaba que interviniera. Ríos tampoco.

—Enséñale el registro antiguo.

Ríos abrió una carpeta. No era una prueba nueva. Era el libro de accesos que habían encontrado en administración, cubierto de correcciones y páginas arrancadas.

Buscó la fecha de la muerte de David.

Mi nombre aparecía a las 23:18.

La salida no estaba anotada.

Aldana tocó la esquina de la página.

—No recuerdo esa noche.

—Pero recuerda la carpeta —dije.

Sus ojos bajaron hacia mis manos.

—¿Qué carpeta?

—La negra.

—Aquí entraban cientos.

—Aquella pesaba demasiado.

Navarro se inclinó.

—¿Demasiado para qué?

No respondí. El cuero áspero volvió contra mi palma. Yo sujetando el asa. Algo golpeando dentro al caminar.

No papeles.

Aldana apartó el registro.

—Está intentando hacerme recordar lo que usted necesita.

—Eso hacía yo con los testigos.

—Lo sé.

Ríos levantó la cabeza.

Aldana comprendió tarde que había hablado de más.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella.

—Todo el mundo sabía cómo trabajaba Barral.

—No en Topas —dijo Navarro—. Él no estaba destinado aquí.

El funcionario se secó la boca con el dorso de la mano.

—Los policías hablaban.

—Los funcionarios también —respondí.

Golpeé el registro con un nudillo.

—¿Quién borró mi salida?

—No está borrada.

—No existe.

—Entonces no salió.

Navarro cerró la carpeta de golpe.

—Se acabó el juego.

Aldana no parpadeó.

—¿Cuál de ellos?

La pregunta dejó una grieta.

Ríos se sentó frente a él.

—Explíquese.

—Han venido preguntando por un policía, un funcionario y un hombre con abrigo. Mañana preguntarán por un juez. Siempre acababan preguntando por un juez.

Navarro acercó la silla.

—¿Qué juez?

Aldana giró el vaso entre los dedos. Una gota resbaló hasta la mesa.

—No recuerdo nombres.

—Recuerda categorías —dije—. Qué cómodo.

Me observó durante unos segundos.

—Así funcionaban los favores.

Nadie dijo nada.

Aldana señaló el registro.

—Un policía necesitaba entrar sin dejar una orden. Un funcionario necesitaba que trasladaran a un preso. Un juez necesitaba un informe que justificara lo que ya había decidido. Nadie daba dinero. Nadie firmaba el acuerdo completo.

—¿Qué recibía usted? —preguntó Ríos.

—Yo no recibía nada.

—Eso no es creíble.

La mandíbula de Aldana se tensó.

—Mi hijo tenía un juicio.

Navarro miró hacia el cristal.

—¿Y?

—La acusación retiró un cargo.

Ríos dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿A cambio de dejar entrar a Barral?

—A cambio de hacer mi trabajo sin mirar demasiado.

El calor me subió por el cuello.

—¿Quién retiró el cargo?

Aldana negó.

—Nunca lo conocí.

—Nombre.

—No.

Me levanté. Navarro extendió el brazo antes de que llegara hasta él.

—Siéntate.

No lo hice.

—Aldana me dejó entrar. Otro hizo desaparecer mi salida. Alguien alivió la condena de su hijo. Eso no son coincidencias.

El funcionario me sostuvo la mirada.

—Tampoco era una conspiración.

La frase cayó sin ruido.

—Entonces, ¿qué era? —preguntó Ríos.

Aldana tocó la fotografía del reloj azul.

—Gente devolviendo cosas.

El teléfono de Navarro vibró. Escuchó sin apartar el brazo de mi pecho.

—Repítelo.

Su mano bajó despacio.

Ríos se puso en pie.

—¿Qué han encontrado?

Navarro colgó.

—Nada en el archivo cuarenta y siete. Ni huellas de Ferrer. Ni de Sergio. Ni de Salcedo.

Aldana sonrió apenas.

—Se lo dije.

—También han revisado el proceso de su hijo —continuó Navarro —. El fiscal que retiró el cargo está jubilado.

El vaso dejó de girar.

—No sé quién es.

Navarro escribió un nombre y deslizó el papel por la mesa.

Aldana no quiso mirarlo.

Yo sí.

Había aparecido en la libreta verde junto a dos confidentes muertos. Y doce años después había firmado el levantamiento del cadáver de Francisco Pardo.

El fiscal seguía trabajando. No estaba jubilado.

Navarro apoyó un dedo sobre el nombre.

—Alguien acaba de mentir por usted otra vez.

Aldana no volvió a tocar el papel.

El fluorescente zumbó una vez. Después otra.

Navarro guardó el nombre en la carpeta.

—¿Quién te llamó esta mañana?

—Nadie.

—Inténtalo otra vez.

—He venido a trabajar.

Ríos abrió la puerta de la sala.

—Necesito un minuto con Navarro.

Salieron. Me quedé frente a Aldana.

El cristal reflejaba mi cara peor que la suya.

Él sonrió apenas.

—Siempre acabas solo.

No respondí. Apoyé dos dedos sobre la fotografía de Salcedo.

—¿Lo viste?

—Vi a un hombre.

—¿Con reloj azul?

Aldana bajó la vista.

—Los relojes no me interesan.

—Pero los favores sí.

El vaso crujió entre sus manos.

—Los favores nunca eran para hoy.

Esperé.

—Eran para dentro de años.

La puerta volvió a abrirse.

Navarro lanzó una carpeta sobre la mesa.

—Tenemos un problema.

Ríos permaneció de pie.

—El fiscal niega conocer a Aldana.

—Normal.

—Pero reconoce otro nombre.

Navarro abrió la carpeta por la última página.

No había declaración. Solo un listado de llamadas. Tres números. Uno pertenecía al fiscal. Otro a Topas.

El tercero aparecía registrado durante años con una descripción absurda.

Servicio de mantenimiento.

Me incliné.

—Ese teléfono nunca fue mantenimiento.

Ríos miró hacia un lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no existía ningún mantenimiento nocturno.

Navarro pasó otra hoja.

Todas las llamadas se repetían el mismo día de cada mes. Sin excepción. Durante quince años.

Aldana dejó escapar el aire. Muy despacio.

—No hablaban.

Los tres lo miramos.

—¿Qué hacían?

—Confirmaban.

Ríos tomó el bolígrafo.

—¿El qué?

—Que el favor seguía pendiente.

Nadie escribió. Aquello era peor. No había pagos. No había amenazas. Solo deudas. Pequeñas. Persistentes.

—Quiero escuchar una de esas llamadas.

Navarro negó.

—No existen grabaciones.

—Entonces busca quién atendía.

—Muchos ya han muerto.

—Alguno seguirá vivo.

Aldana levantó un dedo.

—No buscaban personas.

—¿Qué buscaban?

—Puestos.

La palabra quedó suspendida.

Navarro se apoyó en la mesa.

—Explícate.

—Da igual quién ocupara la silla. El favor pasaba al siguiente.

El silencio pesó más que cualquier confesión.

Ríos cerró lentamente la libreta.

—Eso significa que nadie era imprescindible.

—Exacto.

—Ni Salcedo.

Aldana negó.

—Tampoco Barral.

Sentí la mandíbula rígida. No por la frase. Porque sonaba cierta.

Navarro me observó un segundo antes de volver al funcionario.

—¿Quién coordinaba eso?

Aldana sonrió con cansancio.

—Nadie.

—Siempre hay alguien.

—Ese fue vuestro error.

Golpeó una vez el registro.

—Pensabais que había un jefe.

—¿Y no lo había?

—Había costumbre.

Nadie respondió.

Era la explicación más sencilla. Y quizá la más peligrosa.

Ríos rompió el silencio.

—Entonces Pardo murió por una deuda.

—No.

—¿Por qué?

Aldana la miró por primera vez desde que había entrado.

—Porque quiso romper la cadena.

El teléfono de Navarro volvió a sonar.

Contestó. Escuchó menos de diez segundos. Su expresión cambió.

—¿Estás seguro?

Colgó sin despedirse.

Se volvió hacia nosotros.

—Han encontrado a Ferrer.

Di un paso.

—¿Dónde?

—En la estación de Delicias.

—¿Vivo?

Navarro tardó en responder.

—Sí.

—¿Y Sergio?

Negó.

—Iba solo.

Ya estaba caminando hacia la puerta cuando Ríos me sujetó del brazo.

—Espera.

—No.

—Escúchame.

—No hay tiempo.

—Precisamente.

Aflojó la mano.

—Ferrer ha pedido hablar únicamente contigo.

Navarro añadió otra frase.

—Y ha puesto una condición.

El pasillo olía a desinfectante reciente.

Aldana permanecía sentado. Ni siquiera nos siguió con la mirada.

—¿Cuál? —pregunté.

Navarro abrió la puerta del edificio. El aire caliente golpeó la cara.

—Que Ríos no esté presente.

La inspectora soltó una risa seca.

—Qué casualidad.

Bajamos las escaleras sin hablar.

El coche arrancó antes de que cerrara la puerta.

La estación apareció quince minutos después. Las sirenas ya estaban allí. Dos patrullas. Una ambulancia. Un pequeño corro de viajeros retenidos tras las cintas.

Salté del coche. Un agente intentó detenerme.

Navarro enseñó la placa.

—¿Dónde?

El agente señaló el extremo del andén.

Ferrer estaba sentado en un banco. Solo. El bastón apoyado entre las piernas. Las manos limpias. Demasiado limpias.

Me acerqué.

No levantó la cabeza.

—Has tardado.

—¿Dónde está Sergio?

Movió el bastón apenas unos centímetros.

—Ya no importa.

—Sí importa.

—Llegas tarde otra vez.

Me senté frente a él.

—¿Qué quieres?

Sacó del bolsillo una ficha de consigna. La dejó sobre el banco.

Número 1742.

El mismo código de la gorra.

No la cogí.

—¿Qué hay dentro?

Ferrer negó.

—La pregunta correcta no es esa.

Navarro se acercó por detrás.

—Entonces hazla tú.

Ferrer levantó la vista. Después me miró solo a mí.

—¿Quién recogió la consigna hace doce años?

Noté el pulso golpeando en la garganta.

No respondí.

Ferrer sonrió con tristeza.

—Porque no fui yo.

La megafonía anunció la llegada de un tren.

El ruido llenó el andén. Cuando volvió el silencio, Ferrer ya no estaba mirándome. Miraba al otro lado de las vías.

Seguí su vista.

Un hombre con gorra gris cerró una taquilla de consigna y echó a andar entre los viajeros.

Llevaba en la mano una carpeta negra.

27.

El informe psicológico

Seis horas después, la carpeta negra estaba vacía.

Navarro la dejó caer sobre la mesa. El cartón golpeó el metal y se abrió por la mitad.

—Una persecución por toda la estación. Dos agentes heridos. Un detenido que no sabe nada. Y esto.

Ríos permanecía junto a la puerta. Tenía una rozadura en la mejilla y la chaqueta doblada sobre un brazo.

Yo toqué el lomo de la carpeta.

—No es la misma.

Navarro apoyó ambas manos en la mesa.

—La viste durante tres segundos, desde otro andén.

—La que llevaba el hombre tenía una grapa rota.

—Qué suerte que siempre recuerdes el detalle que nos falta.

El hombre de la gorra había caído en el aparcamiento. No era Salcedo. Tampoco un antiguo policía. Se llamaba Raúl Costa y repartía paquetes para una empresa de mensajería.

Alguien le había pagado cincuenta euros por recoger la carpeta. Nada más.

Ríos deslizó una fotografía hacia mí.

Costa salía esposado. Tenía sangre en la nariz y la camisa abierta por el cuello.

—Dice que fuiste tú quien lo golpeó primero.

—Intentó escapar.

—Eso no responde.

—Nunca responde —dijo Navarro.

Cerró la carpeta vacía y la apartó.

—Quiero hablar con Ferrer.

—Ferrer ya no está aquí.

—Lo teníais vigilado.

—Lo teníamos sentado en un banco —respondió Ríos—. Hasta que tú saliste corriendo.

La mandíbula me crujió al cerrarse.

—¿Se ha ido?

Navarro sacó su teléfono y mostró una imagen de las cámaras. Ferrer caminaba hacia la salida apoyado en el bastón. Nadie lo seguía.

—Nos diste a elegir —dijo—. El hombre de la carpeta o el viejo.

—Elegisteis mal.

—Tú elegiste por todos.

Ríos dejó su chaqueta sobre una silla.

—Costa recibió la instrucción desde un teléfono público. La carpeta estaba dentro de una taquilla. No vio a quien la dejó.

—Entonces no sabe nada.

—Sabe que debía entregártela a ti.

La miré.

—¿A mí?

Sacó una copia de su declaración.

—Le dijeron que buscara al hombre que correría primero.

Navarro sonrió sin humor.

—No tuvieron que darle tu nombre.

El fluorescente parpadeó. La carpeta negra quedó iluminada a golpes sobre la mesa.

La abrí otra vez. Vacía. No había marcas, ni polvo, ni restos de papel. Demasiado limpia.

Pasé el dedo por el interior. Cerca del pliegue, el cartón estaba levantado.

—Dame una cuchilla.

Navarro cerró la tapa de un golpe.

—No.

—Hay algo debajo.

—Hay cartón.

Ríos cogió unos guantes y acercó la carpeta hacia ella.

—Déjale mirar.

—Ya ha causado bastante.

—Entonces mira tú.

Navarro se puso los guantes. Introdujo la punta de unas tijeras bajo el forro y levantó una tira estrecha.

No apareció ningún documento. Solo una etiqueta antigua.

SERVICIO DE PREVENCIÓN Y SALUD LABORAL.

Debajo había un número escrito a máquina. Mi número profesional.

Navarro levantó la vista.

—¿Te evaluaron?

—A todos nos evaluaban.

—No te he preguntado eso.

Ríos fotografió la etiqueta.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Antes de prisión.

—Fecha.

—No la recuerdo.

Navarro retiró el forro completo. En una esquina apareció un sello casi borrado.

USO INTERNO. NO INCORPORAR AL EXPEDIENTE PERSONAL.

Ríos dejó de hacer fotografías.

—Eso no era una evaluación ordinaria.

No contesté.

La textura del cartón se quedó pegada a mis dedos aunque ya no lo tocaba. Una consulta estrecha. Una mujer colocando una grabadora sobre una mesa. Yo negándome a sentar.

La imagen desapareció antes de encontrar una fecha.

Navarro me observaba.

—Has recordado algo.

—Una sala.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—Claro.

Ríos abrió el portátil.

—El número de la etiqueta puede corresponder a un archivo de prevención.

—Esos archivos se destruyen —dije.

—Algunos.

—Después de cinco años.

—Los oficiales.

Tecleó durante unos segundos. Navarro caminó hasta la puerta y habló con un agente.

Yo miré la carpeta. No había sido preparada para contener información. Había sido preparada para señalar dónde buscarla.

Ríos dejó de escribir.

—Aquí aparece una solicitud de consulta.

Navarro regresó.

—¿De cuándo?

Ella giró la pantalla.

La petición tenía dieciséis años. Tres años antes de la muerte de David. Solicitaba acceso a una evaluación psicológica reservada sobre mí.

—¿Quién la pidió? —pregunté.

Ríos bajó por el documento.

—No hay nombre. Solo un código de unidad.

Navarro apoyó un dedo sobre la pantalla.

—Localízalo.

Ríos introdujo el código en el buscador interno. El sistema tardó unos segundos.

Después mostró una descripción.

Unidad de Gestión de Informadores.

Navarro se volvió hacia mí.

—Dijiste que esa unidad no existía.

—No existía oficialmente.

—Pero te evaluaba.

El sabor a metal volvió a mi boca.

Ríos abrió el único archivo adjunto.

La primera página apareció en pantalla. Mi fotografía. Mi nombre. Y un título que nunca había visto.

INFORME DE IDONEIDAD OPERATIVA: JULIO BARRAL.

Debajo, alguien había escrito a mano:

No informar al evaluado.

Nadie habló durante varios segundos.

El ventilador del ordenador arrancó con un zumbido constante. La pantalla iluminaba mi fotografía como si perteneciera a otra persona.

Navarro rompió el silencio.

—Ábrelo.

Ríos dudó.

—Puede haber datos protegidos.

—Ahora mismo me importa bastante poco.

Pulsó sobre el documento.

La primera página apareció completa. No era un informe clínico. Era una evaluación operativa. Había casillas. Porcentajes. Observaciones breves. Sin firmas visibles.

Navarro leyó en voz alta.

—"Capacidad analítica: muy alta."

Pasó el dedo hacia abajo.

—"Tolerancia a la presión: superior a la media."

Continuó.

—"Necesidad de control..."

Se detuvo.

—"...elevada."

No me sorprendió. Lo siguiente sí.

Ríos acercó la pantalla.

—Espera.

Señaló una línea escrita con otra máquina.

—Esto no pertenece al mismo documento.

Navarro leyó despacio.

—"Recomendado para operaciones con recursos humanos no estructurados."

—¿Qué demonios significa eso?

No respondí. Sabía exactamente cómo se llamaban entonces. Solo que nunca se escribía. Confidentes.

La palabra seguía prohibida.

Navarro pasó otra página.

No había diagnósticos. Había instrucciones.

—"Evitar asignaciones prolongadas con un mismo colaborador."

Ríos levantó la vista.

—¿Por qué?

Seguían leyendo.

—"Tiende a establecer relaciones funcionales difíciles de romper."

El aire acondicionado soltó un golpe seco.

Navarro pasó otra hoja.

—"Acepta decisiones discutibles si considera que el objetivo las justifica."

La sala quedó en silencio. No era un informe sobre mi salud. Era un manual de uso.

—Sigue.

Navarro me observó un instante antes de obedecer.

La siguiente página estaba parcialmente tachada. Alguien había intentado borrar varios párrafos con rotulador negro.

Ríos aumentó el contraste.

Debajo todavía podían leerse algunas frases.

—"No informar..."

—"...mantener sensación..."

Se detuvo.

—"...de autonomía."

Navarro volvió a leer. Más despacio.

—"El evaluado obtiene mejores resultados cuando cree que las decisiones parten de él."

Noté el borde de la mesa clavándose en la palma.

No era una descripción. Era una instrucción para quien me dirigiera.

Ríos dejó escapar el aire.

—Eso es una barbaridad.

—No.

Negué despacio.

—Es peor.

Navarro cerró el portátil a medias.

—¿Peor?

—Alguien escribió cómo manejarme.

El teléfono de Ríos vibró.

Contestó sin apartar la vista de mí.

—Sí.

Escuchó unos segundos.

Su expresión cambió.

—¿Estás seguro?

Colgó.

—Han localizado al psicólogo.

Navarro levantó la cabeza.

—¿Sigue vivo?

—Sí.

—¿Dónde?

—En una residencia.

Miré el reloj. Casi las nueve de la noche.

—Vamos.

Navarro negó.

—Primero terminamos esto.

—No.

—El informe no se mueve.

—Las personas sí.

Ríos intervino.

—Puede esperar una hora.

—No si alguien más sabe que hemos encontrado el expediente.

Los tres permanecimos inmóviles. Nadie necesitó decirlo. Ya había ocurrido demasiadas veces.

Cada persona a la que llegábamos...

...desaparecía.

Navarro cogió la chaqueta.

—De acuerdo.

Mientras cerraba el portátil cayó una hoja doblada entre el teclado y la tapa.

No pertenecía al archivo digital. Era papel. Viejo. Amarillento.

Ríos la recogió con guantes.

—Esto no estaba ahí.

La desplegó. Solo había una anotación manuscrita. Sin membrete. Sin firma. Tres líneas.

No asignar a Barral junto a Tomás Salcedo.

Se potencian mutuamente.

Riesgo operativo alto.

Sentí un frío seco recorriéndome la espalda.

Navarro levantó la hoja.

—¿Qué significa "se potencian"?

No contesté. Porque la pregunta correcta era otra. ¿Quién había escrito aquello antes de que yo conociera a Salcedo?

Ríos guardó la nota en una funda.

—El psicólogo puede responder.

Salimos de la sala.

El pasillo estaba casi vacío. Un agente caminó hacia nosotros con prisa.

—Inspector.

Navarro se volvió.

—¿Qué ocurre?

—Ha llamado la residencia.

—¿Y?

—El doctor ha desaparecido.

Nadie dijo nada.

El agente tragó saliva.

—Pero ha dejado un sobre.

—¿Para quién?

El agente me miró directamente.

—Para Julio Barral.

Veinte minutos después, el sobre esperaba sobre la mesa del despacho del director de la residencia.

Era pequeño. Color crema. Mi nombre estaba escrito con tinta azul. No había sello. Ni remitente. Solo una frase en el reverso.

No vuelva a dejar que otros lean los informes antes que usted.

Navarro me tendió unos guantes.

—Ábrelo.

Lo hice despacio.

Dentro no había documentos. Solo una fotografía. La consulta de un psicólogo. Un escritorio. Dos sillas. En una estaba sentado yo. Mucho más joven.

Frente a mí había un hombre al que la cámara solo mostraba de espaldas. Sobre la mesa descansaba una grabadora.

Y, detrás del psicólogo, colgado en la pared, un calendario.

Ríos acercó la fotografía a la luz.

—Espera...

Señaló la fecha. Tres de noviembre. Doce años atrás. El mismo día en que Pardo permanecía encerrado en el almacén. La misma mañana.

Navarro dejó la fotografía sobre la mesa.

—Eso es imposible.

Negué muy despacio.

—No.

Toqué la imagen con un dedo.

Por primera vez reconocí la corbata que llevaba puesta. Yo había estado allí. Solo que nunca había recordado aquella entrevista.

Y alguien llevaba doce años asegurándose de que siguiera olvidándola.

28.

Perfil operativo

Once horas después, la grabadora de la fotografía apareció en un almacén municipal. No contenía ninguna cinta.

Navarro la dejó sobre una mesa de acero y empujó hacia mí el inventario. El aparato llevaba catorce años guardado bajo una referencia equivocada: material informático obsoleto.

—No fue un error —dijo Ríos.

Se puso unos guantes y abrió la tapa. El compartimento estaba limpio. Ni polvo. Ni óxido. Solo dos marcas semicirculares donde había descansado una cinta.

—Alguien la retiró antes de archivarla.

—O nunca estuvo dentro —respondió Navarro.

Toqué el borde del inventario.

La firma de entrega pertenecía al psicólogo desaparecido. La de recepción, no.

—Conozco esa letra.

Navarro inclinó la hoja hacia él.

—Ayer no conocías la entrevista.

—La entrevista no. La firma sí.

Ríos colocó una ampliación junto al documento. La escritura aparecía también en la libreta verde, al pie de varias anotaciones donde mi nombre había sido rodeado con tinta roja.

No era de Sergio. Tampoco de Ferrer.

—Quiero el expediente laboral del funcionario que recibió la grabadora.

Navarro cerró el inventario.

—Primero terminas de leer tu informe.

—El capítulo siguiente no va a desaparecer.

—El funcionario puede hacerlo.

Ríos me miró por encima de la pantalla.

—El funcionario murió hace seis años.

La frase me dejó la lengua pegada al paladar.

—¿Cómo?

—Infarto.

—Edad.

—Cincuenta y dos.

Navarro abrió el archivo digital.

—Así que volvemos a ti.

La primera página ya estaba leída. La segunda también. Deslizó el cursor hasta un apartado marcado como **conducta bajo supervisión**.

—"Rechazo inicial de la autoridad directa" —leyó—. "Alta adhesión posterior si el superior valida su criterio en público."

Ríos no escribió.

Me observaba.

—Eso no te describe —dijo.

Navarro soltó una risa breve.

—Lo está haciendo ahora mismo.

Aparté la silla y me puse en pie.

—No necesito vuestro permiso para buscar una firma.

—Exactamente —respondió él.

El respaldo chocó contra la pared. El sonido quedó vibrando en la sala.

Navarro señaló el informe.

—Te levantan la voz y avanzas. Te bloquean una puerta y la cruzas. Te dicen que esperes y corres.

—Eso no es un perfil. Es una colección de obviedades.

—Entonces siéntate y demuestra que está mal.

No lo hice.

Ríos cerró el portátil.

—Basta.

La miramos los dos.

—El informe no sirve para entender a Julio —dijo—. Sirve para provocar la reacción que describe.

Navarro apretó la mandíbula.

—¿Y qué propones?

—Dejar de obedecerlo.

La sala quedó en silencio.

Ríos retiró la grabadora de la mesa y la introdujo en una bolsa.

—Vamos a comprobar la firma.

Navarro no se movió.

—El hombre está muerto.

—Pero su viuda no.

Veinte minutos después estábamos frente a un bloque de viviendas en Las Fuentes.

La viuda se llamaba Clara Lafuente. Abrió la puerta con la cadena puesta y miró primero la acreditación de Ríos. Después mi cara.

—Usted no entra.

No preguntó quién era.

Apoyé dos dedos en el marco.

—¿Me conoce?

—De la televisión.

—No salí tanto.

La cadena se tensó.

—Fue suficiente.

Ríos le enseñó la copia del inventario.

—Solo queremos confirmar una firma de su marido.

Clara no miró el papel.

—Mi marido no firmaba con bolígrafo negro.

Navarro se acercó.

—Aún no le hemos dicho el color.

La mujer soltó la puerta. La cadena quedó colgando.

El piso olía a cera de muebles. Sobre una cómoda había una fotografía del funcionario con uniforme penitenciario y una niña sentada sobre sus hombros.

Clara la giró boca abajo.

—Cinco minutos.

Ríos dejó el inventario sobre la mesa.

—¿Es su firma?

La mujer se sentó sin tocarlo.

—Se parece.

—No es una respuesta.

—Porque ustedes no vienen a buscar respuestas.

Navarro acercó la hoja.

—¿Qué cree que buscamos?

—A alguien que ya no pueda defenderse.

El reloj del salón dio dos golpes. Clara abrió un cajón y sacó una caja de madera.

Dentro había tarjetas de cumpleaños, recibos y notas escritas a mano.

Las extendió junto al inventario. La diferencia era pequeña. Pero estaba ahí.

Su marido cerraba las letras con un trazo ascendente. La firma del almacén terminaba hacia abajo.

—No la escribió él —dije.

Clara recogió las notas.

—Ya lo sabía.

Ríos apoyó la mano sobre la caja.

—¿Por qué no lo denunció?

—Porque vino un hombre a explicármelo.

Navarro se inclinó.

—¿Qué hombre?

La mujer guardó las tarjetas una a una.

—No dio su nombre.

—Descríbalo.

—No.

Tomé una decisión.

Saqué la fotografía de la consulta y la puse frente a ella.

—¿Era alguno de estos?

Clara miró al psicólogo de espaldas. Después a mi figura sentada al otro lado del escritorio.

Sus dedos se detuvieron sobre la caja.

—Era usted.

El cuello de la camisa empezó a apretarme.

—No.

—Más joven. La misma forma de mirar la puerta antes de hablar.

Navarro me agarró del brazo antes de que tocara la fotografía.

—¿Viniste aquí?

—No lo recuerdo.

Clara cerró la caja.

—Eso también lo dijo entonces.

Ríos se sentó frente a ella.

—¿Qué le explicó?

La mujer miró hacia la fotografía boca abajo.

—Que mi marido había firmado algo sin entenderlo. Que podían acusarlo de sacar material reservado. Y que usted podía arreglarlo.

—¿Qué pidió a cambio? —preguntó Navarro.

Clara levantó la vista hacia mí.

—Que le entregáramos una copia del informe psicológico de Julio Barral.

El aire se quedó detenido en la habitación.

—¿A quién debía dársela? —pregunté.

La mujer señaló mi pecho con un dedo.

—A usted.

Navarro aflojó la mano.

Ríos no.

—¿La recogió?

Clara negó despacio.

—Cambió de opinión al verla.

—¿Por qué?

La mujer volvió a girar la fotografía de su marido. Esta vez la dejó mirando hacia nosotros.

—Porque leyó la última página.

Sentí un latido seco detrás de los ojos.

—¿Qué decía?

Clara abrió de nuevo la caja y retiró el fondo de terciopelo.

Debajo había una hoja doblada. No era el informe. Era una fotocopia incompleta. Solo se veía la última línea del perfil.

Ríos la desplegó.

La frase estaba subrayada dos veces.

Ante una amenaza de abandono, el evaluado sacrifica al colaborador antes que perder el control de la operación.

Debajo aparecía un nombre escrito a mano.

Francisco Pardo.

Nadie apartó la vista del nombre.

Francisco Pardo.

La hoja tembló apenas entre los dedos de Ríos.

Navarro fue el primero en hablar.

—¿Lo sacrificaste?

No respondí. No porque no quisiera. Porque la pregunta llegaba doce años tarde.

Ríos dobló despacio la fotocopia.

—No contestar tampoco ayuda.

Me acerqué para cogerla.

Ella retiró la mano.

—Todavía no.

—Es mi informe.

—Es una prueba.

Navarro dio un paso hasta quedar frente a mí.

—Quiero una respuesta.

—Yo también.

Su mandíbula se endureció.

—No juegues conmigo.

—No estoy jugando.

—Pues alguien utilizó tu nombre para decidir sobre Pardo.

Apoyé las manos en la mesa.

La madera estaba fría.

—O alguien quiere que lo creamos ahora.

Nadie respondió.

Ríos rompió el silencio.

—Hay algo que no encaja.

Navarro resopló.

—Claro que no encaja.

—No. Esto.

Señaló la última línea.

—No dice que Barral sacrificó a Pardo.

Los dos la miramos.

—Dice que lo haría.

El matiz cambió la habitación.

Navarro volvió a leer despacio.

—Es una predicción.

—Exacto.

—O una recomendación.

Negué.

—No.

Los dos se giraron hacia mí.

—Es un perfil.

Si el informe era auténtico...

...alguien había escrito cómo esperaba que actuara.

No lo que había hecho.

Ríos dejó la hoja sobre la mesa.

—Entonces todavía necesitamos saber qué ocurrió realmente.

Navarro no parecía convencido.

—O alguien comprobó que el perfil era correcto.

La puerta sonó dos veces.

Un agente asomó la cabeza.

—Perdón.

Navarro levantó una mano.

—¿Qué pasa?

—Han terminado de revisar la casa de la viuda.

Ríos asintió con la cabeza.

—¿Y?

—Falta una caja.

Clara levantó la vista.

—¿Qué caja?

—La de madera.

La mujer tardó un segundo en mirar hacia el cajón abierto. Vacío.

Se levantó de golpe.

—Estaba ahí.

Nadie la había visto moverse.

El agente negó.

—Cuando hemos vuelto a entrar ya no estaba.

Navarro se volvió hacia la puerta.

—¿Quién ha entrado en la vivienda?

—Nadie.

—Eso no es una respuesta.

—La cerramos hace diez minutos.

Ríos salió la primera. Corrimos hacia el salón.

El cajón seguía abierto. La caja había desaparecido. Solo quedaba una fina capa de polvo con la silueta rectangular marcada.

Me agaché. Había una astilla. Muy pequeña.

La recogí.

No era de la caja. Era pintura. Gris. La misma que había visto desprenderse de la puerta del falso archivo cuarenta y siete.

—No ha sido un robo.

Navarro me miró.

—¿Entonces?

—Han cambiado una prueba por otra.

Ríos inspeccionó el suelo.

—No hay marcas.

—Porque sabían exactamente lo que buscaban.

Clara permanecía inmóvil. Tenía las manos cerradas con tanta fuerza que los nudillos habían perdido el color.

—Yo no he llamado a nadie.

Nadie la acusó. No hacía falta.

Navarro pidió que desalojaran el piso.

Cinco minutos después solo quedábamos nosotros cuatro.

La lluvia empezó a golpear los cristales. Muy fina. Muy constante.

Ríos abrió la carpeta de actuaciones.

—La caja contenía documentos personales.

—Y una copia del informe —dije.

—Solo una parte.

—La única que nos interesaba.

Navarro negó lentamente.

—No.

Se acercó al cajón vacío. Pasó un dedo por el polvo. Después me enseñó la yema.

—Aquí había dos cajas.

Miré la marca.

Tenía razón. Había un segundo rectángulo, más pequeño, casi oculto junto al fondo.

Clara dio un paso atrás.

—No...

—¿Qué guardaba ahí? —preguntó Ríos.

La mujer tardó en responder.

—Nada importante.

Navarro sonrió por primera vez en toda la tarde. No era una sonrisa agradable.

—Entonces será fácil enseñárnoslo.

Clara bajó la cabeza.

—Mi marido me pidió que nunca la abriera.

—¿Dónde está?

No respondió.

Ríos dio un paso hacia ella.

—Clara.

La mujer levantó los ojos. Estaban húmedos. Pero la voz seguía firme.

—Se la llevó él.

—¿Quién?

—El policía.

El silencio cayó de golpe.

Navarro habló muy despacio.

—¿Qué policía?

—El que vino hace doce años.

Sentí un latido seco en el cuello.

—¿Cómo era?

Clara cerró los ojos un instante.

—Alto. Moreno. Muy serio.

No sonaba a nadie. Hasta que añadió una frase.

—Llevaba una alianza de plata.

Navarro y Ríos se miraron.

Los dos sabían lo mismo. Yo nunca llevé alianza. Jamás.

Ríos sacó discretamente una fotografía de archivo y la dejó sobre la mesa sin que Clara la viera.

Era Tomás Salcedo.

La deslizó unos centímetros.

—¿Se parece?

Clara apenas necesitó mirar.

Negó.

—No.

Ríos retiró la fotografía. Sacó otra. Francisco Pardo. También negó.

La tercera fotografía era antigua. Apenas recordaba que existiera. Un equipo de la Brigada. Cinco policías.

Entre ellos yo.

Y un inspector que había abandonado el cuerpo pocos meses después de la muerte de David.

Clara apoyó un dedo sobre la imagen.

—Ese.

Ninguno habló.

Navarro cogió la fotografía.

—Está muerto.

—Eso dijeron entonces.

Clara mantuvo el dedo sobre el rostro.

—Pero fue él quien se llevó la otra caja.

Miré la fotografía. Recordaba su nombre. Muy vagamente. Lo suficiente para que un detalle me golpeara antes que el resto.

No llevaba alianza en aquella imagen. Pero sí una marca blanca alrededor del dedo anular. Como si acabara de quitársela.

Y debajo de la fotografía, escrita a mano años atrás por alguien del equipo, había una nota que nunca había llamado mi atención.

Bajas voluntarias: dos.

Yo solo recordaba una.

29.

La noche del bar Aragón

Dos días después, Navarro dejó de contarme dónde iba. Lo descubrí cuando vi su coche aparcado frente al bar Aragón.

Eran las seis y veinte de la tarde. El sol seguía pegado a las fachadas y el asfalto olía a caucho blando. Navarro estaba dentro, sentado junto a la ventana, con una taza vacía delante.

Ríos no aparecía.

Me quedé al otro lado de la calle.

El bar Aragón no era el mismo. La fachada había cambiado. También el toldo. Pero la puerta seguía abriendo hacia dentro con un

golpe seco contra el rodapié.

Navarro levantó la vista. Me había visto. No hizo ningún gesto.

Crucé.

La campanilla sonó al entrar. Navarro apartó la silla de enfrente con el pie.

—Te pedí que no me siguieras.

—No me pediste nada.

—Eso suele significar lo mismo.

Me senté. Sobre la mesa había tres fotografías. Ferrer. Salcedo. El policía señalado por Clara.

La tercera seguía sin nombre.

—¿Quién es? —pregunté.

Navarro tapó la imagen con la mano.

—Hoy no trabajas.

—Entonces no pongas mis muertos sobre la mesa.

El camarero dejó un vaso de agua. No había pedido nada. Tenía las uñas negras de café seco.

—¿Lo de siempre? —me preguntó.

Navarro alzó la vista.

Yo no.

—Se equivoca.

El hombre recogió el vaso.

—Claro.

Se alejó.

Navarro esperó hasta que entró en la cocina.

—No te ha confundido.

—Han pasado doce años.

—Por eso.

El borde de la mesa estaba quemado junto a mi muñeca. Toqué la marca. La madera se hundía en el centro.

Una copa. Una moneda girando. Una voz diciendo que alguien había hablado de más.

Retiré la mano.

—¿Por qué estás aquí?

Navarro guardó las fotografías.

—El policía de la imagen se llamaba Andrés Valcárcel.

El nombre no abrió nada.

—Baja voluntaria dos meses después de la muerte de David —continuó—. Sin expediente disciplinario. Sin destino posterior. Sin pensión.

—Eso no existe.

—Últimamente dices mucho esa frase.

Sacó una hoja doblada.

—La última llamada de su teléfono de servicio salió de este bar.

La hora aparecía impresa arriba.

22:41.

Tres de noviembre.

El mismo día de la evaluación. El mismo día del almacén.

—¿A quién llamó?

Navarro señaló el número. Era el mío.

El pulso golpeó una vez en la garganta.

—No recuerdo hablar con él.

—Tu memoria tiene horarios curiosos.

Me levanté.

La silla raspó el suelo.

—Voy a hablar con el camarero.

Navarro me agarró por la muñeca.

—Siéntate.

—Suéltame.

—El informe decía que harías esto.

La mano dejó de doler.

Lo miré.

—¿Qué cosa?

—Convertir una pregunta en movimiento para no responderla.

Tiré del brazo. No me soltó.

—Ya estás usando el informe.

—Estoy comprobándolo.

—No es lo mismo.

—Para ti nunca lo es.

Ríos apareció junto a la barra.

No la había visto entrar. Llevaba una carpeta bajo el brazo y una expresión que no ofrecía aliados.

—Los dos estáis haciendo exactamente lo que alguien esperaba.

Navarro soltó mi muñeca.

—¿Qué has encontrado?

Ríos dejó la carpeta sobre la mesa.

—Nada.

Navarro miró hacia el suelo.

—¿Nada?

—Valcárcel no vive en Zaragoza. No hay pagos recientes. No hay movimientos bancarios. No hay llamadas vinculadas a Ferrer ni a Salcedo.

Se sentó junto a mí.

—La vigilancia ha sido una pérdida de tiempo.

Navarro tocó la carpeta.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Ríos miró hacia la cocina.

—Porque el camarero no trabaja aquí.

La campanilla sonó.

El hombre de las uñas manchadas salió por la puerta trasera.

Navarro se levantó primero. Yo ya corría.

Atravesamos la cocina. Una olla golpeó el suelo al pasar. El hombre empujó una caja contra nosotros y salió al callejón.

Ríos gritó algo detrás. No lo entendí.

El falso camarero saltó una verja baja. Navarro rodeó un contenedor. Yo fui detrás del hombre.

El informe volvió sin palabras. Impulsivo. Agresivo. Manipulable.

Aceleré. Lo alcancé junto a una persiana cerrada. Le agarré la camisa. La tela se rasgó.

El hombre giró y me golpeó en la boca. Sabía pegar.

Le devolví el golpe. Cayó contra la pared.

Navarro llegó un segundo después y me apartó.

—¡Basta!

El hombre escupió sangre.

—Ha venido solo.

Navarro lo levantó por el cuello.

—¿Quién?

No respondió.

Ríos apareció con el arma baja.

—Registradlo.

Navarro le sacó una cartera, dos teléfonos y una llave de coche.

Nada más.

—Identificación —ordenó.

El hombre sonrió.

—No la vais a encontrar.

Yo le agarré la mandíbula.

—¿Quién te envió?

Ríos me apartó la mano.

—Julio.

—Está ganando tiempo.

—Tú se lo estás dando.

El hombre volvió a sonreír.

—Sigues igual.

La frase me detuvo. No por el tono. Por la voz.

Una mesa al fondo del bar. Humo. Valcárcel inclinándose sobre mí.

No preguntes quién lo pide. Pregunta qué te quitan si dices que no.

El callejón desapareció durante un segundo. Volvió con el olor a aceite rancio pegado a las paredes.

Miré al detenido.

—Estuviste aquí aquella noche.

Su sonrisa se apagó.

Navarro giró hacia mí.

—¿Lo conoces?

El hombre bajó la cabeza.

Yo decidí mentir.

—No.

Ríos no dijo nada. Solo me miró la boca ensangrentada.

Después miró al detenido.

—Entonces será casualidad que lleve tu antiguo número profesional tatuado en la muñeca.

Bajé la vista. El tatuaje apenas ocupaba dos centímetros. Cuatro cifras. Una letra. Mi antiguo identificador.

El hombre intentó esconder la muñeca. Demasiado tarde.

Ríos sacó el teléfono y tomó una fotografía.

—Eso no se hace por casualidad.

Navarro le inmovilizó el brazo.

—¿Quién te lo tatuó?

El detenido soltó una risa seca.

—¿Eso es lo que os preocupa?

—Respóndeme.

—No.

El callejón empezaba a llenarse de curiosos. Una ventana se abrió sobre nuestras cabezas. Alguien preguntó qué ocurría.

Navarro ni levantó la vista.

—Esposadlo.

Mientras Ríos le colocaba los grilletes, yo seguía mirando aquel tatuaje.

No recordaba el número. Recordaba otra cosa. La aguja. El olor a alcohol. Una mano sujetando la mía.

El recuerdo se rompió antes de mostrar un rostro.

—Quiero interrogarlo yo.

Navarro negó.

—Ni hablar.

—Ha reaccionado cuando he mencionado aquella noche.

—Y tú has mentido.

No respondí. Tenía razón.

Ríos terminó de registrar los bolsillos del detenido. Sacó un paquete de tabaco. Un mechero. Y un ticket arrugado.

Lo abrió.

Era del bar Aragón. Fecha de esa misma mañana. Pero la hora era extraña. Las siete y doce. El bar abría a las nueve.

Ríos levantó la vista.

—¿Quién estaba dentro?

El hombre sonrió otra vez.

—Buen café.

Navarro le dio un pequeño empujón.

—Contesta.

—No había nadie.

—Entonces el ticket es falso.

—Puede.

Lo metieron en el coche patrulla.

Yo seguía mirando el recibo. Algo no encajaba. No era la hora. Era el importe. Dos cafés. Una tortilla. Tres consumiciones. Solo había una persona.

Volví sobre mis pasos. Entré otra vez en el bar. El camarero verdadero estaba colocando vasos.

Al verme dejó de hacerlo.

—Hoy ya han roto bastante.

Saqué el ticket.

—¿Quién desayunó con él?

Lo miró apenas un segundo.

—No lo sé.

—Míralo mejor.

Negó con la cabeza.

—Trabajo desde hace un mes.

No insistí.

El dueño apareció desde la cocina. Secándose las manos.

—¿Algún problema?

Le enseñé el ticket. Tardó más en leerlo. Después sonrió.

—Eso no es de hoy.

—Lo pone ahí.

—La máquina lleva dos semanas con la fecha mal.

Navarro acababa de entrar.

—¿Cuánto de mal?

—Catorce días.

Ríos anotó el dato.

Yo cogí el ticket. Catorce días. El mismo día en que murió el segundo confidente.

—¿Quién estaba sentado con él?

El dueño apoyó los codos en la barra.

—No recuerdo caras.

—Pero sí costumbres.

El hombre me observó.

—Siempre pedía la tortilla poco hecha.

No hablaba del detenido. Hablaba de otra persona.

—¿Quién?

El dueño limpió la barra con un paño húmedo.

—El policía.

Sentí el estómago cerrarse.

—¿Qué policía?

—El que venía antes.

Navarro intervino.

—¿Valcárcel?

El dueño dudó.

—No.

—Entonces, ¿quién?

Miró directamente hacia mí.

—Usted.

Nadie habló.

El paño siguió deslizándose sobre la madera. Lento. Constante.

—Yo no he estado aquí en doce años.

—Eso dice usted.

Se agachó bajo la barra. Sacó un viejo cuaderno de tapas negras. Nada oficial. Solo pedidos fiados. Pasó varias páginas.

Detuvo el dedo.

—Aquí.

Leí mi nombre.

No el de ahora. Mi antiguo apodo dentro de la brigada.

Jota.

Debajo había varias anotaciones. Cafés. Bocadillos. Fechas. Las tres últimas pertenecían a las dos semanas anteriores.

Navarro arrancó el cuaderno de mis manos.

—Esto es imposible.

El dueño se encogió de hombros.

—Yo apunto lo que me dicen.

Ríos examinó la tinta. Las últimas líneas tenían otro color. Otro bolígrafo.

—Estas tres entradas son recientes.

—Sí.

—¿Quién las escribió?

—Mi hija.

—¿Por qué puso "Jota"?

—Porque así se presentó.

Noté la garganta seca.

—¿Quién?

El dueño señaló la puerta.

—El hombre que venía preguntando por usted.

Un silencio espeso ocupó el bar.

Navarro cerró despacio el cuaderno.

—Descríbelo.

El dueño dudó.

—Alto.

—¿Más?

—Canoso.

—¿Más?

—Cojeaba un poco.

No era suficiente. Había cientos.

Entonces añadió un detalle sin importancia aparente.

—Nunca se quitaba los guantes.

Ríos levantó la cabeza. Yo también. No por los guantes. Por otra cosa.

—¿Con qué mano pagaba?

El hombre sonrió.

—Con la izquierda.

La pregunta sorprendió incluso a Navarro.

—¿Y?

No respondí. Solo miré el cuaderno. En la última página había una mancha de café.

Y, debajo de ella, una huella dactilar perfectamente marcada.

No pertenecía al dueño. Ni al detenido. El hombre había apoyado el pulgar sobre la hoja húmeda.

Tomé el cuaderno con cuidado.

—Esto sí nos sirve.

Ríos llamó al laboratorio.

—Prioridad máxima.

Navarro permanecía inmóvil. Mirándome.

—¿Por qué has preguntado por la mano izquierda?

Tardé unos segundos. Demasiados.

—Porque Valcárcel era diestro.

—Nunca hemos dicho que fuera él.

—Lo sé.

—Entonces, ¿en quién estabas pensando?

No contesté.

El laboratorio tardó menos de una hora. Demasiado poco. La llamada llegó cuando todavía seguíamos en el bar.

Ríos escuchó. No tomó notas. Solo dijo una vez:

—Repítelo.

Colgó despacio.

Ninguno preguntó. Esperamos. Ella dejó el teléfono sobre la barra.

—La huella no pertenece a ningún policía.

Respiré. Demasiado pronto.

—Pertenece a un funcionario de prisiones.

Navarro arqueó sus cejas.

—¿Topas?

Ríos negó.

—No.

Miró directamente hacia mí.

—Pertenece a Ernesto Aldana.

El mismo hombre que había jurado no haber vuelto a salir de Topas desde el día en que declaramos.

Y, sin embargo, alguien acababa de demostrar que llevaba dos semanas esperándonos en el bar Aragón.

30.

El hombre que obedecía

Aldana seguía sin aparecer.

Navarro dejó su fotografía sobre el salpicadero y apagó el motor. Frente a nosotros, la casa del funcionario tenía las persianas bajadas. Ningún coche. Ningún movimiento.

—La mujer dice que salió ayer a comprar pan.

—Y no volvió —dijo Ríos.

—Eso también lo dice ella.

Navarro me miró por el retrovisor.

—Tú te quedas aquí.

Abrí la puerta.

—No.

—No era una pregunta.

—Entonces formula una.

Ríos se bajó antes que nosotros. El aire olía a tierra mojada y gasolina. Caminó hasta la verja y tocó el timbre.

Nadie respondió.

Navarro salió y me bloqueó el paso.

—El perfil dice que, cuando te excluyen, fuerzas la entrada.

—El perfil lleva dos días tomando decisiones por ti.

Su mano se tensó sobre mi pecho.

—Precisamente por eso no vas a entrar.

Me senté en el bordillo.

Navarro tardó un segundo en retirarse. No esperaba obediencia. Ríos tampoco.

—¿Ya está? —pregunté—. ¿Eso querías comprobar?

Navarro cerró la puerta del coche de un golpe.

—Quiero que dejes de convertir cada escena en una prueba sobre ti.

—Entonces deja de leerme como si fuera un informe.

Ríos volvió desde la verja.

—La puerta trasera está abierta.

Navarro se giró.

—¿Forzada?

—No.

Entraron sin mí.

Esperé treinta segundos. Después cuarenta. Al cincuenta, algo cayó dentro de la casa. Un golpe seco.

Me levanté.

La orden seguía donde la había dejado Navarro. Yo también.

Volví a sentarme. El silencio pesó más que la puerta abierta.

Entonces Ríos gritó mi nombre.

Corrí. Atravesé el jardín. La grava resbaló bajo los zapatos. Entré por la cocina y encontré a Navarro de rodillas junto al suelo.

Aldana no estaba. Su mujer sí. Tendida junto a una silla volcada. Respiraba. Mal.

Ríos le sujetaba el cuello mientras buscaba el pulso.

—Llama a emergencias.

Saqué el teléfono.

Navarro recogió un blister vacío bajo la mesa.

—Ansiolíticos.

La mujer abrió los ojos apenas.

—No... fue él.

Ríos acercó la cara.

—¿Quién?

Los labios se movieron. No salió sonido.

Le apreté la mano.

—Señora Aldana. ¿Dónde está Ernesto?

Sus dedos se cerraron sobre los míos.

—Obedeció.

Navarro levantó la vista.

—¿A quién?

La mujer tragó aire.

—A Julio.

La mano se aflojó.

La ambulancia llegó siete minutos después. Demasiados.

Los sanitarios ocuparon la cocina y nos empujaron hacia el pasillo. Uno abrió una ventana. Entró olor a lluvia.

Navarro me arrinconó contra la pared.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé.

—Te ha nombrado.

—Estaba medio inconsciente.

—Y aun así te ha nombrado.

Ríos salió de la cocina.

—No es el momento.

—Siempre es el momento —dijo Navarro.

Me enseñó el blister.

—¿Has hablado con Aldana después del interrogatorio?

—No.

—¿Le diste alguna instrucción?

—No.

—¿Le pediste que fuera al bar Aragón?

—No.

Cada respuesta parecía empeorar la anterior.

Ríos le quitó el envase.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿Qué cosa?

—Forzar una reacción y llamarla prueba.

Navarro me sostuvo la mirada.

—Funcionó con Costa.

—Y casi le rompe la mandíbula.

No contestó.

El sanitario salió al pasillo.

—Nos la llevamos.

—¿Podemos hablar con ella? —preguntó Navarro.

—No.

—Un minuto.

—No.

La camilla pasó junto a nosotros. La mujer de Aldana tenía la piel gris y una mascarilla sobre la boca.

Al llegar a la puerta, abrió los ojos. Me vio. Levantó una mano. No hacia mí. Hacia el mueble del recibidor.

Seguí el gesto. Había un teléfono fijo. El auricular estaba mal colocado.

Me acerqué.

Navarro me agarró del hombro.

—¿Qué haces?

Señalé la base. La luz de llamadas grabadas parpadeaba.

Ríos pulsó el botón de reproducción. Primero sonó estática. Después la voz de Aldana.

—No pienso hacerlo.

Una voz masculina respondió desde el otro lado. Baja. Sin prisa.

—Ya lo hiciste una vez.

Aldana respiró cerca del micrófono.

—Aquello fue distinto.

—No para él.

Hubo un silencio.

—Barral no recuerda.

La voz respondió:

—Barral nunca necesitó recordar. Solo necesitaba creer que había decidido.

El aparato soltó un pitido. La llamada terminó.

Navarro rebobinó.

—Otra vez.

Ríos no lo dejó.

—Espera.

Señaló la pantalla del teléfono.

La llamada había entrado desde un número oculto. Pero debajo aparecía una extensión interna. Cuatro cifras.

Reconocí las dos primeras. Mi antiguo código de unidad.

Navarro lo vio en mi cara.

—¿De dónde es?

La garganta se me cerró.

—De Salamanca.

—¿Qué unidad?

No respondí.

Ríos pulsó una tecla y abrió el registro completo. La extensión tenía un nombre asociado. No era Salcedo. No era Ferrer.

Era el mío.

JULIO BARRAL — DESPACHO 14.

Navarro apartó la mano del aparato.

—Tu antiguo despacho sigue llamando a la gente.

Miré la pantalla. La última llamada había entrado aquella mañana. Y alguien había contestado desde dentro.

Nadie dijo una palabra durante varios segundos.

La pantalla del teléfono seguía encendida.

JULIO BARRAL — DESPACHO 14.

Navarro rompió el silencio.

—Eso no puede seguir activo.

Ríos ya estaba marcando otro número.

—Central de la Jefatura de Salamanca.

Esperó. No apartó la vista de la pantalla.

—Necesito comprobar una extensión histórica.

Escuchó unos segundos. Su expresión cambió.

—Repítamelo.

Colgó despacio.

—La extensión sigue existiendo.

Sentí un golpe seco en el estómago.

—¿Cómo?

—No pertenece a tu despacho.

—Entonces...

—La reutilizaron hace años.

Navarro respiró por la nariz.

—¿Quién la tiene ahora?

Ríos negó.

—No me lo han querido decir por teléfono.

Asentí.

—Vamos.

—No.

Navarro guardó el teléfono fijo en una bolsa de pruebas.

—Primero verificamos la grabación.

—Cada hora que esperamos desaparece otro testigo.

—Y cada vez que corres, rompemos algo.

No respondió nadie. Porque los dos sabíamos que era verdad.

Salimos de la casa.

La ambulancia ya había desaparecido. Solo quedaban las marcas húmedas de las ruedas sobre el asfalto.

El móvil de Navarro vibró. Escuchó apenas medio minuto. Después colgó.

—Han encontrado el coche de Aldana.

—¿Dónde?

—A tres calles.

Corrimos.

El utilitario estaba mal aparcado frente a un pequeño parque. La puerta del conductor seguía abierta. No había señales de violencia.

Ríos se agachó.

—Las llaves siguen puestas.

Navarro alumbró el interior con una linterna. Todo parecía normal. Hasta que abrió la guantera. Dentro solo había un sobre. Sin sello. Sin dirección.

Mi nombre escrito a mano. Ninguno hizo ademán de cogerlo.

Navarro me tendió unos guantes.

—Es para ti.

Abrí el sobre con cuidado. No había carta. Solo una hoja arrancada de un cuaderno escolar. Tres líneas.

No busques al hombre que llama.

Busca al hombre que contesta.

Debajo, un plano dibujado a bolígrafo. Muy simple.

Una planta de oficinas. Un pasillo. Varias puertas. Una marcada con un círculo.

Ríos observó el dibujo.

—Eso no parece la Jefatura de Salamanca.

Negué despacio.

—No.

—¿Lo reconoces?

No contesté enseguida.

Los pasillos eran demasiado estrechos. Las puertas demasiado bajas. Hasta que vi un detalle. Un pequeño rectángulo junto a la entrada.

—La máquina de café.

Navarro levantó la vista.

—¿Qué?

—Ese edificio no era una comisaría.

Le señalé el plano.

—Era el edificio de apoyo.

Ríos miró extrañado.

—¿Qué apoyo?

—Nunca lo llamábamos por su nombre.

—¿Y cuál era?

Tardé un instante.

—Archivo.

Navarro negó.

—Ya hemos tenido suficientes archivos.

—No era un archivo de documentos.

Guardé silencio. La palabra seguía costándome.

—Era donde entrevistábamos a los confidentes.

El aire pareció detenerse.

Ríos cogió el plano.

—¿Y el despacho catorce?

—Nunca entré.

Navarro soltó una risa incrédula.

—Hace cinco minutos sabías dónde estaba la máquina de café.

—Porque esperaba fuera.

—¿Esperando a quién?

No respondí.

La imagen apareció sola. Un pasillo gris. Un vaso de plástico caliente entre las manos. Una puerta cerrada. La placa.

Alguien salía siempre antes que yo entrara. Nunca coincidíamos.

Ríos observó mi cara.

—Lo has recordado.

—No entero.

—Suficiente.

El teléfono de Navarro volvió a sonar. Esta vez activó el altavoz. Era el laboratorio.

—Inspector, tenemos el resultado de la grabación.

—Dígame.

—No hay cortes.

Ninguno habló.

—¿Seguro?

—Completamente.

La voz pertenece a una conversación real.

Navarro miró el aparato que llevaba en la bolsa.

—¿Han podido identificar al interlocutor?

Hubo un breve silencio.

—Sí.

Sentí el pulso golpeando en las sienes.

—¿Quién?

El técnico respiró antes de responder.

—La primera voz es Ernesto Aldana.

—¿Y la segunda?

—La segunda coincide en un noventa y ocho por ciento con una muestra antigua de voz.

Navarro cerró los ojos un instante.

—¿De quién?

El técnico pronunció un nombre. No era Salcedo. No era Ferrer. No era Sergio. Era Andrés Valcárcel. El policía oficialmente muerto. Ninguno reaccionó.

Hasta que el técnico añadió una última frase.

—Hay otra cosa.

Navarro volvió a acercarse el teléfono.

—¿Qué?

—La muestra de comparación no procede de un expediente policial.

—¿Entonces?

—Procede de una cinta de evaluación psicológica.

Sentí un frío seco recorrerme la espalda.

Ríos fue la primera en comprenderlo.

—La entrevista...

El técnico confirmó.

—Sí.

La voz de Valcárcel estaba grabada dentro de la entrevista psicológica de Julio Barral.

No como entrevistador. No como testigo. Sino haciendo las preguntas.

Y, si aquella cinta era auténtica...

...el hombre que todos creíamos muerto llevaba doce años hablando desde un lugar donde nadie había buscado jamás.

31.

El quinto cadáver

Treinta y seis horas después, Gabriel Luna apareció muerto en una habitación que la policía llevaba dos días vigilando.

Navarro no me dejó entrar.

Se plantó frente a la puerta del piso con una mano apoyada en el marco. Detrás de él, Ríos permanecía arrodillada junto al cuerpo. El destello de su cámara iluminaba a intervalos el pasillo.

—Te quedas fuera.

—Eso ya lo probaste en casa de Aldana.

—Y obedeciste durante cincuenta segundos.

Intenté pasar. Navarro me golpeó el pecho con el antebrazo.

No fue fuerte. Fue suficiente.

—Gabriel estaba bajo vuestra protección.

—Precisamente por eso no vas a tocar nada.

El agente que había vigilado la puerta permanecía junto al ascensor. Tenía la camisa abierta en el cuello y una mancha de sudor bajándole por el pecho.

No miraba el cadáver. Me miraba a mí.

Retrocedí.

Navarro aflojó el brazo. Esperaba que volviera a empujar. Yo me acerqué al agente.

—¿A qué hora dejaste de oírlo?

—No oí nada.

—Eso no te he preguntado.

El hombre tocó la funda de su pistola.

—A las seis pidió agua.

—¿Entraste?

—Se la dejé en la puerta.

—¿La recogió?

Miró hacia el interior.

—Sí.

Navarro salió al pasillo.

—Cállate.

—Tu agente acaba de empezar a hablar.

—No contigo.

El olor llegaba desde el piso. No era sangre. Era lejía. Demasiada. Se pegaba detrás de la lengua.

Ríos apareció con los guantes puestos.

—La cerradura no está forzada.

—Entonces abrió —dije.

—O tenía llave.

Navarro se volvió hacia el agente.

—¿Quién más disponía de copia?

—Nosotros. La propietaria. El coordinador.

—Nombres.

El agente sacó el teléfono. Casi se le cayó.

Ríos me sostuvo la mirada.

—Gabriel murió entre las cuatro y las cinco.

—¿Cómo?

—Eso lo dirá el forense.

—Tú ya lo sabes.

Se quitó uno de los guantes tirando de los dedos.

—Tiene una bolsa en la cabeza.

Navarro apretó la mandíbula.

—Ríos.

—No estaba atada —continuó ella—. La sujetó alguien desde atrás.

El agente dejó de buscar en el teléfono.

—Yo no oí forcejeo.

Me acerqué un paso.

—Porque lo conocía.

—He dicho que no entró nadie.

—Has dicho que no viste entrar a nadie.

El hombre abrió la boca. Navarro se interpuso.

—Basta.

Dentro del piso, un técnico movió una lámpara. La luz cruzó el cuerpo de Gabriel y alcanzó el suelo del pasillo.

Vi sus zapatos. No llevaba calcetines.

—¿Dónde estaba cuando lo encontrasteis?

Ríos miró hacia atrás.

—Junto a la cama.

—No.

Navarro me agarró del brazo.

—No has entrado.

—En el hospital dormía con calcetines. Incluso con fiebre.

—¿Y?

Señalé sus pies.

—No se los quitaría para recibir agua.

Ríos regresó junto al cuerpo. Escuché cómo abría un cajón. Después otro.

Navarro no me soltó.

—Estaba durmiendo —dijo.

—La cama está hecha.

Su mano se aflojó.

Desde el pasillo se veía una esquina de la colcha. Tensa. Sin una arruga.

Ríos salió con una pequeña bolsa transparente. Dentro había un calcetín oscuro.

—Solo uno —dijo.

Navarro lo observó.

—¿Dónde estaba?

—En la cocina. Debajo del fregadero.

El agente negó.

—Yo revisé la vivienda antes de traerlo.

—¿También debajo del fregadero? —pregunté.

No respondió.

Ríos dejó la bolsa sobre una bandeja y volvió al dormitorio.

Me aparté de Navarro y fui hacia el ascensor.

—¿Adónde vas?

Pulsé el botón.

—A buscar el otro calcetín.

—No sales de aquí.

—El asesino sí salió.

Las puertas se abrieron. Dentro había una cámara en la esquina y un espejo manchado.

Navarro puso la mano entre las hojas metálicas.

—Las grabaciones ya están pedidas.

—No miréis quién entró.

—¿Qué propones?

—Mirad quién salió andando distinto.

Ríos levantó la cabeza desde el interior del piso.

—¿Por qué?

Señalé el calcetín.

—Gabriel se lo arrancó.

Navarro soltó la puerta.

—¿A quién?

—A quien lo estaba inmovilizando.

El agente de vigilancia retrocedió hacia la pared.

Esta vez todos lo vimos.

Navarro se volvió despacio.

—Levanta el pantalón.

—¿Qué?

—La pernera izquierda.

—Inspector…

Navarro lo agarró del cinturón y tiró hacia arriba.

El agente intentó apartarse. Ríos salió del piso. Yo bloqueé el ascensor con el pie.

—Quieto —dijo ella.

La tela subió hasta media pantorrilla. Llevaba un calcetín negro. En el otro pie, uno azul.

Navarro lo soltó.

Nadie habló.

El agente miró sus propios zapatos como si acabaran de aparecer allí.

—No es mío.

Ríos abrió la bolsa de pruebas y acercó el calcetín encontrado bajo el fregadero. Era azul. El mismo tejido. La misma costura gris sobre los dedos.

Navarro sacó las esposas.

—Date la vuelta.

—Yo no he matado a nadie.

—Eso no te lo he preguntado.

El agente levantó las manos, pero no obedeció.

Sus ojos buscaron la escalera.

Cerré la puerta cortafuegos con el hombro. El golpe retumbó en el rellano.

—No corras —dije—. Te convertirías en la respuesta fácil.

El hombre respiró por la boca. Después se volvió y dejó que Navarro le cerrara una esposa alrededor de la muñeca.

Ríos recogió su teléfono del suelo.

La pantalla seguía encendida. No había llamadas recientes. Solo una fotografía abierta.

Gabriel Luna, vivo, sentado en la cama de aquella habitación.

Frente a él aparecía un hombre de espaldas. Cabello blanco. Chaqueta oscura. Una pierna rígida.

Navarro amplió la imagen.

—Salcedo.

—No —dije.

Me quitó el teléfono de la cara.

—Has reconocido la cojera.

—He reconocido al hombre.

Ríos acercó la fotografía a la luz del pasillo.

En el reflejo del cristal de la ventana se veía parte de su rostro. No era Salcedo. Era Emilio Ferrer. Y llevaba seis días oficialmente desaparecido.

Cuando Ferrer apareció en la pantalla, nadie habló durante varios segundos.

Navarro fue el primero en moverse.

—Quiero todas las patrullas buscando a ese hombre.

Ríos negó con la cabeza.

—Llegamos tarde.

El teléfono del agente detenido vibró sobre la mesa del recibidor.

Navarro contestó sin apartar la vista de la fotografía.

—Inspector.

Escuchó apenas unos segundos.

Su mandíbula se endureció.

—¿Dónde?

Colgó sin despedirse.

Me miró.

—Han encontrado a Ferrer.

Sentí el estómago encogerse.

—¿Vivo?

Navarro cogió las llaves del coche.

—Eso ya da igual.

Llegamos veinte minutos después.

El edificio llevaba años cerrado. Un antiguo almacén ferroviario junto a unas vías muertas. Las sirenas rebotaban contra las chapas oxidadas.

Había cuatro coches patrulla. Y demasiados policías mirando hacia el interior. Ninguno trabajaba. Eso nunca era buena señal.

Crucé la cinta antes de que Navarro pudiera detenerme. El aire olía a hierro caliente.

Ríos me alcanzó.

—No toques nada.

Dentro reinaba un silencio incómodo.

Ferrer estaba sentado contra un pilar de hormigón. No parecía un hombre que hubiera intentado huir. Parecía alguien que había esperado.

Tenía un disparo limpio en el pecho. Solo uno.

Las manos descansaban abiertas sobre las piernas. Sin defensa. Sin pelea. Me agaché.

La sangre ya empezaba a secarse alrededor del cinturón.

Ríos iluminó el suelo.

—No hay casquillo.

—Lo recogieron.

Navarro recorrió la nave con la mirada.

—O utilizaron un revólver.

No miré el cadáver. Miré las columnas. Los huecos. Las ventanas.

El asesino había elegido aquel lugar porque permitía observar todas las entradas. No había improvisado. Un subinspector levantó una bolsa transparente.

—Inspector.

Dentro había un teléfono.

Navarro lo recibió.

—¿Es suyo?

—Lo llevaba encima.

Intentó desbloquearlo. Nada. Pantalla negra. Huella. Código.

Lo guardó otra vez.

Me acerqué al cadáver. Había barro reciente en la suela derecha. Solo en una. No coincidía con el polvo seco de la nave.

Ríos siguió mi mirada.

—¿Lo trajeron andando?

Negué.

—Entró caminando.

—¿Seguro?

Señalé la otra suela. Seguía limpia.

—Pisó barro justo antes de entrar.

Navarro dejó de observar el teléfono.

—¿Y eso qué cambia?

—Que venía de otro sitio.

No lo secuestraron.

Quedó pensando unos segundos. Después señaló al exterior.

—Registrad toda la zona.

Dos agentes salieron corriendo. Otro apareció desde el fondo de la nave.

—Inspector.

Traía una cartera vieja.

Vacía.

—Estaba detrás del pilar.

Navarro la abrió.

No quedaba ni un papel. Solo una fotografía rota. La mitad.

Ríos la sostuvo contra la luz. Solo aparecía un hombro. Y parte de una mano. No había caras.

Navarro resopló.

—Otra vez.

Negué despacio.

—No.

Los dos me miraron.

—Esta vez no la han dejado.

—¿Entonces?

Toqué el borde desgarrado. Era antiguo. El papel estaba amarillento.

—La llevaba encima desde hace años.

Ríos pasó el dedo por la esquina.

—Falta media imagen.

—Y quien lo mató se la llevó.

Navarro guardó silencio.

Registré los bolsillos de Ferrer con la mirada. Camisa. Chaqueta. Pantalón. Nada sobresalía. Demasiado limpio.

—Lo registraron.

Ríos asintió.

—A conciencia.

Un agente apareció jadeando.

—Inspector.

Todos nos giramos.

—Hemos encontrado un coche.

Navarro salió primero.

Seguimos el camino de grava hasta un turismo gris aparcado detrás de unos árboles.

Las puertas estaban abiertas. No había llaves. Solo una botella de agua en el asiento del copiloto. Todavía fría.

Navarro tocó el cristal.

—Hace poco.

Ríos abrió el maletero.

Vacío. Demasiado vacío. Ni una manta. Ni herramientas. Ni rueda de repuesto. Como si alguien hubiera querido borrar cualquier rastro de identidad.

Me acerqué al asiento del conductor. Había una pequeña marca circular junto al freno de mano.

Pasé el dedo. Polvo más claro. Faltaba algo.

—¿Qué ves? —preguntó Navarro.

—Una emisora.

Ríos se inclinó.

—La arrancaron.

Asentí.

—No querían que supiéramos con quién hablaba.

Navarro cerró la puerta de golpe.

—O ya lo sabemos.

Me volvió hacia él.

—¿Quién?

Sacó el teléfono de Ferrer.

Lo sostuvo unos segundos.

—El hombre que organizó la visita a Gabriel.

No respondió nadie.

Entonces sonó otro móvil. No era el mío. No era el de Navarro. Era el de Ferrer.

La pantalla se iluminó sola.

Ninguno lo había desbloqueado. Solo apareció una notificación. No había texto. Solo una fotografía. La imagen mostraba una mesa de madera.

Encima descansaban cinco carpetas negras.

Cuatro tenían una cruz roja. La quinta seguía cerrada.

Debajo, escrito con un rotulador grueso, había una única palabra.

BARRAL.

32.

La jubilación

Dieciocho horas después, Emilio Ferrer seguía sin estar detenido.

Navarro dejó la orden denegada sobre la mesa. El papel se deslizó hasta tocar la fotografía de Gabriel muerto.

—El juez quiere algo más que una cojera.

Ríos cerró el portátil.

—Tenemos al agente. Tenemos la entrada. Tenemos la imagen.

—Tenemos a Ferrer visitando a un hombre que después apareció asfixiado. No lo tenemos matándolo.

Me incliné sobre la resolución. El juez había subrayado una frase: relación causal no acreditada.

El café frío me raspó la garganta.

—Entonces no busquemos una causa.

Navarro levantó la vista.

—¿Qué propones buscar?

Cogí la fotografía del teléfono del agente. Ferrer estaba de espaldas frente a Gabriel. La ventana devolvía su cara a medias. No había tensión en los hombros. No llevaba guantes.

—Una salida.

Ríos apartó la imagen.

—El agente afirma que Ferrer abandonó el piso solo.

—El agente también juró que nadie había entrado.

Navarro golpeó la orden con dos dedos.

—Está suspendido. Su versión ya no compra ni diez minutos.

Tomé una decisión.

—Quiero ver otra vez la grabación del ascensor.

Ríos giró el portátil. Reprodujo el vídeo desde las cuatro y doce. Ferrer entraba apoyándose en el bastón. La puerta se cerraba. Catorce minutos después, volvía a aparecer.

Misma chaqueta. Misma cojera. Mismo bastón.

—Detenlo ahí.

Ríos congeló la imagen.

Me acerqué tanto que los píxeles se abrieron sobre su cara.

—La mano.

Navarro señaló la pantalla.

—Lleva el bastón en la derecha al entrar y en la izquierda al salir.

—Podía haberse cansado.

—Ferrer no cambiaba de mano.

Navarro soltó una risa breve.

—Lo conociste hace veinte años.

—Lo vi hace tres días.

Retrocedimos el vídeo. Entrada. Derecha. Salida. Izquierda.

Ríos amplió la pernera.

—La cojera tampoco coincide.

Navarro se inclinó.

—Al entrar arrastra la izquierda.

—Al salir protege la derecha —dije.

El aire acondicionado se apagó. El silencio dejó oír el zumbido del ordenador.

Ríos puso ambos fotogramas juntos.

—No salió Ferrer.

Navarro cogió el teléfono.

—Cierro estaciones y carreteras.

Le agarré la muñeca.

—No.

Sus ojos bajaron hacia mi mano.

—Suéltame.

—El que salió disfrazado no necesitaba huir.

—Acaba de matar a un testigo.

—Y ha dejado que busquemos a Ferrer.

Navarro apartó mi mano.

—Eso no convierte a Ferrer en inocente.

—Tampoco lo convierte en el asesino.

Ríos volvió a la imagen de entrada.

El auténtico Ferrer llevaba la chaqueta abierta. Bajo ella asomaba una camisa blanca. El hombre que salió la llevaba cerrada hasta el cuello.

—Alguien se quedó dentro —dijo.

Navarro marcó un número.

—Que revisen el piso otra vez.

—No encontrarán nada —respondí.

—¿Ahora también limpias escenas desde aquí?

Señalé el bastón.

—Quien salió sabía cómo caminaba Ferrer. Sabía qué ropa llevaba. Sabía que las cámaras no tenían suficiente resolución.

Ríos tocó el borde del portátil.

—Alguien que lo conocía desde antes de jubilarse.

La palabra se quedó entre los tres.

Jubilación. No retirada. No desaparición. Jubilación.

—Busca policías retirados que trabajaran con Ferrer y Gabriel.

Navarro no colgó.

—Ya revisamos compañeros.

—Revisasteis expedientes.

—Es lo mismo.

—Por eso llevamos cinco muertos.

Su mandíbula se movió antes que la voz.

—Dame un nombre.

Miré de nuevo la mano izquierda. El pulgar estaba pegado al bastón. Rígido. Sin flexión.

Había visto aquella forma de sujetar objetos en la fotografía de la mesa. El cuarto hombre cortado. La manga. El reloj azul.

No era una lesión. Era una prótesis parcial escondida bajo el guante.

—Andrés Valcárcel.

Ríos se quedó inmóvil.

—Valcárcel murió hace doce años.

—Eso dice su expediente.

—Hay certificado, autopsia y entierro.

—También había una grabación con su voz posterior.

Navarro cerró la llamada.

—La coincidencia no era concluyente.

—Noventa y ocho por ciento.

—No basta para resucitar a nadie.

Cogí la fotografía antigua. Cuatro hombres alrededor de una mesa. Mi cara. Pardo. Ferrer. Y la mano del reloj azul.

Amplié los dedos. El meñique no tocaba el vaso. Nunca lo había hecho.

Ríos abrió el archivo de Valcárcel. Una fotografía apareció en pantalla. Uniforme de gala. Sonrisa estrecha. La mano derecha escondida detrás de la espalda.

Debajo figuraba la fecha de jubilación.

Tres meses después de su muerte oficial.

Navarro dejó de respirar un instante.

—Eso es un error administrativo.

Negué.

—No.

Toqué la fecha.

—Es el único dato verdadero que dejaron.

Horas después, la resolución del juez seguía abierta sobre la mesa.

Navarro la cerró de un golpe.

—No hay orden de detención.

Nadie respondió.

Ríos desplazó el portátil hasta colocar frente a nosotros la ficha administrativa de Andrés Valcárcel. Una línea amarilla marcaba la fecha de jubilación. Debajo, otra distinta, la de su fallecimiento.

—Explícamelo —dijo Navarro.

Toqué la pantalla con un dedo.

—No puedo.

—Claro que puedes.

Negué despacio.

—No puedo porque no tiene explicación lógica.

Ríos abrió un segundo documento.

—La pensión empezó a pagarse tres meses después de la supuesta muerte.

Navarro soltó una risa seca.

—Un error administrativo.

—Uno, quizá —respondí—. Tres departamentos distintos, no.

El silencio volvió a caer sobre la sala.

Tomé una decisión.

—Quiero saber quién cobró ese dinero.

Media hora después entrábamos en la Asociación Provincial de Policías Retirados.

El local olía a madera encerada y tabaco viejo. Fotografías de promociones colgaban de las paredes. En ninguna aparecía Valcárcel.

Un hombre de pelo completamente blanco levantó la vista desde un despacho.

—Está cerrado.

Navarro enseñó la placa.

—Ya no.

El anciano dejó las gafas sobre la mesa.

—¿Qué buscan?

Ríos colocó delante de él el extracto bancario.

—Esta cuenta.

Los dedos del hombre se quedaron inmóviles.

—No sé qué es eso.

—Empiece otra vez.

El anciano respiró despacio.

—Esa cuenta pagaba ayudas.

—¿A quién?

—Compañeros.

—¿Qué compañeros?

No respondió.

Me acerqué a una fotografía enmarcada. Una comida de jubilación. Quince personas alrededor de una mesa.

En un extremo, casi fuera de la imagen, un hombre levantaba un vaso.

No se veía su cara. Sí un reloj azul. El mismo.

—Navarro.

Se acercó sin decir nada.

Señalé el reloj. No era una prueba. Era una confirmación.

El anciano comprendió demasiado tarde hacia dónde mirábamos.

—Esa fotografía no demuestra nada.

—No la necesito para demostrarlo —dije.

Volvió a sentarse. Más despacio. Como si de repente pesara diez años más.

—¿Quién autorizaba los pagos? —preguntó Ríos.

El hombre abrió un cajón y sacó una carpeta de cartón.

No intentó esconderla. La dejó sobre la mesa.

—Cada uno ponía un poco.

Navarro la abrió.

Recibos. Gasolina. Medicamentos. Alquileres. Pequeñas cantidades. Ninguna superaba los cien euros.

—¿Quién recibía esto?

El anciano apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Los que no podían aparecer.

Nadie habló.

Yo seguía pasando hojas. No había grandes movimientos de dinero. Solo favores. Pequeños. Constantes. Uno detrás de otro.

Hasta que apareció un recibo reciente. Gasolinera. Seis días antes. A veinte kilómetros de Zaragoza.

Lo arranqué de la carpeta.

—Este.

Ríos ya estaba marcando un número.

Las cámaras de la gasolinera conservaban solo una parte de la grabación. La imagen era mala. Un coche oscuro. El conductor pagaba.

Otro hombre bajaba unos segundos. Llevaba gorra. Y bastón.

Navarro congeló el fotograma.

—Ferrer.

Asentí.

—Sí.

—Entonces seguían juntos.

—O uno seguía al otro.

Ríos acercó la imagen.

—El coche no está a nombre de ninguno.

Introdujo la matrícula. Tardó apenas unos segundos.

—Pertenece al parque móvil de Interior.

Navarro levantó la cabeza.

—Ese coche debería estar dado de baja hace once años.

—Debería —respondí.

Nadie añadió nada. Ya no hacía falta.

Tomé la última decisión del día.

—No busquemos a Valcárcel.

Navarro me miró.

—¿Qué propones?

—Busca lo que necesita.

Ríos entendió la idea antes que él.

Revisó los recibos otra vez. Medicamentos. Pilas. Material sanitario. Una ortopedia.

Marcó el teléfono.

Escuchó menos de un minuto. Después colgó.

—Las entregas se hacían siempre en la misma dirección.

Navarro cogió las llaves del coche.

—Vamos.

La vivienda estaba vacía.

Una taza seguía caliente sobre la mesa. Una silla caída. El olor a alcohol sanitario aún flotaba en el pasillo.

Llegábamos tarde. Otra vez.

Ríos abrió un cajón. Dentro solo encontró un cuaderno con pequeñas anotaciones. No había nombres de víctimas. Ni planes. Solo cantidades.

Cincuenta euros.

Treinta.

Ochenta.

Firmas distintas. Favores pequeños.

Navarro hojeó las páginas.

—Esto era una organización.

Negué mientras cerraba el cuaderno.

—No.

—¿Entonces qué era?

Miré la casa. Los medicamentos. La comida. Las cuentas. Los recibos.

Nadie había mantenido vivo a Valcárcel.

Lo habían hecho entre todos.

—Era gente protegiéndose para no tener que llamarlo conspiración.

33.

No era una conspiración

La Asociación Provincial de Policías Retirados había perdido la mitad de sus socios.

No porque hubieran dimitido. Porque nadie contestaba al teléfono.

Ríos dejó una lista sobre el capó del coche. Diecisiete nombres. Ocho marcados en rojo. El viento levantó una esquina y ella la sujetó con la palma.

—Tres han salido de Zaragoza.

Navarro cerró la puerta del conductor.

—Dos dicen estar enfermos.

—Y los otros tres no saben qué enfermedad escoger —dije.

El local de la asociación permanecía precintado. Al otro lado del cristal, las fotografías seguían torcidas sobre la pared. Alguien había intentado entrar durante la noche. La cerradura tenía dos arañazos recientes.

Navarro tocó el metal con un guante.

—No buscaban dinero.

—Dentro no quedaba nada.

Ríos señaló la persiana lateral. Estaba levantada dos centímetros.

—Quedaba Olmedo.

El presidente de la asociación había desaparecido doce horas después de nuestra visita.

No había sangre. No había una nota. Solo una taza en el fregadero y el medicamento de la tensión sobre la mesa.

—No está huyendo de Valcárcel.

Navarro se volvió.

—¿Ahora también sabes de quién huye la gente?

—Si temiera a Valcárcel, habría desaparecido antes de enseñarnos la carpeta.

—Quizá pensó que lo protegeríamos.

Miré la cinta policial.

—Eso habría sido un error nuevo.

Ríos sacó el teléfono.

—Su hija vive en Huesca. Dice que no habla con él desde hace seis meses.

—Habla con alguien —respondí.

—¿Por qué?

Señalé la medicación. La caja estaba casi llena.

—La receta es de hace una semana.

Navarro cogió la bolsa de pruebas.

—Eso no demuestra nada.

—Demuestra que alguien se la recogió.

Ríos ya estaba buscando el código de la farmacia.

—Dispensada en Utebo.

Navarro guardó las llaves.

—Vamos.

La farmacéutica reconoció a Olmedo antes de que termináramos de enseñarle la fotografía.

—Venía poco.

—¿Solo? —preguntó Ríos.

La mujer pasó un paño por el mostrador. El olor a alcohol me raspó la nariz.

—Nunca solo.

Navarro apoyó ambas manos sobre el cristal.

—¿Con quién?

—Distintos.

—Nombres.

—No los sé.

—Entonces descríbalos.

La mujer miró hacia la puerta.

—Mayores. Como él. Uno cojeaba. Otro llevaba audífono.

Valcárcel.

Ferrer.

Navarro sacó el teléfono.

—Quiero las cámaras.

—No funcionan desde mayo.

No parecía mentir. Eso fue peor.

—Enséñenos las recetas.

La farmacéutica se tensó.

—Necesitan autorización.

—La tendremos cuando ya no sirva —dije.

Navarro me agarró del brazo.

—No empeores esto.

La mujer apartó el paño.

—Las recetas eran legales.

—No he preguntado eso.

Ríos deslizó la fotografía de Valcárcel sobre el mostrador.

—¿Lo vio aquí?

La farmacéutica no tocó la imagen.

—No.

—Mírelo mejor.

—He dicho que no.

Su voz cambió en la última palabra.

Navarro lo oyó.

—¿Quién le pidió que negara conocerlo?

La mujer cerró el cajón de la caja.

—Nadie.

—Entonces no debería tener miedo.

Levantó la barbilla.

—Los policías siempre creen que el miedo necesita una orden.

La frase dejó a Navarro quieto.

Yo miré sus manos. Tenía una marca de tinta azul en el dedo índice. La misma tinta de una anotación escrita en la esquina de la receta que asomaba bajo el teclado.

No era un nombre. Era una inicial.

O.

Olmedo.

Metí la mano detrás de la pantalla.

La farmacéutica intentó impedirlo. Ríos la sujetó por la muñeca.

Saqué el papel. En el reverso había cuatro direcciones. Ninguna estaba en Zaragoza.

Navarro me arrancó la receta.

—¿Qué es esto?

La mujer se soltó de Ríos.

—Lugares donde llevábamos medicinas.

—¿Quiénes?

Apretó el borde del mostrador.

—Los que podían.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que había.

Señaló la primera dirección.

—Un antiguo agente prestaba su coche.

La segunda.

—Otro pagaba el combustible.

La tercera.

—Una viuda dejaba comida en una portería.

Navarro levantó la receta.

—¿Y usted?

La mujer miró los estantes.

—Yo no hacía preguntas.

—Eso también es hacer algo —dije.

No respondió.

Ríos fotografió las direcciones.

—¿Dónde está Olmedo?

La farmacéutica tardó demasiado.

Navarro rodeó el mostrador.

—No volveré a preguntarlo.

—No lo sé.

—Miente.

—No. Esta vez no.

Sacó una llave pequeña del bolsillo de la bata y la dejó sobre el cristal.

—Anoche vino a buscar esto.

La placa llevaba grabado un número de taquilla. Estación de autobuses.

Navarro cogió la llave.

—¿Quién iba con él?

—Nadie.

—Antes ha dicho que nunca venía solo.

La mujer sostuvo mi mirada.

—Anoche tampoco estaba solo.

—¿A quién vio?

—A nadie.

Navarro golpeó el mostrador.

—Decídase.

La farmacéutica apartó la fotografía de Valcárcel con dos dedos.

—No lo acompañaba una persona.

El aire quedó atrapado entre los estantes.

—¿Entonces qué? —preguntó Ríos.

La mujer tocó la receta.

—Lo acompañaban todos los favores que debía.

Miré las cuatro direcciones.

Cuatro personas. Cuatro gestos pequeños. Ninguno suficiente para ocultar a un muerto durante doce años.

Juntos, sí.

Navarro guardó la llave.

—Vamos a la estación.

Me puse delante.

—No.

—Apártate.

—Si Olmedo dejó algo allí, no lo hizo para nosotros.

—¿Para quién?

Señalé la inicial escrita en la receta.

—Para el siguiente que tuviera que mantener a Valcárcel con vida.

Ríos dejó de fotografiar.

—¿Estás diciendo que se turnaban?

Negué.

—No había turnos.

Miré las direcciones otra vez.

—Ni órdenes.

Navarro apretó la llave dentro del puño.

—Entonces explícame cómo funcionaba.

Abrí la puerta de la farmacia. El calor de la calle entró de golpe.

—Nadie sabía suficiente para llamarlo organización.

La farmacéutica habló a mi espalda.

—Pero todos sabían cuándo les tocaba callar.

Una hora después, la taquilla seguía cerrada.

Navarro sostuvo la llave frente a la cerradura.

—No entra.

Ríos comparó el número grabado con la fila metálica.

—La placa dice ciento dieciocho.

—Aquí termina en ciento doce.

Pasé los dedos por el borde de la llave. Tenía restos de pintura amarilla.

No pertenecía a la estación.

—Nos han hecho perder el tiempo —dijo Navarro.

—No.

Señalé las taquillas.

—Olmedo no vino a dejar nada. Vino a comprobar si alguien seguía buscando aquí.

Navarro apretó la llave.

—¿Y para qué entrega una llave falsa?

—La farmacéutica no dijo que fuera falsa.

Ríos levantó la vista hacia el panel de salidas. Un autobús anunció retraso por megafonía. La voz metálica se quebró sobre el vestíbulo.

—Pintura amarilla —dijo—. ¿Dónde la has visto?

No contesté. La recordaba.

El almacén donde retuvimos a Pardo. Paredes amarillas. Una cerradura antigua.

—Volvemos a la nave.

Navarro bloqueó mi paso.

—La registramos.

—Registrasteis una escena.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que ahora buscamos una puerta.

La nave seguía precintada.

El policía de guardia levantó la cinta sin preguntar. Navarro abrió la entrada lateral y el olor a polvo húmedo regresó de golpe.

La silla continuaba atornillada al suelo. Las cadenas, dentro de una bolsa.

Ríos encendió la linterna.

—No hay taquillas.

—Aquí no.

Golpeé la pared amarilla con los nudillos. Sólida.

Un metro más allá, el sonido cambió. Hueco.

Navarro se acercó.

—Aparta.

Golpeó con la culata de la linterna. La pintura se desprendió en una placa. Debajo apareció una junta vertical.

Ríos pasó los dedos por ella.

—Está sellada.

—No del todo —dije.

Introduje la llave. Entró.

Navarro soltó una maldición baja.

Giré.

La pared cedió apenas cinco centímetros. El aire que salió olía a metal cerrado.

Empujamos entre los tres.

Detrás había un cuarto estrecho. Sin ventanas. Tres estanterías vacías y una mesa plegable.

Nada preparado. Nada esperando por nosotros. Solo marcas rectangulares en el polvo. Carpetas retiradas.

Navarro recorrió el espacio.

—Han limpiado.

—No —respondí—. Han recogido.

Ríos señaló el suelo. Había huellas distintas. Zapatos grandes. Un tacón bajo. Una suela gastada en el lateral.

—No fue una persona —dijo.

Navarro se agachó.

—Entraron después de nuestra visita a la asociación.

—Porque Olmedo avisó —añadí.

—¿A Valcárcel?

Negué.

—A todos.

Ríos encontró una colilla aplastada junto a la pared. Después otra. Marcas distintas.

—Se reunieron aquí.

Navarro se levantó.

—Entonces sí había una organización.

Abrí uno de los armarios empotrados. Vacío.

En la balda inferior quedaba una caja de cartón mal cerrada. La saqué. Dentro había recibos rotos, fotografías familiares y sobres de nóminas antiguos. Nada incriminatorio.

Ríos cogió una fotografía.

Cinco policías delante de una comisaría.

Ferrer.

Olmedo.

Valcárcel.

Dos hombres que no reconocí.

Ninguno miraba a cámara.

—¿Quiénes son? —preguntó Navarro.

—Gente que trabajó junta.

—Eso ya lo veo.

Le quité la fotografía.

En el reverso había fechas de cumpleaños. Turnos. Una lista para comprar un regalo de jubilación. No códigos. No víctimas. Vida normal.

—No busques una jerarquía.

Navarro señaló las huellas.

—Se reunieron, vaciaron el cuarto y desaparecieron.

—Porque uno llamó a otro.

—Eso es coordinación.

—También lo es organizar una comida.

Ríos dejó la fotografía sobre la mesa.

—La diferencia es lo que protegían.

Un golpe sonó detrás de nosotros.

La puerta se cerró.

Navarro corrió y tiró del pomo. Bloqueado desde fuera.

Ríos apagó la linterna durante un segundo. En la oscuridad, alguien arrastró algo al otro lado de la pared.

—¡Policía! —gritó Navarro.

Nadie respondió.

Golpeó la puerta con el hombro. No cedió.

Me acerqué a la junta.

—No quieren matarnos.

—Qué alivio.

—Quieren tiempo.

Ríos alumbró la estantería vacía.

—¿Para qué?

El ruido volvió. Esta vez más lejos.

Un motor arrancó fuera.

Navarro golpeó otra vez.

—Nos han encerrado para sacar algo.

Negué.

—Para sacar a alguien.

La cerradura cedió al tercer impacto. Salimos al pasillo.

La nave estaba vacía. La puerta exterior seguía abierta.

Junto a la entrada, el agente de guardia yacía en el suelo. Respiraba. Tenía una herida en la frente.

Ríos se arrodilló junto a él.

—¿Cuántos eran?

El hombre abrió los ojos.

—Uno.

Navarro miró las marcas de neumáticos.

—¿Quién?

El agente tragó saliva.

—El viejo de la asociación.

—¿Olmedo?

Asintió.

—No estaba solo.

Navarro perdió la paciencia.

—Acabas de decir que era uno.

El agente levantó una mano temblorosa.

—Solo bajó uno.

Señaló hacia la carretera.

—Pero dentro del coche había cuatro.

Ríos pidió apoyo. Yo miré la fotografía que aún llevaba en la mano.

Cinco policías.

Uno muerto oficialmente. Otro desaparecido. Los demás protegiéndose por turnos.

Navarro se acercó.

—Dime que eso no es una conspiración.

Doblé la fotografía y se la devolví.

—Una conspiración necesita un plan.

—¿Y esto qué necesita?

Las sirenas empezaron a acercarse.

Miré las huellas, la nave vacía y al agente herido.

—Que nadie sea el primero en dejar de protegerse.

34.

Solo nos protegíamos

Veinticuatro horas después, Olmedo entró en comisaría por su propio pie. No llevaba esposas. Tampoco abogado.

Dejó el bastón junto a la silla y puso las dos manos sobre la mesa. Tenía tierra seca bajo las uñas y una herida reciente en la ceja.

Navarro cerró la puerta.

—Has golpeado a un policía.

Olmedo tocó el corte.

—Él empezó peor.

Ríos encendió la grabadora. El piloto rojo iluminó el borde de una bolsa de pruebas. Dentro estaba la fotografía de los cinco agentes.

Yo permanecí junto a la pared.

Olmedo no me miraba.

—¿Dónde está Valcárcel? —preguntó Navarro.

—No lo sé.

—Has mantenido a un muerto durante doce años.

—No estaba muerto cuando comía.

Navarro golpeó la mesa con los nudillos.

—Contesta.

Olmedo apoyó la espalda en la silla.

—Acabo de hacerlo.

Ríos colocó cuatro fotografías delante de él. Pardo. Aldana. Luna. Ferrer. La última mostraba el cuerpo cubierto con una sábana.

Olmedo movió una esquina para alinearla con las demás.

—Ferrer no era confidente.

—No —dije—. Solo ayudó a enterrarlos.

Su mano se detuvo.

Por fin me miró.

—Tú también.

La saliva se me volvió espesa.

Navarro arrastró una silla y se sentó frente a él.

—Vamos a dejar de repartir culpas. ¿Quién mató a esos hombres?

Olmedo observó la grabadora.

—Apágala.

—No.

—Entonces ya tenéis mi respuesta.

Ríos no tocó el aparato.

—La asociación pagó combustible, medicinas y alojamientos a Valcárcel. Eso está documentado.

—Ayudábamos a compañeros.

—Valcárcel estaba oficialmente muerto.

—También Barral dejó de ser policía y sigue entrando donde no debe.

Navarro se inclinó.

—¿Quién decidió protegerlo?

Olmedo soltó aire por la nariz.

—Nadie.

—Mala respuesta.

—Es la única.

Me acerqué a la mesa y apagué la grabadora.

Navarro se levantó de golpe.

—¿Qué haces?

—Escuchar.

—No tienes autoridad.

—Por eso quizá hable.

Olmedo miró el piloto apagado. Después recogió el bastón del suelo y lo apoyó entre las rodillas.

—Valcárcel llamó a Ferrer la noche en que murió.

—¿Murió quién? —preguntó Ríos.

—Valcárcel.

Navarro soltó una carcajada seca.

—El muerto llamó para decir que estaba vivo.

—Llamó antes.

—¿Y qué pidió?

Olmedo giró el mango del bastón.

—Tiempo.

—¿Para huir?

—Para cerrar cosas.

—Eso significa destruir pruebas —dijo Ríos.

—Significa que no quería dejar problemas detrás.

Levanté la fotografía de Pardo.

—Dejó personas.

Olmedo no apartó la vista.

—Las personas siempre eran el problema.

La frase me golpeó en los dientes.

Pardo sentado en el almacén. La puerta cerrada. Mi voz al otro lado.

Hasta que hable.

Apreté la fotografía hasta doblar una esquina.

—¿Quién certificó la muerte de Valcárcel?

—Un médico.

—Nombre.

—No lo recuerdo.

—Mientes.

Olmedo se encogió de hombros.

—Con los años, los nombres pesan menos.

Navarro le quitó el bastón y lo dejó al otro lado de la mesa.

—Vas a empezar a recordar.

Olmedo estiró la pierna para recuperarlo. No llegó.

Ríos acercó la grabadora apagada.

—No buscamos a todos. Buscamos a quien decidió matar.

Olmedo miró las cuatro fotografías.

—Eso es lo que nunca entendéis.

—Ilumínanos —dijo Navarro.

—No hubo una decisión.

La silla chirrió bajo su peso.

—Pardo amenazó con hablar. Uno llamó a otro. Ferrer dijo que podía calmarlo. Salcedo pidió que esperáramos. Barral lo retuvo. Sergio escribió lo que nadie quería firmar.

Sus ojos pasaron por mí.

—Y después cada uno protegió su parte.

Navarro golpeó la mesa.

—Pardo apareció muerto.

—Muchos años después.

—Y Aldana.

—No lo maté.

—Luna.

—Tampoco.

—Ferrer.

Olmedo bajó la vista hacia el bastón, fuera de su alcance.

—Ferrer sabía que se le había acabado el tiempo.

Ríos volvió a encender la grabadora.

Olmedo levantó la cabeza.

—La apagas o me callo.

—Ya has hablado suficiente.

—Aún no.

Navarro miró a Ríos.

Ella mantuvo el dedo sobre el botón. No lo apagó.

Olmedo cerró los labios.

El aire acondicionado empezó a vibrar sobre nosotros.

Cogí la grabadora y la lancé contra la pared.

El plástico se abrió. Las pilas rodaron bajo la mesa.

Navarro me empujó.

—Fuera.

Me agarré al borde para no caer.

—Ahora que termine.

Olmedo observó los restos del aparato.

—Sigues rompiendo cosas para que otros hablen.

No respondí.

Él recogió una de las pilas con la punta del zapato y la detuvo.

—Valcárcel no dirigía nada.

Navarro dejó de empujarme.

—Entonces ¿qué hacía?

—Recordaba quién debía qué.

Ríos recogió la bolsa con la fotografía.

—Eso es una lista.

—No. Una lista se escribe.

Olmedo señaló su propia cabeza.

—Él no necesitaba hacerlo.

—¿Y todos obedecían? —pregunté.

—Nadie obedecía.

La herida de su ceja volvió a sangrar. Una gota descendió junto al ojo.

—A Ferrer le consiguió una jubilación limpia. Al médico le evitó un expediente. A una viuda le pagó las deudas. A mí me sacó de una investigación que me habría llevado a prisión.

Navarro recuperó el bastón y lo dejó sobre la mesa.

—Favores.

Olmedo lo agarró.

—Deudas.

—¿Qué diferencia hay?

—Los favores se devuelven una vez.

Se levantó con esfuerzo.

—Las deudas te esperan.

Ríos bloqueó la puerta.

—No te vas.

Olmedo apoyó el bastón contra su zapato.

—Entonces detenedme.

—Lo haremos.

—¿Por proteger a Valcárcel?

—Por encubrir asesinatos.

Olmedo sonrió por primera vez.

—Tendréis que demostrar que sabíamos que mataba.

Se volvió hacia mí.

—Y para eso necesitaréis al único hombre que lo vio empezar.

El cuello de la camisa me raspó la piel.

—¿Quién?

Olmedo levantó el bastón y señaló la fotografía de los cinco policías.

No apuntó a Valcárcel.

Apuntó al rostro que yo llevaba doce años evitando mirar.

—David Mena.

Tres horas después, Olmedo seguía en la sala.

Navarro había dejado de preguntar.

Ríos no.

—David murió doce años atrás —dijo—. No puede ayudarnos.

Olmedo deslizó el pulgar por el mango del bastón.

—Eso dijimos todos.

Yo seguía de pie. La pared se clavaba entre mis omóplatos.

—¿Qué vio?

Olmedo levantó la vista.

—Demasiado.

Navarro golpeó la mesa con la carpeta.

—Deja las frases de viejo sabio.

—Y tú deja de creer que gritar convierte una pregunta en una prueba.

Ríos abrió la puerta.

Un agente esperaba fuera.

—Llévalo al calabozo.

Olmedo no se movió.

—Si me encerráis ahora, Valcárcel sabrá que he hablado.

—Ya lo sabe —dije.

La punta del bastón se detuvo sobre el suelo. Eso bastó.

—Déjanos solos.

Navarro me miró.

—Ni hablar.

—Entonces seguirá mintiendo.

—También contigo.

—Pero me conoce.

Olmedo soltó una risa baja.

—Eso no te favorece.

Ríos hizo salir al agente, pero permaneció junto a la puerta.

Navarro se sentó.

—Cinco minutos.

Me acerqué a Olmedo.

—David vio empezar qué.

—El sistema.

—No había sistema.

—Eso os repetíais para dormir.

El aire acondicionado lanzó un golpe seco. Olmedo se secó la sangre de la ceja con el dorso de la mano.

—David trabajaba en Topas. Movía papeles. Escuchaba nombres. Sabía quién entraba sin quedar registrado y quién salía con un expediente distinto.

—Eso ya lo sabíamos.

—No sabíais lo que hizo con esa información.

Navarro abrió la carpeta.

—¿La vendió?

—La guardó.

—¿Dónde?

Olmedo señaló los restos de la grabadora.

—Siempre rompéis algo antes de llegar a la pregunta correcta.

Ríos cerró la puerta con más fuerza.

—¿Qué pregunta?

Olmedo me miró.

—Por qué David te eligió a ti.

La lengua se me pegó al paladar.

—No me eligió.

—Te provocó.

—Me utilizó.

—Eso también.

Navarro se inclinó hacia delante.

—¿Para qué?

Olmedo apoyó ambas manos sobre el bastón.

—Para ver cuánto tardabas en obedecer.

La silla rozó el suelo cuando me aparté de la mesa.

Una habitación. David de pie. Una carpeta negra. Mi mano cerrándose sobre su brazo. No llegó el resto.

Golpeé la mesa.

—No estaba investigándome.

—No al principio.

—¿Y después?

—Después descubrió que todos confiaban en ti para hacer lo que ellos no querían firmar.

Ríos sacó una libreta nueva.

—Nombres.

Olmedo negó.

—No había una lista de jefes.

—Entonces dame personas.

—Ferrer arreglaba expedientes. Salcedo movía confidentes. Valcárcel recordaba las deudas. Sergio corregía informes.

Sus ojos volvieron a mí.

—Y Barral presionaba.

Navarro escribió cada nombre.

—¿Tú qué hacías?

Olmedo bajó la cabeza.

—Lo que faltara.

La respuesta no sonó grande. Sonó peor.

—¿Quién mató a David?

Olmedo me sostuvo la mirada.

—No lo sé.

Le agarré la camisa.

Navarro se levantó, pero Ríos le cortó el paso con un brazo.

—Mientes.

—No.

Apreté más.

—Estabas allí.

—Llegué después.

—¿Cuánto después?

—Lo suficiente.

—¿Para qué?

—Para entender que nadie iba a llamar a emergencias.

Los dedos se me abrieron solos.

Olmedo arregló el cuello de la camisa.

—David respiraba.

El suelo desapareció bajo mis zapatos durante un segundo.

Navarro habló desde lejos.

—¿Quién estaba con él?

Olmedo miró la puerta.

—Ferrer.

—Está muerto.

—Sergio.

—Desaparecido.

—Valcárcel.

Ríos dejó de escribir.

—¿Y Barral?

Olmedo no respondió.

Me incliné hasta quedar frente a él.

—Dilo.

—Tú salías cuando yo llegué.

El aire me arañó por dentro.

—Eso no es verdad.

—Pregúntale a tu memoria.

Golpeé el bastón con el pie. Cayó.

Olmedo no lo recogió.

—¿Por qué nadie llamó?

—Porque David había dicho nombres.

—¿Qué nombres?

—Los nuestros.

Navarro rodeó la mesa.

—Eso no basta para dejar morir a un hombre.

Olmedo lo miró con cansancio.

—No lo dejamos morir juntos.

Nadie habló.

—Uno dijo que ya era tarde. Otro que moverlo empeoraría todo. Alguien apagó una cámara. Otro cerró una puerta. Yo llamé a un

médico que nunca llegó.

Se inclinó para recoger el bastón.

—Cada uno hizo muy poco.

Ríos lo sujetó antes de que se levantara.

—Y murió.

—Sí.

—Eso es una conspiración.

Olmedo negó.

—Una conspiración necesita que todos quieran lo mismo.

Miró las fotografías de los muertos.

—Nosotros solo queríamos salvarnos por separado.

El teléfono de Navarro vibró.

Atendió.

No dijo nada durante varios segundos.

Después dejó la llamada abierta sobre la mesa.

—Han encontrado a la hija de Olmedo.

El anciano se quedó inmóvil.

—¿Dónde?

Navarro no apartó la mirada.

—En una carretera secundaria.

Olmedo apretó el bastón.

—¿Viva?

La voz del agente sonó desde el altavoz.

—Sí. Pero llevaba esto en el coche.

Escuchamos un roce. Después una frase.

—Una carpeta negra con el nombre de David Mena.

Olmedo cerró los ojos.

Yo no.

—Valcárcel no quería castigarte —dije.

Olmedo abrió los ojos despacio.

—No.

—Quería que hablaras.

—Y ya lo he hecho.

Navarro colgó.

La puerta se abrió detrás de Ríos.

El agente del pasillo llevaba una bolsa de pruebas. Dentro había una cinta de casete. En la etiqueta, escrita a mano, se leía una fecha.

La noche en que murió David.

Debajo, dos palabras.

BARRAL HABLA.

35.

David ya lo sabía

Doce horas después, la cinta seguía sin reproducirse.

El técnico giró una de las bobinas con un destornillador. La banda magnética se levantó unos milímetros y volvió a pegarse.

—Está húmeda.

Navarro golpeó el cristal de la cabina.

—Estaba dentro de un coche, no en un río.

—Puede explicárselo a la cinta.

El laboratorio olía a plástico caliente. Ríos permanecía junto a la puerta. Olmedo seguía encerrado y Valcárcel no había cometido el error de volver a existir.

Yo miraba la etiqueta.

BARRAL HABLA.

La letra no era de David. Tampoco mía.

—¿Quién la encontró exactamente? —pregunté.

Ríos sacó el teléfono.

—Un agente revisó el coche de la hija de Olmedo.

—¿Quién sabía dónde estaba?

—La patrulla, la grúa y nosotros.

—Demasiada gente.

Navarro se volvió.

—No empieces.

—No he empezado nada.

El técnico cerró la carcasa y pulsó una tecla. Los altavoces soltaron estática. Después, una silla arrastrándose.

Mi respiración apareció primero.

La reconocí por el silencio entre cada bocanada.

—No vuelvas a decir ese nombre.

La voz salió más joven. No menos mía.

David respondió desde lejos.

—Entonces deja de obedecer cuando lo dicen.

Navarro se acercó al altavoz.

—Sube el volumen.

El técnico obedeció.

La cinta siseó.

—No sabes de qué hablas —dije.

—Sé que Salcedo te da un nombre y tú aprietas. Ferrer te da un informe y tú lo corriges. Valcárcel te recuerda una deuda y tú haces el resto.

Sonó un golpe.

Después mi voz.

—Cállate.

David respiró cerca del micrófono.

—No eres el primero.

La cinta se detuvo.

El técnico abrió la pletina.

—Se ha atascado.

Navarro me miró.

—¿Dónde estabais?

—No lo recuerdo.

—Curioso. La cinta sí.

Ríos cogió el casete antes de que el técnico sacara la banda.

—¿Es anterior a la muerte?

El hombre señaló una esquina raspada de la etiqueta.

—Había una fecha. La quitaron hace años.

Tomé una decisión.

—Reprodúcela delante de Olmedo.

Navarro bloqueó la salida.

—Primero recuperamos todo.

—Olmedo reconocerá lo que falta.

—O inventará lo que le convenga.

—Eso ya lo hace sin cinta.

Ríos dejó el casete en una bolsa.

—Entramos los tres.

Olmedo estaba sentado con el bastón entre las piernas. No preguntó por su hija. Miró la bolsa y pasó el pulgar por el mango.

—Así que apareció.

Navarro cerró la puerta.

—¿La conocías?

—Conocía su existencia.

—¿Quién grabó la conversación?

—David.

—Su voz suena lejos —dije.

Olmedo levantó la barbilla.

—Porque llevaba el aparato en la chaqueta.

Ríos dejó la bolsa sobre la mesa.

—¿Por qué grababa a Barral?

Olmedo observó la etiqueta.

—No lo grababa a él.

—Mi nombre está escrito.

—Después.

Navarro apoyó ambas manos sobre la mesa.

—¿Quién lo escribió?

—Alguien que necesitaba convertir una conversación en una confesión.

Me acerqué.

—¿Qué sabía David?

—Cosas sueltas.

—No te he preguntado cuánto sabía.

—Y yo no pienso regalarte una historia completa para que vuelvas a ponerte en el centro.

Agarré el respaldo de la silla.

—David habló de Valcárcel, Ferrer y Salcedo.

—Porque pasó meses buscando al hombre que mandaba.

—¿Y lo encontró?

Olmedo negó.

—Encontró algo peor.

Ríos no abrió la libreta.

—¿Qué?

—Que ninguno mandaba.

El bastón golpeó una vez el suelo.

—Salcedo movía personas. Ferrer arreglaba informes. Valcárcel recordaba favores. Tú presionabas. Sergio escribía lo que los demás necesitaban olvidar.

—¿Y tú? —preguntó Navarro.

Olmedo se encogió de hombros.

—Lo que faltara.

La respuesta no ocupó espacio. Lo ensució.

—¿Por qué se acercó a mí?

Olmedo me miró por primera vez sin apartarse.

—Porque eras el único que podía romperlo.

—Yo formaba parte.

—Precisamente.

—No intentó salvarme.

—No.

La palabra salió sin compasión.

—Quería comprobar si todavía podías elegir.

Sentí la costura del pantalón clavarse contra la rodilla.

—¿Elegir qué?

Olmedo señaló la cinta.

—A quién obedecer cuando dos personas te pedían cosas distintas.

Navarro acercó la bolsa.

—¿Y qué eligió?

Olmedo no respondió.

—¿Qué eligió Barral? —repitió Ríos.

El anciano miró mis manos.

—Lo de siempre.

El técnico recuperó once segundos.

No una conversación. Restos.

El sonido de una puerta. David respirando. Otra voz enterrada bajo la grabación.

—Otra vez —dijo Navarro.

El técnico retrocedió.

David habló primero.

—Barral no pregunta cuando cree que tiene razón.

La segunda voz llegó rota.

—...déjale elegir...

Un chasquido cubrió el resto.

Después:

—...si obedece otra vez...

La banda se deformó.

Ríos levantó una mano.

—Basta.

—Aún hay más —dijo el técnico.

—Y si continúas, quizá no quede nada.

Navarro señaló el equipo.

—Haz una copia digital.

—No puedo copiar lo que todavía está pegado.

Me acerqué a la pletina.

—Sigue.

El técnico negó.

—No voy a romperla para darte una respuesta rápida.

Navarro sonrió sin humor.

—Por una vez alguien te ha dicho que no.

Aparté la mano del aparato.

—Entonces volvemos con Olmedo.

Cuando oyó la frase, Olmedo no cambió de postura. Solo dejó de girar el bastón.

—La reconoces —dije.

—Reconozco a David.

—La otra voz.

—No.

Navarro golpeó la mesa.

—No juegues.

—No estoy jugando. Vosotros necesitáis un nombre. Yo no lo tengo.

—¿Quién quería que me pusiera a prueba?

Olmedo miró la puerta.

—Alguien que todavía creía que podías parar.

—Nadie creyó eso.

—Eso te conviene.

Me incliné hacia él.

—¿Cuántas veces?

—¿Qué?

—¿Cuántas veces intentó hacerme elegir?

Olmedo apoyó el bastón sobre la mesa.

—Tres.

Ríos arrastró una silla.

—Empieza.

—Una vez te dio información incompleta.

—Eso lo hacían todos.

—Tú la utilizaste igual.

Los dedos me ardieron contra el respaldo.

—La segunda.

—Se negó a señalar a un confidente.

—¿Cuál?

—El nombre no importa.

—Para el muerto, quizá sí.

Olmedo me sostuvo la mirada.

—Ahí estabas mejorando.

Navarro dio un paso.

—La tercera.

Olmedo tocó la bolsa de la cinta.

—Te entregó una orden.

No apareció ningún recuerdo completo. Solo papel doblado. Tinta húmeda en el pulgar.

—¿Qué orden?

—El traslado de un preso que no debía constar.

Ríos intervino.

—¿Qué pidió David?

—Que la rompiera.

Miré mis dedos.

La textura seguía allí. Un papel grueso. Una esquina clavada bajo la uña.

—¿Y qué hice?

Olmedo apartó el bastón.

—La devolviste.

—¿A quién?

—A Ferrer.

Navarro abrió la boca, pero no habló.

La escena llegó rota.

David frente a mí.

La hoja entre los dos.

—Rómpela.

Yo doblándola otra vez.

—No me des órdenes.

Nada más.

Golpeé la mesa.

—No sabía qué contenía.

Olmedo ni pestañeó.

—Sabías que no debía existir.

—No es lo mismo.

—Para el preso sí.

Ríos apoyó los codos.

—¿Qué ocurrió con él?

—Apareció muerto.

—¿Suicidio?

Olmedo sonrió sin alegría.

—Oficialmente.

Navarro sacó el teléfono.

—Nombre.

Olmedo negó.

—No conviertas otro muerto en una puerta hacia un archivo.

—Es una investigación.

—No. Es vuestra costumbre.

Le bajé el teléfono a Navarro.

—Déjalo.

Me miró como si no hubiera entendido.

—Todavía no ha terminado.

—Sí.

—No ha dado el nombre.

—Porque el nombre no cambia lo que hice.

Olmedo recogió el bastón.

—David entendió eso antes que tú.

Ríos se levantó.

—¿Por eso lo mataron?

—No sabía suficiente para que lo matara una organización.

—No había organización —dije.

—Exacto.

Olmedo se puso en pie con esfuerzo.

—Murió porque empezó a preguntar delante de personas que no podían contestar sin destruirse.

Navarro bloqueó la puerta.

—¿Quién disparó?

—No lo sé.

—Estabas allí.

—Llegué después.

—¿Cuánto después?

Olmedo miró el suelo.

—David respiraba.

La mesa quedó demasiado lejos.

Ríos agarró el respaldo de mi silla antes de que yo la empujara.

—¿Quién estaba con él?

—Ferrer. Sergio. Valcárcel.

—¿Y Julio?

Olmedo levantó la vista.

—Saliendo.

Negué.

—Eso no ocurrió.

—Pregúntale a tu cuerpo.

La garganta se me cerró.

—¿Por qué nadie llamó a emergencias?

—Uno dijo que era tarde. Otro apagó una cámara. Alguien cerró la puerta. Yo llamé a un médico que decidió no llegar.

—¿Y yo?

Olmedo apretó el mango del bastón.

—Tú tuviste el teléfono en la mano.

La habitación se encogió. Plástico contra la palma. Una pantalla iluminada. El pulgar suspendido sobre dos nombres.

Ríos se acercó.

—¿A quién llamó?

Olmedo no respondió.

Le agarré la chaqueta.

—¿A quién?

Navarro intentó separarme. Esta vez lo solté antes de que pudiera hacerlo.

Olmedo arregló el cuello.

—Esa fue la última prueba de David.

—¿Qué tenía que elegir?

El anciano recogió la cinta de la mesa y la dejó delante de mí.

—Si llamar a emergencias...

Esperó.

—...o llamar a Ferrer.

El teléfono de Ríos vibró.

Contestó sin apartar los ojos de mí.

—Ríos.

Escuchó.

Su mano se cerró sobre el aparato.

—¿Dónde?

Navarro se volvió.

—¿Qué pasa?

Ella colgó.

—Han localizado a Sergio.

El latido me golpeó detrás del oído.

—¿Vivo?

Ríos guardó el teléfono.

—Ha entrado por su propio pie en Topas.

—¿Para qué?

Abrió la puerta.

—Para recuperar la carpeta que David intentó darte antes de morir.

36.

La carpeta negra

Nueve horas después, Sergio seguía dentro de Topas. No figuraba como detenido. Tampoco como visitante.

La funcionaria de la garita repasó la pantalla por tercera vez y negó con la cabeza.

—Aquí no consta.

Navarro apoyó la placa sobre el mostrador.

—Entró esta madrugada.

—Entonces saldría.

—No.

La mujer miró hacia las cámaras. Una luz roja parpadeaba sobre el monitor principal. Las demás pantallas mostraban pasillos vacíos.

Ríos dejó el teléfono junto al teclado.

—Tenemos su matrícula entrando a las cinco y doce.

—Eso demuestra que llegó el coche.

—No condujo solo.

La funcionaria tocó el ratón. No abrió ningún archivo.

—Necesito autorización del director.

—Ya la hemos pedido —dijo Navarro.

—Entonces esperen.

El desinfectante se pegaba detrás de la lengua. Al otro lado del cristal, una puerta automática golpeó dos veces antes de cerrar.

—Enséñanos la salida del aparcamiento.

Navarro giró la cabeza.

—No empieces.

—Si Sergio salió, el coche tendría que seguir allí o aparecer fuera.

La funcionaria se cruzó de brazos.

—No tengo acceso.

—Lo acabas de consultar.

—He consultado entradas.

Le quité el ratón.

Ella intentó agarrarme la muñeca. Ríos se interpuso.

—Déjale.

—No puede tocar el sistema.

—Entonces úsalo tú.

La funcionaria recuperó el control y abrió las cámaras exteriores. El coche de Sergio entraba por la barrera. Aparcaba junto al muro. Sergio bajaba solo.

Llevaba una bolsa de deporte.

No una carpeta.

—Sigue —dije.

Avanzó la grabación.

Sergio cruzó el patio. Un funcionario lo esperaba bajo una marquesina. No se dieron la mano.

Desaparecieron por una puerta lateral.

—¿Quién es? —preguntó Navarro.

La mujer apagó la imagen.

—No lo sé.

Ríos volvió a encenderla.

—Sí.

La funcionaria apretó la mandíbula.

—Seguridad interior.

—Nombre.

—No puedo facilitarlo.

Navarro acercó la placa.

—Hazlo antes de que lo busque yo.

—Marcos Vidal.

El apellido no me dijo nada. Eso me molestó más que si lo hubiera reconocido.

—Quiero hablar con él.

—Está fuera de turno.

—¿Desde cuándo?

La mujer abrió la ficha.

—Desde las seis.

—Sergio entró a las cinco y doce.

—Ya lo veo.

—¿Y Vidal salió?

No respondió.

Ríos buscó el registro. La salida no estaba.

Navarro golpeó el mostrador.

—Abre esa puerta.

El pasillo de seguridad interior seguía igual que doce años atrás. Luz blanca. Puertas grises. Nada suficiente para recordar una noche entera.

Un funcionario nos guio hasta un despacho pequeño. Vidal estaba sentado dentro, aunque oficialmente ya no trabajaba.

Tenía la chaqueta puesta. No parecía prepararse para irse. Parecía llevar horas esperando.

—Sergio Muriel —dijo Navarro—. ¿Dónde está?

Vidal juntó las manos.

—No conozco a nadie con ese nombre.

Me acerqué a su mesa.

La piel de sus nudillos estaba enrojecida. Había polvo negro en las uñas.

—Has movido cajas.

—Aquí se mueven cajas.

—Esta mañana.

—También.

Ríos cerró la puerta.

—Entró contigo.

Vidal no la miró.

—Entré solo.

Navarro dejó una fotografía de la cámara.

—Eso no es lo que vemos.

Vidal observó la imagen y levantó un hombro.

—Podría ser cualquiera.

—No —dije—. Cualquiera no te espera a las cinco de la mañana.

Sus dedos se separaron. No mucho. Suficiente.

—¿Qué vino a buscar Sergio?

—No sé de quién habla.

Levanté la bolsa de deporte que aparecía en la imagen.

—No llevaba la carpeta al entrar.

Vidal bajó los ojos.

—Entonces tampoco vino a devolverla.

Navarro sonrió sin humor.

—Gracias.

Vidal comprendió tarde.

Se levantó.

Ríos le apoyó una mano en el hombro.

—Sentado.

—No tienen derecho.

—Tampoco tienes salida registrada.

Vidal apartó la silla de una patada.

—Yo no he hecho nada.

—Eso lleváis diciendo doce años —respondí.

Levantó la vista hacia mí.

—Tú dijiste cosas peores.

La frase me alcanzó antes que la memoria.

Una garita.

Una carpeta negra sobre el mostrador.

Yo diciendo:

No la abras.

Vidal era más joven. Pelo oscuro. Sin gafas. Pero era él.

—Tú estabas aquí aquella noche.

Su respiración se cortó.

Navarro se acercó.

—¿La noche de David?

Vidal miró la puerta.

—Yo no vi ningún cadáver.

—No te he preguntado eso —dijo Ríos.

El sudor le apareció sobre el labio.

—Solo guardé una carpeta.

—¿Quién te la dio? —pregunté.

No respondió.

Le agarré la chaqueta.

—¿Quién?

Vidal señaló mi mano.

—Tú.

La tela se aflojó entre mis dedos.

Navarro dio un paso.

—¿Barral te entregó la carpeta?

—Sí.

—¿Qué había dentro?

Vidal negó.

—No la abrí.

—Mientes.

—No la abrí entonces.

La puerta automática golpeó al fondo del pasillo. Una vez. Después otra.

—¿Y cuándo? —preguntó Ríos.

Vidal se sentó.

—Esta mañana.

El estómago se me cerró.

—Sergio vino por ella.

—Vino a llevársela.

—¿Dónde está?

Vidal miró hacia el suelo.

—Cuando la abrió, dejó de querer salir.

Media hora después encontramos a Sergio en el archivo cuarenta y siete. No estaba escondido. Estaba sentado frente a una mesa, con la carpeta negra abierta delante de él.

La bolsa de deporte descansaba junto a la puerta.

Navarro entró primero.

—Levanta las manos.

Sergio no se movió.

—Has tardado.

Su voz sonaba seca. No herida.

Yo cerré la puerta detrás de nosotros.

—Te gusta hacer entradas.

—A ti te gustan las salidas.

Ríos rodeó la mesa. La carpeta contenía documentos, pero Sergio había colocado las manos encima.

—Apártalas.

—No.

Navarro desenfundó el arma.

—No vuelvo a pedirlo.

Sergio levantó una página y la dobló.

El papel crujió.

—Dispara y seguiréis sin entenderlo.

—Suelta eso —dije.

Me miró.

—Doce años y sigues dando órdenes antes de preguntar.

Le quité la hoja. No opuso resistencia.

Era una autorización de traslado. Sin sello. Sin número de expediente. El nombre del preso estaba tachado.

No revelaba nada nuevo. Confirmaba demasiado.

Ríos cogió la carpeta.

—¿Por qué has venido solo?

—Porque vosotros habríais pedido permiso.

Navarro bajó el arma, pero no la guardó.

—¿Para robar pruebas?

Sergio señaló la puerta.

—Esa carpeta no era una prueba cuando la escondimos.

—¿Quiénes?

—Julio y yo.

La frase quedó clavada entre las estanterías.

Negué.

—No recuerdo esconderla.

—Recuerdas lo que te conviene cuando deja de convenirte.

Le agarré el brazo.

—¿Qué hicimos?

Sergio no intentó soltarse.

—David te la dio. Tú me la entregaste. Yo la traje aquí.

—¿Por qué?

—Porque Ferrer iba a registrar tu casa.

Navarro se acercó.

—¿Lo protegías?

Sergio rio sin fuerza.

—Lo protegía de una carpeta que él mismo había decidido conservar.

—David me pidió que la destruyera —dije.

—Sí.

—Y no lo hice.

—No.

Mis dedos se cerraron más.

—¿Por qué?

Sergio bajó la vista hacia mi mano.

—Porque querías una copia antes de romperla.

Lo solté.

Ríos pasó las páginas.

Había notas internas. Traslados irregulares. Pagos. Informes incompletos. Nada firmado por una organización. Firmas distintas. Fechas separadas.

Personas protegiendo su parte.

—¿David reunió todo esto? —preguntó.

Sergio negó.

—David reunió algunas piezas. Pardo otras. Ferrer añadió lo que necesitaba guardar. Yo corregí fechas.

—¿Y Valcárcel?

—Sabía dónde estaba.

Navarro golpeó la carpeta.

—Eso es coordinación.

Sergio lo miró por primera vez.

—No. Coordinación habría sido confiar unos en otros.

Cogió otra hoja.

—Aquí todos escondían algo de los demás.

Ríos le quitó el papel.

—¿Qué buscabas esta mañana?

Sergio señaló una separación vacía dentro de la carpeta.

—Una evaluación.

—¿De Julio?

—Sí.

—¿Quién la escribió?

—No lo sé.

Navarro resopló.

—Conveniente.

—No tanto.

Sergio se levantó. Ríos le bloqueó el paso.

—La evaluación desapareció antes de que yo llegara.

—¿Quién sabía que estaba aquí? —pregunté.

—Vidal. Ferrer. Valcárcel.

—Ferrer está muerto.

—Eso reduce la lista.

Tomé una decisión.

—No.

Todos me miraron.

—No vamos a buscar primero a Valcárcel.

Navarro guardó el arma.

—Por una vez, sorpréndeme.

Señalé a Sergio.

—Quiero saber por qué ha vuelto ahora.

Sergio apretó los labios.

—Porque David no guardó esta carpeta para condenarte.

—Entonces ¿para qué?

—Para demostrarte que ya te estaban estudiando.

Ríos cerró la carpeta.

—Eso pertenece al capítulo siguiente.

—No es una historia —dijo Sergio—. Es una fecha.

Sacó un papel doblado del bolsillo interior de la chaqueta.

Navarro se lo quitó. Era una copia incompleta de la evaluación desaparecida. Solo quedaba el encabezado.

Nombre: Julio Barral.

Estado: activo.

Fecha de apertura.

Tres años antes de la muerte de David.

La nuca se me enfrió.

—¿Quién la abrió?

Sergio negó.

—Eso es lo que vine a averiguar.

Navarro levantó la hoja.

—¿Y qué encontraste?

Sergio miró las estanterías vacías detrás de mí.

—Que alguien llegó antes.

Un ruido metálico sonó al otro lado de la puerta.

Ríos se giró.

La cerradura bajó.

Navarro tiró del pomo. No cedió.

Las luces se apagaron. En la oscuridad, Sergio habló cerca de mí.

—La carpeta nunca estuvo escondida para que la encontráramos.

Algo rozó una estantería.

Después un golpe.

—Estuvo aquí para saber quién vendría a buscarla.

37.

Antes de la caída

Marcos Vidal seguía negando haber cerrado la puerta.

Navarro dejó sobre la mesa el registro de accesos. La hoja indicaba que Vidal había utilizado su tarjeta a las seis y cuarenta y tres, cuando nosotros estábamos dentro del archivo.

—No era yo.

Ríos giró el documento.

—Tu tarjeta.

—La perdió alguien.

—¿Cuándo?

Vidal se frotó los nudillos. El polvo negro había desaparecido. La piel seguía abierta.

—No lo sé.

Yo permanecía detrás de él. Sergio esperaba en otra sala. La carpeta negra había quedado bajo custodia y la copia de mi evaluación ya no aparecía en su chaqueta.

Alguien se la había quitado durante el apagón.

—No cerraste la puerta —dije.

Navarro levantó la vista.

—Tenemos su acceso.

—Y él necesitaba que creyéramos que seguía dentro.

Vidal dejó de frotarse las manos.

Levanté la silla vacía frente a él y la aparté.

—Ponte de pie.

—¿Para qué?

—Para verte los zapatos.

Navarro soltó aire por la nariz.

—Barral.

—La persona que corrió por el pasillo llevaba suela de goma. Vidal tiene polvo de archivo en las uñas y barro seco en los pantalones. Ha movido cajas. No ha corrido.

Vidal miró sus zapatos. Cuero gastado. Tacón duro.

Ríos rodeó la mesa.

—Entonces ayudó a quien lo hizo.

—Eso sí.

Vidal se levantó de golpe.

—Yo guardé una carpeta. Nada más.

—Y abriste el archivo para Sergio —dijo Navarro.

—Porque me lo pidió.

—¿Quién te pidió cerrar después?

No respondió.

Ríos puso delante de él la fotografía de Valcárcel.

—¿Fue él?

Vidal ni siquiera la miró.

—No.

—¿Ferrer?

—Está muerto.

—No es una respuesta.

Vidal apoyó las palmas sobre la mesa.

—Ferrer me llamó hace seis días.

El aire se quedó pegado al techo.

Navarro se inclinó.

—Ferrer murió antes.

—Por eso no contesté.

—¿Qué dejó?

—Un mensaje de voz.

Ríos sacó el teléfono.

—Reprodúcelo.

Vidal negó.

—Lo borré.

—Claro.

—No decía nombres.

—¿Qué decía?

Vidal cerró los dedos.

—Que, si Sergio regresaba, le diera acceso. Y que después olvidara haberlo visto.

Navarro golpeó la mesa.

—¿Por qué obedeciste a un muerto?

—Porque todavía no estaba muerto cuando llamó.

La respuesta no lo hacía inocente. Lo hacía pequeño.

—Sácalo de aquí.

Navarro se volvió.

—No hemos terminado.

—Con él sí.

—Ha ocultado pruebas.

—Ha obedecido una instrucción vieja porque era más fácil que decidir.

Vidal me miró con desprecio.

—Tú lo entenderás.

No le respondí.

Ríos llamó a un agente. Cuando la puerta se cerró tras Vidal, Navarro golpeó el respaldo de la silla.

—Cada vez que alguien se parece a ti, decides que no sabe nada.

—Vidal sabía cómo abrir una puerta.

—Y quién debía entrar.

—No quién se llevó la evaluación.

Ríos recogió el registro.

—La tarjeta se usó dos veces.

Señaló una segunda línea.

Seis y cuarenta y ocho.

—Una para cerrar. Otra para abrir desde fuera.

Navarro acercó la hoja.

—Cinco minutos.

—Tiempo suficiente para entrar, coger el papel y salir —dije.

—¿Quién estaba fuera?

Ríos consultó las cámaras.

—Durante el apagón, solo había dos personas en el pasillo.

Giró la pantalla.

Una funcionaria de limpieza. Y un hombre con uniforme de mantenimiento.

La imagen no mostraba su rostro. No hacía falta.

La pierna izquierda apenas se doblaba.

—Valcárcel —dijo Navarro.

Negué.

—Demasiado alto.

Ríos amplió el uniforme.

En el bolsillo aparecía un logotipo municipal.

—No trabaja en Topas.

—Ni necesita hacerlo —respondí—. Solo necesitaba que Vidal dejara abierta la primera puerta.

Navarro cogió las llaves.

—Buscamos la furgoneta.

—No.

Me cerró el paso.

—Esta vez no vas a detenerme.

—No huyó con la evaluación.

—¿Qué dices?

Señalé la carpeta negra.

—Quien entró sabía exactamente qué hoja coger. No buscó. No revolvió. Fue directo.

Ríos cerró la pantalla.

—Ya la había leído.

—O la escribió.

Nadie habló.

La mandíbula me empezó a doler.

—Quiero hablar con Sergio.

Sergio estaba sentado con los brazos apoyados sobre la mesa. No parecía cansado. Solo gastado.

Dejé delante de él el registro de accesos.

—¿Quién sabía qué página faltaba?

—Los mismos de siempre.

Navarro cerró la puerta.

—Esa respuesta ya no sirve.

—Nunca sirvió. Por eso os gusta tanto.

Ríos permaneció de pie.

—¿Habías visto la evaluación completa?

Sergio rozó con un dedo la fecha de apertura.

—Una vez.

—¿Cuándo?

—Antes de David.

—Eso ya lo sabemos.

—No. Sabéis que estaba abierta.

Me incliné.

—¿Cuándo la leíste?

Sergio levantó la vista.

—Tres años antes.

La costura de la camisa me apretó el cuello.

—¿Quién te la enseñó?

—Ferrer.

Navarro se acercó.

—¿Por qué?

—Quería saber si estaba bien redactada.

—¿Qué decía?

Sergio retiró el dedo.

—Que Julio era eficaz bajo presión. Que aceptaba órdenes informales. Que podía asumir riesgos sin preguntar por el origen.

Ríos no escribió.

—Eso parece una evaluación profesional.

—Lo era.

—Entonces ¿qué la convierte en algo distinto?

Sergio me miró.

—La última línea.

Mis manos se cerraron sobre la mesa.

—Dila.

—"Útil mientras conserve respaldo superior".

Navarro esperó.

—¿Y después?

Sergio bajó los ojos.

—No había después.

Cuatro horas después, encontramos al hombre del uniforme en una cafetería de carretera.

No huyó. Estaba terminando una tortilla cuando Ríos dejó la placa junto al plato.

—Manos sobre la mesa.

El hombre soltó el tenedor.

No era Valcárcel.

Tampoco un policía.

Tendría sesenta años. La pierna izquierda llevaba una ortesis bajo el pantalón.

Navarro le quitó el teléfono.

—Nombre.

—Luis Aranda.

—¿Trabajas en mantenimiento?

—A veces.

—Hoy has trabajado en Topas.

Aranda se limpió la boca con la servilleta.

—He recogido una cosa.

—¿Para quién?

—No lo sé.

Navarro agarró la silla y la giró.

—Prueba otra vez.

Aranda miró a los clientes. Ríos colocó una mano sobre su hombro.

—No hagas una escena.

—No la estoy haciendo yo.

Me senté frente a él.

—Te pagaron poco.

Parpadeó.

—¿Qué?

—No eres parte de esto. Si lo fueras, no estarías comiendo a doce kilómetros de la prisión.

Aranda bajó la vista hacia el plato.

—Navarro, suéltalo.

—Ni hablar.

—No va a correr.

—Acaba de robar una prueba.

Aranda levantó la cabeza.

—No robé nada.

—Entonces ¿qué recogiste? —preguntó Ríos.

—Un papel doblado.

—¿Dónde está?

—Lo dejé.

—¿A quién?

—A una mujer.

Navarro apretó el respaldo.

—Nombre.

—No me lo dio.

—Descripción.

Aranda se encogió.

—Cincuenta años. Pelo oscuro. Gafas.

Nada útil.

Me fijé en la servilleta. Había dibujado un cuadrado con el dedo sobre una mancha de aceite.

—¿Dónde la viste?

—En el aparcamiento.

—Eso no te ha preguntado —dijo Navarro.

—¿Dónde exactamente?

Aranda señaló hacia la ventana.

—Dentro de un coche.

—Modelo.

—No sé.

—Color.

—Gris.

Ríos sacó varias imágenes de las cámaras del aparcamiento.

Aranda señaló una.

El coche aparecía de perfil. La matrícula quedaba tapada por una columna.

La mujer no. No era Irene. No era nadie que yo conociera.

Eso importaba.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Que sacara la página antes de que llegara Barral.

Navarro me miró.

—Conocía tu presencia.

—Todos sabían que estaba allí.

Aranda negó.

—Dijo que usted volvería a elegir la carpeta antes que al hombre.

El tenedor cayó del plato.

—¿Qué hombre?

Aranda tragó saliva.

—Sergio.

Ríos se inclinó.

—¿Te ordenó hacerle algo?

—No.

—¿Entonces?

—Dijo que no importaba si salía.

Navarro soltó la silla.

—¿Dónde entregaste el papel?

—En una gasolinera. A otro hombre.

—¿Descripción?

—Mayor. Delgado. Sin bastón.

—Valcárcel —dijo Navarro.

—No —respondí.

Los dos me miraron.

Aranda seguía dibujando cuadrados sobre la servilleta.

—¿Cómo te contactaron?

—Por un antiguo compañero.

—Nombre.

—Pedro Gálvez.

Ríos buscó en el teléfono.

—Funcionario de Interior. Jubilado hace ocho años.

—¿Qué le debía? —pregunté.

Aranda apretó la servilleta.

—Me consiguió trabajo cuando salí de prisión.

Otro favor. Otra deuda. Nada parecido a un ejército.

—Llama a Gálvez delante de nosotros.

Navarro negó.

—Lo alertará.

—Ya está alertado.

Aranda marcó. Puso el teléfono en altavoz.

Sonaron cuatro tonos.

Una voz masculina respondió.

—¿Ya está hecho?

Aranda miró a Ríos.

—Sí.

—Entonces olvida mi número.

Intervine.

—Gálvez.

Silencio.

—Barral —dijo la voz.

No preguntó quién era.

La silla dejó de pesar bajo mis brazos.

—Tienes la evaluación.

—No.

—Sabes quién la tiene.

—Tampoco.

—Entonces ¿por qué sabes mi nombre?

Gálvez respiró cerca del micrófono.

—Porque estaba en el primer informe.

Navarro acercó su teléfono para rastrear la llamada.

—¿Qué informe?

—El que pidió que te observaran.

—¿Quién lo pidió?

—No lo sé.

—Mientes.

—No. Yo recibí una orden. La pasé. Eso fue todo.

—Tres años antes de David.

—Sí.

—¿Qué había hecho?

Gálvez tardó.

—Nada.

La palabra me golpeó detrás del esternón.

Ríos se acercó al altavoz.

—Entonces ¿por qué investigarlo?

—No investigábamos lo que había hecho.

—¿Qué investigaban?

La voz se quebró un instante.

—Lo que haría si alguna vez necesitábamos que alguien cargara con una decisión ajena.

Navarro dejó de mover los dedos.

—¿Quiénes son "necesitábamos"?

—No había un nosotros.

—Siempre decís lo mismo.

—Porque era verdad.

Se oyó una puerta al otro lado.

Gálvez bajó la voz.

—Un superior pidió un perfil. Un psicólogo lo redactó. Ferrer añadió observaciones. Sergio corrigió fechas. Yo lo archivé.

—¿Y Valcárcel?

—Lo leyó.

—¿David?

—Lo encontró.

La llamada empezó a cortarse.

—¿Quién se llevó la página de Topas? —pregunté.

Gálvez soltó aire.

—La persona que no quería que vieras la última línea.

—Ya la sé.

—No.

Sergio había dicho: útil mientras conserve respaldo superior.

—¿Qué faltaba?

Un ruido de motor cubrió la respuesta.

—Gálvez.

—Cuando pierda el respaldo...

La comunicación se quebró.

—¿Qué?

La voz regresó durante un segundo.

—...atribuirle la operación completa.

La llamada murió. Nadie se movió.

Aranda dejó la servilleta sobre la mesa.

Cuatro cuadrados. Uno de ellos tachado.

Navarro miró el teléfono.

—Eso no demuestra que estuviera decidido.

Cogí la servilleta.

—No.

La tinta aceitosa se pegó a mis dedos.

—Demuestra que ya habían decidido qué hacer conmigo cuando dejara de servir.

38.

El hombre sacrificable

Dos días después, el hombre que había redactado mi perfil intentó cerrar la puerta antes de verme.

Metí el zapato entre el marco y la madera.

—Doctor Molina.

El anciano empujó con ambas manos.

—Se equivoca de persona.

Navarro apareció detrás de mí y enseñó la placa.

—Entonces no le importará que hagamos unas preguntas.

Molina dejó de hacer fuerza.

El piso olía a comida recalentada. En el recibidor había dos maletas cerradas. Ríos tocó una de ellas con la punta del zapato.

—¿Se va de viaje?

—Mi hija vive en Lisboa.

—Qué oportuno —dijo Navarro.

Molina abrió la puerta lo suficiente para dejarnos pasar. No preguntó quién era yo. Tampoco necesitó mirar la acreditación caducada.

Me reconoció.

Eso decidió la conversación.

—¿Cuándo supo que vendríamos? —pregunté.

—Cuando Gálvez dejó de contestar.

—¿Habla con él?

—Hablaba.

Navarro cerró la puerta.

—¿Dónde está?

Molina se sentó junto a las maletas.

—Ustedes tienen más medios.

Ríos retiró una taza de la única silla libre. El café todavía formaba un círculo húmedo en el fondo.

—Redactó una evaluación sobre Julio Barral.

Molina ajustó las gafas.

—Redacté cientos.

—Esta empezó tres años antes de la muerte de David Mena.

—Las fechas no las ponía yo.

Me acerqué.

—Pero las conclusiones sí.

El anciano miró mis manos. Después los hombros. Finalmente los ojos.

Seguía evaluándome.

—Sigue haciéndolo —dije.

—¿El qué?

—Medir cuánto tardaré en perder el control.

Navarro se apoyó contra la pared.

—De momento va ganando usted.

Molina quitó las gafas y limpió un cristal con la camisa.

—No se trataba de control.

—¿Qué estudiaba?

—Respuesta operativa.

—No soy una máquina.

—Aquellos informes no distinguían demasiado.

Ríos dejó la fotografía del encabezado sobre la mesa. Molina no la tocó.

—¿Quién encargó el perfil?

—Llegó por conducto interno.

—Nombre.

—No había.

—Unidad.

—Tampoco.

Navarro agarró una de las maletas y la tumbó.

—Pruebe con una respuesta que no pueda llevarse a Lisboa.

Molina se levantó.

—Dentro hay ropa de mi mujer.

—Entonces siéntese antes de que se arrugue.

El anciano obedeció. Yo no miré la maleta.

—No quiero saber quién lo encargó.

Navarro giró la cabeza.

—¿Qué haces?

—Quiero saber por qué aceptó.

Molina volvió a ponerse las gafas.

—Era mi trabajo.

—No. Su trabajo era evaluar a policías después de una intervención, una baja o una denuncia. Mi perfil empezó sin incidente previo.

—Había antecedentes.

—¿Cuáles?

El silencio le endureció la boca.

Ríos acercó la silla.

—No encontró ninguno.

Molina frotó la montura.

—No suficientes.

—Entonces fabricó una conclusión —dije.

—La conclusión ya venía solicitada.

Navarro se separó de la pared.

—Explíquelo.

Molina tocó la fotografía con un dedo.

—No me pidieron que determinara si Barral era fiable.

—¿Qué le pidieron?

—Que describiera las condiciones en las que dejaría de serlo.

El aire se atascó detrás de mis dientes.

—¿Por qué?

—Todos los agentes tienen un punto de ruptura.

—No estudiaron a todos.

Molina bajó la mirada.

—No.

Ríos cruzó los brazos.

—¿Cuántos perfiles especiales redactó?

—Siete.

—¿Qué tenían en común?

El anciano tardó.

Navarro golpeó la maleta con los nudillos.

—No tenemos todo el día.

—Eran eficaces —dijo Molina—. Expedientes sólidos. Buena tasa de resolución. Pocas quejas formales.

—Eso no parece peligroso.

—No para el cuerpo.

Me incliné sobre él.

—¿Para quién?

Molina levantó la vista.

—Para quien necesitara que obedecieran fuera del procedimiento.

La garganta me raspó.

—¿Qué puso sobre mí?

—Que buscaba aprobación jerárquica.

—Mentira.

—Acaba de mirar a Navarro antes de contestarme.

No lo había notado.

Él sí.

Molina señaló mi pecho.

—Necesitaba creer que actuaba por decisión propia. Por eso aceptaba mejor las órdenes que no parecían órdenes.

Navarro no dijo nada.

Ríos tampoco.

—Siga —dije.

—Tolerancia alta a la presión. Tendencia a simplificar los conflictos. Identificación personal con el resultado.

—Tradúzcalo.

Molina guardó las gafas en el bolsillo.

—Si algo salía bien, se atribuía el mérito. Si salía mal, aceptaba la culpa antes de admitir que lo habían dirigido.

El suelo crujió bajo mi zapato.

—¿Quién leyó ese perfil?

—No lo sé.

Le agarré la muñeca.

No apreté. No hizo falta.

—La última mentira.

Molina miró mis dedos.

—Ferrer.

—Ya lo sabíamos.

—Valcárcel.

—También.

—Sergio corrigió dos apartados.

Mi mano se endureció.

—¿Qué apartados?

—Lealtad y respuesta ante el abandono.

Ríos dio un paso.

—¿Cómo se evalúa eso antes de que ocurra?

Molina me sostuvo la mirada.

—Provocándolo.

Solté su muñeca.

El anciano se la frotó.

—No lo eligieron porque fuera el peor.

—¿Entonces?

—Porque era el que más necesitaba seguir creyendo que era bueno.

Sergio no negó haber participado.

Estaba en una sala de reuniones de la comisaría. Sin esposas. Navarro había dejado la puerta abierta para recordarle que podía cerrarla cuando quisiera.

Ríos puso el informe de Molina sobre la mesa.

No era la evaluación completa. Solo una declaración firmada.

—¿Qué corregiste? —preguntó.

Sergio leyó el primer párrafo.

—La redacción.

Navarro empujó la silla con el pie.

—Molina dice que alteraste dos apartados.

—Molina cobraba por recordar lo que otros necesitaban.

—No te escondas detrás de él —dije.

Sergio dejó el papel.

—Tú te escondiste detrás de mí durante doce años.

Me senté frente a él.

—Lealtad y abandono.

Sus dedos golpearon la mesa dos veces.

—¿Qué pusiste?

—Que no abandonarías a un superior mientras creyeras que todavía te protegía.

—¿Y cuándo dejara de hacerlo?

—Que intentarías demostrar que no lo necesitabas.

Navarro se inclinó.

—Eso no responde.

Sergio lo miró.

—Entonces atacaría primero.

La mandíbula me ardió.

—¿A quién?

—A cualquiera que pareciera formar parte de la traición.

—¿Eso ocurrió con David?

Sergio apartó el papel.

—David no era tu superior.

—Pero sabía que me habían abandonado.

—Empezaba a saberlo.

Ríos apoyó las manos sobre la mesa.

—¿Qué significa "respuesta ante el abandono"?

Sergio no contestó.

Levanté la silla y la aparté de una patada. El golpe sonó demasiado fuerte.

Él ni pestañeó.

—Eso —dijo.

Navarro cerró la puerta.

—Ya has hecho la demostración. Ahora habla.

Sergio me miró.

—Cuando Ferrer empezó a apartarte, buscaste resultados más rápidos. Cuando Salcedo dejó de responder, presionaste a Pardo.

Cuando Valcárcel cuestionó una operación, ocultaste información para que no pudiera detenerla.

—No lo recuerdas mejor que yo.

—Lo escribí mejor que tú.

Me acerqué a la mesa.

—¿Por qué aceptaste?

Sergio respiró por la nariz.

—Porque pensé que era una evaluación interna.

—No.

—Al principio.

—¿Cuándo supiste que no?

—Cuando pidieron una segunda versión.

Ríos levantó la cabeza.

—¿Qué cambiaba?

—La primera describía cómo trabajaba Julio.

—¿Y la segunda?

Sergio rozó el borde del papel.

—Cómo reaccionaría si una operación ilegal terminaba con un muerto.

Navarro dejó de moverse.

—Eso fue tres años antes de David.

—Sí.

—¿Ya planeaban matarlo?

—No.

La respuesta salió rápida.

Demasiado.

Le agarré la camisa.

—No vuelvas a protegerlos.

—No los protejo.

—Prepararon mi culpa.

—Prepararon una salida.

—¿Para quién?

Sergio bajó los ojos hacia mi puño.

—Para cualquiera que estuviera por encima.

Lo solté.

Ríos se colocó entre nosotros.

—Explícalo sin convertirte en víctima.

Sergio arregló el cuello.

—Había operaciones que no podían firmarse. Confidentes retenidos. Traslados sin registro. Informes corregidos. Si una de esas decisiones producía una muerte, alguien tendría que aparecer como responsable completo.

Navarro señaló hacia mí.

—Barral.

—No necesariamente.

—Su nombre estaba en el perfil.

—También había otros.

El pecho dejó de apretarme un instante. No alivio. Rabia.

—¿Dónde están?

Sergio negó.

—Dos murieron. Uno pidió el traslado. Otro dejó el cuerpo.

—¿Y los demás?

—Aprendieron a firmar menos.

Tomé una decisión.

—No quiero los nombres.

Navarro abrió las manos.

—¿Otra vez?

—Quiero saber qué me hizo distinto.

Sergio permaneció callado.

Ríos golpeó el informe con un dedo.

—Contesta.

—Julio no protegía su carrera.

—Eso parece bueno —dijo Navarro.

—Protegía la idea que tenía de sí mismo.

Sergio me miró de frente.

—Podían quitarle la placa. El puesto. El sueldo. Seguiría luchando. Pero si lo obligaban a elegir entre admitir que había obedecido o aceptar que había cometido un error solo...

No terminó.

No hacía falta.

—Elegiría cargar con el error —dije.

—Sí.

El aire acondicionado se encendió. El papel de Molina vibró bajo la mano de Ríos.

Navarro abrió la puerta.

—Eso no lo convierte en culpable.

Sergio se levantó.

—No.

—Entonces ¿qué lo convierte?

—Que hizo casi todo lo que después necesitaron atribuirle.

La frase no me defendía. Tampoco me condenaba. Me dejaba en medio.

El lugar exacto donde habían querido colocarme.

Ríos bloqueó la salida a Sergio.

—¿Quién decidió usar el perfil después de la muerte de David?

—No lo sé.

Navarro soltó una risa seca.

—La respuesta favorita.

—Yo alteré horarios. Ferrer retiró una declaración. Valcárcel hizo desaparecer una autorización. Cada uno creyó que protegía su parte.

—¿Y quién reunió esas partes contra Julio?

Sergio miró hacia mí.

—Nadie tuvo que hacerlo.

—Doce años de prisión no se construyen solos.

—No. Pero cuando todos borran algo distinto, lo único que queda es la persona que estaba en todos los sitios.

Me acerqué.

—Yo.

—Tú.

Ríos bajó la voz.

—Eso sigue sin explicar quién consultó el expediente tres años antes.

Sergio se dirigió a la puerta.

—Porque seguís creyendo que quien lo consultó quería destruirlo.

Navarro le cortó el paso.

—¿Qué quería?

—Utilizarlo.

—¿Para qué operación?

Sergio negó.

—El expediente no buscaba un culpable para David.

La piel de la nuca se me tensó.

—Entonces ¿para quién?

Sergio metió la mano en el bolsillo. Navarro lo agarró antes de que sacara nada.

Era una tarjeta antigua.

Mi número de identificación profesional.

En el reverso, alguien había escrito una fecha.

Cinco años antes de la muerte de David.

Debajo había dos palabras.

RESERVA OPERATIVA.

Navarro le quitó la tarjeta.

—¿Qué significa?

Sergio no apartó los ojos de mí.

—Que antes de convertirme en el culpable perfecto...

Señaló mi número.

—...ya me habían reservado para una operación que nunca llegó a constar.

39.

El expediente Barral

La tarjeta seguía dentro de una bolsa transparente.

RESERVA OPERATIVA.

Navarro la dejó sobre la mesa y empujó hacia mí una copia ampliada. Mi antiguo número profesional ocupaba el centro. La fecha estaba escrita cinco años antes de la muerte de David.

—No aparece en ningún registro oficial.

Ríos cerró el portátil.

—Ni en personal, ni en asuntos internos, ni en operaciones especiales.

Sergio permanecía al otro lado de la mesa. No había dormido. Tenía la barba oscura y una mancha de café junto al puño de la camisa.

—Porque no era una categoría oficial —dijo.

Navarro apoyó las manos sobre la mesa.

—Entonces deja de nombrarla como si lo fuera.

—Así la llamaban.

—¿Quiénes?

Sergio miró la tarjeta.

—Los que necesitaban tener a alguien disponible.

El fluorescente zumbaba sobre nuestras cabezas. Cada pocos segundos, la bolsa vibraba con el aire acondicionado.

Cogí la copia.

—¿Disponible para qué?

—Para entrar donde no convenía enviar a nadie.

—Eso ya lo hacía.

—Sí.

—Entonces no necesitaban marcarme.

Sergio levantó la vista.

—No te marcaban para entrar.

Mis dedos se detuvieron sobre la fecha.

—¿Para qué?

—Para salir solo si algo fallaba.

Navarro apartó la silla de una patada.

—Se acabaron las frases.

Ríos no lo frenó.

—¿Quién creó el expediente?

—No lo sé.

Navarro agarró a Sergio por la camisa.

—Llevas cuatro libros sin saber nada.

Sergio le sujetó la muñeca.

—Y tú llevas dos semanas creyendo que todo tiene una firma.

—Suéltalo —dije.

Navarro no lo hizo.

Agarré la bolsa con la tarjeta y la lancé contra la pared. El plástico golpeó el yeso y cayó al suelo.

Los dos se separaron.

—Eso es una prueba —dijo Ríos.

—No.

Me agaché y la recogí.

—Es un señuelo.

Navarro respiró por la boca.

—Explícate.

Señalé la fecha.

—Cinco años antes de David. Tres años antes del perfil psicológico. Dos fechas distintas para el mismo propósito.

Sergio bajó la mirada.

—No eran el mismo expediente.

—No.

Dejé la tarjeta sobre la mesa.

—Primero me reservaron. Después estudiaron cómo romperme.

Ríos abrió otra carpeta.

—¿Y quién convirtió ambas cosas en el expediente Barral?

Nadie respondió.

La puerta se abrió.

Un agente entró con un sobre marrón.

—Ha llegado de Salamanca.

Navarro extendió la mano.

—¿Remitente?

—Archivo Central.

El agente dejó el sobre sobre la mesa.

No había mensajes. No había frases escritas. Solo un sello administrativo y una firma de recepción.

Ríos cortó el borde con una tijera.

Dentro había una copia certificada del historial de accesos a mi expediente. No era el expediente. Era la lista de quienes lo habían consultado.

Navarro pasó las hojas.

—Ferrer.

Otra.

—Sergio.

Otra.

—Asuntos Internos.

Siguió.

Las fechas abarcaban diez años. La mayoría posteriores a la muerte de David.

Una no.

Ríos puso un dedo sobre ella.

—Tres años antes.

El nombre del usuario aparecía oculto por un código alfanumérico.

—¿Se puede identificar? —preguntó Navarro.

El agente señaló una anotación.

—El código pertenece a autorizaciones delegadas.

—¿Delegadas por quién?

—Eso no viene aquí.

Sergio acercó la hoja.

—Falta la página de validación.

Navarro le arrebató el documento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo preparaba estos accesos.

El silencio se hizo más estrecho.

Me acerqué a Sergio.

—¿Tú autorizaste que entraran en mi expediente?

—No.

—Pero sabías cómo hacerlo.

—Sí.

—¿Quién podía usar una autorización delegada?

—Un jefe de unidad. Un director de centro. Un responsable de seguridad.

—Demasiados —dijo Ríos.

—Ese era el objetivo —respondió Sergio.

Navarro golpeó el código con el dedo.

—Alguien tuvo que pedirlo.

—Y alguien tuvo que permitir que no apareciera su nombre.

Tomé otra decisión.

—No buscamos al usuario.

Navarro se volvió.

—Es exactamente lo que buscamos.

—No. Buscamos quién creó la autorización delegada.

Ríos volvió al portátil.

—Eso obliga a rastrear el código de origen.

Sergio negó.

—No estará en el sistema actual.

—¿Dónde?

Tocó la fecha con la uña.

—En papel.

—¿Dónde se archivaban?

—En la unidad que pidió la apertura.

Navarro sonrió sin humor.

—La unidad que no conocemos.

Sergio recogió la tarjeta de reserva.

—El reverso.

La giró dentro de la bolsa.

Debajo de la fecha aparecía una marca casi borrada. Tres letras.

U.C.E.

Ríos las escribió.

—¿Unidad Central Especial?

—No existía con ese nombre —dijo Sergio.

—¿Entonces?

Sus labios se apretaron.

—Unidad de Cobertura Externa.

El nombre no me dijo nada.

Eso volvió a molestarme.

—¿Qué cubría?

Sergio sostuvo la tarjeta.

—Operaciones que oficialmente pertenecían a otros.

Navarro cogió las llaves.

—¿Dónde estaba esa unidad?

Sergio tardó demasiado.

—En ningún sitio fijo.

—Nombre del responsable.

—Había varios.

—Dame uno.

Sergio miró la lista de accesos.

—Tomás Salcedo.

La nuca se me endureció.

—Salcedo desapareció antes.

—Oficialmente.

Ríos cerró el portátil.

—Entonces lo localizamos.

Negué.

—No.

Navarro golpeó la mesa.

—Otra vez no.

—Salcedo no consultó mi expediente tres años antes de David.

—¿Cómo lo sabes?

Señalé el código.

—Porque cuando él hacía algo, dejaba que otro cargara con la firma.

Sergio levantó la cabeza.

—Eso también lo aprendiste de él.

La frase no necesitó más.

Cogí la lista.

—Quiero el archivo en papel.

Navarro abrió la puerta.

—Vamos a Salamanca.

Ríos no se movió.

—No está allí.

Los dos la miramos.

Había ampliado la marca U.C.E. en la pantalla. Debajo aparecía una referencia de depósito. No Salamanca. Zaragoza.

Archivo histórico de la antigua Jefatura Superior.

A seis calles de nosotros.

El archivo cerraba a las ocho. Llegamos a las ocho y siete.

Navarro golpeó la persiana metálica hasta que un hombre apareció detrás del cristal. Camisa gris. Corbata aflojada. Las llaves sonaban en su mano.

—Está cerrado.

Ríos enseñó la orden.

—Ya no.

El archivero leyó la primera línea y negó.

—Los depósitos antiguos requieren solicitud previa.

Navarro levantó la persiana con ambas manos.

—Considérela solicitada.

El hombre intentó detenerlo.

Yo pasé por debajo.

El sótano olía a cartón húmedo. Las estanterías formaban pasillos estrechos. El archivero encendió una fila de luces.

—Referencia.

Ríos se la dio.

El hombre introdujo el código en un terminal antiguo. La pantalla tardó en responder.

—Depósito diecinueve. Caja ciento cuatro.

—¿Contenido? —pregunté.

—Autorizaciones delegadas y coberturas operativas.

Navarro miró a Sergio.

—Así que sí existían.

—Los papeles siempre existen —respondió—. Lo que cambia es cómo los llamas.

El archivero nos condujo hasta una puerta con reja. Introdujo una llave y se detuvo.

—La caja ya fue consultada.

Ríos se acercó.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

La mandíbula de Navarro se tensó.

—¿Quién?

El hombre comprobó una hoja colgada junto a la puerta.

—No dejó nombre.

—Eso no ocurre —dijo Ríos.

—Dejó autorización.

—¿Qué código?

El archivero señaló la línea. El mismo que aparecía en mi historial.

Alguien seguía utilizándolo.

—Abre.

—La caja puede estar incompleta.

—Por eso.

La cerradura giró.

La caja ciento cuatro seguía en su sitio.

No había sido vaciada. Dentro quedaban decenas de formularios. Papeles grises. Sellos apagados. Firmas de personas jubiladas o muertas.

Ríos se puso guantes.

—Buscamos la fecha exacta.

Sergio extendió la mano.

Navarro lo apartó.

—Tú miras desde ahí.

Pasamos hojas.

Una. Otra. Otra. Solicitudes de vigilancia. Cobertura para confidentes. Accesos a expedientes. Nada sobre mí.

El archivero consultó el índice.

—Debería estar entre la cuarenta y dos y la cuarenta y tres.

No estaba. Solo quedaban dos marcas de óxido donde había descansado una grapa.

Navarro golpeó la caja.

—Se la llevaron.

—No —dijo Sergio.

Se inclinó sin tocarla.

—La arrancaron.

—¿Diferencia?

—Quien se la llevó esta mañana no quería toda la autorización. Solo la firma.

Ríos levantó la hoja cuarenta y tres.

En la esquina superior había quedado un pequeño fragmento del documento anterior. Una curva de tinta azul. Parte de una letra.

—No basta —dijo Navarro.

El archivero acercó una lámpara.

—Hay papel autocopiativo debajo.

La hoja siguiente conservaba una presión apenas visible.

Ríos la inclinó. No se podía leer.

Sergio señaló una bandeja junto al terminal.

—Grafito.

El archivero negó.

—Eso puede dañar el documento.

Navarro cogió un lápiz.

—El documento ya está dañado.

Pasó el lateral de la mina con cuidado.

Las marcas aparecieron poco a poco.

Primero una fecha. Tres años antes de David. Después mi nombre. Julio Barral. Debajo, el motivo. Evaluación preventiva para cobertura de responsabilidad.

El pecho me golpeó contra la camisa.

—Sigue —dije.

Ríos terminó de sombrear.

Apareció una frase incompleta:

Autorizar consulta integral y elaboración de perfil de respuesta.

Más abajo estaba la firma.

Solo el trazo.

El nombre había quedado fuera de la zona de presión.

Navarro soltó el lápiz.

—No tenemos firmante.

—Tenemos el cargo —dijo Ríos.

Debajo de la firma aparecía un sello.

DIRECTOR AUTORIZANTE.

Sergio retrocedió. Fue un gesto mínimo.

Lo vi.

—Lo reconoces.

—No.

Me puse delante.

—Has dejado de respirar.

—Estoy cansado.

—Nombre.

Navarro cerró el pasillo por detrás.

Sergio miró el sello.

—No pertenece a policía.

—¿A quién?

—Instituciones Penitenciarias.

La saliva me raspó al tragar.

—Topas.

—No necesariamente.

Le agarré el brazo.

—No vuelvas a proteger una palabra.

Sergio cerró los ojos un segundo.

—El director que autorizó esto no estaba destinado en Topas.

—¿Dónde?

—Servicios Centrales.

Ríos acercó el índice.

—Podemos buscar quién ocupaba el cargo.

El archivero negó.

—El sello no indica dirección general. Solo nivel de autorización.

Navarro apoyó la mano en la caja.

—Entonces seguimos sin nombre.

Miré el documento sombreado.

La autorización existía. Mi perfil no había nacido después de un error. Había sido pedido antes.

No para investigar algo que hubiera hecho. Para preparar quién respondería por algo que todavía no había ocurrido.

—Quiero la hoja original.

—Ha desaparecido —dijo Ríos.

—No esta.

Señalé el papel autocopiativo.

—La anterior a la autorización.

Sergio se tensó.

Navarro empezó a revisar la caja.

—¿Qué debería contener?

Sergio no respondió.

Levanté la hoja cuarenta y uno. En la parte inferior había una referencia cruzada.

OPERACIÓN 1742.

El número de la gorra.

El código de Gijón.

El mismo que llevaba años apareciendo cada vez que alguien quería abrir una puerta.

Ríos pasó a la siguiente línea.

—Responsable operativo previsto.

Debajo aparecía mi nombre.

Navarro continuó leyendo.

—Responsable de cobertura.

El nombre había sido tachado con tinta negra. No del todo. Quedaban dos letras al final.

DO.

Sergio se apartó de la estantería.

—Nos vamos.

Navarro le bloqueó el paso.

—¿Quién termina en "do"?

—Muchos nombres.

—Solo uno te ha hecho querer salir.

Sergio miró la puerta.

Me coloqué delante.

—Salcedo.

No negó.

Ríos levantó la hoja.

—¿Tomás Salcedo era el responsable de cobertura?

Sergio apretó la mandíbula.

—No era su nombre.

—¿Qué quieres decir?

Tocó las dos letras visibles.

—Salcedo era el nombre que utilizaba cuando trabajaba con nosotros.

El sótano pareció estrecharse.

—¿Cuál era el verdadero?

Sergio me miró.

—Eso estaba en la firma que se llevaron esta mañana.

Un teléfono empezó a sonar. No era el de ninguno de nosotros.

El sonido salía de la caja ciento cuatro.

Navarro apartó los papeles.

Debajo había un móvil encendido. No mostraba mensaje. Solo una llamada entrante.

Número oculto.

Ríos activó el altavoz.

Nadie habló al otro lado. Esperamos. Una respiración.

Después una voz de hombre.

—Dejad de buscar a Salcedo.

Me acerqué al teléfono.

—¿Quién eres?

La voz respondió sin prisa.

—El funcionario que autorizó que Julio Barral siguiera siendo útil.

La llamada se cortó.

En la pantalla apareció durante un segundo el registro interno de conexión. No un número. Un nombre.

El mismo que faltaba en la firma.

Y yo no lo había visto nunca.

40.

Los hombres útiles

Dos días después, encontraron a Tomás Salcedo en una residencia privada a las afueras de Zaragoza. No intentó escapar.

Estaba sentado junto a una ventana, con una manta sobre las piernas y un vaso de agua intacto entre las manos. La cicatriz de la mejilla seguía ahí. El resto parecía haberse encogido alrededor.

Navarro dejó la fotografía de Pardo sobre la mesa.

—Cinco muertos.

Salcedo miró el canal reflejado en el cristal.

—Cinco que conocíais.

Ríos permanecía junto a la puerta. Sergio esperaba en el pasillo, vigilado por dos agentes. Yo me senté frente a Salcedo sin pedir permiso.

—¿Los mataste tú?

El vaso tembló apenas.

—No todos.

Navarro apoyó los nudillos sobre la mesa.

—Empieza por el primero.

—Pardo empezó mucho antes que yo.

—No te he preguntado cuándo empezó.

Salcedo levantó la vista.

—Eso es lo único que importa.

La habitación olía a sopa fría. Desde el pasillo llegaba el chirrido de un carro metálico.

Cogí la fotografía.

—Pardo pidió salir.

—Muchos lo pedían.

—Yo se lo negué.

—Sí.

No había reproche en su voz. Eso dolió más.

Navarro sacó otra imagen. Gabriel muerto. Después Aldana. Luna. Los dejó en fila.

—¿Cuáles?

Salcedo tocó el borde del vaso.

—Pardo.

—¿Cómo?

—Lo sedé. Lo llevé al canal.

Ríos no se movió.

—¿Solo?

—Un hombre me prestó una furgoneta.

—Nombre.

—No sabía para qué la quería.

Navarro golpeó la mesa.

—Siempre aparece alguien que no sabía.

Salcedo sonrió sin dientes.

—Así funcionaba.

Aparté las fotografías.

—No quiero la lista.

Navarro se volvió.

—Yo sí.

—Ya sabemos quién ejecutó parte de los asesinatos. Quiero saber por qué dejó vivos a algunos y mató a otros.

Salcedo me miró por primera vez de frente.

—Porque algunos todavía servían.

La costura de la silla se clavó bajo mis dedos.

—¿Ferrer?

—Sabía guardar silencio.

—Gabriel.

—Empezó a hablar.

—Olmedo.

—Nunca supo suficiente.

Ríos dio un paso.

—¿Y los demás?

Salcedo se encogió bajo la manta.

—Cada uno murió por una razón distinta.

—Eso no responde —dijo Navarro.

—Responde demasiado.

Cogió el vaso, pero no bebió.

—Uno quiso vender lo que sabía. Otro confundió culpa con arrepentimiento. Otro creyó que una declaración lo limpiaría.

—¿Y Pardo? —pregunté.

Salcedo dejó el vaso.

—Pardo dejó de tener miedo.

La frase entró despacio.

—¿Por eso lo mataste?

—Por eso dejó de ser útil.

Navarro sacó las esposas.

—Se acabó.

Salcedo miró el metal.

—No.

—Has confesado un asesinato.

—He confesado una parte.

—La suficiente.

Se levantó y la manta cayó al suelo. Sus piernas eran demasiado finas para sostenerlo. Aun así, permaneció de pie.

—Si me detienes ahora, cerrarás el caso equivocado.

Navarro abrió una de las esposas.

—Eso lo decide un juez.

—Los jueces también decidían después de saber quién iba a firmar.

Ríos se acercó.

—¿Quién mató a Gabriel?

Salcedo negó.

—No lo sé.

—¿Ferrer?

—No.

—¿Valcárcel?

—Puede.

—¿Sergio?

La mirada de Salcedo pasó hacia la puerta.

—Sergio siempre movía papeles. No cuerpos.

Yo me levanté.

—¿Y David?

El anciano agarró el respaldo.

—David cometió el mismo error que Pardo.

—¿Dejar de tener miedo?

—Creer que saber algo te convierte en dueño de la verdad.

Me acerqué hasta notar su aliento seco.

—¿Quién disparó?

—No lo vi.

—Estabas allí.

—Llegué cuando todos habían decidido no decidir.

Navarro cerró la esposa alrededor de su muñeca.

Salcedo no se resistió.

—Ferrer dijo que moverlo era peor. Sergio corrigió la hora. Valcárcel apagó una cámara. Irene cerró una puerta.

Me miró.

—Y tú tenías el teléfono.

El plástico regresó a mi palma.

La pantalla encendida. Dos nombres. Emergencias. Ferrer.

—¿A quién llamé?

Salcedo bajó la vista hacia la esposa.

—A quien siempre llamabas cuando querías que una decisión pareciera una orden.

La garganta se me cerró.

—Ferrer.

—Sí.

Navarro ajustó la segunda esposa.

—Eso no convierte a Barral en asesino.

Salcedo se dejó conducir hacia la puerta.

—Nunca fue necesario.

Se detuvo a mi lado.

—Solo necesitábamos que estuviera allí.

Intervine.

—Espera.

Navarro tiró de él.

—Ya ha terminado.

—No.

Me puse delante de Salcedo.

—¿Quién decidió utilizar mi expediente?

La cicatriz se tensó cuando sonrió.

—Otra vez buscas a un hombre.

—Dame el nombre.

—No había uno.

—Alguien firmó.

—Sí.

—Alguien me eligió.

Salcedo negó despacio.

—No te eligieron una vez, Julio.

El carro del pasillo volvió a chirriar.

—Te eligió cada persona que dejó que hicieras su parte.

Seis horas después, la declaración de Salcedo ocupaba nueve páginas. No cerraba cinco homicidios. Solo uno.

Navarro dejó el documento junto a la carpeta negra. Ríos tenía abiertas las diligencias de Gabriel y Luna. Ninguna coincidía del todo con la versión de Salcedo.

—Miente —dijo Navarro.

—No en todo —respondí.

—Eso es peor.

Sergio seguía frente a nosotros. Tenía las manos libres y una patrulla esperando para trasladarlo a Salamanca.

Ríos señaló la declaración.

—Salcedo admite Pardo. Niega Gabriel. No sabe quién mató a Luna y dice que Aldana murió sin que nadie lo ordenara.

—Una discusión que terminó mal —añadió Sergio.

Navarro lo miró.

—Te has vuelto muy hablador.

—Ya no queda mucho que proteger.

Me acerqué a él.

—Eso dijiste después de David.

—Y me equivoqué.

—¿También ahora?

Sergio guardó silencio.

Navarro cerró la carpeta del caso.

—Necesito un autor para cada muerte.

—Tienes acciones —dije—. No un autor único.

—Eso no se presenta ante un juez.

—Entonces presenta la verdad aunque quede mal ordenada.

Me miró como si acabara de insultarlo.

—La verdad no es una excusa para hacer mal una investigación.

—Tampoco una investigación perfecta convierte una mentira en verdad.

Ríos apartó las fotografías de los cadáveres.

—Pardo fue Salcedo.

—Sí.

—Gabriel probablemente Valcárcel.

—Probablemente no basta —dijo Navarro.

—Luna murió después de citarse con Olmedo —continuó ella—. Aldana discutió con Ferrer días antes. Cada muerte nace de una relación distinta.

Sergio tocó la mesa.

—Porque no había una orden común.

Navarro se levantó.

—Pero todos protegían lo mismo.

—No —respondí—. Cada uno protegía algo distinto.

—¿Qué diferencia hay?

Miré las fotografías.

—La suficiente para que ninguno se sintiera responsable de todo.

Navarro cerró los puños.

—Y al final cinco hombres están muertos.

—Sí.

—Entonces alguien debe cargar con eso.

La frase quedó entre nosotros.

No la dijo mirándome. No hacía falta.

Cogí mi antigua declaración sobre David y la dejé junto a las fotografías.

—Empieza conmigo.

Sergio levantó la cabeza.

—Julio.

—Retuve a Pardo. Negué su retirada. Oculté que había estado con él. Llamé a Ferrer cuando David necesitaba una ambulancia.

Navarro no tocó el documento.

—Eso no te hace autor de los asesinatos de Zaragoza.

—No.

—Entonces no mezcles.

—Llevamos doce años mezclándolo todo para que cupiera en una sola persona.

Ríos se apoyó en la mesa.

—¿Qué quieres que conste?

—Lo que hice.

—Ya cumpliste condena.

—Por una historia incompleta.

Sergio dio un paso.

El agente del pasillo abrió la puerta, pero Ríos levantó una mano.

—No lo protejas —dije.

—No lo hago.

—Entonces habla.

Sergio miró la carpeta negra.

—Julio no disparó a David.

Navarro esperó.

—¿Quién?

—No lo vi.

—Estabas allí.

—Entré después.

La misma frase.

Los mismos hombres llegando después. Siempre después.

Me acerqué.

—¿Qué viste?

Sergio bajó la voz.

—A David en el suelo. A Ferrer junto a la puerta. A Valcárcel limpiando la mesa.

—¿Y yo?

—En el pasillo.

—¿Con el teléfono?

—Sí.

—¿Ya había llamado?

Sergio tragó saliva.

—A Ferrer.

La habitación perdió un poco de aire.

—¿Qué me dijo?

—Que esperaras.

—¿Y esperé?

Sergio sostuvo mi mirada.

—Sí.

Navarro no escribió.

Ríos tampoco.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Nueve minutos.

Los dedos se me quedaron fríos.

Nueve minutos. Suficientes para una ambulancia. Suficientes para una vida.

—Después llamé a emergencias —dije.

—No.

Sergio acercó la carpeta.

—Después llamé yo.

La mesa me golpeó en las caderas cuando retrocedí.

—Mentiste en el juicio.

—Sí.

—Dijiste que fui yo.

—Dije que el teléfono era tuyo.

—No es lo mismo.

—Para el tribunal sí.

Navarro agarró a Sergio del brazo.

—Eso cambia la condena.

—No cambia lo que Julio hizo antes.

—No te corresponde decidirlo.

Sergio no intentó soltarse.

—Eso fue lo que hicimos todos.

Ríos abrió la puerta.

—Llévenselo.

Los agentes se acercaron. Sergio se volvió hacia mí antes de salir.

—David no dijo "eras tú" porque lo hubieras matado.

El pulso me golpeó en la muñeca.

—¿Entonces?

—Porque te estaba dando la última oportunidad de entender que no hablaba de él.

La puerta se cerró.

Navarro se quedó de pie.

—Podemos reabrir el caso.

Miré mi declaración.

—No hoy.

—Después de doce años, ¿ahora tienes paciencia?

—Ahora sé qué pregunta hacer.

Ríos reunió las fotografías.

—¿Cuál?

Cogí la copia del historial de accesos.

—Quién necesitaba una reserva operativa cinco años antes de David.

Navarro señaló a Salcedo en una fotografía.

—Él.

—No.

—Acaba de admitir que te utilizó.

—También Ferrer. También Sergio. También yo.

Guardé la hoja.

—Salcedo no creó el sistema. Aprendió a vivir dentro.

Ríos cerró la carpeta negra.

—¿Y el funcionario autorizante?

—Firmó una parte.

—¿No quieres encontrarlo?

Miré el nombre que había aparecido en el teléfono del archivo. No lo conocía. No me debía nada.

Eso era lo inquietante.

—Sí.

Navarro se acercó a la ventana. Afuera empezaba a amanecer sobre Zaragoza.

—¿Entonces qué hacemos con el caso?

Señalé las cinco fotografías.

—No lo cerréis con un culpable que no cabe en todos los muertos.

—Los informes necesitan conclusiones.

—Escribe cinco.

Ríos sostuvo mi mirada.

—¿Y tú?

Metí mi antigua acreditación en la carpeta.

Esta vez no intenté recuperarla.

—Yo dejo de buscar quién puede declararme inocente.

Navarro recogió la placa caducada.

—No encontrarás a nadie.

—Ya lo sé.

Salí al pasillo.

El suelo olía a lejía. Un agente empujaba a Salcedo hacia el ascensor. No parecía un cerebro criminal. Solo un anciano esposado que había pasado demasiado tiempo convencido de que proteger su parte bastaba.

Las puertas se cerraron.

Ríos apareció detrás de mí con una hoja.

—Falta esto.

Era la copia certificada del acceso a mi historial.

Al pie del expediente aparecía una fecha. La persona que había accedido a mi historial lo había hecho tres años antes de que David muriera.

Y el nombre del funcionario autorizante era uno que yo jamás había visto.

Próximamente…

El caso ha terminado. La verdad, no. Mientras Salamanca investiga el asesinato de un profesor que estaba a punto de destapar una red de corrupción académica, Julio descubre que su historia nunca empezó con David Mena. Alguien abrió su expediente, siguió sus pasos y preparó su caída mucho antes de que él sospechara que estaba siendo observado. La pregunta ya no es quién mató a David. La pregunta es quién eligió a Julio Barral.